

JOSE JOAQUIN VALLEJO

ANTOLOGIA

INTRODUCCION BIOGRAFICA
de
RAUL SILVA CASTRO



EDITORIAL ANDRES BELLO

ANTOLOGIA DE JOSE JOAQUIN VALLEJO

JOSE JOAQUIN VALLEJO

ANTOLOGIA

INTRODUCCION BIOGRAFICA

de

RAUL SILVA CASTRO



EDITORIAL ANDRES BELLO

© Raúl Silva Castro. 1970
Inscripción Nº 37.021
EDITORIAL ANDRES BELLO
Ahumada 131 — Casilla 4256
Santiago de Chile

“Facúltase a la Editorial Jurídica de Chile para usar indistintamente su propia denominación o la de Editorial Andrés Bello”.
(Art. 76 de la Ley Nº 12.084)

Impreso en los talleres de la
UNIVERSIDAD CATOLICA
Lira 140 — Santiago de Chile

S U M A R I O

Págs.

Introducción biográfica	9
-----------------------------------	---

COPIAPO Y CHAÑARCILLO

Copiapó	31
¡Quién te vio y quién te ve!	37
Mineral de Chañarcillo	43
Los descubridores del mineral de Chañarcillo	47
Vallenar y Copiapó	53
El puerto de Copiapó	61
El teatro, los vapores y el Hospicio de Chañarcillo	69
Corpus Christi	75
El derrotero de la veta de los Tres Portezuelos	81
La mina de Los Candeleros	89

COSTUMBRES

El carnaval	97
La Cuaresma	103
Las tertulias de esta fecha	109
Las salidas a paseos	117
Carta de Jotabeche a un amigo de Santiago	125
Algo sobre los tontos	131
Carta de Jotabeche	137
El liberal de Jotabeche	143
Una enfermedad	149
Paseos por la tarde	155
Los chismosos	167
Los cangalleros	173
Ganancias y pérdidas	179

NARRACIONES

Un chasco	183
El último jefe español en Arauco	189
Francisco Montero. Recuerdos del año 1820	199

VIAJES

Visita al Cajón del Maipo	209
Cosas notables	215
Un viajecito por mar	221
Extractos de mi diario	227
Suplemento a los extractos de mi diario	235

EL PROVINCIANO

El provinciano en Santiago *	241
El provinciano renegado	251

GLOSARIO	259
--------------------	-----

INTRODUCCION BIOGRAFICA

En la espontánea selección que la posteridad ha venido haciendo entre los escritores chilenos, *Jotabeche*, es decir, JOSE JOAQUIN VALLEJO, conserva uno de los sitios de la primera fila. Es su especialidad el cuadro de costumbres, en donde suele aflorar algo dramático, parecido a la acción del cuento y del sainete; y ese cuadro, además, fue publicado en revistas y diarios, con lo cual pasa el escritor a ser uno de los más conspicuos periodistas nacionales.

Por la cronología, tocó a Vallejo la suerte de ser componente del grupo que animó el llamado Movimiento de 1842, en donde fue uno de los significativos y entusiastas. Algunos de sus admiradores—Manuel Antonio Tocornal, Antonio García Reyes, Manuel Talavera— le instaron, con cariñosa vehemencia, a expresarse, y Jotabeche, para ceder a la presión de tan buenos amigos, en cuyo criterio hacía fe, escribió en pocos años un buen puñado de artículos.

Una selección de ellos, adecuada estrictamente a las necesidades de la enseñanza en liceos y universidades, compone este libro. Precede una introducción biográfica, y al final se lee un glosario, destinado a ilustrar algunos términos que pueden no ser cabalmente entendidos por el lector de estos días.

José Joaquín Vallejo nació en Copiapó el 19 de agosto de 1811, en el seno de una familia de escasos recursos, y por el lado paterno provenía de un español establecido en Chile a mediados del siglo XVIII; por su madre era descendiente de polacos. Al

nacer José Joaquín, el padre subvenía a duras penas a las necesidades del hogar con lo que le producía un taller de platero, de poca prosperidad en el modesto caserío que era Copiapó en ese tiempo. Pocos años después, en 1819, una desgracia que arruinó todavía más a la familia, abrió al futuro escritor, paradójicamente, el camino hacia la instrucción. Copiapó fue devastado por un terremoto, y en vista de esta contrariedad el joven fue enviado por sus padres a La Serena, donde quedó al cuidado de un tío suyo, don Juan José Espejo, quien lo matriculó en el Liceo. Allí mismo fue profesor en cuanto mostró aptitudes para ello, y entonces el joven conoció la inmensa satisfacción de ayudar al sostenimiento del hogar de sus padres. Más tarde, suprimido el Liceo de La Serena, Vallejo fue enviado a Santiago, donde existía el Liceo de Chile, plantel al cual contribuyó el gobierno con cuarenta y dos becas distribuidas entre diversas ciudades: la correspondiente a La Serena se concedió a Vallejo. Este triunfo moral no sólo alentó al estudiante sino que le iba a permitir establecerse en Santiago y adquirir en la capital amistades útiles andando los años. Suprimido el Liceo de Chile, pasó a estudiar legislación en el Instituto Nacional, con ánimo de hacerse abogado, pero luego se vio privado de recursos y forzado a abandonar los estudios. Entonces, empeñoso en no volver a ser carga para su familia, entró al comercio, y como dependiente de una tienda permaneció hasta que en 1835 se abrió para él la administración.

Cuenta Vallejo que el general Prieto, entonces Presidente de la República, le ofreció la secretaría de la Intendencia de Maule, y que su impresión inicial fue la de manifestarle al Jefe de Estado que sus opiniones políticas eran adversas a la administración, motivo por el cual no creía conveniente aceptar el destino sin hacérselo saber previamente. "S. E. me contestó —escribía en 1840— que el gobierno no se fijaba en eso, sino en la honradez para ocupar a los hombres." Vallejo ocupó el empleo durante ocho meses, siendo intendente de la provincia el coronel don Domingo Urrutia. Al principio simpatizó con Urrutia hasta el extremo de que, una vez abandonada la secretaría de la Intendencia, Vallejo se asoció en una compañía comercial con su antiguo jefe. En vista de ello, Vallejo se quedó viviendo en Cauquenes; pero los negocios que tuvo con

Urrutia no fueron despejados, y se produjo entre los dos socios una desinteligencia que había crecido, en 1840, hasta trocarse en abierta animadversión. Urrutia aprovechó la circunstancia de que Vallejo era capitán de la tercera compañía del batallón cívico de Maule para perseguirle. El 26 de marzo de 1840 le comunicó orden en su calidad de jefe de las guardias cívicas de la provincia, para salir a Chillán con el objeto de entregar un pliego al general del ejército permanente. "Supliqué al señor Urrutia me excusara de prestar este servicio en atención a que la enfermedad que padecía, y de la que ofrecí convencerlo inmediatamente, me impedía montar a caballo; pero todo fue inútil, y recibí la segunda orden de salir a pie o presentarme arrestado en el cuarto que todavía ocupo, partido que preferí al otro por el estado de mi salud." Se inició entonces a Vallejo un proceso de carácter militar, durante el cual estuvo incomunicado veintitrés días. La saña de Urrutia alcanzó a tanto que, como dice Vallejo, en uno de sus escritos de defensa, se llegó a matar, de su orden, a "un inocente perro que me acompañaba en la soledad de mi calabozo." Por lo demás, no aceptó que se le diera libertad bajo fianza, aun cuando el fiscal la había autorizado en principio, y se aprovechó "de estas ventajas para agitar con ardor una causa civil que sigue conmigo sobre liquidación de cuentas, mientras que yo no puedo ni aún nombrar un apoderado que me represente en esta causa, pues todos temen correr, por este solo hecho, la misma suerte que me ha cabido".

Tales contrariedades justificaban la maldición que había expresado a un amigo poco antes de caer preso, y cuando ya arreciaba la persecución de Urrutia contra él: "Maldigo la hora en que admití la tal secretaría, y en que no quise cambiar este destino por otro que me ofrecían en la misma capital. El Ministro Tocornal mismo me hizo la propuesta, y yo, en la hora más menguada de mi vida, la deseché." El 30 de mayo de 1840 terminaba el sumario militar, pero seguía bajo prisión; aunque ahora había quienes la aliviaran. "Las amables maulinas son las que suelen acompañarme en mi prisión —escribía a un amigo de Santiago—; ellas no le temen (a Urrutia), aunque varias veces ha querido descargarles sus porrazos." Como consecuencia de aquella larga reclusión, se quejaba de pesadez en una pierna y de intermitencias en el corazón, y comu-

nicaba la intención de fugarse para cambiar por lo menos de aire. Esta incomunicación de noche me abruma —escribía también—; y las de la estación son tan largas, que en cada una de ellas escribo, leo, pienso, como, bebo, duermo, y siempre me sobra soledad, y sobran tinieblas.”

Sometida la causa de Vallejo al consejo de guerra de oficiales generales, éste le absolvió; pero Urrutia, empleando a maravilla las atribuciones de su satrapía, se las arregló para dejarle algún tiempo más bajo custodia. Desesperado, Vallejo optó por la fuga en la noche del 31 de agosto de 1840, para la cual hubo de contar con la complicidad de no pocos maulinos y maulinas... Partió inmediatamente a Santiago, donde algún tiempo después conoció el fallo de la Corte Marcial, absolutorio también, que le dejaba en completa libertad. La aprovechó desde entonces en vengarse de don Domingo Urrutia en todas las formas que le eran accesibles, y sobre todo por escrito. No extraña ver en artículos de muchos años más adelante, cuando el asunto ya estaba de todos olvidado, alusiones y referencias a aquella prisión injusta y cruel y fuertes reprensiones al hombre que la había agravado con extrema severidad.

Al llegar a la capital, Santiago, encontró a la opinión dividida por la vecina lucha presidencial. El Presidente Prieto dejaba la presidencia en 1841, y para sucederle se habían dado los nombres de don Francisco Antonio Pinto, don Joaquín Tocornal y don Manuel Bulnes. Vallejo abrazó decididamente la causa de Tocornal, padre de su condiscípulo don Manuel Antonio, y en *La Guerra a la Tiranía*, que también la auspiciaba, comenzó a colaborar con artículos de escaso vuelo.

El fracaso de Tocornal en la elección decidió a Vallejo a cambiar de rumbos. Lo primero que hizo fue trasladarse a su ciudad natal, Copiapó, donde estaba ya a fines de 1841, al cabo de veintidós años de ausencia, ejerciendo funciones de abogado, aunque no tenía el título correspondiente. Logró algún éxito porque era probo y diligente, y a poco andar adquirió derechos sobre minas que iban a darle un desahogo notable, a él, que siempre había vivido en la pobreza. El cambio de ambiente y de ocupaciones produjo en Vallejo otro más considerable desde el punto de vista literario: el estilo agresivo, ácido, de los artículos publicados en *La*

Guerra a la Tiranía, se convirtió en otro estilo, más desenvuelto y generoso, el de los artículos de costumbres que comenzaron a ver la luz en *El Mercurio* de Valparaíso, ya en 1841. Casi todos los del primer período versan sobre el ambiente más próximo al autor: Copiapó y las faenas mineras en las cuales tenía acceso directo. Entonces comenzó a usar el seudónimo de Jotabeche, al parecer las iniciales de don Juan Bautista Chaigneau, residente en Copiapó y hombre afamado por su gracia. A comienzos de 1843 Vallejo confesaba en una carta íntima su admiración por Larra: "rara vez me duermo sin leer algunas de sus preciosas producciones", la cual le dio en realidad su nuevo y definitivo estilo y una visión pesimista de la existencia, como convenía a su propio temperamento. No son pocas, sin embargo, las diferencias que hay entre ambos escritores, y los críticos literarios las han visto claramente.

En los estudios escritos sobre Jotabeche, ha sido frecuente ligar el nombre del costumbrista chileno a la inmigración argentina, que en sus días alcanzó volumen considerable; y las referencias generalmente versan sobre las polémicas que entonces se desencadenaron, comprometiendo al escritor chileno. Pero la influencia es más bien de otro orden.

Jotabeche tuvo ocasión de conocer la inmigración no sólo a través de sus miembros más selectos, los escritores y periodistas, sino también en contacto con la masa innominada de refugiados, a quienes le fue dado tratar en Copiapó, Chañarcillo y otros lugares. A esos sitios mineros acudían argentinos a quienes ilusionaba la quimera del oro, que más tarde afligiría también a los chilenos con la emigración a California. El mineral de plata de Chañarcillo, descubierto en 1832, ofreció de pronto riquezas de tal magnitud que prometía convertir en ricos, de un día para otro, a cuantos se avinieran a seguir las leyes de aquella espontánea labor. Y entonces ocurre que Jotabeche menciona a los argentinos en grupo, aplicados al trabajo de las minas, rivalizando con los trabajadores chilenos, y diseña sus costumbres en contraste con las de éstos. La inmigración fue para él, antes que otra cosa, una de las fuentes

de su inspiración literaria, y como tal no puede ser desestimada. Hablando de Copiapó en febrero de 1842, escribía: "Los habitantes son en su mayor parte extranjeros, y de éstos un gran número es de argentinos. . . Su conducta en este pueblo los acredita como hombres de orden, y si han sido tan bravos en la pelea como lo son aquí para el amor, no pueden explicarse sus derrotas sino como un azar del hado, como un capricho de la suerte."

Cuando Sarmiento propuso a la Facultad de Humanidades la reforma ortográfica, como primer tributo de su ingenio a la recién fundada Universidad de Chile, Vallejo se sintió conmovido. Escribió una carta muy expresiva a su amigo Manuel Talavera, que habitualmente le mandaba noticias de Santiago, y en ella dio a Sarmiento el nombre de "Anticristo literario", el cual conoció cierta fortuna en el país y tal vez fuera de él. Pero lo que más le dolía era, según parece, el ambiente de relativa aceptación que estaba encontrando el plan de reforma. "No comprendo —decía Vallejo— cómo el sin par circunspecto don Andrés Bello no está escandalizado con este cohete incendiario que Sarmiento acaba de arrojar." Vallejo estaba olvidado acaso de que Bello había emitido ideas similares algunos años antes, en Londres, y cuando el escritor argentino propuso su plan en Chile no pudo hacer la defensa de la misma ortografía que él había declarado susceptible de reforma. Vallejo presintió muy bien lo que iba a ocurrir cuando al final de su carta a Talavera, decía sobre el plan de Sarmiento que "basta su publicación en Chile para exponernos al ridículo de otros pueblos": las reformas ortográficas acordadas por las autoridades chilenas no tuvieron jamás séquito en el extranjero, y en cambio han servido para aislar las producciones de los escritores chilenos, a quienes fue fácil motejar de incultos y de ignorantes.

La actitud de Jotabeche ante los escritores argentinos, que pretendían enseñar a los chilenos a escribir, le mostró chilénísimo en su manera de ser, hecha de desenvoltura, de llaneza, de malicia y de eso indefinible que Vicuña Mackenna llamó, refiriéndose precisamente a él, "embeleco". Sarmiento formuló poco más tarde su impresión de la lucha en que Jotabeche tuvo parte tan activa, diciendo: "El rival más formidable que se alzó en la prensa fue Jotabeche, a quien inspiró en sus principios la pasión de los celos.

Tanto talento ostentaba en sus ataques, tan agudo era su chiste incisivo, que hubiera dado al traste con mi petulancia si él no hubiera flaqueado por el fondo de las ideas generales de que carecen sus artículos, y por el lado de la justicia, que estaba de mi parte. Jotabeche, digno representante del exclusivismo nacional, era un Viriato, que debía concluir por ser vencido. Hoy somos amigos y pudiera aquí insertar una de sus cartas como modelo de laconismo incisivo y decidir." (*Recuerdos de Provincia*). Si bien hay allí varias inexactitudes, que no refutaremos, es mucho que un adversario apasionado como Sarmiento haya terminado por reconocer tanto en Jotabeche, a quien los emigrados argentinos recibieron al comienzo con altanera soberbia.

Después de este período de agitaciones literarias, que le permitió a Vallejo rendir lo mejor que tenía su pluma, el provinciano Jotabeche se acordó de su patria chica y volvió a Copiapó, a fundar *El Copiapino* (1845). La redacción de *El Copiapino*, sin embargo, duró poco. En carta a Talavera, el 1º de julio de 1846 se lee: "ya no soy redactor", y explicando al amigo lo que había pasado, Vallejo agrega: "Los enemigos compraron la imprenta y han puesto dos de los suyos en la redacción. Hablándote la purita verdad, te diré que no estoy por esto picado a calenturas; la imprenta me tenía cansado, aburrido a veces, hasta arrancarme millares de *choreos*. Tener que escribir, tener que atacar, tener que defenderse, lidiar con impresores y con una legión de diablos, era, Manuel, una bien desagradable tarea..."

Ni siquiera compensación económica adecuada parece haber logrado en aquella empresa, pues si por una parte había obtenido "en quince meses... doscientos treinta y nueve pesos dos reales", en cambio en ese mismo tiempo hubo de afrontar "una porción de gastos que con motivo de la imprenta hacía diariamente mi bolsillo". Esta carta sirve, además, para establecer cuál fue el papel preciso de Vallejo en *El Copiapino*. Había a su lado un administrador con quien el escritor terminó por no congeniar: así se desprende de aquel párrafo de la carta donde dice que era para él

un "compromiso" el "sostener un periódico respondiendo ante el público del carácter que el administrador de la imprenta quería darle". Su labor estaba, por lo demás, circunscrita a "suministrar editoriales" como se lee "en un aviso del número 69 ó 70". Su última colaboración en este período fue *El Liberal*, que salió en el número de 8 de julio; y decimos en ese período, porque más tarde algo escribió en *El Copiapino*, más en el plano literario que en el político, como el esbozo biográfico de Francisco Montero, aparecido en el número de 18 de septiembre de 1847.

Vallejo inició su carrera política en 1843, al ser elegido regidor de la Municipalidad de Copiapó. En 1845 se encontraba ejerciendo esas funciones, y otro regidor, don Eusebio Squella, era gobernador interino, por enfermedad del Intendente propietario don Ventura Lavalle. Es el caso que Vallejo y Squella se encontraron en el paseo, tuvieron algunas palabras descompasadas y de ellas pasaron a los golpes, sin poderse saber quién había iniciado la ofensa, porque ambos acusaban de la iniciativa al contrario. De las declaraciones de Squella queda en claro, por lo demás, que estaban ya enemistados o por lo menos distanciados, y que el gobernador interino quiso hacer reducir a prisión a Vallejo, sin lograrlo, porque no oyó sus voces el auxiliar de la Intendencia a quien le daba orden de arrestarlo. Ventura Lavalle juzgó conveniente reasumir en el acto su cargo para sustanciar la causa que le había denunciado Squella, sin que en ésta se llegara a nada por la vaguedad estudiada de las declaraciones, así de los actores del incidente como de los testigos.

En 1849 se presentó de candidato a diputado, y obtuvo una contundente victoria por su programa regionalista: "Seré ministerial si el Ministerio se presta a oírme, si se presta a hacer justicia a las reclamaciones que a nombre de mis comitentes entable. Me uniré a sus enemigos si estas reclamaciones son desatendidas u hostilizadas. Antes que todo, seré provinciano." En Santiago, incorporado al Congreso, se le vio en el grupo conservador, o pelucón. En este tiempo volvió a la prensa para hacer relaciones compendiosas de lo tratado en la sesión, o crónica parlamentaria, publicadas en *El Mercurio* porteño.

En 1850, para completar el cuadro de prosperidad que mostraba su vida, pues las minas finalmente le habían enriquecido, con-

trajo matrimonio con su sobrina doña Zoila Vallejo. "Al fin cargó el diablo conmigo —escribía a su amigo Manuel Antonio Tocornal con fecha 21 de abril de 1850—, Jotabeche se casa con su sobrina Zoila, si el obispo les perdona el ser uno hijo y la otra nieta del viejo más querido que tengo en el cielo. Te lo aviso para que hagas un voto sincero por la felicidad de tu amigo. La historia de mi matrimonio es corta. Recibí la inspiración en las bendiciones de Elisa Tupper, llevando en la cabeza una copa de vino que bebí en casa de tu padre. Esto fue el dos del corriente. El tres, yendo con mi sobrina a la ermita en un birlocho, le propuse el negocio, que lo aceptó *sans compliments*; y todo quedó acordado para cuando volviésemos a Copiapó. Una vez aquí no falta para el *ego vos conjungo* y sus consecuencias sino la licencia del obispo, que la esperamos a vuelta de este vapor."

Y a propósito de los negocios mineros que le embargaban el tiempo, al mismo Tocornal escribía el 4 de octubre de 1850: "Las minas se mantienen bien, generalmente hablando... La Moreno lleva siempre los plomitos de costumbre; pero nada más que los plomitos. En todo este año no me ha dado mi octava parte por producto líquido sino 3.140 pesos, y he gastado en otras minas muy cerca de 2.000. Ya ves que mi balance en agujeros no es muy satisfactorio, aunque, a decir verdad, hay infinitos cuyas cuentas de esta clase son peores que la mía." De allí podría desprenderse que el negocio no era satisfactorio, pero a la larga lo fue, y tau pingüe, que Vallejo podía abarcar después otras inversiones con el producto neto o líquido de las minas.

Vallejo fue nuevamente elegido diputado en las elecciones de marzo de 1852, por los departamentos de Cauquenes y Constitución, que conocía desde haber sido secretario de la Intendencia de Maule; pero esta vez no se presentó a desempeñar sus funciones. A fines del mismo año se avino en cambio a representar a Chile, en funciones diplomáticas, ante el gobierno de Bolivia. El nombramiento se hizo el 26 de noviembre, y Vallejo se encontraba ya en La Paz el 17 de enero del año siguiente. Entró con mala fortuna en un ambiente prevenido contra Chile, a cuyo gobierno no se perdonaba tal vez el haber destruido la Confederación Perú-Boliviana de Santa Cruz, creación máxima del ingenio boliviano, según

no pocos tratadistas. El 18 de enero comunicó al ministro su llegada y pidió audiencia para presentar credenciales; el 22 no había recibido aún respuesta, y reiteró su petición. El mismo día le fue expedida una nota en la cual el ministro recapitulaba los motivos de queja que el gobierno boliviano tenía contra el de Chile, y ponía condiciones a su aceptación como representante diplomático. Acusábase a Chile de ocupar indebidamente parte del litoral austral de Bolivia y de las guaneras allí ubicadas, de proteger la ambición de Ballivián para hacer una revolución en el altiplano, de publicaciones de prensa que el ministro encontraba desdorosas para su nación, y por último, del "injustificable asilo que con violación de la moral pública y escándalo de la América entera se otorgó en el territorio chileno a los asesinos del Presidente de la República". El día 24 de enero respondió Vallejo desbaratando las acusaciones; pero era difícil satisfacer las quejas acumuladas en el período en que las relaciones entre Bolivia y Chile estuvieron cortadas, y Vallejo terminó por convencerse de que su misión sería estéril.

"Por el vapor anterior —escribió al Ministro Varas, desde La Paz, el 28 de marzo— pedí permiso para ir a Chile mientras el Presidente Belzu llega a Sucre, donde se podrá hacer algo de provecho en la cuestión de límites. Creo también conveniente una ausencia, dejando las buenas impresiones que hemos conseguido formar en el ánimo del Presidente de Bolivia. Porque es difícil mantener por largo tiempo esas impresiones en un país en que los chismes y las desconfianzas son parte constitutiva del aire atmosférico. Una residencia ociosa de cualquier agente público en Bolivia tiene más peligro que ventajas para las relaciones que debe cultivar. No le ocultaré a Ud. tampoco que deseo salir de este clima lapón y calentar mi pobre cuerpo a los rayos del sol de la costa. Deseo ver a mi mujer, a Chile, su ferrocarril, sus minas, sus *rotos*; todo lo cual vale para mí infinitamente más desde que conozco estos países."

Emprendió viaje de vuelta a Chile el 6 de mayo, después de haber tenido algunas conversaciones con el Presidente Belzu, que había cedido a la sugestión personal de Vallejo, sin ceder nada en los puntos de vista adversos a su misión. Alejado de las letras y de la política, se concretó a la dirección de sus negocios, ensan-

chados ahora de la minería a la sociedad del ferrocarril de Copiapó.

“Después de haber sacado el señor Vallejo una regular fortuna de la veta Candelaria, se hizo socio por 50.000 pesos en el ferrocarril de Copiapó. En el primer tiempo, la empresa tuvo una marcha fluctuante; los gastos eran excesivos y las entradas no muy considerables. El señor Vallejo se propuso sacar la especulación de esa mala situación, y lo consiguió merced a una serie de providencias acertadas. Contrató con un maquinista las reparaciones; con los ingenieros la conducción de los trenes. Suprimió empleos inútiles; favoreció los trabajos de la prolongación hasta Pabellón, y tuvo el gusto de que la sociedad recogiera por fruto la administración más económica que era posible y un inmenso incremento en las entradas. Entre todos los ferrocarriles del mundo, ninguno se mueve a menos costo y da mayores ganancias. Las acciones, que representan un valor que excede inmensamente a los costos, se venden en Londres con un 80% de premio sobre el valor nominal.” (Barros Arana, *Correo Literario*, 9 de octubre de 1858).

Desde 1854, según testimonio de los parientes, Vallejo se quejó de una cruel afección a la garganta, de orden tuberculoso, para la cual buscaba en vano alivio en las recetas de los médicos. Aconsejado por éstos emprendió viaje por la República Argentina, y si la salud se lo hubiera permitido habría continuado hacia Europa. Escribiendo a su amigo Tocornal desde Mendoza (1º de junio de 1857), decía: “Llegué al Rosario el 6 del pasado. Pero su clima húmedo y destemplado me recibió en las astas, proporcionándome una fatiga asmática que me incomoda mucho. Como todos me aseguran que me iría peor en Buenos Aires, di vuelta afuera, y el 8 salí de aquel pueblo con dirección a Mendoza. Aquí estoy desde el 18 anterior. Se aguló, pues, por segunda vez mi viaje a Europa.” También tras la salud perdida aventuróse a hacer un breve viaje por el Perú, que tampoco le resultó favorable; por lo demás, estando en el Perú, quedó viudo, lo que, sin duda, aceleró su fin.

Vuelto a la patria, murió en Totoralillo, localidad vecina a Copiapó, en donde poseía un fundo, el día 27 de septiembre de 1858.

Los triunfos literarios de Vallejo fueron excepcionales y merecen una mención, siquiera reducida y rápida. Desde luego, Jotabeche fue en su tiempo el escritor mejor pagado en Chile: Rivadeneira, el editor de *El Mercurio*, le daba dos onzas por cada artículo, lo que equivalía a más de cien escudos de la actual moneda. Al ser fundada, en 1843, la Universidad de Chile, Vallejo fue designado miembro académico de la Facultad de Humanidades, aunque, como se recordará, no había recibido ningún título profesional. Todo esto, por lo demás, ocurría cuando Vallejo había completado breves campañas periodísticas y escrito unas pocas docenas de artículos de costumbres.

Recapitulando, le vemos como redactor de *La Guerra a la Tiranía*, entre octubre de 1840 y marzo del siguiente año, y colaboró en *El Mercurio*, por primera vez, de mayo de 1841 a julio de 1842. En seguida figuró entre los redactores del *Semanario de Santiago*, con algunos artículos publicados entre septiembre de 1842 y enero de 1843. Volvió a *El Mercurio*, en donde aparece su firma con intermitencias: febrero a mayo de 1843, agosto del mismo año, y enero y abril de 1844. Jotabeche fue contratado primeramente por Manuel Rivadeneira, pero cuando *El Mercurio* cambió de empresario, también se entendió regularmente con Santos Tornero. Y así pudo escribir: "Verdad es que al nuevo empresario sólo me ligan algunas cartas cambiadas, eso sí a cual más llena de cumplidos de amistad y de deseo de conocernos; y esto es precisamente lo que me cuadra, pues en punto a amigos y a idolatrados tormentos, tengo por la mejor estación la de las zalamerías y de los buenos modos." Vuelto a Copiapó, fundó allí *El Copiapino*, donde escribió asiduamente desde abril de 1845 hasta septiembre de 1847, y después de haberse alejado de la redacción volvió a ella para escribir sólo en el mes de abril de 1849. Finalmente, escribió para *El Mercurio* en otros dos períodos, de julio a septiembre de 1849 y en noviembre de 1851. No se conoce nada más de él.

Alberto Edwards, que editó las obras de Vallejo para la Biblioteca de Escritores de Chile, hizo referencia a piezas que se han perdido: "Vallejo dejó gran número de obras inéditas, pues era muy severo para juzgar sus propias producciones y no publicaba todo lo que escribía. Por desgracia, su familia, después de su

muerte, quemó la mayor parte de estos escritos, temerosa del terrible contagio de la tisis." Algunas de las piezas inéditas señaladas por Edwards pueden ser versos, pues consta que los escribió, aunque sin darlos a luz. En 1842 así lo dijo: "Quizá de un día para otro, me dije, abrirán en aquel recinto un hoyo cuadrilongo para Jotabeche, hoyo donde se sepulten conmigo un surtido completo de esperanzas, los recuerdos de algunos momentos felices, la satisfacción de no haber publicado nunca mis versos, porque he caído como uno de tantos en la fragilidad de componerlos, pero diferenciándome en esto de nuestros vecinos de Oriente, que hacen tantos y tan malos y los publican sin remordimientos..." (*Paseos por la tarde*. I). En los años de su producción más abundante se creía inclinado por vocación a escribir: "Fuerza es confesarlo: siento tanta inclinación a escribir como los argentinos a emigrar, los peruanos a sufrir, los militares a pelear, los pelucones a influir y los hijos de mi tierra a litigar... La pluma es para mí cuanto hay en el mundo; sin la pluma, el mundo me parece nada; sin ella no sé qué me haría, ninguna ocupación me quedaba." (*Carta de Jotabeche*).

Talavera, uno de sus amigos predilectos, le reprochó el haber dejado la pluma por las minas y por otros negocios: Vallejo accedió entonces a explicarle por qué ya no escribía: "Me preguntas por qué no escribo Jotabeches. Ni yo mismo lo sé, por más que a veces deseo hacer algo en esta línea. Creo que los negocios ordinarios en que me ocupo me alejan un si es no es de entregarme a esta ocupación, que sería mi predilecta si pudiera materializar menos mi vida. Una larga permanencia en Copiapó, sin salir a respirar otro aire, sin ocurrir a otras tertulias en que no se hable de minas, sin visitar niñas que le toquen algo más que vales de Strauss, es capaz de secar el cerebro de un caballo. Cualquier viajecito fuera de la aridez física y social de Atacama me regenera, me vuelve las inspiraciones y afila mi mohosa tijera. Por eso, deseo salir de aquí para quién sabe dónde lo más pronto posible, aunque no sea sino por unos quince días." (Copiapó, 19 de diciembre de 1846).

En líneas anteriores se vio cómo a juicio de Sarmiento en los escritos de Vallejo no había ideas, por lo menos aquellas grandes y encumbradas doctrinas que tanto gustaban de manejar los escritores argentinos avocados en Chile por aquellos años. La verdad es diferente. Jotabeche se propuso deleitar a sus paisanos exhibiendo a sus ojos, en breves relatos, cuadros de costumbres en los cuales abundan las pinceladas llenas de intención; pero era esencialmente modesto, y no quiso pasar a mayores. El mismo se caracterizó diciendo que era "hombre del vulgo, soldado raso en nuestras filas de escritores", y esta simpática confesión nos lleva a divisar un rinconcito de su alma no bien escudriñado hasta el presente. Vallejo era pensador, y dispersos en sus artículos suelen hallarse rasgos melancólicos y sentimentales, reflexiones sobre el hombre y la sociedad, que bastan para darnos un concepto de lo que él avizoraba para el mundo. Como prueba de ello tenemos el siguiente elogio de la imprenta: "Ella es uno de esos divinos presentes que Dios, inspirando a algunos escogidos suyos, suele hacer de tarde en tarde a la razón del hombre. Ella ha venido a domar las pasiones, ilustrando la inteligencia, no a sublevarlas, porque eso sólo es obra del embrutecimiento. El débil oprimido puede emplear la imprenta contra el fuerte su opresor; el inocente condenado tiene el consuelo de apelar, por su medio, al juicio de los demás; el pueblo la hace maniobrar para contener al mandatario dentro de sus obligaciones u obligarle a cumplir los deberes que le incumben; los amigos de la cosa pública recomiendan por la prensa al pueblo y al gobernante que se plantee tal mejora, que se corte este abuso o se evite el mal que se divisa. De este linaje son los verdaderos encargos de la imprenta; todos ellos tienden a un solo fin: la utilidad y el engrandecimiento social. Si alguna vez se presta a favorecer al individuo, es porque la causa o los intereses de éste vienen a ser moralmente la causa y los intereses de todos." (*El Copiapino*).

Por lo demás, si no a todos los escritores parece concedido el manejar ideas generales, la grandeza de la obra literaria puede encontrarse también afinada a otras dotes. En el acervo de Vallejo hay chispa, oportunidad, gracia, ironía templada, deseo de divertir al lector, realismo, y, sobre todo, una extrema claridad de la visión, que le daba una memoria como fotográfica. Fue ante todo sagaz

observador de la naturaleza humana y hasta de las exterioridades físicas de la vida de sus semejantes, como se dice muy bien en siguiente juicio de don Gonzalo Bulnes, digno de ser traído ahora a colación: "La naturaleza lo dotó de un espíritu observador y entusiasta, que lo hacía interesarse en todo lo que sucedía a su alrededor; apasionarse con el mismo ardor de los graves acontecimientos de la política o de las escenas triviales del hogar. Ni un solo rincón de nuestras costumbres escapó a su mirada investigadora. Penetró armado de esa misma curiosidad a la intimidad de los salones, cuyos chistosos incidentes relata después con la franca jovialidad que le era peculiar. No olvidaba ni los rezongos de los sirvientes, ni la distribución o forma de los muebles; ninguna de esas peculiaridades insignificantes en apariencia, pero que dan la verdadera medida del estado social de un pueblo. Considerados bajo este punto de vista, los artículos de Jotabeche son un arsenal inagotable de datos fidedignos sobre las costumbres, la vida y las ideas de la sociedad que se propuso dar a conocer." (*Revista Chilena*, t. II, 1875, p. 165).

De Vallejo, como de todos los costumbristas del mundo, puede afirmarse que dejó pequeños cuadros de pequeños rincones. El más ambicioso entre los de lengua española, Mesonero Romanos, a pesar de haber escrito una rica galería de escenas, confesaba haberse reducido sólo a las matritenses, esto es, a las que tienen como escenarios las calles de Madrid. Jotabeche dijo poco de Santiago y algo menos de otras ciudades de Chile, reservando la mayor parte del espacio de sus reducidos cuadros de género a Copiapó y los alrededores de esta ciudad, centro entonces de una explotación minera sumamente intensa. Tanta fue la pujanza de la fortuna argentífera alcanzada y lograda en Chañarcillo, Pampa Larga, Romero, Garín, Manto de Peralta y otros sitios vecinos, que en Copiapó comenzaron a verse pronto los resultados de una real emulación en la prosperidad: se construyó un teatro para oír las voces de las mejores divas del mundo y el primer ferrocarril de Chile se tendió de Caldera a Copiapó para dar salida a los productos de

aquellas minas de fabulosa riqueza. Y es significativo recordar que Vallejo, el escritor, el periodista, a quien por haber desempeñado esos oficios sin beneficio los hombres prácticos de la época bien pudieron creer inepto para administrar riquezas, no sólo pudo lograr alguna fortuna minera, sino que como promotor del ferrocarril se mostró activísimo en la solución de los problemas técnicos y económicos planteados por la línea férrea.

La fortuna de Vallejo, grande o pequeña, pasó a otras manos y es muy posible que de ella, en estos días, nada quede en poder de ninguno de los sujetos en que se haya ramificado su estirpe. Lo que sí sobrevive, intacto, es el caudal de sus artículos, a los cuales damos, por general convención, el agregado "de costumbres".

En sus artículos, Vallejo describe las faenas mineras y dentro de ellas recuerda dos cosas muy características, los derroteros y los ilusos, que o despilfarran la riqueza en cuanto llega a sus manos o viven planeando labores imposibles en minas imaginarias. Como provinciano que es, y orgullosamente quiere seguir siéndolo por confesión propia, en Santiago señala todas las cosas que le llaman la atención, así en el paseo callejero como en los interiores de las casas, en el teatro, en el parlamento y en otros sitios. Todo esto son, en el más estricto sentido de la palabra, costumbres que cabe observar y describir. Y Vallejo pone gracejo y buen humor para contar aquellas menudencias, con tal inspiración de miniaturista, que el conjunto de sus artículos viene a ser, por el tiempo transcurrido, una especie de álbum con retratos y fotografías de incidentes típicos de la época, patinados por los años y aptos para la evocación histórica, no menos que para el regodeo de la sensibilidad literaria.

Pero como fondo, en algunas de las páginas de Jotabeche se alcanzan a divisar breves meditaciones sobre el alma del hombre, con las cuales el escritor regocijado y algo frívolo, en la general apariencia, cobra una dimensión de inquietud humana que cabe considerar más detenidamente.

Una visita al cementerio de la aldea es, desde los más remotos años, ocasión para que el hombre piense en la caducidad de sus empresas, tan perecedoras como la hermosura, el entusiasmo y los deseos de gloria que forman cortejo a la juventud. Pero Jotabeche

sabe decir las cosas a su modo, y éste es original. "Si un sepulcro no tuviera más objeto que ocultar a los vivientes la corrupción de nuestra miserable humanidad, e impedir que sus exhalaciones envenenen el aire respirable, claro es que no habría que esperar a muchos que muriesen para echarles tierra encima. . ." (*Paseos por la tarde*, primer artículo). Los juegos del carnaval se prestan a la meditación, y Jotabeche sigue el ejemplo de otros, pero a su manera: "Bien puede ser la chaya una costumbre incivil o detestable; digan de ella lo que quieran cuantos juzgan las cosas con una circunspección que no les envidio; lo cierto es que los juegos de carnaval tienen para mí y otros calaveras un atractivo deleitable. Amo con delirio sus ligeras intrigas, sus tropezones, sus mojadadas y todas sus barbaridades. ¡Que una linda mano restriegue diariamente con almidón mi pobre cara, con tal que la sienta detenerse un momento sobre mis labios!" (*El Carnaval*).

Creo que para mi objeto basta. He querido señalar, con ejemplos concretos, no sólo que en Jotabeche existía sensibilidad alerta y vivaz, sino cuál era el rumbo que ella señalaba al escritor dentro del vasto espectáculo del siglo en que vivió. De las dos notas que se han copiado podría decirse que son delicadas y sutiles, si bien la primera es lúgubre y en extremo pesimista, y la segunda, como por contraste, reboza una dulce y estremecida gentileza. En ésta Jotabeche se muestra enamorado de esa mano incógnita, que puede ser la de su sobrina Zoila, convertida después en su esposa, o bien la de alguna muchacha de Copiapó o de Santiago vista al paso y admirada a la distancia. Es precisamente la indecisión de la viñeta, la penumbra, la vaguedad, lo impreciso de la imagen, voluntariamente aludida con esquivos términos, lo mejor que tiene aquella singular aparición de la *mano enharinada*.

Y entonces cabe preguntarse si el hombre a quien la naturaleza dotó de esas condiciones para pasar de la severa reflexión a la risa, de la confesión de amor al silencio, pudo sentirse inclinado a la literatura por la emulación nacional que en Chile hubieron de suscitar los emigrados argentinos. Yo creo que no, y si se me fuerza a pronunciarme, categóricamente diría que me parece contrario en

absoluto a las leyes de la psicología humana, el que un hombre negado a la creación literaria haya de abrazarla sólo porque, en una discusión pública, se le excita el amor propio nacional. Yo creo, en fin, que Jotabeche había nacido escritor, y con argentinos en Chile como sin ellos, escritor habría sido.

Como la historia literaria de Chile está por escribir, ha podido prodigarse la noción de que el florecimiento literario de 1841 ó 42 se debe, no a las espirituales aptitudes de los escritores nacidos en este suelo, sino al acicate ejercido por el ejemplo de los de fuera. Para afirmar tan peregrina especie, es preciso omitir en absoluto la influencia ejercida en el ambiente nacional por el magisterio de don Andrés Bello, radicado desde 1829 en Santiago, en su calidad de maestro, de funcionario, de jurista y de periodista; es preciso, además, saltarse por completo la circunstancia de que los trece años que medían entre 1829 y 1842 son precisamente los necesarios para el afloramiento de una generación y para que los niños de ayer comparezcan como los hombres de hoy; y en fin, alejar totalmente del panorama el hecho de que Bello, que había alentado los primeros pasos de esos jóvenes, siguió, hasta la más extrema ancianidad, velando por la suerte de los estudios humanos y literarios de Chile, sea en la Universidad de que era rector, sea en su propio hogar, donde por mucho tiempo tuvo cátedra abierta.

Sin ser Vallejo discípulo de Bello, vivió en el ambiente formado por aquellos jóvenes que sí lo fueron. Es el fruto genuino de una generación literaria nueva, a la cual cupo repeler la invasión de los galicismos de forma que prodigaban los argentinos en sus escritos, así como fue necesario repeler, por los mismos motivos, el mal gusto en que aparecían inspiradas las producciones literarias de los escritores forasteros, muy talentosos, pero demasiado afectos a la novedad efímera y a la moda llamada a caducar. Y es hora entonces de recordar que el estilo de Vallejo, si bien conserva huellas de época, parece consustancial a la psicología chilena, que refleja con admirable propiedad, de modo que más que estilo literario y forma adobada para conquistar a los lectores, parece el fruto de una charla, de una conversación entre amigos y, de vez en cuando, re-

tazo del monólogo interno que mantiene el hombre a lo largo de su vida como íntimo comentario de las cosas de su propio existir. Desde este punto de vista, sigue siendo un escritor admirable, pues hoy mismo se leen sus producciones con embeleso y deleite sin que se echen de menos, en ninguna, la frescura de la observación, la listeza de la imagen y la elegancia natural, espontánea y nada afectada del giro expresivo.

RAUL SILVA CASTRO,
de la Academia Chilena

COPIAPO Y CHAÑARCILLO

C O P I A P O

Antes de ahora, hubo otra época floreciente también para esta *isla del desierto*. Siguióse una larga serie de años en que la pobreza, el hambre y la sed, la peste y los temblores le imprimieron alternativamente el sello de la miseria, haciendo emigrar o morir a sus habitantes, arrasando el recinto de la población y consumiendo la verdura del valle donde está fundada, hasta ofrecer el mismo aspecto de los despoblados que le circundan.

En mi juventud visité Copiapó. Un terremoto espantoso acababa de asolarle. Las gentes le habían abandonado casi del todo y vagaban por los áridos peñascos de las inmediaciones llorando sus perdidos hogares y aplacando con penitencias la cólera divina. Sus calles, señaladas entonces por líneas paralelas de escombros, inspiraban una abrumadora tristeza, un dolor mudo como el silencio de sus ruinas. Nada más melancólico que la vista de un solar, de un pueblo donde ya nadie habita. Un cementerio tiene más señales de vida: las cruces, los epitafios y los mismos sepulcros que la vanidad rodea de aparato, nos revelan una nueva existencia, la existencia de la eternidad; pero una ciudad desierta es la imagen del caos, el tipo de la destrucción general del universo.

El 10 de mayo de 1819 salí de aquí en compañía de varias familias que emigraban al Huasco y La Serena. Poseídos todos de un sentimiento amargo, dijeron sus adioses al país de su cuna, bien así como si se despidieran de un amigo dejándole abandonado a un irreparable infortunio. Huían de un sitio en que temían encontrar su sepulcro, pero no lloraban; porque aun el feliz asilo en el extranjero hace recordar con doble amargura las desgracias de la patria.

Veintidós años después he vuelto a pisar este suelo que en aquel tiempo ofrecía la pintura de una maldición. ¡Qué diferencial! ¡Qué contraste forma lo que veo con mis recuerdos! ¡Suerte, fortuna, ser invisible que diriges los destinos del hombre y de los pueblos! ¡Cuanto miro, cuanto hay en este lugar es un primor de tu poder, un rasgo asombroso de las incomprensibles reglas de tu voluntad!

El comercio, la agricultura, las artes y el lujo, han borrado ya con sus riquezas hasta la memoria misma de esos tiempos. El ruido de una gran concurrencia, siempre afanosa y activa, siempre ocupada en especulaciones y negocios o entregada a la alegría de las diversiones nocturnas, resuena hoy en aquellos sitios donde antes no se escuchaba sino el grito del ave de la noche, o el ladrido del perro que, rondando entre las ruinas, querría aún custodiar la destrozada fortuna de sus amos fugitivos.

Por cualquier camino que se viaje a Copiapó, es preciso atravesar desiertos de arena, riscos áridos y vastas llanuras despojadas de toda señal de vegetación. El calor y la sed quizás no mortifican tanto al viajero como el aspecto horrible de una naturaleza sin vida, sin gracia, guarnecida sólo de peñascos negros como la tez del africano, y de cerros cuyas enredadas vetas y ásperas desigualdades se asemejan al arrugado ceño del viejo avaro que quiere defender contra la codicia sus enterrados tesoros.

Al acercarse, pues, a Copiapó, al divisar sus arboledas, sus elevados sauces, cuyo alegre verdor resalta en el fondo descolorido de las alturas que terminan el paisaje, el alma cree despertar de una odiosa pesadilla, e involuntariamente estalla nuestro alborozo como si después de una larga navegación avistásemos la costa de la patria y el aire llevase hasta nosotros la fragancia de sus bosques. ¡Salud, valle hermoso, oasis encantado del desierto! El fatigado viajero se aproxima a ti tan contento como al hogar de sus padres; te avista como a su amigo después de una larga ausencia, y te bendice como el peregrino a la posada que lo alberga por la noche.

El pueblo de Copiapó, por su fisonomía, se distingue de muchos otros. Sus calles estrechas, irregulares y tortuosas se conforman más con la variedad, única base fija que hasta ahora vemos dominar en el gusto de la especie humana. Dos líneas rectas, in-

terminables y paralelas de casas blanqueadas son una monotonía continua, una vida entregada al ocio. En Copiapó no sucede así. A cada paso que damos se presentan nuevamente otras casas, otras higueras, otros *chañares*. Más allá, una carreta de la que, a pocas varas hacia atrás, no habíamos visto sino las astas de un buey; viene luego una plazuela; al frente tenemos un horno de fundición que a los dos minutos desaparece de nuestra vista, y entramos en un arenal donde se halla medio enterrada una iglesia. A poco cacarear ¡nueva escena! Un añoso algarrobo con su tronco convertido en cruz; después un trapiche, en seguida una casa tejada, molida, remolida y destejada por los temblores; y así sucesivamente marchamos siempre sorprendidos por algo que no se puede ver sin doblar las jorobas y tortuosidades de las calles.

Es desagradable la vista de los edificios, cuyos techos son bajos y están cubiertos de barro, pero por lo mismo se sorprende uno al examinar el aseo, holgura y lujo con que se hallan adornados en su interior.

Los habitantes son en su mayor parte extranjeros, y de éstos un gran número es de argentinos, sin que podamos asegurar que mañana u otro día tengamos otra cosa en Copiapó, porque diariamente llegan escuadrones enteros a entregar sus armas a estas autoridades. Bien que de poco podrán servir a la República (digo, las armas), pues se hallan tan melladas y maltratadas como, por lo visto, deben encontrarse las provincias unidas del Río de La Plata. Su conducta en este pueblo los acredita como hombres de orden; y si han sido tan bravos en la pelea como lo son aquí para el amor, no pueden explicarse sus derrotas sino como un azar del hado, como un capricho de la suerte.

El bello sexo de Copiapó es como el bello sexo de todas partes, con lo que creo hacer su elogio. ¿Dónde no son las mujeres amables, bellas, graciosas, dotadas de bondad y de talento? ¿Quién es el desgraciado que, bajo cualquier clima que las haya visto, no ha encontrado en su trato los encantos de uso y costumbre, los atractivos de tabla y las calenturas de cabeza, sin las cuales no se puede vivir en medio de ellas? Cuando yo era joven y viajaba, como viaje siendo viejo, tuve la fortuna, que habrán tenido muchos, de encontrar en cada pueblo seis u ocho casas con dos niñas por lo

menos cada una, que me gustaban a un tiempo. La que no tenía los ojos verdes, los tenía azules o negros; si eran pardos, color de ojos que se cree insignificante, yo los hallaba irresistibles por la crespada pestaña que los rodeaba, y aún recuerdo que casi me perdí por unos bizcos que me parecieron encantadores, desde que descubrí en ellos un *no sé qué* imposible de definir. Lo mismo me pasaba con las demás facciones: todas eran gracias; y lo mismo me sucedería hoy en Copiapó si me pasase menos la fe de bautismo. ¡Qué colección de ojos tan variada! Aun ahora que ya mi sangre circula sólo por no perder la costumbre, por un resto del impulso que le diera el ardor juvenil en años que ya pasaron, me siento arrebatado por unos ojos dormidos, cuya interesante tristeza llena de alegría el alma; por unos hoyuelos, por un lunarcito... y por otros mil pequeños tesoros que en aquellos tiempos codiciaba de día, y halagaban mi fantasía en las visiones de la noche.

Hay un barrio aquí también que se llama Chimba, adonde se dirigen todos los paseos y de donde nadie vuelve sin un lindo ramo de claveles y jazmines. Es en esta parte del pueblo que las quintas, huertas y jardines se hallan mejor cultivados, razón por que las chimberas son visitadas con asiduidad por cuantos saben apreciar la sencillez de su agasajo y el fresco de sus parrales y arboledas. La vuelta de estos paseos en las noches de luna, es deliciosa. Una brisa suave del oeste agita el aire embalsamado con la fragancia del floripondio, a que debe añadirse el espectáculo de un cielo brillante, puro y cristalino, con el cual compararía un poeta enamorado el mirar de los ojos de su bella.

Las fatigas del hombre terminan a las seis de la tarde, y poco después empiezan las de las cuerdas. El joven o la niña que se acuesta sin bailar una contradanza, puede exclamar como aquel emperador cuando se recogía a la cama sin haber hecho un beneficio: *¡Hoy he perdido el día!*

—Hombre, ¿cómo va?

—Bien; acabo de recibir un propio de Chañarcillo. Dos labores van en barra.

—¡Excelente noticia! Es preciso celebrarla. ¿Dónde nos vamos esta noche?

—En casa de N. Allí hemos quedado de ir con las primas.

—Corriente. Yo iré con mis vecinas, y empeñaré a Fulano, Zutano, Mengano y Perengano a que vayan de visitas con éstas, ésas y aquéllas.

—Me gusta. Agur, tengo que ir al buitrón.

—Y yo a comprar unos combos.

Y así se encuentran, se combinan y se despiden, para volverse a encontrar donde se han dado y siguen dándose el *rendez-vous*. La casa que recibe las visitas sirve el té; los hombres, por lo regular, sólo piden agua. Pero esta agua de Copiapó, quizás por las partículas metálicas que contiene, es tan cruda y tan indigesta, que, por vía de precaución, hay que aliñarla con azúcar y coñac, lo que la deja perfectamente potable.

—Vamos a *despuntar el vicio*: contradanza, cuadrilla francesa, valse general, minuet para las señoras que no pueden *correr* el valse general, *churre*, otra contradanza; que canten el Trovador, sajuriana, otro y otra, cuando en cuarto; un repaso a las cuadrillas americanas; Canción Nacional, *zambacueca*, contradanza para descansar.

—¡Que se van las niñas! ¡Sujeten a las señoras!

—¡Jesús! ¡Es muy tarde! Tengo enfermo en casa. ¡Vivimos tan lejos!

—No, por Dios, señorita. Mire Ud., las once y media en punto. Esta otra contradancita, y nada más. ¡Las niñas están en baile!

—¡La *moza!*, ¡la *moza!* —gritan todos.

Las señoras vuelven a ocupar su lugar, porque aunque han querido desentenderse de tanta instancia, no parece la llave de la puerta. Se baila, en fin, la *moza*; y como no han de salir las niñas con el cuerpo caliente al aire libre, mientras se refrescan le pasan a una la vihuela para que cante... Está muy ronca, muy olvidada, no sabe sino canciones viejas, ha cantado mucho; afina en seguida el instrumento, suenan los primeros compases, y empiezan...

¡Oh! ¡Cuánto es la ausencia amarga...!

Al concluir la primera estrofa, otro concierto armonioso se deja oír en el parral del patio interior... ¡Están cantando las diucas...!

Un *jesuseo* general estalla en el estrado. Mil carambas de despecho lanzan los hombres. ¡Estaban empezando a divertirse! Despidense de los dueños de casa, que sienten en el alma se vayan tan temprano; mas, en cambio, todos les aseguran que se han divertido mucho, y que otra noche vendrán más despacio.

El Mercurio,

1º de febrero de 1842.

¡QUIEN TE VIO Y QUIEN TE VE!

Pocos pueblos habrán tenido una infancia tan larga y más parecida a la decrepitud que la villa de San Francisco de la Selva, hoy ciudad de Copiapó, capital de la provincia de Atacama. Pero también es cierto que muy pocos harán un progreso más rápido y más a vista de ojo, que el que en estos últimos años le ha venido la gana de recorrer a nuestro amado rincón. Se puede decir de él lo que del niño, que de repente sufre un gigantesco desarrollo: se le ve crecer.

Todos aquellos de mis paisanos que no quieran hacerse criaturitas de ayer, recordarán lo que era esto, treinta, cuarenta o cincuenta años ha. Un asiento de minas con sus cinco o seis trapiches de oro o plata; y este oro o plata el único aliciente, que allá por la muerte de un obispo solía atraer a algún especulador valiente, como el que en nuestros días lleva sus añiles y chaquiras muy al interior de las tierras de Arauco.

Los algarrobos, chañares y dadines no sólo dividían las propiedades unas de otras, sino sombreaban las habitaciones e invadían los patios y aceras de las calles. En la plaza principal crecían, según es fama, estas plantas indígenas en la misma paz y libertad que antes que Diego de Almagro viniese, desde el Perú, a alborotar este entonces silencioso valle.

Un subdelegado de los reyes católicos gobernaba en toda la jurisdicción de Copiapó, precisamente como gobiernan hoy en Chañarcillo y San Antonio los subdelegados de la República; me explicaré: tenían el encargo de hacer el bien, dejándoles al mismo

tiempo todo el poder, facultades y multas para obrar, si querían, el mal. Así es que siempre era un favor especial y una merced recibida, esto de que no le ahorcaran a Ud. el día que Ud. menos se lo esperase. El pueblo semejaba entonces a un vasto monasterio de ambos sexos, que vivía, comía y dormía a golpe de campana. De madrugada les llamaba a misa el cura; a las doce del día, tocaba la agonía de las ollas el sacristán; a la oración, vuelta a sonar la campana para que todos fuesen a bostezar en la leyenda y distribución; y más tarde, a eso de las diez, se tocaba la queda, hora en que el subdelegado mandaba a su gente que se acostase a dormir y apagase las luces, so pena de ocho días de trabajo en el cuartel o multa de tantos pesos. Entonces todos sabían que los pesos eran para el subdelegado: hoy nadie puede jurar que conoce, a punto fijo, el abismo donde van a parar.

En aquel tiempo, sólo había algunos ricos y un hormiguero de pobres, tan pobres como Adán. Los primeros formaban la corte del subdelegado: todos eran alféreces reales, maestros de campo y compadres del mandatario; única condecoración que hasta hoy se conserva con sus preeminencias y propinas: las otras han vuelto a lo que eran, se han vuelto humo.

El solo asunto conocido entonces por de interés público y que alcanzaba a conmover la comunidad extraordinariamente, parece haber sido el turno de aguas. Hubo autoridad apedreada por el pueblo, a consecuencia de haberlas distribuido favoreciendo a los ricos; y hubo otra que habiéndolas repartido no al gusto de éstos, necesitó de atacarles con el pueblo hasta incendiar sus sementeras, para plantar la reforma.

No se conocía otra policía que la muy inquisitorial ejercida por el cura de la parroquia, cuyas atribuciones no se limitaban a casarle a Ud. contra su voluntad, sino que también le metía a Ud. a la cárcel o le desterraba a Ud. del redil con una excomunión mayor, cuyos olores pasaban a sus descendientes.

Los comendadores de la Merced y guardianes de San Francisco constituían otro poder terrible. De consiguiente, encompadrarse con ellos se tenía por el gran honor de aquel entonces; recibir sus visitas, por una bendición de Dios, y no caerles en gracia,

por el contrario, la piedra más pesada que podía aplastar a un individuo.

Las reuniones de familias poco se usaban por la noche, y sólo cuando ocurría un casamiento, un óleo u otro motivo de regocijo, armábanse algunos saragüetes. El *minuet* ejecutado por la primera notabilidad femenina, regularmente no la mejor moza, abría la sesión; después de lo cual todas las damas tenían permiso para salir, a su vez, a dar ese paseo donairoso, esa exhibición de gracias y de belleza a que se halla reducida esta magnífica antigualla. La etiqueta de romper el baile con un *minuet* aquella que se consideraba reina de un estrado, fue, por largo tiempo, un motivo de quereñas y quejas contra las preferencias. Pero después se entabló que esta prerrogativa la tendría precisamente la más entrada en años, con lo que hubo vez que ninguna quiso recibir tan disputados honores. En todos tiempos la mujer ha sido incomprensible.

El ajuar de la pieza principal de una casa consistía en un largo tarimón, con una alfombra por encima y una madriguera de ratones por abajo; sobre el tarimón y a lo largo de la muralla, una fila de cojinitos semimoriscos con espaldares de zaraza o zagalejo a guisa de colgaduras. Este era el asiento exclusivo de las damas, y ningún hombre que no fuese fraile de campanillas podía profanar aquel sagrado. En una de las cabeceras del estrado se arrellanaba sobre una pequeña alfombra la dueña de casa, teniendo siempre a su lado una cajuela, cubierta de mosaico de plata y de concha de perla. Al frente de este aparato se veían un escaño y varios taburetes de madera, tan propiamente madera que sólo le faltaba la facultad de arraigarse y retoñarse; aquí se acomodaba el otro sexo. Debajo del escaño y taburetes dormían las palomas caseras; tejían sus telas las arañas; guardaban las chiquillas sus muñecas; y las niñas sus zapatos más usados: y como nunca pasaba por allí la escoba no era de admirar que saliese también uno que otro charcito. Completaba el menaje una mesa enorme, por lo regular de sauce, sobre la cual vivían en perfecta armonía los santos milagrosos de la familia, el mate y el sahúmador de plata, un espejo de cajoncito, un florero bien surtido, varias chucherías y el gato regalón de la señora.

Tal era, poco más o menos, Copiapó en aquellos días de su

larga infancia. Así vegetó por cerca de un siglo, sin que la vida de sus habitantes experimentase otras crisis que las ocasionadas por algunos descubrimientos de minerales o por los fuertes terremotos que se dejaban sentir aquí de vez en cuando.

La revolución de la independencia alcanzó a convulsionar estas costumbres y este modo de estar de nuestro pueblo, no obstante su aislamiento del teatro de los sucesos y reformas. Ella introdujo cierta fermentación en la vida de inercia que se llevaba; y como en todo el territorio, los hombres vieron que se podía pensar y obrar, y pensaron y obraron en un círculo más extenso que aquel que hasta entonces tenían por descubierto.

Pero es indudable que Copiapó no ha empezado de veras la carrera de los adelantamientos, sino desde diez años a esta parte. La explotación de Chañarcillo, San Antonio y demás ricos minerales, la comunicación frecuente en que hemos entrado con otros pueblos y otros hombres, la inmigración de argentinos y varias circunstancias de importancia, han dado gran impulso a nuestra población, comercio, industria y cultura de costumbres; mejoras que serían hoy muy débiles, si se hubiesen obtenido por efecto sólo de nuestra revolución civilizadora.

Seis establecimientos de beneficio de minerales de plata, con una maquinaria estrepitosa y cuantiosos capitales, amenazan pulverizar y disolver todos los cerros del departamento. Parece ya una manía la planteación de estas importantes empresas; unas están en embrión, varias en proyecto. Y es verdaderamente pasmoso y muy lisonjero, que mientras más máquinas hay para devorar metales, mayor número de cajones entra por las puertas de los establecimientos. La concurrencia ha venido a ser un admirable fomento de esta industria.

Todo un intendente dirige en el día los negocios públicos del departamento, y no hay quizás, en toda su extensión, mayores desórdenes que los ocasionados por la imprudencia y donquijotismo de los mismos mandatarios subalternos.

Una población numerosa se halla consagrada a todo género de industria, tanto en esta ciudad como en el resto del valle. Los progresos de la agricultura son verdaderamente increíbles, si se atiende a que cinco o seis años ha, yacía en un triste abandono.

El robo y la mendicidad son muy raros, porque el trabajo proporciona a las clases pobres una suficiente subsistencia. La propiedad se halla repartida: hay un sinnúmero de pequeños capitales en activo ejercicio; y los especuladores del comercio mantienen el mercado en la abundancia. Todo es caro, pero nada falta.

Los curas y sacerdotes han renunciado a sostenerse en un prestigio que no puede existir sino fanatizando al pueblo y perpetuándole en la ignorancia. Hoy ya no son temidos, son amados; porque ellos aman a todos, porque favorecen al pobre, hacen dar al rico, abren escuelas, levantan templos y emprenden obras en que el beneficio de la humanidad es el primer fin y objeto que se proponen. No hago excepciones, pero creo un deber mencionar aquí los nombres del apreciable canónigo D. Joaquín Vera y de Fray Francisco Bustamante: ambos, por su trabajo, su desinterés, nobles y evangélicas virtudes, se han hecho acreedores a la gratitud y amor de nuestro pueblo.

Ya no hay tarimas, ni escaños, ni taburetes. Muebles elegantes se han substituido a esta colección de respetables mamarrachos. Los alfombrados de tripe, sofás y sillas de crin, el mármol y la caoba, los espejos y pianos cubren hoy las piezas de recibo, cuyas paredes tampoco admiten colgaduras de zaraza sino bonitos empapelados.

Nuestra sociedad, cuando quiere serlo, ofrece tantos placeres y atractivos como las mejores de provincia. Sólo falta que se use buscarla; que se prefiera el té servido por una señorita al que preparan los criados en las casas de los solterones, y que después de cerrar la tienda, donde hemos engañado a medio mundo, busquemos en los estrados quien nos engañe a nosotros. Recuérdense esas bellas temporadas que suelen brillar en la vida *macha* que llevamos lo mismo que un día hermoso en un invierno encapotado; recuérdense las noches de septiembre, y véase cuánta elegancia, cuánta amabilidad se dejan por ahí, en un olvido indigno, en una inacción lastimosa.

A vista del contraste entre el Copiapó que fue y el que vemos tienen mucha razón algunos para exclamar, llevándose ambas manos a la cabeza:

—[Quién te vio y quién te ve!

El Mercurio,

10 de abril de 1845.

MINERAL DE CHAÑARCILLO

He visto esta población, no de casas sino de cuevas. He visto un cerro cubierto de agujeros redondos, semejantes a un madero horadado por la polilla.

A 20 leguas al sur de Copiapó y al terminar una cadena de montañas que, en una larga distancia, se extiende tomando diferentes direcciones, y revistiéndose su superficie de diferentes paños o colores metálicos, descubrió un cazador de huanacos, en mayo de 1832, ese depósito todavía incalculable de plata. Allí han encontrado unos la gran fortuna que poseen o aumentado la que tenían; otros han perdido, estimulados por la codicia, los caudales que antes disfrutaban, y no pocos, después de enriquecerse pasmosamente, arrancando a Chañarcillo sus tesoros, han vuelto a caer en la miseria consiguiente a la prodigalidad, a la imprudencia y locas disipaciones. En menos de diez años este mineral ha producido más de doce millones de pesos, y si pudiera evaluarse en dinero la cuarta parte de las esperanzas fundadas en él actualmente, muchos guarismos se emplearían en expresarlas. Las minas en la boreo pasan de ciento; algunas están ricas; otras, su beneficio es contingente; pero todos los cálculos y probabilidades parecen asegurar en casi la totalidad de ellas el deseado alcance, tras del cual marchan sus dueños con la misma tenacidad, maña, paciencia y artificios que cuando se quiere conquistar el corazón de una bella desdeñosa. Las vetas de Chañarcillo que han llegado a ser explotadas en una determinada hondura, dan un metal riquísimo. El

conato general de los mineros es, pues, arribar a esa línea, que llaman *planes*; línea donde ninguna esperanza ha dejado de ser satisfecha, y donde la voluble fortuna, cansada de resistir a su tenaz conquistador, recompensa su constancia.

Una mina es un raro testimonio del poder y de la osadía del hombre, y quizás surcando impávido el borrascoso océano no prueba mejor la grandeza de su destino que recorriendo y salvando las simas que él mismo ha elaborado bajo el enorme peso de desquiciadas montañas. Al marino, mil esperanzas le rodean en los peligros; un bote, una tabla puede conducirle salvo a la orilla. Al minero, sólo le rodean tinieblas; una vez desviado su pie del difícil sendero que le guía, nada le favorece en su naufragio; ni siquiera tiene lugar de divisar la muerte, que le sorprende en el acto de dar la prueba más vigorosa de su existencia.

El estallido horrible de la pólvora que quema el barretero en la labor que trabaja; la conmoción producida en la enorme mole cuyo centro se hiere, y el estruendo mil veces repetido por los ecos de las demás concavidades y grietas de la mina, es lo más imponente de cuanto puede experimentarse, es la expresión sublime de la omnipotencia de la industria, o, como dicen los mineros, *el quejido del cerro que siente despedazadas sus entrañas*. Por preparado que uno se halle a oír aquel ruido tremendo, un terror violento le sobrecoge sin que pueda sacudirle aun después de pasado el fenómeno, dudando, al parecer, que haya podido verificarse sin sepultarle allí mismo, y desprendiendo sólo algunos trozos de piedra para dejar a la vista el metal de la veta que se persigue.

Las labores de la Descubridora, mina jefe de Chañarcillo, tanto por ser la primera hallada cuanto por su riqueza, se encuentran trabajadas a mayor profundidad que todas las otras. A la vista de un hombre medio desnudo que aparece en su bocamina, cargando a la espalda ocho, diez y doce arrobas de piedra, después de subir con tan enorme peso por aquella larga sucesión de galerías, de piques y de frontones; al oír el alarido penoso que lanza cuando llega a respirar el aire libre, nos figuramos que el minero pertenece a una raza más maldita que la del hombre, nos parece un habitante que sale de otro mundo menos feliz que el nuestro,

y que el suspiro tan profundo que arroja al hallarse entre nosotros es una reconvencción amarga dirigida al cielo por haberlo excluido de la especie humana. El espacio que media entre la bocamina y la cancha donde deposita el minero los metales lo baña con el sudor copioso que brota por todos sus poros; cada uno de sus acompañados pasos va acompañado de un violento quejido; su cuerpo encorvado, su marcha difícil, su respiración apresurada, todo, en fin, demuestra lo mucho que sufre. Pero apenas tira al suelo la carga, vuelve a desplegar su hermosa talla, da un alegre silbido, bebe con ansia un vaso de agua y desaparece de nuevo, entonando un verso obsceno, por el laberinto embovedado de aquellos lugares de tinieblas.

Las minas que actualmente se hallan en un estado más lisonjero son la Descubridora, las Guías, la Carlota, la Santa Rita, el Rosario de Picón, la Colorada, la Guía de Carvallo, el Reventón Colorado, Santo Domingo, la Esperanza, el Bolaco y San José. Un número considerable de otras, a pesar de hallarse en el día broceadas, no las venderían sus dueños sino por sumas ingentes, lo que prueba cuán bien cimentadas son las esperanzas que prestan; a que se agrega que apenas es desamparada una mina, cuando uno o más la denuncian y siguen su laboreo hasta encontrar en ella su fortuna o su ruina. Chañarcillo es, pues, un punto donde se trabaja con una actividad asombrosa, con una constancia digna de la mejor recompensa. Por muchos años seguirá siendo uno de los más sólidos fundamentos de la riqueza de esta República, sobre la cual derrama el cielo sus bendiciones para la felicidad de sus hijos, y en la que tanto noble americano viene a enjugar las lágrimas de sus desgracias.

En el centro del mineral se ha formado un pueblo llamado Placilla. Allí es donde los mineros van a solazarse de noche. El juego, el amor, el ponche y todos los vicios les hacen consumir en una hora el producto de su trabajo y el valor de las piedras ricas que en conciencia se ven obligados a quitarle el patrón para que no gane tanto, trabajando tanto menos que ellos. La Placilla es una Babel, la confusión no de las lenguas sino de todas las fortunas de Chañarcillo. Hallándose, dentro de su círculo, abolido aque-

llo de *mío y tuyo*, los mineros venden los metales que les han tocado en la quiebra del día con la misma franqueza que el dueño de la mina remite a la máquina de Fragueiro y Codecido¹ los que ha podido salvar del hurto.

El Mercurio,

2 de febrero de 1842.

¹ Establecimiento de fundición que existía entonces en Copiapó. N. del R.

LOS DESCUBRIDORES DEL MINERAL DE CHAÑARCILLO

Excelente asunto para un sermón de Cuaresma en que el orador se propusiese pintar lo perecedero de los bienes terrestres, y traer a colación sin necesidad de recurrir a parábolas, no sólo uno sino muchos hijos pródigos. Yo que no soy orador, ni tengo en la tierra el difícil encargo de encaminar las triscadoras ovejas, a las cuales me honro de pertenecer, y en cuyos descarríos me suelo a veces encontrar, he elegido esta materia para escribir un artículo.

No es fácil decidir si la fortuna quiso favorecer o burlarse de los que descubrieron las primeras vetas y mantos de este mineral famoso. Dueños de la noche a la mañana de capitales ingentes, de la mañana a la noche se vieron aun en mayor pobreza que aquella en que vivían antes que la diosa ciega les guiase a las serranías de Chañarcillo. Ellos poseyeron valiosos fondos: su crédito no llegó a tener rivales; hicieron ricos a muchos; contaron con la hacienda, con los servicios, con las consideraciones y obsequios de cuantos les rodeaban. Poco después no tenían en qué vivir; se les ejecutó con crueldad; nadie quiso prestarles un cuartillo, y al fin llegaron hasta retirarles el *don* que antes les prodigaban con humillación, como si dejándoles este miserable título se reconocieran en la obligación de conservar con ellos relaciones que ya no podían aprovechar. ¡Especie humana! ¿En qué te diferencias de una prostituta, si no es en que tú nunca llegarás a vieja para enmendarte?

El burrero Juan Godoy se hallaba el 18 de mayo de 1832 dando caza a un guanaco, y fatigado de la tenaz persecución que

le había hecho, de la cual se burlaba el ágil habitante del desierto, sentóse a descansar sobre una piedra, esperando que sus perros volviesen con la boca ensangrentada a anunciarle que habían atrapado la presa y le guiaran después al lugar de la victoria. No tardó en reconocer que tenía por asiento un crestón de metal de plata riquísimo, y éste fue el instante en que Chañarcillo vino al mundo, el instante en que el cielo hizo tan magnífico presente a esta feliz república. Godoy, vuelto de su sorpresa, ya no se acordó del guanaco, y hubiera olvidado también sus borricos que andaban por allí cerca, a no formar el plan de cargarlos de piedras ricas en lugar de leña para dirigirse a Copiapó, donde pensaba aconsejarse sobre lo que haría, como si se encontrase en grandes apuros.

El primero a quien confió su secreto, para obtener una regla de conducta, fue a Juan Callejas, minero viejo y cateador de profesión, que sin embargo de haber reconocido por más de cuarenta años las vetas y panizos de cuantos cerros tiene este departamento, sólo había logrado reunir un caudal fortísimo de experiencia. A éste regaló Godoy una tercera parte de la riqueza hallada, la cual endosó el viejo a un antiguo patrón suyo, vecino de Copiapó, por gratitud a los muchos servicios que le debía.

Nuestro descubridor, después de haber desflorado su tesoro, vendió las otras dos terceras partes que le quedaban, y libre ya de los cuidados de la faena, se retiró a gozar del placer de hallarse rico. *Don Juan Godoy* resultó hallarse muy emparentado, muy relacionado con innumerables individuos que antes no conocía, sino como *caseros* que le compraban su leña. Sin embargo, era preciso obsequiar tantas y tan finas demostraciones de afecto, manifestarse sensible a la extrema ansiedad que desplegaban por agradarle. A una comida se seguía un baile, al baile las muchachas, a las muchachas el almuerzo, al almuerzo la *timbrimba*, hasta que al fin y al cabo el aceite faltó a la lámpara, que por cierto no era la maravillosa de las mil y una noches. La concurrencia empezó entonces a despedirse a la francesa; cada cual tomó por su raya y despertara un día *Juan Godoy*, como solía despertar algunos meses antes, sintiendo amargamente que no fuesen una realidad las bellas cosas que había soñado. ¡Desgraciado! ¡Ni aun borricos tenía. . .! El generoso patrón de Callejas, sabiendo la miseria en que de nuevo se

encontraba aquel hombre, le dio una dobla en la mina Descubridora, que le produjo 14.000 pesos. Con esta suma su reconocido bienhechor le hizo comprar en Coquimbo una chacra, donde no siendo seguido de sus amigos fue a morir en paz, dejando a su familia una mediocre subsistencia.

El viejo Callejas ha escapado perfectamente de esta catástrofe. Contento con haber hecho rico a su bondadoso patrón, goza en medio de una sobriedad ejemplar de las dádivas con que a su vez ha sido recompensado. Su residencia predilecta es en la Descubridora, a quien ama como a la niña de sus ojos; sus paseos favoritos son en las labores Pique del Agua, Frontón de Castillo, en el Fenómeno, en la Paloma, y en todo aquel embrollo de abismos, cuya productiva fabricación ha dirigido en su mayor parte. La Descubridora es para él una hija querida, bella y hacendosa en los brazos de un amigo que idolatra; y a cada alcance que aparece en ella se le caen diez canas de contento, como si fuera un nuevo nietecito que recibe en sus brazos. Viejo feliz, ¿quién te enseñó tu filosofía? ¹

No lejos de esta mina está lo que antes fue el Manto de los Bolados. Sólo se ve en el día de este poderoso depósito de bolas de plata, un gran hoyo redondo, que a los que conocen su historia y la de sus descubridores, no puede inspirar otras ideas que la contemplación de un osario, el contraste de lo que fue y de lo que llega a ser el hombre. Cuatro mineros encontraron aquel encanto. Sin avaluar los *llampos* y metales que cada uno dio a los infinitos camaradas que forman el voluble séquito de la voluble fortuna, está bien averiguado que produjo a sus dueños más de 80.000 marcos,

¹ Ya tenía escrito este artículo cuando supe la muerte de don Miguel Gallo, patrón de Callejas, bienhechor de Godoy y de muchos otros pobres. Falleció repentinamente en Chañarillo el 8 del corriente marzo, después de recorrer durante tres horas su mina Descubridora. Ha dejado a sus hijos una gran fortuna, una memoria sin tacha, el ejemplo de las más apreciables virtudes sociales.

Si yo dejo a los míos igual herencia: ¡cuán tranquilo será mi sueño eterno!

700.000 pesos por lo menos. ¿Qué se hizo este capital? Tan rápida fue su aparición en la escena que nadie contestará satisfactoriamente a la pregunta, ni aun los mismos que, al parecer, sólo representaron el papel de capitalistas.

De uno de ellos no se sabe el paradero. Su numerosa familia es quizá la que hoy vive en mayor indigencia en este departamento. Otro disputa actualmente con el cura de su pueblo un solarcito que le dejó por testamento su mujer ya difunta. Si el cura le gana el pleito, le deja en la calle. El tercero perdió no sólo cuanto le diera la mina, sino también la mejor prenda que tenía antes. Al cuarto no le quedan más que los muchos hijos habidos y por haber en su matrimonio. Estos mismos descubrieron también la mina rica llamada el Bolaco, que hoy pertenece a otros dueños.

La Colorada, célebre por su feraz producción en marcos para sus dueños, en robos para los *cangalleros* y en pleitos para medio mundo, tuvo por descubridor a Manuel Peralta, que ya no existe. La generosidad dominó como una pasión a este minero, que llegó a dar a diferentes individuos más de doce cuartas partes de su hallazgo: y hubiera seguido distribuyéndolo por esta medida, si su completo *broceo* no hubiese terminado las demandas. Los que en el día poseen esta mina, la obtuvieron por un formal denuncia; le pusieron trabajo, al fin alcanzaron, y aquí empezó la pelotera. Cada uno de los doce accionistas entabló un pleito, por lo menos; cada pleito era una cuarta parte; cada cuarta parte tenía doce interesados, y cada interesado deducía sus acciones y oponía sus excepciones ante V. S. como más haya lugar en derecho, jurando no proceder de malicia. El uno pedía embargo, el otro transacción; éste comparendo, aquél restitución *in integrum*, mensura, juicio práctico, compromiso o reconocimiento; y todos costas, daños y perjuicios: ítem más, su derecho a salvo. ¡Qué baraúnda!

He dicho que Manuel Peralta se murió, en lo cual el pobre hizo bien, porque le habrían llevado como le traían, sin saber ni lo que había hecho, ni lo que querían que hiciese. El infeliz murió cansado de oírse tratar por sus mismos donatarios de ¡animal!

La Guía, este almacigo opulento de vetas, guías, mantos y reventones que hasta la fecha se le cree virgen, porque cada día ofrece nuevos primores su laborío, fue hallada por el barretero Juancho, que la vendió antes que ella desplegase tan brillante riqueza. Con el dinero que le produjo el negocio, quiso también darse buenos ratos; se metió en francachelas; en una de éstas, un amigo le dio una puñalada, y de sus resultas hubo que cortarle un brazo. El último real se lo llevó el boticario, y estuvo en un tris que se lo disputaran el sacristán y el panteonero.

Los descubridores del Reventón Colorado no han sacado de esta mina sino varios cajones de enredos de tan difícil solución, que no parecen sino de *metal frío*, cuyo beneficio, hasta ahora, es impracticable. ¡Bravo pelear! ¡Ni unitarios y federales que fueran. . . !

Muy largo se haría este articulito si quisiese añadir todas las historietas que faltan, las cuales por otra parte son idénticas particularmente en su desenlace: la miseria o los pleitos, como las sublevaciones y las batallas cuando los peruanos creen descubrir un medio de constituirse.

Siempre que escribo algo que no sea una carta, toco la dificultad de no saber qué decir luego que veo la necesidad de acabar; mas por ahora tengo que cumplir un propósito que me hice al bosquejar ligeramente estos tristes episodios de la historia de Chañarcillo. Quiero llamar la atención de los afortunados de este mineral hacia las familias de sus descubridores. Nadie tiene más derecho que ellas, que esa multitud de chiquillos desnudos, a esperar una generosa protección de los mineros ricos de este pueblo. Para sostenerlas y educar a algunos de sus niños, creo que no se necesitaría sino de un pequeño fondo; de lo que, por ejemplo, en un día puede producir el mineral que descubrieron sus padres.

Cuando vayan de Copiapó a visitar sus faenas, como cuatro cuadras antes de llegar a la capilla de Tierra Amarilla, entren en una pobre choza que está a la izquierda, en la orilla del camino real. Una madre con siete hijos pequeños, no diré viven, yacen en ella. Es la familia de un descubridor. Sólo pido que entren a aquel ranchito, que es toda una dolorosa lección de experiencia, y estoy

seguro que no saldrán sin convenir que allí por muy poca cosa se compra la satisfacción del corazón.²

El Mercurio,
4 de abril de 1842.

² Los dueños actuales de la Descubridora de Chañarcillo son millonarios. En Santiago viven en la opulencia: erogan fuertes sumas a beneficio de iglesias y hospitales. Y mientras tanto, los hijos de los descubridores a quienes compraron, por cuatro reales, este inmenso tesoro, se hallan en la indigencia. ¡Cuánto más satisfechas quedarían la vanidad y la conciencia, si esos ricos invirtiesen sus limosnas en educar a los hijos de sus bienhechores. *Jotabeche*. (Mayo de 1847).

VALLENAR Y COPIAPO

Son dos pueblos vecinos, dos pueblos hermanos, y esto es más que suficiente para que vivan en eterna discordia.

Algunas veces yo también me pongo a pensar en el origen de nuestras sociedades; porque me gusta creer que antes de *illo tempore* éramos más animales que ahora. ¿Se juntaron los hombres, me pregunto, para mejor amarse mutuamente? No. Se juntaron porque andando el uno por aquí, y el otro por acullá, les era muy difícil morderse y hacerse jiras. En este sentido es verdad que al reunirse en tribus, buscaron su conveniencia. La primera vez que el hombre conoció la necesidad de tener un amigo, fue cuando vio que no podía con sólo sus fuerzas despedazar a otro. No le costaría mucho hallar lo que buscaba prometiéndolo a su aliado la correspondencia; y he ahí los primeros servicios recíprocos que se hicieron nuestros padres, y los que más comúnmente se prestan sus hijos. Tal fue también el origen de la palabra Amistad, signo de una virtud que los poetas creen hija del cielo, y con razón; porque bien es cierto que hubo un Dios-hombre; mas una Amistad-hombre, una Amistad-mujer, ni con todas las creederas de la comunión de los santos pasaría semejante misterio.

Vuelvo a mi asunto. Para viajar de Copiapó a Vallenar es preciso atravesar cincuenta leguas de llanos de arena, cuevas de arena y quebradas de arena; cabalgar casi siempre en mulas transandinas, cuyas mañas de menos consecuencia son morder, coclear y corcovear; beber agua con gusto a los cuernos en que es necesario llevarla, y pasar el sol del mediodía, que no puede quemar más el fuego del purgatorio, bajo una algarrobilla chamuscada, que con su sombra apenas puede amparar un centenar de culebras y lagartijas,

que viven entre sus raíces. Hasta los nombres de los puntos que va uno corriendo o divisando contribuyen a sofocar el alma. Esta es La Punta del Diablo. Aquél es El Cerro del Diablo. Ahí detrás está El Boquerón del Diablo. Esta noche alojaremos en El Infiernillo. Antes que queme el sol llegaremos a La Agua del Demonio. En suma casi todos aquellos lugares están consagrados al dicho caballero, porque no parece sino que fueran secciones territoriales de sus dominios. Si andando este camino, oyen ustedes decir *la agua buena, la agua dulce, el sauzal, el chañaral*, no vayan, por Dios, a imaginarse que encontrarán sombras deliciosas y arroyuelos cristalinos, porque no han de hallar sino fuego, o cuando mucho, en lugar de agua un brebaje que no lo compondría peor el más despiadado boticario. Semejantes nombres son una ironía cruelísima, la burla más picante que puede hacerse al viajero.

Pocos días ha, transité por la primera vez esas regiones. (El que diga que no pueden llamarse propiamente *regiones*, tenga la bondad de pasar a verlas). En la tarde del segundo día de viaje, a la hora en que el sol hierde todavía con sus rayos oblicuos, pero que ya no alcanzan a quitar a la brisa toda su frescura, uno de mis compañeros que marchaba a mi lado me preguntó:

—¿Cuánto te parece que nos falta para avistar a Vallenar?

—¡Quién sabe! Ojalá fuese ahora mismo, porque esta mula, con su trote, no me ha de dejar hueso en su lugar.

—Ya no es mucho lo que nos queda. ¿Ves aquel camino que caracolea por ese cerro que tenemos al frente?

—Sí.

—Pues bien, vamos a subir por él, y desde la cumbre divisaremos el pueblo.

—¡Te juro que no me parece trecho muy corto. . . ! ¡Maldita la mula, y maldito el cuyano que te amansó!

—Antes de cuatro horas te librarás de ella.

—¡Cuatro horas. . . ! ¡cuatro horas de suplicio. . . ! Pero, ¿qué es aquello. . . ? ¡Hombre. . . ! ¡el río. . . ! ¡Los árboles. . . !

Y mi compañero se reía de mi sorpresa. Nos hallábamos sobre la ceja de un barranco elevadísimo y casi perpendicular. . . Vallenar estaba al pie en el fondo de una quebrada estrecha, profunda, razón por que no puede verse sino de repente, y no por grados,

como empiezan a manifestarse al caminante las poblaciones. ¡Qué sorpresa tan grata! ¡Así será el encuentro de la tierna mirada que no se animan a esperar nuestros ojos!

En aquel punto hicimos alto para contemplar la vista más bella que podía ofrecérsenos, aún sin haber recorrido dos días enteros nada más que arenales inhospitalarios. Un valle angosto, pero que al poniente se extendía hasta perderse en las sombras de la distancia; pequeños y lindos potreros divididos por alamedas de sauces que parecía peinarlos el viento; una población simétricamente delineada entre infinitas manchas de arboledas y de bosques, y un torrente que atravesaba el cuadro, señalando su curso con muchísimos borbotones blanquecinos; todo esto mirado desde la altura que ocupábamos nos parecía un precioso paisaje en miniatura.

¡También a ti te saludo, bello Edén, plantado entre las áridas soledades del norte, cual rosa entre abrojos y zarzales! ¡Tú eres el compatriota que abrazamos lejos del país querido donde nos mecieron en la cuna! ¡Tú eres en medio de los yermos que te cercan, uno de aquellos relámpagos de dicha que brillan en las borrascas de la existencia!

En efecto, Vallenar es un pueblo precioso. Verdad es que después de una tan penosa travesía, está uno muy dispuesto a entusiasmarse con cualesquiera objetos que ofrezcan halagüeñas escenas; pero sin esta circunstancia puede asegurarse que el valle de Huasco es de lo más pintoresco, de lo mejor cultivado de nuestro territorio, y su principal población una de las ciudades más bonitas de la República. Jamás olvidaré las agradables sensaciones que me embriagaron cuando paseando por sus calles a puestas de sol, respiraba un aire embalsamado por los jardines, las rosas, la flor de la pasión y otras enredaderas que bordan las paredes divisorias; o cuando al visitar una familia me llevaban a ver la huerta. Un desorden encantador reina en todas ellas que son verdaderos jardines. Al pie de un ciprés crecen un chirimoyo y un diamelo, allí cerca está un naranjo, debajo tiene un rosal o una mata de clavel; sigue un parroncito con racimos dorados; vienen una era de repollos, un lirio y un damasco; varias hileras de cebollas, un durazno, un granado y un arrayán; un laberinto, en fin, en que felizmente no figuran los

perales y las higueras, ni se han introducido los cuadros, triángulos, círculos y dibujos del *buen gusto*.

Es lástima que los edificios estén plantados también con igual confusión. El estafador que quiera elogiar su conciencia, diga que es más recta que una calle de Vallenar, y viva seguro de que no volverá a echar otra mentira mayor. Esto que para mí es un defecto, bien conozco que para muchos es todo lo contrario. Su paseo público, aunque muy nuevo, podrá rivalizar con los mejores de Chile, si conserva su piso *enchepicado* y sus rosales. Tampoco quisiera que se levantase más templo que el único que actualmente hay en el centro, dominando con su torrecita a toda la población. No sé por qué me parece esto más religioso, más poético. Innumerales casas alrededor de la casa de Dios, es un cuadro expresivo lleno de sencillez, de piedad y de ilustración.

Los habitantes viven aquí en una paz que llega a fastidiar. ¡Ni un pleito... ni un casamiento ruidoso... ni una tertulia... ni un baile... ni un chisme siquiera...! Madrugan, no almuerzan, comen a la antigua, duermen la siesta, toman su mate, se van a la huerta, vuelven a rezar el rosario, dan de merendar y acuestan a los niños; las damas juegan la pandorga o el carga burro, las niñas leen o cosen, cenan y buenas noches. ¡Cuánto más me gustaban los árboles que los hombres! Y cuando digo *los hombres*, no hablo de las mujeres, eso por sabido se calla. ¡Este plantel es hechicero en todas partes! ¹

Semejante impasibilidad tiene para los hombres una sola contra, que yo no dejaba de usar por ver animarse una tertulia que desde tiempo inmemorial se reúne diariamente en la trastienda de un comerciante. Este estimulante es la palabra Copiapó echada a rodar como quien no quiere la cosa. Nadie queda tranquilo al oírla; su sonido produce una conmoción en el sistema nervioso; despiertan cuantos se hallan cabeceando y todo el mundo se pone sobre las armas.

¹ Cuantos han visitado detenidamente a Vallenar, conocerán que, en estas líneas, le he juzgado muy ligeramente. Sus habitantes no son como los pinto. He tenido mil ocasiones de convencerme que cometí un error al escribirlas. (Mayo de 1847). N. del A.

—¿Qué decía Ud. de Copiapó?

—Hablabla con el señor de lo mucho que adelanta aquel pueblo... Ya se ve, ¡ese Chañarcillo es un pozo inagotable de barras de plata...!

—¡Chañarcillo...! Eso no ha sido más que un manto metálico al sol. Yo lo he dicho desde un principio; y Copiapó, cuando se brocee su cerro, volverá a las miserias de antes.

—Creo que Vallenar tendría que sentir también semejante desgracia, perdería muchísimo.

—¿Vallenar? No, señor. Sus cobres, sus bronces negros y su agricultura le sostendrían en el estado floreciente en que se halla. Nosotros no tenemos minas en Chañarcillo, ni lo deseamos; porque esos hombres con su codicia nos matarían a pleitos y enredos, como quien dice a palos. No señor, déjelos Ud. con su tesoro, que a la larga nos veremos...

—Y ¿en realidad creen Uds. que no perdería nada Vallenar si por desgracia se concluyeran aquellas minas?

—No, señor, ni un cuartillo.

—Vamos, caballero, más ingenuidad. Yo sé que muchos productos que en Chañarcillo se venden a peso de oro y con ganancias exorbitantes, los compran antes a ustedes, al otro y al otro en este valle, a muy buen precio...

—Y ¿qué tenemos con eso? Ahí verá Ud. que hasta para tomar una buena fruta necesitan los copiapinos de nosotros. Son unos flojos, y luego... ¡ni agua hay en aquel maldito lugar...! Déjelos Ud. que al cabo han de volver a sus *chañares* y su congrio seco.

—Señor mío; si el mineral-jefe de Copiapó se brocea, no registrarán Uds. más de 3.000 marcos mensualmente en la aduana del Huasco. Estos valores salen de Chañarcillo, por la puerta falsa...

—¿Qué quiere decir eso? ¿que los 3.000 marcos los robamos? ¿que los compramos a *cangalleros*? ¿No son estas lindezas las que dicen de nosotros esos mentecatos? Si ellos son tan bobos para dejarse robar por sus peones, ¿lo seremos nosotros para no comprar la piña que vienen a vendernos? ¿No han hecho y están haciendo muchos copiapinos el mismo negocio? Vaya, por Dios, que esto me quema...!

—Mire Ud., todos saben ya que es casi inevitable el robo de metales, ni los copiapinos reprueban que haya comerciantes que hagan este negocio, porque al cabo es preciso que alguno los compre; pero lo que realmente los hace quejarse de Uds. es que aquí se permita la inmoralidad de beneficiarlos públicamente en los buitrones, cosa que parece alentar el robo, asilarlo, y hasta cierto punto, protegerlo.

—¡Qué protegerlo, señor, ni qué calabazas! Dígales Ud. que cuiden ellos personalmente sus faenas; que no lo pasen de ociosos en la villa; que paguen mejor a sus mayordomos para que les sirvan hombres honrados; que arreglen una policía interior en sus labores, y que esto será más racional que cuantas medidas hagan tomar a la autoridad pública contra los *cangalleros* y contra nosotros. Dígales que no he de tener mayor gusto que verlos...

—Pero, señor, yo no les he de decir nada. Sosiéguese Ud.

—Amigo, no puedo. Jamás he deseado vernos envueltos en una guerra; pero si al fin sucede esta desgracia, yo les aseguro a los copiapinos que con veinte de nuestros cívicos se les irá a pedir satisfacción de un millón de agravios que hemos recibido...

—¡Jesús, señor, cómo puede ser eso! Nunca he oído a ningún copiapino hablar de un modo agraviente respecto de ustedes.

—En fin, cortemos este asunto. Siento una revolución en toda mi máquina.

Me apretó la mano y se salió con harto sentimiento mío.

Cuando volví a Copiapó era otra cosa.

—¿Cómo ha ido en Vallenar?

—Bien, muy bien.

—Y ¿qué hacen esas pobres gentes?

—Allí están... trabajan sus minas...

—¿Qué minas? Si no tienen más minas que las cangallas de Chañarcillo. ¡Qué hombres tan sinvergüenzas!

—Vamos despacio. Mire usted que son excelentes, y al cabo son nuestros vecinos.

—¡Ojalá no lo fuesen tanto! Ya no tenemos vida con esa peste de diablos que habitan en aquella miserable villa para que vengan...

—En la ciudad de Vallenar, querrá Ud. decir, porque lo es en virtud de una ley.

—¡Ciudad...! ¡en virtud de una ley...! En virtud de otra ley todos los que a sabiendas compran cosas robadas deben ir a un presidio, y si ésta se ejecutase, ¿en qué vendrían a parar los tales ciudadanos?

—¡Qué quiere Ud...!

—Lo que quiero es que no se permita a ningún huasquino en Chañarillo.

—Eso es imposible. No todos los que vienen al mineral han de ser *cangalleros*.

—Todos, sí, señor, todos son *cangalleros*. ¡Que no se fuera la tal ciudad donde no le oyéramos ni el nombre...!

Con cualquiera otra que ocupase su lugar sucedería lo mismo. El odio desempeña en la vida moral del hombre las mismas funciones que ciertos humores asquerosos en la actividad de su máquina; sin ellos se suspende su ejercicio, y por último, toda ella se disuelve. Al que no ama a nadie, al que aborrece cuanto miran sus ojos, se le dan los títulos respetuosos de *lunático* y *misántropo*; pero métase Ud. a humano y compasivo, ame a todos sus semejantes, y al instante lo sospechan de imbécil, declaran que ha perdido el juicio y le nombran curador o le encierran para siempre en un hospicio.

El Mercurio,
5 de abril de 1842.

EL PUERTO DE COPIAPO

—¿Qué haces, hombre de Dios? ¡Siempre de pluma en mano...!

—Voy a escribir una cartita.

—¿Para don *Mercurio*, eh?

—No. Todo el mundo sabe quién es el corresponsal de ese caballero.

—Así será; pero yo no vengo más que a hacerte un convite. El vapor debe llegar al puerto pasado mañana, si es que no nos engaña como lo acostumbra. ¿Quieres que nos vayamos allá esta tarde? Hay caballos prontos, rosquitas y su respectiva botella de Oporto...

—¿Oporto has dicho? No se hable más. Todas las dificultades están allanadas. Saldremos a las cuatro.

—Asunto concluido. Hasta las cuatro.

Las daban en el cuartel, en la cárcel, en la casa de Cabildo, en los juzgados de letras y de comercio, en la escribanía pública y en San Andrés cuando partimos. Que el polvo nos cegó en los callejones de la Bodega, eso no hay para qué decirlo; y que tornó a cegarnos en varios otros puntos del tránsito, recuérdolo todavía estregándome maquinalmente los ojos. Lo más notable que vi en todo el camino fue uno de esos horribles trofeos que más que sentimientos de justicia, denuncian en nuestras sociedades inclinaciones patentes de antropófagos: quiero hablar de dos brazos humanos clavados en una picota, y puestos de modo que si sobre la punta de ésta hubiera un gorro, saldrían a lo vivo las armas de la República Argentina.

A las diez de la noche llegamos al puerto. ¡Cuán grato es tomar alojamiento después de un largo galope! Nosotros lo hicimos en una fonda cuyo dueño es un viejo italiano de tan buena voluntad, que con ella contenta a sus huéspedes cuando no tiene otra cosa que ofrecerles, lo que le sucede a menudo. Por entonces nos dio pescado frito, y la esperanza de un buen almuerzo para la mañana siguiente, con lo cual, y una botella de carlón más áspero y desabrido que la cara de un administrador de rentas fiscales, nos fuimos a dormir contentísimos.

Llegando uno de noche a un punto desconocido, desea la luz del día para ver lo que le rodea; y esto, más que las inhóspitalarias pulgas, me hizo madrugar en el puerto. Al amanecer ya andaba yo recorriendo las alturas que dominan la bahía y la población. Parado sobre una roca a cuyo pie venían unas en pos de otras a despedazarse las olas del océano, me sorprendí a mí mismo con la vista fija en la inmensidad de las aguas sin que ninguna idea, ningún pensamiento ocupase mis facultades.

“Es preciso que yo sea muy bruto —me dije— para que no se me ocurran aquí a millares las reflexiones poéticas y filosóficas”.

Llegué a creer que la postura que tenía no era adecuada para sentirme inspirado, y al instante me senté con las piernas cruzadas, apoyando, por supuesto, la mejilla sobre la mano derecha después de encasquetarme la gorra; y a falta del libro que debía tener indefectiblemente cerrado en la izquierda, descansando con abandono sobre el muslo, tomo mi cartera, y en tan interesante posición me quedé esperando la visita del numen. Pero ni por esas; antes bien, sintiendo que no era difícil me visitase el sueño, abandoné aquel punto, de miedo que una pesadilla me hiciera rodar el cuerpo y alma por el abismo que tenía a mis pies.

A las diez de aquel día se anunció ¡buque a la vista! y a las tres de la tarde fondeó la barca nacional *Esperanza*. Veíase su cubierta llena de personas que por los variados colores de sus vestidos no dejaban duda de su sexo. El capitán de puerto vuelve ya de la visita.

—Capitán, veo a bordo muchas señoras. ¿Son familias que vienen de Valparaíso?

—No, señor. La *Esperanza* trae siempre muchachas. Ahora vienen veinticuatro...

—¿Cómo es eso de *muchachas*?

—Muchachas, pues, señor, muchachas... que vienen de Valparaíso. Eh, ¿no me entiende Ud.? Muchachas de consecuencias...

—¡Ah! Ya lo entiendo. Y ¿no ponen al buque, al cargamento, a la tripulación y a las muchachas en cuarentena? ¡Dios proteja a los consignatarios de tales mercaderías! Un día de estos nos trae la *Esperanza* el *cólera morbus*.

La lancha de la barca empieza a echar la carga a tierra, y las primeras son las niñas. Cada cual trae, a más del sombrero con plumas o de la cofia enflorada, un elegante parasol. (Santa Bárbara doncella, ¡envíanos contra esta tempestad un pararrayos!) Ya están en la playa. Ya pueden verse aquellas caras cuyas recientes pinturas les dan el brillo pasajero de un plato de loza recién lavado; aquellos vestidos lujosos que quizás sirvieron no ha mucho a alguna honesta bella ya difunta, aquellos calzoncitos con encajes; aquel conjunto, en fin, donde las mismas gracias sólo pueden arrancar un ¡qué lástima! del curioso que las examina. No tardó de cubrirse la playa de mesas de arrimo, alfombras, lavatorios, colchones, sillas, baúles, catres desarmados y demás trastos *ad hoc* de las viajeras que, acariciando unas a sus loritos y otras llamando a sus falderos, se separaron por grupos a buscar posada.

El litoral del puerto de Copiapó es muy curioso por las caprichosas formas y dimensiones de sus rocas, por sus grutas y por la variedad de las conchas y piedrecitas que abundan en la playa. Los paseos de la madrugada y de la tarde son, por esta razón, entretenidos y agradables. No hay, es verdad, árboles entre cuyas coposas ramas se oiga suspirar el viento, ni arroyuelos que serpenteen, ni pajarillos que trinen, cosas que para un romántico son *sine qua non*; pero, en cambio, el geólogo puede hallar allí motivos de estudio y de sublimes meditaciones. ¿Cuántos años cuenta esta mole inmensa de conchas y plantas marinas petrificadas? ¿Qué tiempo tardó la naturaleza en obrar este fenómeno? Esas cuevas, esas ahoyaduras fabricadas en los peñascos, ¿son el resultado del continuo trabajo de las olas durante siglos de siglos, o es el dedo del Creador quien las ha pulido? Aquellos cerros que amarillean en medio del mar

¿son o no de estiércol de pájaros? Y si lo son ¿cuántos pájaros y cuántos siglos han sido necesarios para formarlos? Cuestiones son éstas que si me obligaran ahora a resolverlas, haría cuenta de que me condenaban a prisión perpetua. Felizmente mi escuela les ha dado de mano, por antipáticas; que a no ser así, infinitos, entre ellos yo, las habríamos mandado al diablo, haciéndonos antes sec-tarios del profeta que de los maestros Dumas y Victor Hugo.

A las seis de la mañana del segundo día vi amanecer en el puerto, desperté a los gritos de ¡el vapor! ¡viene el vapor! ¡el vapor a la vista! Medio vestido salí de mi cuarto y eché a correr detrás de varias personas que se dirigían a las alturas ya mencionadas. Efectivamente, el vapor venía vomitando un torbellino de humo negro, rodeado su casco de espumosos penachos por todas partes. La población se hallaba en el más completo alboroto. Suben, bajan, corren, se paran a mirar, gritan, preguntan y explican lo que pasa. Los tarros de azogue vacíos, que sirven de campanas, llaman a los cargadores y a los guardas; los marinos achican la bomba en sus botes y chalupas; nuestro posadero enarbola toda una colección de banderas y señales; los pasajeros arreglan sus equipajes, y sus amigos se preparan para ir a decirles adiós en el buque mismo. Las señoras toman sus sombreros, reprenden a los niños, llaman al marido, arreglan el peinado de las hijas, dan órdenes a los criados y echan una mirada al espejo. Todo es movimiento, nadie está parado en su sitio; parece que cada uno tiene una máquina de vapor dentro de su cuerpo. Mientras tanto el *Chile* se aproxima sin más trazo en su arboladura que la bandera británica, cuyo actual color negro y ahumado como el de un chinguillo, podría inducir muy bien a sospechar de pirata al buque que la enarbola. Cinco minutos después retarda su movimiento: sus ruedas coloradas no giran; vuelven a moverse otro poco; hacen alto, toman a dar vueltas, como quien va con la sonda en la mano, hasta que persuadido el huésped flotante de que no habrá otra como la de Quintero desprende de su proa un anclote.

La playa está llena de espectadores esperando la vuelta del bote de resguardo. Ya viene, y con él una lancha, dos chalupas y otras embarcaciones que traen a pasear en tierra ingleses taciturnos, franceses presumidos, alemanes tiesos, italianos alegres, peruanos

pálidos, argentinos erguidos, españoles flemáticos y chilenos ahua-
sados. El primero que pisa tierra es el amable capitán Peacock.
¡Qué de abrazos y de sonrisas y de furibundos sacudones de ma-
nos!

—¿Cómo ha ido?

—¿Cómo va?

—¿Cómo viene?

—¿Qué nos dice?

—¿Por qué tanta demora?

—Yo no tiene culpa.

—¿Muchos pasajeros a bordo?

—Bastante.

—¿Qué hay de nuevo en el Perú?

—Mucho de huano.

—¿Cuántos jefes supremos?

—Sete libras tonelada por Inglaterra.

—No me ha entendido.

—¿Se han batido los peruanos con Ballivián, o todavía los deja
Ud en el pantano?

—Sí, señor. Nunca acabar allí el huano.

—¡Maldito sea el huano!

Mientras esto sucede por una parte, en otra se reconocen dos
amigos que no esperaban verse, felicitándose de ir a viajar en com-
pañía; aquí leen cartas y periódicos venidos en el vapor; allí des-
pachan lanchas con equipajes; más allá se embarcan en las chalu-
pas hombres y señoras para ir a bordo. ¡Qué alegría en las niñas,
y qué susto de irse a meter al buque a riesgo de marearse!

—Siéntese aquí, mamita.

—Déme Ud. la mano.

—¡Cuidado, niña!

—¡No se carguen a un lado! ¡Ay! ¡se da vuelta!

—¡Don Ramón, no meta tanta bulla!

—¿Para qué vendría yo?

—¡Virgen Santísima!

—No hay cuidado. ¡Hala muchachos!

Las últimas que se embarcan son las barras de plata, las chirimoyas de Chañarillo, y al llegar a bordo, suena la campana llamando a los pasajeros.

—¡Se va el vapor! ¡Se va el vapor!

No tarda en cubrirse el puente de hombres, mujeres y niños, unos que se van y otros que se quedan. Una niña pide que la paseen; otra se siente *no sé cómo*, los colores huyen de sus mejillas, sécanse los labios y su cabeza se inclina sobre el pecho de una amiga.

—Llévenla a su camarote.

—Hombre, no te olvides de mi encargo.

—Cúidame mucho a las niñas.

—Ve que den de comer a las catitas.

—No te vayas a quedar en Santiago.

—Muy divertidos van a ir Uds.

—Si te mareas te hará provecho.

—No dejes de escribirme a vuelta del vapor.

—¡Qué linda es aquella niña!

—Es una limeñita recién casada.

—*¡Feliz quien junto a ti por ti suspira!* —exclama un poeta, que nunca falta alguno en habiendo más de cuatro hombres reunidos.

Los marineros están levando ancla, y la campana vuelve a sonar para despedir las visitas.

—¡Adiós!

—¡Un abrazo!

—¡Felicidad!

—¡Buen viaje! ¡Dios los lleve con bien!

—Memorias a Fulano.

—¡Adiós, mi alma!

—¡Adiós, hijita!

Y entre chanzas, cariños, lágrimas, suspiros y náuseas, tiene lugar la más efectiva despedida.

Apenas nuestro bote abandona la escala, las ruedas del vapor baten el agua y su proa la corta, como el buitre el aire, cuando desplegando sus alas parece desprenderse del peñasco donde se anidan sus polluelos. Siguen aún cambiándose los adioses y luego que no

se oyen éstos, agítanse pañuelos y sombreros en el aire, como para decir:

—¡Todavía te veo! ¡No me olvides!

Al pisar tierra, ¡qué tristeza! ¡qué silencio por todas partes! Un perrito aullaba en la playa, buscando a su amo que había partido. Yo sentía un vacío inexplicable en el corazón. ¡Cuándo la copa del placer dejará de tener acíbar en el fondo...!

El Mercurio,

8 de abril de 1842.

EL TEATRO, LOS VAPORES Y EL HOSPICIO DE CHAÑARCILLO

No lo dudéis, todo esto hay en aquel cerro famoso. La ley de compensación es tan cierta en la vida del hombre y de las sociedades como la de gravedad en la naturaleza física; el bien y el mal se equilibran casi siempre como si participaran de esta cualidad de los fluidos. A quien oigamos quejarse de haber un subdelegado en Chañarcillo, podemos decirle: pero también hay allí otras cosas buenas: cómo ha de ser, todo no ha de andar a nuestro gusto. Y, en efecto, ya es esto siquiera una disculpa para resignarse.

El teatro del mineral es, como se dice, una cosa así, que está en su infancia; si bien los individuos de la compañía no son para cocerse a dos hervores. Gente de experiencia, sabe muy bien que aquel auditorio es extremoso en expresar sus impresiones; que sus aplausos son parecidos a chifladeras y sus chifladeras a metralladas; de consiguiente, su empeño principal está, después de recibir la entrada, en impedir que se represente allí una tragedia en la que le toque a algún actor el papel de San Esteban. Antes de empezar la representación, la música dulcifica los ánimos de la platea, disponiéndoles a la reconciliación con lo que van a oír y los trajes y personajes que van a ver. El más valiente de éstos sale primero, y por vía de prólogo, dice a los espectadores:

—Respetable público, aquí hay muchos que lo entienden y muchos más que no lo entienden, pero que lo entenderán pronto. En cuanto a los primeros, no hay cuidado, en cuanto a los segundos suplícoles que guarden orden y que no aplaudan sino cuando se represente el sainete: he dicho.

Se levanta el telón, y doscientos culeros que se hallaban oprimidos entre el suelo y otros tantos abonados, se sacuden instantáneamente. El polvo y el olor a pólvora quemada hacen retroceder a los que lo entienden; los cuales, andando por entonces de paquetes, se mantienen a retaguardia para evitar que sus fraques y levitas tomen el color del poncho y algodón de los mineros, que siempre es el del panizo almagrado, cenizo o verdoso del cerro en que trabajan.

Durante la representación no se oye en efecto ruido alguno demasiado alarmante. Bostezos de aburrido, carcajadas en las escenas más sentimentales y patéticas, golpes de los que se dejan caer de alto a bajo por las murallas, llantos del hijito del barretero que la mujer nunca deja en casa y uno que otro grito de *¡mis cuatro reales...*! como para protestar contra lo caro del espectáculo, son las únicas aunque muy repetidas interrupciones que se sienten en la fiesta. Por lo demás, el sonido del sable de los granaderos, sonido que siempre anuncia la imposición de una multa o de un carcelazo, contiene a todos dentro de una moderación que de mil amores quisiera el ministerio introducir en las sociedades democráticas.

Así como en Chile y otras partes está prohibido el culto público de cualquiera otra religión que la católica, pudiendo, no obstante, cada cual adorar a Dios como guste, así en Chañarcillo no se permite la venta pública de otra bebida que la horchata, sin perjuicio de que todos se emborrachen con lo mejor que les parezca. En el teatro, pues, no se refresca sino con esta disolución de almendras, disolución dicha en agua del Molle y hecha en aguardiente, que resulta sabrosísima, sobre todo si previamente se le arrima a nieve.

Con este motivo, el sainete es animalmente silbado, gritado y aturdido. La procesión de San Tristeza entusiasma a los ya entusiasmados de culero, tan de manera, que no parece sino que allí se han encontrado dos sociedades políticas rivales pidiendo a un tiempo que se cante y que no se cante la Canción Nacional, que se entone y que no se entone el himno de los libres.

La campana que toca la queda, o más bien, que apercibe de multa, pone fin, a las diez de la noche, a la bullanga. Todos se van, por suyos o ajenos pies, a sus ranchos, o se dirigen a la casa

de pólvora, que la necesidad insaciable de tertulia sentida por los mineros ha convertido en un café secreto, donde pueden beber largo y jugar grueso sin que nadie tenga ni la desconsideración ni el valor de ir a interrumpirles.

LOS VAPORES. ¿Quién no viva algún tiempo en Copiapó podrá imaginarse lo que en Chañarcillo se llama vapores? ¡Establecimiento apreciable que hace honor a los que le crearon! Dos especuladores pobres se propusieron llenar en provecho propio y beneficio del público, una necesidad que la administración ni conocía ni de consiguiente pensaba en satisfacer; refiérome a la comunicación frecuente y periódica entre este pueblo y su rico mineral.

Hace como tres años que dos hombres, dueños cada uno de tres o cuatro cabalgaduras, dieron en viajar de aquí a Chañarcillo semanalmente, estableciendo sus salidas y llegadas a ambos puntos en días y horas señaladas. Al principio llevaban legumbres y frutas; pero luego que fueron conocidos, luego que supieron que tal día saldrían de un punto, tal día llegarían a otro y tal día estarían de vuelta, se les encargó de la correspondencia particular y de cuantas encomiendas y pequeños paquetes hay que remitir, llevar y traer entre dos lugares cuya comunicación toma una extensión cada vez mayor y progresiva. El vulgo dio a estos viajeros el muy significativo nombre de vapores, y como cada uno llegaba al mineral en diferentes días de la semana, les distinguieron con los nombres de vapor *Perú* y vapor *Chile*, que llevan los de nuestra costa. Hoy expedicionan ambos en convoy. Según parece se han reunido para hacer el negocio en compañía.

Su salida de esta ciudad está fijada para todos los sábados al amanecer, y reciben correspondencia hasta esa hora; encomiendas, hasta las doce de la noche anterior. Conducen también de pasaje, regularmente, familias o mujeres que van a visitar a sus padres y maridos, trabajadores del mineral.

Su llegada a este punto es el domingo a puesta de sol, hora en que todos los habitantes de Chañarcillo se hallan reunidos en la Placilla, que es el surgidero donde ellos echan ancla. Aquí acude todo el mundo a recibir lo que espera; porque a más de ser infalible la llegada de estos hombres, así que se avistan, son anunciados con

repetidos gritos de el vapor, el vapor, que repiten los ecos de los cerros.

Cada encomienda va bien rotulada o unida a su carta respectiva. El flete o porte se paga en Chañarcillo muy equitativamente, lo que unido al orden y fidelidad observados, aumenta no poco sus ganancias. La opinión general asegura que nunca han recibido a su bordo ni cangalla ni otros licores que los de su propio consumo, ni menos han dado pasaje a personas que no llevan el pasaporte de la autoridad.

El lunes por la tarde zarpan ambos de Chañarcillo, trayendo por cargamento de retorno toda la ropa sucia y la correspondencia que se les entrega; nada de pago, todo libre de porte. Las cartas y encomiendas cuyos dueños no se han presentado, se depositan en la agencia respectiva hasta que acudan a sacarlas.

El martes están aquí de vuelta. Las lavanderas reciben la ropa, y no pocas madres pobres un recuerdo, en plata, de sus hijos.

EL HOSPICIO. La minería, como la profesión de la guerra, cuenta también sus muertos y heridos, y por desgracia no pocos. La casualidad, el arrojo, un descuido, la imprudente confianza, la pólvora y el hierro hacen sucumbir diariamente al minero en alguno de los muchos peligros que rodean su existencia. Y no sólo en las minas donde esta industria parece exigir víctimas, porque no son raros los trabajadores que pierden la vida, o sus miembros, en los ingenios, máquinas y establecimientos de beneficio de metales. A este propósito, puede mencionarse muy honrosamente la conducta de algunos dueños de estas empresas, en las que, habiendo muerto o mutilándose en el servicio los empleados o peones, han seguido pagando el mismo sueldo a la viuda del que pereció o al individuo invalidado para el trabajo.

El barretero, más que los otros operarios de minas, se halla expuesto a este linaje de desgracias. La formación de un taladro en la piedra de la labor que sigue, es una de esas operaciones que no se terminan sin gran fatiga y sufrimiento: de consiguiente, el minero no puede resolverse ni se resolverá jamás a que una obra que tanto sudor le ha costado, quede sin provecho. Este es el origen de su descalabro.

Una vez concluido el barreno, cargado y cebado el tiro, prende el barretero la mecha y escapa a un escondite hasta que pasa la explosión y estrago. Sucede frecuentemente que falta guía y se queda el tiro. En tal caso, lo más seguro sería labrar un nuevo taladro; pero ¿cómo perder tanto tiempo y trabajo? ¿Qué dirán si se tarda más que sus compañeros en la saca? No hace otras reflexiones el pobre minero, y animado de un rabioso coraje pónese a descargar el infierno, no con la cuchara que le asegura de todo peligro si tiene paciencia, sino con la punta acerada del barreno, que es lo mismo que aplicar a la descarga un tizón chisporroteante. Casi siempre concluye felizmente esta operación; pero hay veces que estando en ella se incendia la pólvora, estalla el tiro y nuestro hombre paga con la vida su atrevimiento; si la escapa, por lo regular es sin ojos. En la semana anterior, el mejor barretero de la Colorada murió en su labor por uno de estos accidentes: el barreno con que descargaba el tiro se le encontró metido en el cráneo.

Hay, pues, muchos barreteros ciegos, absolutamente imposibilitados, en toda la robustez de la mocedad, para ganar la vida en la profesión que ejercieron. Pero estos bravos de la industria, que, con más títulos que otros, podrían sacar su sustento de la caridad pública, siguen obteniéndolo con el sudor de su frente. Los de Chañarcillo, en número de ocho, viven reunidos en un humilde rancho, que es imposible visitar sin que el corazón experimente una de esas emociones gratas para el generoso, tristes para el que no puede serlo. ¿Sabéis en qué se ocupan aquellos ciegos para ganar su pan diario? En sobar y majar el cuero que los operarios de minas emplean en su calzado, las ojotas. Las manos callosas y fornidos dientes de estos inválidos, adoban mejor que cualesquiera instrumentos, el rebelde material que se les encarga. Su gran consumo les asegura la subsistencia; la sociedad en que viven y trabajan, el habladero sostenido que mantienen, dan a este pobre hospicio el aire animado de un taller de alegres y jóvenes trabajadores.

Por desgracia, hay quien hace concurrencia a la industria de los ciegos de Chañarcillo. Un hombre bueno y sano, que en su profesión gana no sólo su sustento sino muy regulares ahorros, quiere competir con ellos y ha establecido un despacho de este

material preparado en su propia casa por peones de su servicio. Los ciegos le demandaron ante el subdelegado y perdieron el pleito.

Lástima es que el subdelegado no añadiese a sus no pocas arbitrariedades, la de declarar exclusiva de los ciegos la industria de sobar cueros para ojotas.

El Copiapino,

6 de diciembre de 1845.

CORPUS CHRISTI

“Los franceses llaman a esta fiesta el día de Dios; y en efecto, la solemnidad de sus ceremonias la diviniza más que a cualquiera otra de las que celebra la Santa Madre Iglesia. Es quizás la única en que el catolicismo se consagra todo entero a su Dios sin mezclar ninguna memoria que no sea celestial y divina. Ningún Santo, ninguno de esos héroes que parecen disputar al Creador las adoraciones de la humanidad, tiene parte alguna en esta conmemoración majestuosa. Ella nos recuerda, no las victorias de un hombre sobre los enemigos del alma, ni los prodigios que otro obró rodeado de martirios y de verdugos, sino la alianza del Señor del Universo con los hijos malditos de Adán y Eva, la reconciliación de Dios con el hombre para devolverle su patrimonio de gloriosa inmortalidad que había perdido.

“Este es el misterio de los misterios consagrado por las fiestas del Corpus Christi.

“Pero hay un hecho claro como la luz del sol que nos alumbrá, que immortalizará este recuerdo. Hoy es el día del hombre-Dios fundador del Evangelio, de ese celestial republicano que hace diecinueve siglos predicó en la tierra todos los principios sociales en cuya conquista marcha ahora la civilización más victoriosa que nunca. En el Corpus Christi es precioso ver el aniversario de la predicación, hecha por el mismo Dios, de la tolerancia, de la libertad, de la igualdad y de todos los derechos del hombre. Mientras más ilustrados vayan siendo los pueblos, más brillante será esta solemnidad y menos oscuros y misteriosos los grandes motivos que la recomiendan.”

Así me hablaba un demócrata en la plaza de esta ciudad, el jueves 11 del corriente, una hora antes de presentarse en ella la procesión del Sacramento. Y sin duda alguna su entusiasmo religioso-profano no dejaba de tener fuertes razones. Porque si el progreso social ha desterrado innumerables vulgaridades místicas, ha añadido por otra parte un lustre imponente a las ceremonias sagradas en que el pueblo es llamado a tomar el lugar que le corresponde. Nuestro culto y la civilización deben su existencia a unos mismos padres: la deben a Dios y a la razón.

Si en el día se exhibiese una fiesta de Corpus con los agregados y moji-gangas de otros tiempos, ¡cuán indigna la encontraríamos de sus motivos y de nuestra época! Lo que entonces era un tributo, un agasajo presentado a la divinidad, hoy sería una burla escandalosa y sacrílega, o por lo menos un añadido ridículo a lo que sólo debe inspirar veneración y respeto.

Entre el Corpus del 11 del corriente y cualquiera de los que celebrábamos no ha mucho, ¡qué diferencia hay tan convincente de lo mucho que adelantamos!

Por primeras teníamos que, en las vísperas de la fiesta, poníanse de acuerdo el gobernador y el cura para la imposición y repartimiento de las contribuciones públicas que la costeaban.

Cada arriero era obligado a colocar en el paseo de la procesión, un arco armado de follajes de lienzo blanco con adornos de cintas, estolas, muñecas, manípulos, espejitos, palios y banderolas, que los comerciantes y el sacristán le alquilaban por el valor de una onza de oro, quedando el arriero a responder con la tropa, por daños, deterioros y perjuicios.

Otra contribución para la fábrica de los cuatro altares, tocaba a los comerciantes, bien que éstos tenían el desquite en los arrieros y demás compradores, que con motivo de la función les venían de todos los puntos minerales del departamento.

El adorno de la plaza era, a la verdad, vistosísimo con todos los chiches que la rodeaban.

En cuanto a los cuatro altares, componíase cada uno de un esqueleto de palos de sauce en bruto forrado, primero con una alfombra vieja, y segundo con la sobrecama más decente que podía conseguirse entre los matrimonios de lujo. Esta pantalla servía como

de fondo al altar provisorio, formado indispensablemente de tres o cuatro mesas, que de mayor a menor iban colocándose unas sobre otras, hasta poner en la más alta un santo de bulto; el cual, indispensablemente también, si será un prodigio de milagros, no era un prodigio de la escultura. Cubríanse después las mesas con sendos frontales y manteles; y las gradas con macetas de flores tan oprimidas, tiesas y tirantes como un oficial de estos tiempos en uniforme de gran parada. El altar terminaba, por su parte superior, con una coronación postiza, en figura de esos enormes sombreros en batalla que están usando todavía los militares de Copiapó, no obstante haber pasado ya la moda a los susodichos sombreros lo mismo que a los susodichos altares.

Agregábanse al Corpus de aquellos felices tiempos las compañías de turcos, turbantes y catimbados, que al son del pito, guitarras y tamboril ejecutaban sus bailes y pantomimas en obsequio del sacramento, del cura, del gobernador y de cuantos daban que beber o para beber. Estas danzas era lo principal y un accesorio suyo la sagrada procesión.

Teníamos también la gresca del toro y los caballitos, los gigantes y la tarasca, las mínimas y los cojuelos, que iban allí a hacer mil graciosos mimos y no menos raterías y obscenidades. Todavía hay quien suspira por ver, en esta función, aparecerse vestidos de cojuelos con pellejos, lazos y cencerros al tío Cajeta y al tío Juan Guata, caballerosos en la burra negra del tío Pinto; los cuales tíos y burra negra ejecutaban en la plaza las más estupendas diabluras que la tradición se ha encargado de transmitir a las futuras edades.

Salía, pues, la procesión por su adornada carrera, teatro de los cojuelescos juegos; y salía precisamente de la misma cueva que hasta ahora lleva el nombre de Iglesia Parroquial de esta doctrina, único mamarracho sobreviviente a todos los mamarrachos de los Corpus de esos tiempos. El cura solía interrumpir, a veces, la salmodia de David, con que ensalzaba al Dios que llevaba en sus manos, para apostrofar de ¡animales! a los que no se hincaban por atender a los cojuelos; los prelados eclesiásticos se disputaban a trompadas el incensario; los alcaldes y regidores armaban también camorras por los asientos de preferencia y el guión de la esclavonía, y los miembros de ésta, por las varas del plano y los lugares más

inmediatos al de Nuestro Amo: cada cual ganaba honores e indulgencias con sus puños.

Tal era, poco más o menos, la fiesta del Corpus en tiempos no muy remotos, en tiempos que sólo ayer pasaron. Cada año, la ilustración y el buen sentido han ido proscribiendo algunos de sus borrones, algunos de sus abusos, algo de su ridículo. En el día, esta festividad la consideramos tan limpia de toda basura y tan solemne, que bien puede citarse como la más noble y brillante de nuestras funciones religiosas. Y es de notar que siempre que hemos tenido en el curato un párroco ilustrado como Taforó o el padre Barinaga, esta forma ha sido sostenida por ellos con tanto empeño y tan buen éxito, que se han llenado de satisfacción todos los que saben apreciar la dignidad del culto y los progresos del país.

Abolidas las contribuciones que indebidamente se imponían a algunas clases del pueblo, para costear la función de Corpus; des-terrados todos esos adornos y accesorios, ajenos del rito y exóticos para la presente época, el celo del sacrificio se ha dirigido a procurar que el pueblo entero sirva y coopere solidariamente a la exaltación del día de su único y solo Señor; que el pueblo entero, formando una sola familia, contribuya con decisión y entusiasmo a que brille y resplandezca la fiesta de su padre, de su Dios. Nadie ha dejado de hacer algo, de prestar algo, de acomodar algo en las vísperas del último Corpus para obsequiar a este gran misterio. Dios ha sido festejado de algún modo por todos los que, en nuestro pueblo, le adoran de esta manera, sin que hayamos parecido ridículos a los que le adoran de otra, a los que le bendicen y exaltan en otros días y en otras lenguas.

Bien difícil es describir el conjunto innumerable de cuadros y circunstancias que embellecieron la fiesta del jueves. Las evoluciones militares, la considerable concurrencia, los cantos religiosos son, a la verdad, cosas dignas de notarse, pero no han sido una novedad ni para mí, ni para nadie.

La marcha imponente de la procesión por la carrera que le formaron las filas de la guardia cívica, el recogimiento religioso del acompañamiento, el ruido de las armas, de las campanas y de la música; las voces de los jefes y señales de corneta y cajas; todo este hacinamiento de escenas, toda esta confusión de honores que los

pueblos no rinden sino a la Majestad del Cielo, son por cierto un cuadro poético y admirable; pero tampoco fueron un espectáculo nuevo.

El pincel y no la pluma daría sí una idea de la sorprendente belleza, de la linda compostura de los altares, que las matronas y señoritas de Copiapó establecieron en las cuatro esquinas de nuestra gran plaza. Nada había en ellos que no brillase, que desdijese del conjunto, que no consonase con la sencillez y el buen gusto. Sólo a Dios puede ofrecerse tan exquisito lujo, tan prolijo trabajo, tronos tan resplandecientes. La idea de formar un tabernáculo, una sombra al Dispensador Supremo de todas las virtudes y gracias, con lo que la mujer tanto aprecia, con las joyas y pedrerías, que tanto necesita para persuadirse de que está hermosa, es una idea llena de religiosa poesía, es el sacrificio, a un elevado sentimiento, de esa vanidad inofensiva e imprescindible para la mujer civilizada.

Ese precioso Jesús sentado en una nube aérea y vaporosa, que coronaba el altar de las señoras argentinas; el ramo de coco y la brillante estructura del sagrario compuesto en la Chimba; la diaphanidad brillante de todos los adornos que ostentaba el tercero, y las ramas de parra del cuarto, son obras y objetos que habrían merecido los elogios de los espectadores más inteligentes y la admiración de cualquier público.

No hay remedio: es preciso, es conveniente a la civilización que la mujer role en la sociedad de un modo más activo, que haga en ella un papel menos privado. La mujer, con un corazón más virtuoso que el corazón del hombre, ama la civilización más que el hombre; la ama por instinto, la apetece con ansias: el hombre se civiliza por vanidad y por egoísmo. La misantropía, que no es sino una vuelta al estado salvaje, nunca o rara vez se ha apoderado de la mujer, y todos los días conquista a centenares de hombres.

En la festividad que ha motivado este artículo, dos rasgos progresistas se deben a la cooperación, a la parte que la mujer ha tomado para solemnizarla: 1º la exhibición de cuatro altares, modelos de delicadeza y de gusto, en lugar de otras tantas indecentes antiguallas que antes ridiculizaban nuestro culto; 2º la abolición de un impuesto que hasta el año pasado se ha cobrado

indebida e irremisiblemente para costear esos monumentos de atraso, de irreverencia y de ignorancia.

¡Que la Majestad Divina colme de bendiciones a nuestras ilustradas y religiosas matronas! ¡Que los ángeles custodien contra la seducción el corazón de sus hijas!

A nombre del progreso, beso el polvo de sus pies.

El Copiapino,

14 de junio de 1846.

EL DERROTERO DE LA VETA DE LOS TRES PORTEZUELOS

El hombre, antes de emprender, por una maldita regla de prudencia combina su derrotero para tener la presunción de persuadirse que no marcha a la ventura. Traza su camino, calcula cuánto en él puede sobrevenirle, todo lo allana y vence su imaginación valiente y previsor, da el primer paso, y el segundo... ¡burundum...! rueda por un barranco o se mete hasta los ojos en un atolladero. ¡Amargo inconveniente de nuestra facultad de raciocinar! Condición que, bien considerada por algunos, le ha determinado a vivir a la bartola, sin formar ni seguir más derrotero que el del cielo, único derrotero infalible, único según vemos en que no hay peligro de meterse en berenjenales, y del cual si nos extraviamos, como sucede a cada paso para distraer la monotonía del viaje, no cuesta mayor cosa volver a cogerle y continuarle. ¡*Albergues solitarios, venerables asilos de la inocencia*, y para mí, pozos de la única ciencia que hay que aprender en este mundo; sólo las numerosas caravanas que encerráis dentro de vuestros sagrados muros atraviesan por la verdadera ruta los desiertos de la vida!

He visto, y desgraciadamente he experimentado también, tantos falsos derroteros, que estoy del todo resuelto a no seguir ninguno en adelante, y a vivir sin plan y sin cosa que se le parezca. El mundo social, el mundo que el hombre cree haber formado, no es obra del hombre, sino puros caprichos del acaso, de esa divinidad, genio o diablo cuya diversión permanente es hacer bailar los títeres a la orgullosa especie humana. Pienso desarrollar después esta doctrina, y para ello sólo aguardo ciertas horas que suelo dedicar al

aburrimiento, durante las cuales acostumbro aburrirme hasta que me canso. En esos momentos escribo cartas de amor, busco con quien hablar de política o de pleitos, hago que algún argentino me cuente la historia de Rosas o de Aldao, y en suma, veo modo de que el *spleen* toque lo más pronto a su *non plus*, que para mí suele ser el sueño, así como para otros es la juiciosa determinación de matarse. Por ahora voy a ver modo de tratar el derrotero anunciado arriba; y he dicho *voy a ver modo*, porque es probable que haga muchas digresiones. Ya lo he prevenido. Mi único plan es no seguir ninguno.

El que no entiende de minas y viene a Copiapó, viene a no entenderse ni a entender a nadie. Recorrerá las calles, entrará en los buitrones e ingenios, visitará los jardines de la Chimba, pero al cabo no ha de saber qué destino dar a su lengua. Los hombres mayores prefieren a todo hablar del mineral fulano que se halla *virgen*, del otro que se ha *camorriado*, de la faena que les cuesta muchos pesos, de las aspas, de los pícaros *cangalleros* y de los mayordomos de labor, que roban más que todos. Los jóvenes, aun cuando hablan de amor, dicen más bien *he hecho un alcance* que hubo tal cosa; a la vieja regañona la llaman *arsénico*, a la niña bonita *rosicler*; de la desdeñosa aseguran que es *metal frío* que necesita *calcinación o magistral*; de la que no lo es, confiesan ser *barra pura, plata a la vista, ley de 6.000 marcos*, muy *metalera*, un *llampo* riquísimo. Y aun las mismas señoritas gustan de describir las raras piedras que componen su colección, que es el álbum de las copiapinas. En cada trozo de metal tienen el recuerdo de algún amigo; y en todos ellos, las producciones del genio que inspira a Chañarcillo, San Antonio, Bandurrias, Pampa-Larga y a otros infinitos poetas, cuyos versos son preferibles a todos los himnos, cantos y endechas del Parnaso. ¡Cuánto me gusta esta literatura de Copiapó!

Ahora tal vez empiece mi relación. Me hallaba yo una noche en tertulia con varios buenos amigos, tomando el té, que se encuentra más fragante y sabroso y cuyo color parece más rubiecito siempre que se regusta alrededor de una mesa relumbrosa, alternando los tragos con las festivas ocurrencias que entonces brillan más a menudo en la conversación. No necesito decir que se hablaba de

minas y no del prójimo, el cual suele sazonar frecuentemente la deliciosa infusión de las hojitas de la China. El dueño de casa nos dijo que tenía un derrotero muy fidedigno de una veta riquísima; pero que no se había determinado a seguirle por sus muchas ocupaciones. No esperó que le rogásemos para mostrarnos aquella preciosa alhaja, que era un pedazo de papel roto en todos sus dobleces, y tan ajado y sucio como las manos del barretero, que no acostumbra lavárselas sino cuando *baja a la villa*, por Carnestolendas.

Por si alguno quiere aprovecharse de los datos que contiene para hacer su fortuna con un decir Jesús, voy a copiar este documento, cuya redacción consta pertenecer al mismo cura que en él se menciona.

“Derrotero que en artículo de muerte descubrió el burrero Fermín Guerra a su confesor don Nicolás Prieto, cura indigno de esta parroquia. Andarás como doce leguas por la quebrada de Paipote y tomando por un cajón que tiene en la entrada dos algarrobos muy gruesos, andarás hasta un portezuelo que tiene muchos cardones, y luego subirás el portezuelo, y al otro lado después de unas quebraditas encontrarás una aguada que tiene un chepical muy grande, y luego andarás a la izquierda por un llano que tiene mucha varilla, y después de andar hasta unas piedras muy grandes que están en medio del llano, andarás a la derecha siguiendo un zanjón hasta dar con unas lomas de arena. Desde estas lomas descubrirás, mirando al lado del mar, un cordón de cerros, y andarás hasta llegar al cordón dirigiéndote derecho a unos tres portezuelos que se ven desde muy lejos. En el de tu izquierda, que subirás, encontrarás una veta que la rumbiarás a la derecha hasta dar con un picado de una vara de hondura, y poco más allá está un crestón de plomería en el cual hay una cruz hecha con cuchillo. Luego que encuentres esta riqueza mandarás decir una misa cantada todos los viernes del año por la alma del descubridor Fermín Guerra, pagándosela al cura Prieto a razón de veinte pesos cada una, quien hará la limosna de echar a lo último un responso. Y te advierto que si no lo haces así te irá mal. Se advierte que Guerra descubrió la veta, porque se perdió viniendo del Chañaral y del Pueblo-hundido, pero después volvió allá, y trajo piedras que en artículo de muerte las ha mostrado al dicho cura, y servirán para su entierro. Al pic

del portezuelo del medio hay una buena aguada donde es muy fácil cazar huanacos y burros chúcaros. Copiapó, julio 4 de 1792. A ruego de Fermín Guerra por no saber.— *Nicolás Prieto.*”

De la lectura de este documento, y de varias otras circunstancias que allí se refirieron, resultó que tres de los presentes formamos la resolución de seguir el derrotero por ver, decíamos, en lo que para; aunque por mi parte me determiné con unas esperanzas del tamaño de una torre. Se fijó nuestra salida, y cuando llegó el plazo emprendimos la marcha. Llevamos mulas de tiro, dos cargas de víveres y de agua, y dos criados algo prácticos del despoblado en que íbamos a andar. Creímos que nos sería muy útil una brújula, y también fue con nosotros. Todo aquel día trotamos por la quebrada de Paipote, y casi de noche descubrimos el cajón de los algarrobos. No es decible el gusto que experimentamos al hallar este primer signo de la fidelidad del derrotero.

—¡Vamos bien! —fue nuestra exclamación general.

Dormimos bajo uno de aquellos árboles solitarios que quizá durante muchos siglos han sacudido sus menudas hojas en el desierto, y al amanecer volvimos a caminar por el cajón del derrotero. A mediodía nos pareció que tocábamos a su fin, y en efecto, a las dos de la tarde subíamos el Portezuelo de los cordones. A las cinco estuvimos, casi muertos de calor y de fatiga, en la aguada del chepical, donde resucitaron nuestras mulas, que ya perecían de hambre y de sed.

Al tercer día determinamos seguir la marcha con un solo criado y una ligera carga, en su mayor parte de agua, dejando al otro en aquel punto con las mulas restantes. Poco después de aclarar entramos en el llano de la izquierda, donde notamos con placer la varilla que el papel indicaba; y después de seguirlo por un mismo rumbo hasta las dos de la tarde, vimos las piedras grandes y nos apeamos al pie de ellas. Muy cerca aparecía el zanjón que debíamos seguir sobre la derecha, descansamos hasta las cuatro; bebieron los animales unos pocos tragos de agua y continuamos viajando. La noche sobrevino sin que divisásemos ni aun la sombra de las lomas de arena; era muy fácil extraviarse; un cansancio terrible nos acongojaba en extremo, los animales no podían casi tenerse en pie, era necesario, en fin, suspender la

marcha, aunque la luna alumbraba bastante. Aquella noche fue muy triste. En verdad que el derrotero, hasta entonces, no nos engañaba; pero no es posible hallarse tranquilo en medio de un yermo espantoso, sin amparo, sin refugio y sin esperanzas de volver a la sociedad, faltando los frágiles auxilios que uno ve aniquilarse, sin cesar, a su alrededor. Maldije mil veces al derrotero y mi locura. De lo mismo infería que se ocupasen mis compañeros, porque como yo mascaban en silencio la pobre cena preparada por el criado. Antes de acostarnos nos comprometimos a seguir adelante hasta las doce del otro día, hora en que debíamos retroceder si no encontrábamos las lomas de arena.

Amaneció el cuarto día y proseguimos. A las diez ya el zanjón que nos guiaba se había borrado; pero muy a lo lejos y al frente veíamos dibujado el perfil de unas alturas que no podían ser sino las lomas buscadas. ¡Cómo detenernos! ¡Tal vez allí cerca estarían el cordón de cerros, los portezuelos, la veta y el agua! En dos horas era seguro vencer esta distancia; pero se pasaron cinco antes de transitarla. A pie y con mucha dificultad conseguimos trepar los cerros, porque la arena movediza de que se componen rodaba con nosotros a cada paso. Asidos de las manos llegamos a la cumbre; a un tiempo se dirigieron nuestros ojos *hacia el lado del mar*, y a un tiempo también nos oímos mutuamente un grito de desesperación y de despecho. ¡Sólo un mar de arena se nos presenta a la vista, mar de arena que por todas partes formaba horizonte...! Sin embargo, después de fijarnos un largo rato, creímos descubrir, a una distancia incalculable, cierta sombra o mancha que pegada a la tierra ofrecía un color más obscuro que el del cielo, la cual, si no era el cordón de cerros de los tres portezuelos, debía formar uno de los linderos del infierno. Porque, ¿qué tendría de extraño que el infierno se hallase en esas regiones?

—Nos volvemos. Yo no doy un paso adelante. El tal Guerra, el demonio y el cura Prieto formaron ese maldito papel para burlarse de nosotros.

—Ud. tiene la culpa.

—Vaya Ud.

—No hay que reñir todavía. Nos hallamos en mucho peligro,

porque ni los animales ni el agua durarán dos días que necesitamos para llegar al Chepical, donde quedó José con las mulas. Desde aquel punto hasta éste hemos descrito un ángulo. Soy de opinión que cortemos aquí derecho para ahorrar camino. El sur es el rumbo que debemos seguir.

Bajamos. Del agua que quedaba hicimos cuatro pequeñas raciones, y lo que sobró lo repartimos entre nuestras cabalgaduras, que ya ni el freno alcanzaban a humedecer con sus lenguas reseca. Yo me encargué de dirigir la marcha, no ya consultando el infernal papel que quisimos dejar enterrado en la arena de las lomas, sino la brújula como el marino que vela en el timón.

A las nueve de la noche se cansó la mula del criado, que volvió a montar en la que había llevado los víveres. Poco después tomamos descanso hasta el alba, que vino a redoblar nuestra aflicción. Un inmenso arenal nos rodea por todas partes, ningún cerro tenemos a la vista. A las doce de este día quedó a pie uno de mis compañeros y montó a ancas de mi mula. La del criado vivió hasta las dos de la tarde; al anochecer, hora en que ningún motivo teníamos para creer probable nuestra salvación, toda la caravana se componía de infantería. Alojamos, y a media noche, con el favor de la luna, echamos a andar a pie. Ni una palabra nos decíamos; cualquiera que hubiesen pronunciado nuestros labios habría sido una súplica al cielo o una maldición. La niebla arrastrada, que siempre entra de noche en estos despoblados, vino a refrescarnos, y la atmósfera y el desierto se mantuvieron entoldados hasta las diez de la mañana del sexto día. A esta hora descubrimos muy inmediatos unos cerros que la niebla nos ocultaba. El criado reconoció en ellos los de la quebrada de las ánimas, que cae a la de Paipote, lo que quería decir que salíamos del infierno para entrar en el purgatorio. Con todo, fue mucha nuestra alegría a pesar de las pocas fuerzas con que nos sentimos para traspasar las fragosas alturas que teníamos al frente, y a pesar de no saber cuándo encontraríamos agua, de la que ya necesitábamos mucho.

En fin, después de indecibles fatigas y angustias, subimos y bajamos el cerro. Al anochecer encontramos una agua salada y llena de insectos que nos pareció deliciosa. El séptimo día unos

leñadores nos alquilaron sus burros para volver a Copiapó, donde llegamos atormentados de mil dolores y poseídos de la fiebre en la madrugada del octavo. Felizmente esta expedición había sido un secreto para todos, excepto para el dueño del derrotero que nos lo confió después de haber firmado nosotros un documento a favor suyo de la sexta parte de lo que descubriésemos; a saberla nuestros amigos, las zumbas de costumbre hubiesen amargado más y más el chasco cruelísimo que sufrimos.

Seis días después que nosotros llegó José, que había partido del Chepical, creyéndonos ya muertos en el desierto.

El Mercurio,

22 de febrero de 1842.

LA MINA DE LOS CANDELEROS

Cada tesoro escondido en las entrañas de la tierra tiene su dueño; y este dueño, por lo regular, es un genio que lo defiende, vigila sobre él, lo esconde, unas veces bajo la forma de un huanaco, otras tomando la de un enorme zorro, y no pocas la figura del buitre, señor de los aires. Infinitos mineros, por poco que hayan andado cateando en las solitarias serranías de Chanchocuin, Punta del Diablo, Checo, etc., dan irrecusables testimonios de esta verdad. Y la llamo verdad, porque no quiero despreciar tan antiquísima tradición, y porque sería un descortés diciendo a millares de hombres que mienten.

Sucede, de tarde en tarde, que uno de estos genios quiere hacer la felicidad de un leñador, y al arrancar en los desiertos los troncos que han de cargar sus borricos, le descubre una veta que más que de metal es de oro o plata maciza. Es verdad que casi nunca se cumplen las buenas intenciones del genio, puesto que las más veces el que hizo el hallazgo se queda acarreando leña para que funda otro la piña que el buitre, zorro o huanaco había querido regalarle. Pero esto no arguye nada contra la primera proposición, y sólo prueba aquel axioma: *el que nació para pobre nunca llegará a ser rico.*

En otras ocasiones, un pastor que ha salido a buscar una cabra perdida, recorre de madrugada los peñascos, las quebradas y los barrancos; en estas andanzas clávase el pie con una espina, y el dolor le hace sentarse a arrancarla. Maldiciendo está aquel instrumento de su infame suerte, cuando ve pasar cerca de sí un zorro rojizo de cola erizada y lomo cerdoso; ¡él es el asesino de la cabra! Se levanta, corre tras el voraz bruto, llama a su

perro Corbata, que no parece, y en medio de su despecho coge una piedra con la sana intención de romperle las costillas al carnicero zorro... La sorpresa contiene su ira... la piedra que tiene en la mano es muy pesada... la examina y encuentra que es *¡un rodado!* ¡¡Plata pura!! A poco registrar el cerro descubre el reventón de donde se despegó el rodado. ¡Cien burros no bastarían a cargar el metal riquísimo que hay al soll! Pero el pastor anda a pie y sólo puede llevar consigo dos pequeños pedazos cuyo valor es de treinta marcos por lo menos. No le cabe duda de que el zorro rojizo es el dueño de aquella pasmosa riqueza; teme, sí, que por un capricho, que sabe ser muy común entre los genios o brujos, según él los llama, desaparezca el tesoro, y a fin de marcar el lugar en que se encuentra de un modo perfectamente inequívoco, forma un gran montón de piedras; cuelga la manta en un algarrobo vecino; toma muchas señales y calculadas dimensiones, y por último, el perro, que se le acaba de reunir, queda también amarrado al tronco de una algarrobilla, devorando un pan grosero que su amo le deja, mientras vuelve a libertarle. Al retirarse, todavía marca de trecho en trecho varios puntos, y procura pisar donde quede señalada la huella para que le guíen después sus rastros.

Poco tarda en llegar a la majada, conocida con el nombre de Agua Verde, Negra o Amarilla, poco importa; llama secretamente a su padre, luego a sus dos hermanos mayores y en seguida a la madre. Empieza la relación desde su salida antes de amanecer, y sigue contando punto por punto y paso por paso lo que anduvo, lo que hizo, lo que vio y le sucedió; y todos callan, dominados por un estúpido terror, como si escuchasen el asesinato de un minero conocido, teniendo que ocultar a su asesino. Pasados estos inexplicables momentos, ya es otra cosa. El padre toma sus medidas; hace aparejar cuatro borricos, y diciendo al resto de la familia que *van a la leña*, parte con sus tres hijos, caballero cada cual en su respectivo asno. Atonda el pastor su cabalgadura para tomar la delantera, síguese el viejo, después vienen los otros dos muchachos, y cierra la marcha un escuadrón de perros esqueletados y de todos tamaños y colores. El guía empieza ya a reconocer los lugares señalados: aquí vienen sus rastros; la piedra

blanca que se divisa al frente la paró al propósito: se está viendo la manta azul que enredó en el algarrobo, y vuela el escuadrón de perros al oír los ladridos del Corbata. Ya están a pocas cuabras... ya llegan.

Pero ¿qué se ha hecho el *reventón*...?

—¡Aquí está...!

¡El pastor recoge la piedra con que golpeó para quebrar los dos pedazos...! Buscan por todas partes, vuelven y revuelven; todo en vano. La riqueza no parece... ¡la han escondido...! Una bandada de buitres, negros como el ébano, revolotea sobre sus cabezas, y esta aparición obliga a que dejen sitio hombres, perros y borricos. ¿Quién no ha visto después las piedras del reventón del zorro? ¿Qué leñador no conoce la quebrada de los buitres?

Cien historias como éstas se narran en las noches de invierno alrededor de los fuegos de las faenas. Casi no hay colección mineralógica que no contenga un rodado o una piedra rica cuya mina original no ha podido descubrirse, o ha desaparecido después de hallada, por la influencia de causas que confunden, siempre que la razón se mete a investigarlas. ¡Cómo contestar a tantos hechos, cómo recusar tantos y tan respetables testigos con sólo la palabra preocupaciones!

¡Feliz romanticismo! Para la imaginación que tú has creado, esa palabra no importa un raciocinio. Para ella es verdadero lo que pasma y lo que asombra, sin experimentar la insípida necesidad de entenderlo. Tus hijos han dilatado el mundo y la existencia hasta lo infinito, y no viven estrechados por más límites que los de las maravillosas e inmensas concepciones del genio. A ellos dedico la siguiente historia que siquiera tiene la recomendación de no ser muy larga.

A mediados del siglo pasado, en una aldea situada a dos millas al sudeste de Copiapó, llamada Pueblo de Indios, porque en realidad lo son sus moradores, había una familia de estos indígenas bastante pobre; pero que repentinamente empezó a prosperar, sin que nadie supiese cómo, por ser para todos un misterio. Buena ropa, buenos caballos, ricos arneses, repetidas borracheras y comilonas, a que asistía el vecindario, habían sucedido al algodón

que los cubría y a la harina de cebada, alimento cotidiano y regalado de su apetito. Cuatro eran los hombres de la familia, y el nombre de uno de ellos Campillay. Este, hallándose una noche de visita en Copiapó, en casa de un amigo suyo, después de echar con él repetidos tragos de aguardiente, inspirado por la generosidad y franqueza que despiertan los licores, díjole que iba a hacerle rico descubriéndole un secreto.

Adelantando algo más su confianza le contó que él y sus tres hermanos trabajaban clandestinamente una mina a legua y media de Copiapó, de la que explotaban metales tan ricos, que en el Huasco, donde los vendían, se pagaban por poco menos que la plata piña. Pero que los cuatro indios, para no despertar la codicia de los ricos de Copiapó, se habían comprometido a guardar el secreto de tal suerte que su revelación costaría la vida a quien la hiciese, circunstancia por la cual debía él empeñarse más en guardarlo. Añadiéndole que debían este hallazgo a una vieja, muerta poco tiempo ha en el pueblo de los indios en olores de hechicera, a la que le hicieron el juramento de no participar con ningún blanco aquella inmensa riqueza. En seguida le invitó a que montase en ancas de su caballo para ir a conocerla, y sacar los metales que pudiera contener un par de alforjas que llevaban con este fin.

Partieron favorecidos de la obscuridad de la noche, y después de un largo galope llegaron al pie de un cerro que se designa hoy con el nombre de Los Candeleros. Dejando allí atado el caballo, Campillay y su amigo subieron por una senda estrecha hasta la cumbre. El primero dijo a éste que ya estaban en el sitio; que hallándose sus hermanos en el Huasco no había temor de ser pillados, y que no se asustara de lo que viese. Tomóle entonces por la mano y le introdujo en una excavación; pero casi hubo de caer muerto al notar que aquel hoyo era la cueva en que dormía un enorme pájaro que, interrumpido en su sueño, desplegó las alas y salió dando horribles graznidos. Campillay, sin intimidarse, puso dos grandes piedras ricas en las alforjas, y alentando a su amigo tornaron a salir y bajar hasta encontrar el caballo, que los volvió a conducir al puesto de donde habían partido.

La tradición no está muy de acuerdo con el relato de las circunstancias y acontecimientos consiguientes a este suceso; pero he sacado en limpio, después de mucho averiguar, que el generoso Campillay fue poco después asesinado por sus hermanos; que la justicia les persiguió y ellos no volvieron a aparecer; que la mina fue sin duda transportada a otro lugar por el pájaro que la cuidaba, pues ni el amigo del indio ni ninguno de los infinitos que la buscaron en esa época pudieron dar con ella, y que el nombre de Mina de los Candeleros tiene este origen. Al año, poco más o menos, del asesinato del indio, se presentó de noche otro indígena desconocido al cura párroco de Copiapó, advirtiéndole que en la Iglesia encontraría un capacho de piedras de plata, las cuales se las daban por una misa para el bien del alma del finado Campillay; dicho lo cual desapareció. En esa misma noche se encontraron las piedras, y el piadoso cura mandó la plata a Lima para fabricar un par de enormes candeleros, los cuales aún existen en el altar mayor de la parroquia, y diariamente alumbran la celebración de los Divinos Misterios.

El Mercurio,

5 de febrero de 1842.

COSTUMBRES

EL CARNAVAL

Ninguna despedida deja de ser triste. Las lágrimas, los sollozos, o un dolor mudo y desesperante son los compañeros infalibles de los adioses. Y, sin embargo, es una fiesta ruidosa el adiós que anualmente damos a las carnes. Con tres días de bailes, juegos, paseos, locuras y extravagancias nos despedimos de los asados exquisitos, del sabroso *beefsteak*, del charquicán, de las albóndigas y de la olla cotidiana. Bien es verdad que ya las cosas se hallan de manera que esta ausencia es limitadísima, razón por la que nos afligimos tan poco. Los estómagos del día no son como los de antaño, y están tan malos para disolver frejoles y pescado seco, como se hallan de buenas las conciencias para digerir y anonadar los pecados de la gula.

Mucho antes del 6 de febrero empezaron los preparativos de tan furiosos adioses, que debían ahogarse no en lágrimas sino en pasteles, pavos asados, agua, afrecho, oporto, coñac, valeses, contradanzas, máscaras, carreras a caballo, gritos, risas y trasnochadas. ¡Dios nos asista! Si nuestra vida toda se pasase en tan tumultuosa barahúnda, ¿la llamaríamos gloria o infierno?

Bien puede ser la *chaya* una costumbre incivil y detestable; digan de ella lo que quieran cuantos juzgan las cosas con una circunspección que no les envidio, lo cierto es que los juegos del carnaval tienen para mí y otros calaveras un atractivo deleitable. Amo con delirio sus ligeras intrigas, sus tropezones, sus mojadas y todas sus barbaridades. ¡Que una linda mano restriegue diariamente con almidón mi pobre cara, con tal que la sienta detenerse un momento sobre mis labios! ¡Amable *barbaridad*, resiste los

ataques de la civilización hasta que ya no pueda embriagarme con tus delicias!

Al cabo amaneció el domingo. Un gran baile de máscaras que habíamos preparado para la noche, nos tuvo todo el día ocupados en concluir el arreglo de nuestros vestidos... ¡Las nueve de la noche! Multitud de turcos, griegos, romanos, militares, mineros, marinos, arlequines, gauchos, viejos y maricones, poseídos todos del genio de la locura, llegan unos después de otros al punto de reunión de la comparsa. Su jefe únicamente los reconoce, distribuye entre ellos tarjetas numeradas, ordena las hileras, da la señal, y se rompe la marcha al son de una música que nos presagia mil triunfos y mil deleites. Las calles del tránsito están pobladas de grupos de curiosos. Es inmenso el gentío que nos acompaña, y todos gritan ¡viva Chile! como si fuera a romperse una batalla. ¡Exclamación sublime que no deja ya de oírse cuando los chilenos tienen el corazón alegre!

Un hermoso patio, lindamente preparado, era el salón del baile. Allí empezó a entrar la grotesca compañía, en medio de la más encantadora algazara.

—¡Ve el turco!

—¡Qué bonito vestido!

—¿Quién será este viejo?

—¡Jesús, qué hombre tan feo! ¿quién baila con él?

—El de las plumas altas es fulano.

—No, más bien ese viejo sombrero.

—¡Vaya con la barriga...!

—¡Miren, el maricón con mi abanico!

—¡Yo presté ayer esa cofia!

—Traiga mi delantal.

—¿Cuál será mi tío Zutano?

—El vestido de naipes.

—El militar es Eugenio.

—¡Eugenio!

—¡Volvió la cara, niña! ¡lo pillamos...!

—Mire, máscara, dígame por Dios, le guardaré el secreto,

¿Cuál es el capitán Yungay?

—¡Qué trabajo no conocer a nadie!

Los máscaras irritan más y más la curiosidad de todas. Las hablan por sus nombres; les citan hechos y circunstancias que no puede saber sino algún amigo suyo; les averiguan cómo marcha *cierto asunto* que jamás falta a ninguna de ellas, y ríen del embarazo en que las ponen con sus preguntas.

La voz de ¡*contradanza!* da un nuevo giro a este manantial inmenso de actividad y de vida. ¡Momentos queridos aquellos en que, emboscados detrás de la máscara, se embriaga uno doblemente en los atractivos del baile, sin el contrapeso de que le sorprendan mirando! ¡Cuán grato es oírse tratar con todos los títulos y fórmulas de cumplimiento por la misma amiga que poco antes conversaba con nosotros familiarmente, protestando conocernos en el baile a las pocas palabras que le hablásemos; pedir permiso para visitar a la que todos los días nos recibe en su casa; descubrirse a otra con un nombre que sabemos le agrada, encargarle el secreto, y presenciar después su amable rabia cuando, por alguna señal o expresión misteriosa, reconoce a poco andar al mismo cuyo nombre había tomado el otro máscara malintencionado!

A la una de la noche todos estaban conocidos, a pesar de nuevas combinaciones y transformaciones de vestidos. En vano el turco se ponía culero, el marino calzoncillos, el minero turbante, el griego cofia y el gaucho casco o coraza; antes de dar un paso en el salón su nombre corría de boca en boca. Quitarse las máscaras fue el último partido y la señal de que el baile iba a empezar de nuevo. Las contradanzas se alternaron, por todo el resto de la noche, con esos vales hechiceros, cuyas rápidas vueltas imitan tan bien el ardor y la violencia con que la sangre circula en los ligeros cuerpos que los ejecutan; con la zambacueca, cuya música debió componerla algún amante poseído de una voluptuosa melancolía, y con todas las otras danzas que entusiasman tanto más cuanto más se aproxima la aurora que ha de terminarlas. A las cinco aún se oía la música por las calles. Entonces se entonaba el himno de la patria. Todos saludaban la tierra querida donde el hombre puede entregarse con libertad y sin zozobra al trabajo, y a embellecer la existencia.

Otras diversiones no menos bulliciosas se ofrecieron el lunes por la mañana, después de reparar las fuerzas con algunas horas de sueño. A las 12 del día una multitud de campeones se hallaba ya reunida para jugar la *chaya*.

—Nos esperan en tal casa.

—¡A ella!

Se combina el ataque; distribúyense las fuerzas; van a vanguardia los que por medio de ciertos instrumentos pueden arrojar chorros de agua a mucha distancia; son los tiradores, los rifleros; siguen otras columnas armadas de botellas, de cartuchos de almidón y paquetes de harina, y atrás los que resueltamente se ofrecen para apoderarse de las tinas, baldes, pozos y demás almacenes y pertrechos del amable enemigo. Este, al avistar las fuerzas masculinas, las saluda batiendo sus pañuelos en los aires, asegurándoles que desea el combate si se atreven a forzar sus atrincheramientos. La puerta de calle está abierta de par en par, pero, ¿quién pondrá el primero sus pies en el patio? Dos dobles filas se preparan a bautizarle hasta las uñas con materiales que, unidos, forman el más tenaz de los engrudos.

—¡A la carga, muchachos! —gritan a retaguardia. Esta empuja el centro, y todos a los de vanguardia. En semejante desorden es invadido el campo contrario. El agua, la harina, el almidón, el afrecho y otras cosas caen en torrente y en nubarrones; el sol se oscurece; se pelea bajo de sombra, y antes de un minuto no parece sino que todos se hubieran bañado en un río de argamasa. Las malditas amazonas, conocedoras del terreno, después de lograr los primeros tiros efectúan su retirada a las habitaciones, cuyas puertas se cierran con llaves y trancas; robustas y forzudas criadas se quedan sosteniendo esta maniobra, de modo que al fin de tantos peligros, resbalones, proezas y sacrificios, las únicas prisioneras, el único premio del valor vienen a ser la cocinera, la lavandera y demás habitadoras de las pocilgas de la casa. Los pobres vencedores ceban su venganza en tan tristes despojos, hasta que alguna de ellas logra escaparse; corre a la huerta, y vuelve con un refuerzo formidable de perros que, al anunciarse sólo con sus ladridos, ponen en completa derrota la banda de machos, cuya ropa empapada ni aún correr les deja con la velocidad que

quisieran. Los gritos de victoria resuenan entonces en todas las ventanas y troneras de la fortaleza.

Sin embargo, poco después vuelven a reunirse en una suspensión de hostilidades estipulada bajo mil protestas de buena fe, no siempre guardadas por las lindas traviesas que hasta en sus abusos encantan. Sírvense copas de licor u otros refrescos... una sajuriana... una cancioncita... el infalible Himno Nacional o el bravísimo *¡oid mortales...*¹ y "Adiós".

—Hasta la noche.

—Quedamos en baile para la segunda contradanza.

Muy bien. Vaya Ud. a quitarse esa ropa.

Y la ingrata acompaña este encargo con una mirada capaz por sí sola de curar el más furioso constipado.

Las demás clases se entregan a diversiones no menos tumultuosas. Grandes cuadrillas de mineros a pie, de pescuecete con su cada una, y fuertes pelotones de caballería armados de odres de agua, no siempre mezclada con esencias aromáticas, recorren las calles repartiendo a derecha e izquierda caudalosos asperges: o visitan las chinganas donde, tomándose de las manos las enamoradas parejas, forman una gran rueda para danzar el Vidalai. Este antiguo baile de los indígenas se ejecuta al son lastimero de una flauta que, oída desde lejos, más bien inspira tristeza y ternura que acalorado entusiasmo. Al escuchar esa música, los mineros, que tanto gustan de divertirse con intermedios de camorra, aplacan su ira, buscan a su enemigo, le presentan cual de oliva un ramo de albahaca y le convidan a tomar un lugar en el círculo danzante.

Así se pasó el segundo día, y bailando terminó también la segunda noche. En el tercero repitiéronse los mismos ataques, las mismas derrotas, los mismos tratados con sus respectivas infracciones, y por último, las mismas citas para la segunda contradanza, que irrevocablemente se halla consagrada al más dulce de los sentimientos.

¡Hoy es el último día...!

¹ Palabras del Himno Nacional argentino.— N. del R.

Y antes que llegue el de mañana, en que nos ha de despertar el triste recuerdo de lo que somos, antes que amanezca ese miércoles melancólico en que nos van a decir que los bellos ojos que adoramos no son más que un poco de tierra cristalizada, todo el mundo quiere echar el último resto. Los más pobres se empeñan por tener un banquete opíparo en sus humildes cabañas. Desde las doce del día empieza a sentirse la fragancia de los pasteles que están cociéndose en el horno. Hora excelente para atacar los reductos de *chayeras*, porque entonces se firman las paces bajo la grata meditación de una fuente color de oro, preñada de cuanto Dios crió para excitar el apetito.

El sol de ceniza sorprendió a muchos que salían de bailar, cuando otros iban a la santa ceremonia del *Memento homo*.

Los festines de carnaval habían sido costeados por suscripción, y ésta se encontraba todavía con fondos. Fue preciso consumirlos para que la noche del miércoles al jueves la pasásemos tan agradablemente como las tres anteriores. Hoy viernes, ya casi a ninguno de mis amables compañeros veo en Copiapó. Todos han desaparecido. ¡Las minas se los han tragado...!

Vuélvalos a ver yo después de un *alcance* tan rico como el que desde tanto tiempo ha se hallan esperando por momentos.

El Mercurio,

24 de febrero de 1842.

LA CUARESMA

Tiempo delicado y asunto que no deja de serlo, si se quiere formar sobre él otra cosa que pláticas doctrinales y sermones. Y es gran lástima, porque darían material para chuscos artículos las costumbres cuaresmales si fuere dable publicarlos de cuenta y riesgo de algún *libre*, de algún Lamennais o de algún... , qué sé yo cómo denominar ya a estos valientes progresistas, mis contemporáneos. Porque quiero que sepáis, carísimos lectores míos, que antes me podré con los retrógrados a cuyo bando tengo el honor de pertenecer, que consentir en que se enmienden fragilidades dominantes exponiendo mi pellejo: en tal caso quedase cada cual como Dios lo hizo y yo con la circunspección que me deseo para no caer en tentación en el curso de tan escoloso artículo.

Fuera de que, dígolo de paso, tengo un modo de pensar nada común en materia de mejoras y de reformas sociales. Opino que esa carrera de progreso, en que sus ardientes apóstoles nos quieren arrojar cargándonos a la bayoneta, es empresa que al fin llevarán a cabo, no ellos con su descomedida petulancia, sino los panteones con la calma y tino certero que les vemos desplegar al engullir indistintamente todos los estorbos. Déjeles obrar a estos establecimientos con la libertad que sólo a los médicos les es dado ampliar o restringir, y de un día a otro la regeneración aparecerá consumada a pedir de boca, sin que cueste sangre y sin que nos andemos a mojicones.

Desengañaos, misioneros del progreso: los panteones y no vosotros harán el milagro. Más poderoso empuje dan ellos a la civilización en una sola temporada de escarlatina, que en un año todos vuestros dramas, diarios, poesías, folletines, ortografías y

tendencias. Los panteones tiran el carro victorial de la nueva era; vosotros no sois sino el vulgo que le canta el *Hosana* y le rodea en su marcha de triunfo.

*Esta que juzgas tumba de los hombres
Porque en ella reposan sus cenizas,
Es la cuna sagrada donde empieza
A renacer el mundo a mejor vida.*¹

Cogiendo ahora mi asunto, la Cuaresma es la conmemoración de una época en que la humanidad vio desarrollarse un suceso tan estupendo como la misma creación: es un recuerdo de un tiempo en que Dios peregrinó sobre la tierra, asegurando a los hombres su bienaventuranza con sólo sujetarles a este sencillo precepto: amaos y perdonaos. Pero no me sentaría, a mí, *Jotabeche*, tratar este negocio por aspecto tan serio, aun cuando para ello las fuerzas me alcanzaran, que lo niego por supuesto. Yo voy no más que a echar una ojeada sobre la Cuaresma de mi pueblo; voy a escribir algunas observaciones hechas en estos días en que, para parecer cristianos, declaramos esa especie de guerra a nuestros amigos mundo, demonio y carne, y abrimos contra ellos hostilidades semejantes a las que nuestro gobierno sostiene con el de las provincias argentinas, no permitiendo entre ambos países otra especie de comercio que el contrabando.

Se ha dicho que el mundo es una comedia: eso mismo digo yo. Pero esta analogía no la encuentro en que la vida del mundo sea un buen rato, sino en que, cuál más, cuál menos, todos representamos lo que no somos o somos lo que no representamos. Y estoy en el pecado de creer que la Cuaresma de mi tiempo nos hace ser más comediantes, más actores que el resto de los días del año. (Declaro, por lo que pueda convenirme, que en lo dicho y por decir hay muchas honrosas excepciones en las que cuento a todos mis lectores sin distinción de estado, edad ni sexo. Me he propuesto esta vez marchar con la sonda en la mano).

¹ Estos versos son de José María Núñez (1812-1856) y se hallan grabados en la portada del Cementerio General de Santiago.—N. del R.

Sonó la última hora de los ruidosos días del carnaval: pasaron esas noches cuya locura tradicional forma desde muchos siglos la una costumbre venerada, una prenda de familia que conservan y heredan unas de otras las generaciones de la cristiandad. ¿Qué viene en pos de la deliciosa batahola? Un contraste que sorprende lo mismo que una muerte repentina. Al rocío oloroso que el enamorado derrama sobre el pecho de su bella, sucede la ceniza que el sacerdote esparce sobre sus humilladas cabezas; a la armonía de las orquestas, las llamadas del campanario; a una grata ociosidad, las tareas del colegio; a las declaraciones de amor, la confesión auricular; al brillo de los teatros, la muda opacidad de los templos; a los suspiros de ternura, los zollos del arrepentimiento; a los regalos de la gula, las indigestas colaciones; al camino, en fin, sembrado de falsas rosas, otro sembrado de verdaderas espinas. El orgulloso mandatario aparece de penitente, el ladrón se convierte en hombre honrado, el agresor satisface el agravio que hizo, la moda mejor recibida es un escándalo, el baile un abominable pecadero, un sermón bueno o malo la cosa más linda y hasta las hermosas hijas de Eva dejan de ser lo que son, y degeneran en sarmientos secos de la viña de Cristo. El fuerte del teatro moderno es ofrecer una contraposición así en sus cuadros escenarios.

Es verdad que *el buen gusto, el gran tono, la nueva escuela, el progreso, la libertad* y demás falanges arrianas y satánicas del siglo diecinueve han puesto en miserable estado la Cuaresma como todas las costumbres e instituciones llegadas a nuestros días después de haber recibido el homenaje de muchos siglos sucesivos; pero esta novedad no es una moneda corriente, es un secreto en que todos estamos y que nos lo decimos a la oreja, de miedo que nos oigan las paredes. Mientras tanto, sigue la guerra a los enemigos del alma, confiada a la pública diplomacia; se la hacemos a ellos en cambio de no tener que hacérsela nosotros mismos, lo que nos atraería bien desagradables inconvenientes; a más de que toda la pólvora que gastamos contra el mundo, el demonio y la carne se reduce a un cumplimiento con la Iglesia, y ya todos sabemos lo que importa un *cumplimiento*.

No es, por cierto, mi intención predicar a mi auditorio una más sincera observancia del ayuno, flagelaciones y penitencia de

la Santa Cuaresma; porque soy de opinión (muchos predicadores no están de acuerdo conmigo en este punto) que en tal caso habría yo de empezar por ayunar, flagelarme y penitenciar-me, y desgraciadamente ¡pecador de mí! no me siento en la disposición de dar tan buen ejemplo. Conozco, sí, que es una obra bastante meritoria la mortificación de nuestra indomable carne, del mismo modo que don José Rivera Indarte conoce que *es una obra santa matar a Rosas*; pero ni yo me resuelvo a sufrir que mi barriga ande pegada al espinazo en satisfacción de los no indiferentes carguillos que me hormiguean en el cuerpo, ni dicho señor don José Rivera Indarte se ha de resolver tampoco a matar a don Juan Manuel, a trueque de ganar indulgencias y de que, *ipso facto*, le canonicen. ¡En cuántas anomalías nos hace incurrir nuestra flaqueza!

Si algún lector ha llegado hasta aquí sin fastidiarse tanto como si leyera un artículo sobre ortografía americana, tome su cruz y sígame: ando a la pesca de algunos caracteres cuaresmales.

Ved ahí ese grupo de jóvenes despreocupados, aspirantes a la reputación de progresistas. Salen del café, donde han comido de carne porque en casa acostumbran los viejos comer de viernes. Entran ahora a la iglesia y todavía van echando pestes contra el ayuno. Paseándose *sans façons* por las naves del santuario, su boca va llena de risa burlona, cáusales extrañeza cuanto ven, como si fuese todo muy nuevo para ellos; y escudriñan con ojos atrevidos la concurrencia femenina, ni más ni menos que cuando quieren elegir compañera para contradanza. No faltan nunca a las procesiones y maitines; pero siempre colocados en observación, afirmados sobre el espaldar de un escaño, mirando de mampuesto las convertidas Magdalenas o siguiendo *en amateurs* con pies, manos y cabeza, el compás de los cantos eclesiásticos. La única ceremonia religiosa en que los novicios del progreso toman parte es la de las tinieblas, por darse el placer de tumbar un atril o un confesionario sobre el pobre devoto que se está en un rincón entregado a profundas meditaciones.

¿Hay algún predicador en campaña? Id y tendréis entendido para vuestro gobierno que el mundo, primer enemigo de nuestras almas, es el corsé, es la *resbalosa*, es la manga corta, la manga

larga, el peinado así y el descote asá. Sabréis cómo el enemigo demonio no es el diablo, sino los *futres* herejes, impíos, ateos, iconoclastas, etc.; y cómo el enemigo carne no es otro que las escandalosas mujeres, en las cuales sacia el orador su indignación evangélica. La celestial doctrina del crucificado se halla reducida, según el santo varón, a no asistir a los bailes, ni al teatro, ni al paseo, ni a las tertulias, ni a las fiestas profanas, ni a parte alguna que no sea la iglesia, sus incidencias y dependencias. De modo que no sacamos del sermón sino la consoladora noticia de que, fuera de los umbrales de los templos, no hay a dónde volver los ojos, ni dónde estar parado o sentado sin cometer qué sé yo cuántos pecados mortales.

¿Se pone otro ministro a explicar al pueblo los mandamientos del Decálogo? Lo hace bajo el decente supuesto de que en todo su auditorio no hay uno ni una que no infrinja, por costumbre, los diez cabales. Y no presumiendo que en este siglo de maldad haya quien no pierda la inocencia al primer destello de la razón, abre un curso público sobre la teoría del pecado donde van a satisfacerse mil curiosidades. Por eso, al salir de una de estas funciones, dicen algunos jóvenes:

—¡Tan buen predicador! ¡Qué claridad para explicarse!

Y, en efecto, ha desarrollado su asunto como el profesor más inteligente; aunque, para que le comprenda el vulgo, no se ha notado en su lenguaje mucha pureza que digamos.

Así como hay hombres que todo el año son buenos por amor de Dios, así los hay que sólo en la Cuaresma son menos malos; porque entonces más que nunca temen al diablo, de cuya existencia, por fortuna de la sociedad, no tienen la menor duda. Porque eso de existir Dios y gloria les importaría cuatro bledos, si no hubiese en la eternidad un infierno con sus hormigas ardientes, tenazas caldeadas y plomos derretidos. Para éstos la confesión no es más que un medio muy barato de desocupar la conciencia, bien así como quien alista una bodega para volver a llenarla de carga.

Ahí sale de la iglesia uno de estos buenos cristianos, es D... como queráis llamarle, que acaba de reconciliarse con Dios y que con mejores ganas se prepara a pelear con todos sus prójimos. To-

davía viene santiguándose con agua bendita y salpicando con ella su rededor para espantar a Satanás, cuyo fantasma lleva sin cesar en su imaginación. Un mendigo le pide al paso su limosna.

—Perdone por amor de Dios —y sigue adelante murmurando entre dientes la palabra *holgazán*.

Más lejos le encuentra un fraile, de esos que dan caza diariamente a los bienhechores del convento: ahora sí que su corazón se derrite como una mantequilla; ahora sí que no ve holgazanería, y se apresura a dar la mejor moneda que lleva en el bolsillo y a ganar gracias, besando del santo hábito todo lo que se pone a tiro de sus manos y de su boca. El hipócrita se empeña en persuadirse que alcanza con ello la remisión del crimen que más le remuerde. Prosigue su camino: el cartero que le buscaba le entrega una carta; el buen cristiano la coge y paga el porte con una peseta falsa. Entra a casa: un criado le pide sus cuentas, y a puntapiés y garrotazos le hace tomar el portante. Así pasa todo el día. ¿Suena la oración de la tarde? Vuelta a la iglesia. Le parece que su conciencia va tranquila; pero, ¿por qué ve siempre a Satanás a su lado? ¡Qué temprano empezó para este miserable el infierno!

¿Seguiré bosquejando, imperfectamente se entiende, los infinitos caracteres cuaresmales que tengo en el tintero o concluiré de una vez mi articulejo? Estoy por lo segundo. Nuestra católica sociedad se pone tan susceptible en estos cuarenta días, que hasta de la murmuración, su ejercicio cotidiano, hace un pecado imperdonable. Lo que en todo el año es inocente y decoroso, resulta ser en la Cuaresma una culpa gravísima. Maldito lo que entiendo de esto; pero tampoco entiendo muchas cosas que pasan y me callo, vuelven a pasar y yo torno a callar.

El Mercurio,

6 de abril de 1844.

LAS TERTULIAS DE ESTA FECHA

Esta costumbre de reunirse las gentes a *pasar la noche* no debe ser muy antigua, ya que a la verdad no es tan mala; ni tampoco puede ser cosa de ayer, porque hay hombres tan connaturalizados con ella, que en las tertulias no más viven, y fuera de las tertulias duermen. Verdad es también que sólo desde 30 años a esta parte tenemos nosotros de qué hablar; y es tanto el material con que se encuentran algunos, que en tomando la palabra hacen cuenta que han tomado la posta; y guárdese Ud. de salirles al camino, porque se lo llevarán con palabra y todo por delante. Antes de esta nueva era, la tertulia nocturna se consideraba como un privilegio de la gente mayor, que en casa del vecino más condecorado, regularmente el más gotoso, se reunía a beber un *punch*, a jugar a los cientos o al mediator. Los mozos y las niñas se quedaban en casa a puerta cerrada; éstas oyendo a su abuelita la historia de los hijos de Noé que eran Bran, Bren, Brin, Bron, Brun, y los otros esperando que el viejo entrara a acostarse, después de hacer colación, para ir ellos a saltar paredes, atravesar solares, herir a los perros y ver a la querida sin escandalizar a nadie. Cosa por supuesto mucho más moral, mucho más cristiana que lo que sucede ahora; que en medio de una numerosa concurrencia y a la vista y paciencia de padres y madres, se sienta un mozalbete al lado de una criatura con la leche en los labios, y empieza a abrirle las orejas. Hacen muy bien sus reverencias en declamar contra la corrupción del siglo.

La asistencia, pues, a los círculos de sociedad, se ha generalizado pasmosamente; y en ningún pueblo de la República, cualquiera que sea su jerarquía, faltan dos o muchas casas donde de

noche se pasa el tiempo sin sentir, que es el mejor uso que hasta ahora hemos alcanzado a hacer de él.

Pero hay tertulias de varias clases.

Perjudiciales se han denominado siempre por los comerciantes las que, bien a su pesar, se forman en sus propias tiendas; considerando que semejante concurrencia no puede traerles sino una infalible bancarrota. Como en estas reuniones la tijera se encarna en las flaquezas del prójimo, los dueños de casa tanto por su utilidad como en descargo de su conciencia, acostumbran poner al lado de la patente que les permite la industria, la siguiente amonestación en letras gordas: *Caballeros, la tertulia perjudica.*

Tertulias de cortejo son aquellas a que concurren diariamente tantos hombres como niñas hay en la casa donde se reúnen. Pasado cierto tiempo que la prudencia pública toma a su cargo regular, resultan de aquí los matrimonios; y aun cuando no resulten, en la vecindad se dan por hechos.

—Se casa fulano con zutanita.

—Muy bien determinado.

—Dicen que ya no se casa.

—Hace muy bien.

—No quieren los padres.

—Hacen muy mal.

—Se han casado en secreto.

—Bien lo decía yo.

—Están haciendo la ropa.

—Anda comprando alhajas.

—Ha sacado plata a interés.

Y toda esta ridícula chismografía que, más que a verificar, contribuye a disolver un proyectado enlace. Esto es cuando los tertulios cortejantes son solteros, que cuando son pavesas... ¡el Señor del milagro nos favorezca! Más valiera a las niñas cortejadas que lo fuesen por algún fraile, cuyos votos malo que malo y por pronta providencia, son un tapaboca contra cualquier *lapsus linguae*.

Tertulia terrible es aquella en que uno de los concurrentes canta sólo para ponernos al corriente en lo relativo a su persona y al talento, delicadeza y honradez con que sabe manejarse. Un

empleado recién destituido, un litigante que acaba de perder su pleito, un valetudinario que está tomando el quimagogo¹, convierten en *terrible* la mejor tertulia, si aquéllos empiezan a manifestar la bárbara injusticia de que son víctimas, y éste a referir los prodigiosos efectos del purgante y las cantidades de emolientes, estimulantes y precipitantes que se echa al cuerpo todos los días.

Las *tertulias de juego* no son propiamente tertulias. Son una plaza de toros, un reñidero de gallos. Los hombres han reducido a una diversión el maldecirse y hacerse unos a los otros todo el mal posible. No pudiendo saltarse sin correr el riesgo de ir a parar a la horca o a un presidio, convienen en que la casualidad juzgue el negocio y decida cuál ha de largar la bolsa y cuál la ha de tomar, quedando siempre en su buena reputación y fama.

Tertulia amigable es aquella a que concurren diaria e infaliblemente cierto número de hombres, sin otro objeto que conversar por dos o tres horas de la noche. Entre jóvenes, casi nunca es permanente ni del todo buena: entre viejos, su importancia no va más allá de la de un archivo de raídos protocolos; pero si la reunión se compone de mozos y de hombres de experiencia, es muy difícil que jóvenes y viejos dejen de aprender en ella.

Tertulias de gusto pueden llamarse las que, admitiendo en su seno individuos de ambos sexos de todas edades, proporcionan gran variedad de entretenimientos. Los hombres de alguna edad arman su malilla, hablando de política, de descubrimientos, de los tiempos pasados o de sus respectivos negocios. Las señoras de respeto hablarán de cuanto hay, menos si se suscita la imprudente averiguación de algún acontecimiento remoto, porque entonces no toman cartas, se hacen sordas, y si chistan es para pedir que canten, bailen o hagan alguna cosa de provecho. Para los jóvenes de ambos sexos los recursos son inagotables. Fuera de sus cuentecitos corrientes, del piano y de la guitarra, de los recuerdos del colegio y de los matrimonios en tabla, nunca falta algún tertuliano original, algún ñato o narigón, algún futre relamido, algún viejo sahumado, algún templado sentimental o al-

¹ Específico de la época, con carácter de panacea.— N. del R.

gún otro infeliz que costee la diversión. Bien que después que éste se despide, toda lo sociedad exclama en coro:

—¡Es mucho este fulano!

—¡Tan bueno, el pobre!

—¡Qué alma tan bien puesta!

¿He descrito hasta aquí las tertulias de Copiapó? Francamente respondo que no. Y ¿a qué vienen la pregunta y la respuesta? Vienen, señor, a sosegar ciertos temorcillos que tienen mis paisanos de que el tal Jotabeche resulte ser un mala-lengua; cosa que aunque saliese cierta, bastaría saber que la mía es como la de cualquier otro para no extrañarlo tanto.

Ahora sí que voy a las *tertulias de esta fecha*. Las siete de la noche. Cubierto del polvo que me han echado encima las bestias que andan de galope por las calles (permítaseme hacer algunas honrosas excepciones: los burros no salen de su paso comedido y son los únicos que respetan hasta la veneración los bandos de policía), cubierto, pues, de polvo, llego a la casa de un amigo donde se reúnen varios otros. Un criado, al entrar, me pasa un plumero para sacudirse, determinación excelente tanto para la mejor salud del alfombrado, como porque así no me reconozco obligado a seguir la moda de limpiar los zapatos con el mismo pañuelo que poco después ha de recorrer ojos, narices y boca. Mientras se toma el té, cada cual habla con el que tiene al lado o con el que más le place sobre lo que más le conviene; pero impensadamente todos se ocupan de un solo asunto, se abre una discusión, se pasa a otras, se cuentan anécdotas, se ríe, se fuma y todo *sans façons*; que para mí es la sal de las tertulias, así como las cortesías y cumplimientos me hacen renegar de ellas, ni más ni menos que el ají de los guisados que lo contienen. He notado varias veces que los asuntos ventilados con cierta preferencia son las necesidades del pueblo, las enfermedades de este cuerpo social que, como en casi todos los cuerpos sociales de la República, parecen de más difícil curación que las afecciones del hígado o el obstinado flato francés. Al hablar de los males suelen también indicarse algunos remedios; pero siempre se topa con ciento y más inconvenientes, de los cuales el más pequeño se reduce a saber que no hay fondos, porque la caja municipal se halla tan limpia

como si la hubieran concebido sin pecado original. En estas y otras cuestiones se pasan las horas hasta que llega la de retirarse.

Mas como todavía no suele ser la de dormir, me voy de aquí a otras partes con peligro de que en las calles atravesadas, al marearse sobre un puente, se sumerja mi humanidad en el agua; o que al dar vuelta a una esquina me reciba alguna tropa de perros que no temiendo a esas horas al lazo y al garrote de los carniceros, anden de gran tertulia, a favor de las tinieblas. Llego, en fin, a la casa que me propongo visitar; desde el patio infiero el inocente entretenimiento que hay adentro.

—El 41.

—Alonso el ñato.

—Los chifles de ño Villalobos.

—¿Quién me da unos porotitos?

—El día de la patria.

—Apunta el 18, niña.

—¿Cómo está Ud., *Jotabeche*?

—Aguárdese, no cante tan ligero.

—Vaya con la voz del hombre. ¡A no sacarme una bola!

—El 30.

—Siéntese Ud. ¿qué viento le ha traído?

—La edad de las niñas.

—¡Cuaternal!

—¿Cómo pide?

—Está bueno. Siga sacando.

—Pues señor... y salió... el triste.

—Los anteojos de Pilatos.

—El 84.

—La Carmen Pino...

—¡Plata! ¡me la saqué!

—¡Se la sacó, se la sacó!

Antes de concluir la partida ya he tomado cartones para la siguiente, esperando ganar el placer de apostar al ambo con alguna de las amables tertulianas. El ambo es lo romántico de la lotería. Por lo demás, es tan clásica como la tabla pitagórica, y tan insustancial como la última página (con permiso de Ud., señor redactor) del *Mercurio* de Valparaíso: *For Liverpool*.— *Ojo*

interesante.— El gran prototipo de la moda.— Nuevos progresos en el arte de dentista.— Colegio de los señores Zapata. Bolos de Armenia.— Jabón de Mendoza, y toda esa monotonía continua que felizmente no excita la curiosidad de leerla.

Cuando no estoy para divertirme concuro a donde se juega malilla. El mal humor no se quita muchas veces sino con pelear, y este pasatiempo no se reduce a otra cosa. Se pone la carpeta, se dan las cartas, pasan todos y vuelve a distribuirse el naípe. La mano canta solo, arrastra de mayor y se lo pagan de oros. Ponen un torito; dice uno bola para quitar el solo al otro; le tienen el caballo en cuarto y se la cortan. Así marcha el juego; así va aglomerándose el fluido eléctrico, y luego estallará la borrasca.

—¡Qué juego hemos perdido! ¡de mano se lo han llevado!
¡Y Ud. compañero...!

—La chambonada de Ud. tiene la culpa. ¡Con la runfla de bastos y no me embarca su malilla...! ¡Qué barbaridad!

—Pero yo quería deshacerme del triunfite... Descabece Ud. sus copas, y habríamos hecho otro juego.

—¡No embarcarme el caballo, siquiera, teniéndolo con la sota...! ¿Para qué diablos se mete Ud. a jugar?

—He conocido hombres porfiados; pero ninguno como Ud... ¡Si no se convence nunca...!

—¡No darme el caballo...! ¡Treinta y siete le habríamos hecho...! Jugar con el señor es lo mismo que botar la plata... ¡Tantos años de malillero y no sabe todavía hacer una salida!

—De cualquier cosa, caballero, cobra el victorioso; con lo que se suspenden las hostilidades para romperlas cuando cada cual lo estime por conveniente, sin que ninguno de los otros tenga derecho a estorbárselo; porque entonces vendría abajo la base de esta diversión que es el conocido principio: *el choreo es libre*. Frecuentemente me despido ganando; algunas veces perdiendo, pero siempre satisfecho de haber peleado a mi gusto, quedando todos tan amigos como antes.

Otras veces, por variar, razón excelente a falta de otras, me voy al café, punto en que la tertulia argentina se ha declarado en sesión permanente. Rosas, Oribe, Benavides y Aldao son los temas sobre los cuales versan las variaciones de degüello, ma-

tanzas, mazhorcas, estupros, saqueos, azotes y proscripciones. Cansado de oír horrores vuelo a casa; entro en mi cuarto, y metiéndome en la cama, bendigo el pobre rincón donde puedo entregarme al sueño, al sueño tranquilo de que no gozarán ya los caribes del Plata, ni aun en la noche del día de sus triunfos.

El Mercurio,

4 de junio de 1842.

LAS SALIDAS A PASEOS

Para qué decir sino la verdad: esto de pasearse no es todavía en Copiapó más que un extranjerismo, una moda a que resisten el gusto e inercia general de las gentes. La siesta, esa modorra de la hartura, tiene aún sus devotos y prosélitos: ella es la que sostiene la lucha contra el eficaz digestivo de salir, después de comer, a dar una vueltecita.

Bien es cierto también que en punto a digestivos tomados en mesa y de sobremesa, estamos al corriente de los países más civilizados: el Jerez, Porto, San Vicente y otros poderosos magistrales nos aseguran de cólicos, lo mismo que la Sociedad del Orden nos asegura contra la anarquía, la Sociedad Demócrata contra el despotismo del gobierno y la señal de la cruz contra el espíritu de ambas.

No encontraréis, pues, paseantes por la tarde a cada paso: si veis, a esas horas, dirigirse a tres, cuatro o cinco caballeros hacia este lado o el otro y os imagináis que van por pasearse, seguidles para convencerlos de que han echado a andar porque sólo andando pueden ponerse donde se toma café y se da tertulia.

Ese buen mozo que a puesta de sol monta a caballo y sale a rodear por los extramuros, tampoco anda haciendo ejercicio: anda haciendo raya; es un halcón en busca de su presa.

—¿Y los que con la fresca van a la Chimba? —me preguntaréis; mucho menos. Nadie iría a la Chimba a ninguna hora, si no hubiese allí tantas niñas que ver, tanto mate que tomar, tantas flores que recibir. El hombre que pasa de cierta edad, no pasa de San Francisco para abajo, aunque le conviden a un ambigú sin obligarle a la suscripción.

—Eso es bueno para los mozos; ya no estoy para ello —contestaría al que le propusiese emprender el viaje.

Si entra un forastero a Copiapó sin saber el día en que vive, cosa que muy bien le puede suceder viniendo del puerto y perdiendo el juicio con el polvo de Ramadilla; si entra en Copiapó, repito, y ve por las calles que van y vienen muchas señoras con sombreros o pañuelos blancos a la cabeza como si anduviesen de paseo, diga entonces el forastero: hoy es domingo, hoy es fiesta; porque es seguro que en ningún otro día se les verá en la calle. Pasearse en día de trabajo es un despropósito, se exponen a coger un constipado y a que les vayan a ver.

—¡Jesús, qué dirán, que andamos de ociosas!

Vista esta tibieza, esta no costumbre de salir a tomar el aire, nuestra Ilustre Municipalidad no ha querido proyectar una alameda, un paseo público entre las muchas mejoras de comodidad y ornato que lleva proyectadas hasta la presente fecha, mejoras que, gracias a Dios, tienen a Copiapó como un chiche para los que con la imaginación se las pintan ya plantificadas. Véanse, si no, los caminos; ahí están, de bien en mejor, bajo el sistema conservador. Como es un recreo transitar por ellos, los dueños de los desiertos por donde pasan se dejan pedir un real por cada mula, burro o caballo que tiene el placer de morirse de hambre y de sed por esos secadales.

Nuestro hospital es el mejor del universo; se puede apostar ocho a uno a que no alcanzará a morir en él ningún enfermo. Y aunque por ahora no tiene más que una cama, ha sido un excelente acuerdo colocar en ella el proyecto.

El bosque de sauces que se ha plantado en la vega, negocio que, según la opinión de uno de nuestros gobernadores más antiguos, va a dar, en muy corto tiempo, una renta anual de diez mil pesos en maderas, está al producir sus resultados; sólo se espera que el plantaje escape de los burros.

El pueblo de Chañarcillo y su recova es cosa concluida. Ya no tienen que pensar en el pueblo sino los que se han quedado con todo pronto para edificar en sus sitios.

La reforma del riego turnal se ha verificado con éxito. Nadie se queja de agravio y cada cual sigue tomando toda el agua que puede, con el ingenio que Dios le ha dado.

En cuanto al nuevo panteón, tenemos lo esencial: el reglamento y la tarifa de sepulturas. Falta lo demás, inclusive la elección de sitio; pero eso es lo menos. Lo importante es saber cuánto nos llevan por enterrarnos; para, si no nos acomoda el precio, irnos a morir a otra parte.

Esto dicho, vuelvo a mi epígrafe.

Pero si no hay quien salga a pasearse por las calles, no hay quien no guste de los paseos al campo. En la actual temporada se halla en boga, aun entre nuestros muy caseros comerciantes, darse algunos días de este agradable asueto. La primavera ha puesto en movimiento a las gentes, que han querido ver lo que una generación casi nunca ve en Copiapó dos distintas ocasiones: los campos, cerros y quebradas tapizados de innumerables flores. Nuestros áridos peñascos, esta naturaleza muerta que si alguna idea inspira, si algo moral expresa, es la desnudez del desengaño, el despecho de una intendencia frustrada o de una elección perdida, verla ahora engalanada con todos los colores de las flores y exhalando ricos perfumes, no parece sino la obra de un encanto, la obra de un gobierno cuando se le pone cubrir de sueldos, honores y divisas a un infeliz en dos patas.

La señal convenida de que va a salir una familia al campo es una carreta entoldada y encortinada a la puerta. Las cortinas han de ser colchas y sobrecamas viejas; si no, no hay caso, no está bueno el paseo. Esta carreta ¡qué inmensidad de cosas contiene! Es una arca que en vez de llevar todas las especies de animales, lleva un ejemplar de todas las especies de trastos, utensilios, muebles, legumbres, golosinas, servicios y comistrajos de la casa, con más algunos ejemplares de amas, cocineras, niños, criados, perros, chanchitos, pavos, gallinas, corderos y demás animales domésticos. Los almofreces, petacas, baúles, canastos, sacos y paquetes forman un hacinamiento abismal, un océano revuelto, un laberinto, un pleito sustanciado en Freirina, una sociedad política que se propone sostener a un ministro porque le creen todavía muy lejos de caer para dejar de hacerle la corte.

Sin embargo, la dueña de casa está en todo, y como el ministro de Estado es la única que ve claro en la mescolanza y que posee la hebra del ovillo.

—Mira, carretero, estas petacas, lo primero: llevan cosas que quebrar.

—Deja ese almofrex para que vaya encima.

—Los sacos de verduras es preciso quitarlos de ahí.

—Espacio, esa canasta va con huevos.

—¡Niños, cuidado con los bueyes...!

—Que me traigan los tarros de dulces.

—Muchacha (a la criada), la ropa de los chiquillos.

—Ña Juana (a la cocinera), no se le olvide la parrilla.

—¡Ah! se me olvidaba: esa cajita en que va la jeringa...

Pero, no; yo la llevaré en el birlocho, no sea que se ofrezca....

—Pero mujer —le dice el marido—, y los fiambres para el almuerzo, ¿dónde irán?

—¿Qué sabes tú? Los llevará el muchacho por delante.

—Ya me voy —grita el carretero, empuñando la larga picana.

—Aguárdese un poquito... ¿Qué se nos queda? Vean, niñas, si se olvida alguna cosa.

—Nada, mamita; todo está acomodado.

A la sazón, ya han entrado en la carreta los individuos arriba mencionados. Las criadas gritan, chillan y ríen a carcajadas; los niños riñen, las voces de mando no se oyen, y los bueyes, que toman la bulla por una orden de marcha, se ponen en repentino movimiento. Aquí los sustos, los ayes y las exclamaciones ruidosas. En medio de la algazara y baraúnda, los reniegos del carretero resuenan como el trueno en las tempestades. El infeliz maldice a los bueyes, a la madre de los bueyes y a la suya, a todas por parejo; y de tal manera, que los *jesuses* y los *¡ay Dios mío!* se oyen por todas partes.

Al fin, los bueyes se sosiegan, acomódanse los viajeros, se hacen los últimos encargos y recomendaciones de la señora y parte esta primera división, al ruido de alegres adioses y del rechinar del carro.

Tan bulliciosos aprestos han hecho salir a las puertas de calle a todo el vecindario y parar a los transeúntes.

La salida de la familia y amigos de la familia no causa un alboroto tan democrático. Al ver esos semblantes animados por la alegría, ese exceso de vida que agita a todos los individuos que se preparan para la marcha, esas bromas que se dirigen y alegres dichos que se improvisan, se siente uno tentado de llamar la atención, pedir la palabra y pronunciar un discurso, diciendo:

—Señores, señores, esta reunión espontánea, este numeroso concurso animado de los sentimientos del más puro, etcétera, etcétera, etcétera.

No digo el discurso temiendo que el entusiasmo me arrebate y me haga conducir a mis lectores a *sentarse bajo la frondosa sombra del árbol de la libertad, que prospera fecundo y siempre creciente en opimos frutos*.

Tampoco sigo a la familia que va de paseo en birlochos y carretas. Mi propósito se reduce a charlar sobre su salida. Ahora hablemos del paseo a burro.

Decididamente, el burro es un animal de orden, por más que sus desgracias y sus servicios, siempre mal pagados, le den cierto tinte de animal de oposición. Esto es hablando de los burros de otras partes. En cuanto a los de Copiapó, son tantas las prerrogativas y consideraciones de que gozan, son de suyo tan de soberbio carácter y han recibido del clima, o quién sabe de qué, dotes tan brillantes, que forman una clase separada, una familia aristocrática de la especie. ¿Dónde más que aquí consumen miel y panales, alfalfa y cebada los burros? ¿En qué otra parte son cuidados, cargados y conducidos por ciertas mujeres, que aunque bajo más de un aspecto no pertenecen al bello sexo, jamás usan de otro castigo en sus piaras que los talonazos y pellizcones? ¿Dónde, como en Copiapó, puede contar el burrero que ha alquilado sus asnos, no para cargar leña ni basuras, sino para que salgan a paseo, cabalgándoles, las alegres buenas mozas y los alibarados elegantes? ¿Qué diversión más completa, qué fiesta más cumplida, qué humorada más reída que un paseo a burro?

Lo mismo es proponerle y prepararle, que cuantos entran por el partido empiezan a celebrarle a carcajadas. Por lo regular, estas cabalgaduras son episodios de las salidas al campo; son el paseo en los paseos. En ellos la gente se propone reírse unos de otros

sin ceremonia, correr algunas leguas y darse no pocos porrazos de cómicas consecuencias.

Al rayar el día convenido, el burrero entra con su piara en el patio de la casa punto de partida. Los rebuznos, ese canto del dichoso, esa voz enérgica y patente como un *viva el pueblo* de la rotería de Santiago, despierta a los del paseo, que, a medio vestir, salen y se asoman a ver o a elegir sus respectivas caballerías. Todos quieren ensillar los mejores, ¡imposible! no hay uno mejor que otro, todos los burros son iguales ante la ley. Sin embargo, la galantería examina, pregunta y descubre aquellos que se recomiendan por su buen genio y andar de aguililla: en éstos van las damas, sobre sendos sillones, que si no son viejos y apolillados no sirven para el paseo. El burro más liberal y vivaracho, de quien se sospecha que puede interrumpir el orden y atacar la moral pública, se le entrega al más jinete y de mejores puños, para que, haciendo de fiscal, oportunamente le refrene si se anda con personalidades; esta clase de calaveras-asnos se distinguen de los demás por sus cabezas pilonas, rabos cortados u otras mutilaciones atraídas por sus excesos.

Terminados los aprestos, adornados con cencerros los cuellos de los burros, henchidas de víveres y de botellas las alforjas, llenas de risa todas las bocas de los que van y de lágrimas los ojos de los niños que se quedan, llega la hora de montar sobre los mansos animales, que se dejan poner, cargar y conducir con esa deferencia encantadora de un batallón de guardias cívicas en días de elecciones.

Los caballeros, al partir, se dividen en dos porciones; unos echan adelante para servir de guías, otros van a retaguardia arreando, con no muy inocentes estímulos, las cabalgaduras de las niñas. La alegría general es una locura carnavalesca: todos gritan de vicio, todos ríen con una gana progresiva, a cada paso que dan, a cada mirada que reciben, a cada figura a burro que se les presenta; nadie ve a nadie sino caricaturado.

Aquí va uno de piernas largas, caballero en un burro de piernas cortas, formando un grupo, no de burro y jinete, sino de burro en seis patas. Más allá cayó otro burro por la ley de gravedad del que lleva encima. La montura de éste, habiéndose resbalado

hacia atrás y ofendido con la cincha los respetos del celoso animal, le obliga a reclamar con repetidos corcovos que se le trate más debidamente y que sólo se le haga servir en el objeto para que fue alquilado. Las niñas van comprando sitio de cuadra en cuadra y cayendo, jamás a su gusto pero siempre al de todos: nunca como el gato, siempre como el carruaje que se vuelca. El burro peligroso, que por prudencia le hacen marchar de avanzada, señala cada minuto de tiempo con una de sus estrofas recitadas y da muestras inequívocas de sus anárquicas intenciones. Todo estimula a perder el juicio de gusto.

Vienen después los sabrosos tragos y la grata fermentación en que ponen a las juveniles cabezas; vienen esos momentos en que el hombre encuentra en su vida un paraíso y en su ser otro ser, que unas gotas de licor despiertan, esos momentos en que soñamos mil encantos sin dormir, y cuyos mil encantos desaparecen después que realmente dormimos.

A los tragos de la marcha siguen los del almuerzo, que ha de tener lugar a la sombra de algún enorme peñasco, sobre una mesa a la altura de la boca, puestos los comensales de barriga. Los fiambres se han revolcado, el jamón tiene una escarcha de tierra, el pan se ha humedecido, no se sabe si con agua o con el sudor del burro; pero todo está delicioso, todo se encuentra en regla. Ya se ve, el apetito, a no haber otra cosa con que acudirle, era expuesto que cargase con alguna de las cabalgaduras.

Nada sería, me decía yo en uno de estos paseos, que le echaran a uno a pasear, si la cosa fuese a burro.

El Copiapino,

29 de noviembre de 1845.

CARTA DE JOTABECHE A UN AMIGO EN SANTIAGO

Si no me hubieses escrito por el vapor *Perú*, ¿sabes el castigo que quería darte? Te iba a dedicar uno de mis artículos para que tu nombre y apellido hubieran aparecido en letras de molde, como un *Ecce-Homo* a la cabeza de algunas columnas de *El Mercurio*. Has escapado de una buena, escapándote de una dedicatoria; y en esto eres más feliz que algunos ministros de Estado, que apenas alcanzan a serlo cuando ya se les encuentra colmados de ilustración y de virtudes, e irremisiblemente les rinden, según una usanza añejísima, tan añejísimo homenaje. Pero tenlo entendido para en adelante: si no me escribes por todos los vapores, te pierdo, te saco a la vergüenza pública, te planto un obsequio en estos o parecidos términos: "Tributo de amistad al ilustrado y virtuoso joven poeta don Fulano de Tal." Lo de "ilustrado y virtuoso" son piropos que se cambian entre amigos; y en cuanto a lo de "poeta", aunque a decir verdad no sé si lo eres, basta que no seas muy bruto para concederte esa habilidad a ojos cerrados.

Prevéngote también que no es mi voluntad me escribas por buque de vela o por buque a vela, como te parezca; porque esto no es ya de tono, ni hay valor aquí para leer una carta de Santiago con más de cuatro días de fecha. No te tomes tampoco el trabajo de remitirme papeles públicos, a no ser que rotulándome los a mí se los quieras regalar al administrador de correos de este puerto, el cual se ha hecho un confiscador de periódicos y los decomisa todos desde que los traviesos han dado en ingerir su nombre en las cosas del huano. ¡Si las cosas que han sucedido con este huano...!

¡Felices nosotros que nacemos a tiempo de conocer la no indiferente importancia de esta materia, que caracteriza tan bien nuestro siglo! ¡El siglo de Napoleón, el siglo de la libertad, el siglo de las luces, el siglo de los románticos, el siglo del huano...!

Pero volviendo a tu carta, ¿es posible que todavía no quieras reconciliarte con el romanticismo? ¡Qué hombre tan retrógrado! Sin embargo, no te lo creo; y apostarí a que eres romántico sin conocerlo, sin comerlo ni beberlo ni entenderlo, como nos pasa a muchos.

Por mí, sé decirte que lo soy por instinto, por rutina, por práctica, esto es, sin maldito el trabajo que me cuesta. ¿Habrá cosa más fácil? Si no tienes más que dejarte ir, y, quieras que no, ¡*papam habemus!* ¿Enamoras? Eres romántico. ¿No enamoras? Romántico. ¿Vives a la *fashionable*? ¡Qué romántico! ¿Vives a la Bartola? Idem por ídem. ¿Usas corsé, pantalón a la *fulana*, levita a la *zutana* y sombrero a la *perejana*? Romántico. ¿Tienes bigotes con pera, pera sin bigotes y patilla a la *patriarcal*? Romántico refinado. ¿Cargas bastón gordo y nudoso a la *tambor mayor*? No hay más que hacer. ¿Te peinas a la *inocente*? No hay más que desear. ¿Hueles a jazmín, o hueles, pero no a jazmín? ¿Te pones camisas sin cuellos, o cuellos sin camisa? ¿Sabes saludar en francés? *Il suffit. Tu es fièrement romantique.* No hay escapatoria, hijo mío; romántico y más romántico. Que si Platón y Diógenes, Heráclito y Demócrito y aun el mismo Aristóteles hubiesen vivido en este tiempo, románticos habrían sido bien o mal de su grado; pues, de otro modo, al ostracismo con ellos, por *demasiado literatos*; es decir, por *retrógrados absolutistas*; más claro, por *anacronismos perjudiciales*, y por qué sé yo cuántas otras calabazas, que no quiero detallarte aquí por no profundizar *más de lo necesario los arcanos del idioma*, ni *detenerme mucho en las exterioridades del pensamiento*¹; en una palabra, porque no entiendas lo que voy diciendo.

¹ Expresiones tomadas por Jotabeche de artículos de Sarmiento en los cuales este escritor argentino, residente a la sazón en Chile, había pedido el ostracismo para don Andrés Bello.— N. del R.

No te canses, querido amigo; no pierdas tu tiempo en resistir al romanticismo, al torrente de esta moda que es la más barata que nos ha venido de Europa, con escala en San Andrés del Río de la Plata, donde la recibieron con los brazos abiertos las *intelectualidades nacionales*, expresándole su *sensibilizamiento* y espíritu de *socialitismo*, y asegurándoles que ellas, desde el 25 de mayo, *brulaban* por los progresos *humanitarios*. Hazte romántico, hombre de Dios, resuélvete de una vez al sacrificio. Mira que no cuesta otra cosa que abrir la boca, echar tajos y reveses contra la aristocracia, poner en las estrellas la democracia, hablar de independencia literaria, escribir para que el diablo te entienda, empaparse en arrogancia, ostentar suficiencia y tutear a Hugo, Dumas y Larra, hablando de ellos como de unos calaveras de alto bordo, con quienes nos entendemos *sans compliments*. Prepárate a recibir este sacramento de penitencia leyendo el artículo de la *Revista de Valparaíso* sobre el romanticismo y clasicismo; y avísame si el castellano en que está escrito es el castellano que nosotros hablamos, o es otro castellano recién llegado, porque juro a Dios que aquí no hemos podido meterle el diente, aunque al efecto se hizo junta de lenguaraces.

Me preguntas “¿Cómo va de amor?” Si es a mí, te confesaré la verdad, ya no me ataca tan fuerte; pero si quieres saber cómo va de amor en Copiapó, puedo asegurarte que este asunto marcha aquí ni más ni menos que en Santiago. Ya, gracias a Dios, no se enamora, sino que sólo se chancea; se busca en ello un pasatiempo, una ocasión de mentir sin responsabilidad, de perjurar sin pecar, de hablar por no dejar, de prometer lo que no quedamos obligados a cumplir y de solicitar lo que sabemos que no se nos ha de conceder. Punto es éste en que hombres y mujeres estamos muy de acuerdo y sobre el cual nos entendemos a las mil maravillas, como si precisamente hubiéramos nacido hombres y mujeres para entendernos en algo. En achaque de amoríos nos encontramos, pues, tan adelantados en Copiapó como en cualquiera otro de nuestros pueblos en que las gentes se hacen ya un deber de vivir a la moda, y de adoptar entre sus usos y costumbres las ridiculeces que nos vienen de Europa por el purísimo conducto de los peluqueros y de las modistas, o, cuando más,

por el de algún Barón a quien han echado a viajar los burdeles de esas grandes capitales. Nos dicen que en París es una bobería enamorarse de veras de una mujer; que un Lovelace es todo un dije en las sociedades del *grand monde*, y hétenos aquí haciendo la parodia del héroe, empeñados en representar burlescamente el papel de seductores. Bien es verdad que los que despuntamos por esto despuntamos también por otras mil fatuidades y tonterías de las que sacan un provecho inmenso las niñas amigas de divertirse; pero lo malo está en que somos muchos, y en que han de seguirnos los demás a trueque de no pasar, ante la turba, por originales.

Mozos hay que si parecen enamorados, si visitan asiduamente a alguna señorita, no es más que por hacerse el blanco del qué dirán, por ostentación, porque vean que se ocupan de cortejar, porque sepan todos que tienen una conquista; y nada se les queda por conseguir si las malas lenguas dan por hecha una seducción, o por lo menos una correspondencia, que quizás no han llegado a solicitar.

Mozos hay que esperan hallarse ante testigos para desplegar el talento de insinuarse a su bella con gestos, miradas, sonrisitas y secretillos, a fin de mostrar que existen entre ambos inteligencias misteriosas. Felices ellos, si así llegan a mover la envidia de cuantos procuran que les observen.

Mozos hay que sólo visitando a alguna niña, sin que ni sus ojos ni su lengua le hayan dicho jamás otra cosa que los cumplimientos usados, si tú les encuentras y felicitas por sus progresos con la señorita, te apretarán la mano sonriéndose maliciosamente como para decirte:

—Eres muy perspicaz: me quiere mucho, es verdad, pero no lo cuentas a nadie.

Mozos hay que pasan años enteros derretidos en amor por una linda muchacha: que la aman, la buscan, la persiguen, la hostigan, la celan, como si ya fuese suya; mas si corriendo el tiempo encuentran alguna vieja rica, olvidan la linda muchacha, se abrochan con la vieja y se meterían a una cloaca por tal de manosearle los talegos.

En vista de tantos *mozos hay* y otros muchos que, aunque aquí no los digo, no por eso dejan de haber, fácil es calcular a lo

que se atiende la otra parte con quien uno se las ha de haber, al tratar de enamorarse. Es, pues, éste un negocio ahuesado completamente; negocio en avería, negocio sólo bueno para hacer una bancarrota. Y enamórese usted. He aquí lo que pasa.

—Mire usted, fulanita —le dices a su adorado tormento—, créame, la amo muy de veras.

—Vean eso. ¿Conque me quiere usted? ¿Y de ahí?

—Sí, la amo a usted. Se lo juro por mi honor.

—¡Vaya! No se le conoce en la cara.

—Usted es muy cruel. ¡Siempre con sus bufonadas!

—¿Quién le ha dicho eso? ¡Caramba! ¿Sabe usted que hoy hace mucho frío?

—Usted, que es la misma nieve, ¿siente frío?

—Muchas gracias. ¿Estuvo usted en el teatro el domingo? Dicen que es antigua la pieza que representaron.

—En verdad, no es cosa de estos tiempos... ¡La mujer firme...!

—Pero ¡cómo sabía querer aquel galán! Tiene usted razón: eso debe ser muy antiguo.

Y te embroma y te entretiene, y te irrita y te gasta la paciencia, sin que de ningún modo puedas avanzar un paso, ni salir del *statu quo* en que te encontrabas al principio del *camote*. Y enamórese usted.

Hasta aquí mi primera carta. Y si la encuentras corta, no lo extrañes, porque no tengo el talento de escribir largo. Espera mi segunda; pero guárdate bien de la dedicatoria.

El Mercurio,

23 de julio de 1842.

ALGO SOBRE LOS TONTOS

Esta razón de que tanto se vanagloria el hombre, en la cual funda su superioridad sobre todos los otros seres de la creación; que constituye el orgullo de nuestra especie, el timbre y el blasón de la familia humana, ¿no es también una fuente de los males que sentimos, el principio de esa pena lenta y continua, de ese descontento roedor que nos inquieta durante los más largos períodos de la vida? ¿No es la razón la que aparta de nuestros labios la copa del deleite, la que nos vigila como un impertinente pedagogo, la que enfrena las deliciosas propensiones con que nos dotó la naturaleza, la que nos desvía, en fin, de un camino de rosas para empujarnos tras otro, sembrado de abrojos y de espinas? ¿No es la razón la que nos ha despojado de la mejor parte de nuestra libertad natural, y no se funda en ella la sociedad para descargar su colección de *males necesarios* sobre los individuos que la forman? ¿No te impone la razón el olvido de los agravios al mismo tiempo que manda levantar cárceles, presidios y cadalsos para castigar tus deslices sin misericordia? ¿No te dicen que es de razón sobrellevar la existencia por maldita que te parezca; y de razón también, no te corta el verdugo la cabeza cuando más te gustaría pavonearla sobre los hombros? ¿No te despotiza y te despotizan en su nombre, en la cuna, en la escuela, en la sociedad y aun en la tumba? Si alguna vez te entregas a las halagüeñas ilusiones de tu fantasía, ¿no viene la razón, cual mujer celosa, a desbaratar con su presencia el dulce sueño que dormía? ¡La razón...! ¡Presente bien funesto, maestro de desengaños, libro fatídico cuya más bella página es el capítulo resignación! La razón no nació quizás con el hombre en el Edén de nuestros pri-

meros padres. Ellos se amaban como se amaban las palomas, y adoraban a su Hacedor acompañando a las aves en sus cantos matutinos. Fue una sugestión de Satanás el primer raciocinio de la mujer, y este raciocinio, este primer destello de la racionalidad nos arrojó a todos del Paraíso, nos despojó de la inocencia de los Angeles y nos hizo presa del infierno.

Impensadamente he trepado a estas alturas preparándome a probar una cosa que tal vez nadie quiere negarme, una cosa que para mí es un axioma y que sólo en estos tiempos de polémicas y controversias puede haber riesgo de que me la disputen, máxime siendo ello, según creo, un punto de romanticismo, a saber: "la dicha social está en razón inversa del talento del individuo"; o sea, "los tontos son los hombres más felices".

Tan indudable es esto, que aun las mismas naciones poseen mayor suma de bienestar si las favorece cierto temple de tontedad; y viceversa, es más efímera su estabilidad, son más tardíos sus adelantamientos, si un talento brillante, una imaginación ardiente y vivaz, una razón, en fin, valientemente despejada caracteriza la generalidad de los hijos de su suelo. La anarquía de los pueblos argentinos, en mi humilde opinión, trae su origen del número infinito de doctores, poetas, economistas, políticos y elocuentes tribunos que se improvisaron allí con los primeros ardores del sol de mayo. Aquel árbol, sin engrosar su tronco, elevó sus ramas sobre las nubes para troncharse al rabioso soplar del *pampero* revolucionario. El escándalo peruano no podrá ciertamente explicarse del mismo modo, ni quizás de ningún otro; las luces nada han tenido que ver en esa merienda de negros, pero tampoco las revoluciones del Perú son obra de los pueblos anarquizados sino de una soldadesca vagabunda que, huyendo la pelea, abre y termina sus campañas con defecciones. Al contrario, soy de opinión (en conformidad del principio arriba sentado) que sin estas malditas gentes, los descendientes de Manco formarían la república más feliz, el pueblo más rico y dichoso de nuestro hemisferio.

La prosperidad de Chile... Pero a un hijo suyo no le toca hacer este elogio. Baste recordar que ciertos grandes talentos, ciertos hombres-genios nacionales han sido maléficos para nosotros y funestos para sí mismos. Plantas exóticas cuya no aclima-

tación la hemos abonado en nuestra cuenta corriente con la fortuna.

Todo esto no es de mi propósito. Voy a contraerme de una vez a la cuestión, voy a pintar cuán bienaventurados son los tontos. Aquí venía perfectamente una invocación a la musa respectiva; pero no quiero apartarme un punto de los preceptos de mi escuela, que ha incluido, si no me engaño, esta flor retórica en su bando de proscripción.

No se necesita más que un mero instinto para distinguir un tonto. Si es pobre, nunca anda por la calle sin un cortejo de muchachos que os lo descubrirán con sus gritos y chifladera. Sin pasiones, sin vicios, sin pasado ni porvenir, sus días son una agua estancada conmovida sólo por la brisa de los movimientos de su máquina. Unos mendrugos de pan son para él bodas de Camacho, una peseta todo un capital y las cenizas de un fogón el muelle lecho donde no le despiertan ni pesadillas ni remordimientos.

El tonto de categoría se hace notable entre mil por su aire de importancia, por el esmero que pone en cuidar de su persona, por la prisa que se da en llevarla a todas partes para que la vean, la examinen, la envidien, la copien y la exalten. No hay fiesta ni procesión, ni espectáculo donde no comparezca con ella. La persona es el todo de un tonto, es el centro de su existencia, el ídolo de su alma. ¡Qué fuera de él si no tuviese una cabeza que erguir, una cara que ostentar, una cintura que ceñir, un pie firme y elegante que mover! Regularmente no tiene más vicios que el rapé o el cigarro puro por el garbo y desenvoltura con que de ambos modos se usa el tabaco. Su mejor amigo, su confidente íntimo es un espejo de cuerpo entero. En casa le consulta durante largas sesiones; si va a paseo y encuentra una sastrería o peluquería abiertas, cuélese dentro, mírase de frente y de perfil, pásase la escobilla, echa una ojeada a los últimos figurines y prosigue su camino. ¿Entra a una visita? Se dirige antes al espejo que a los dueños de casa con el pretexto de colocar el sombrero o de doblar la capa; y de noche, nadie más atento que él para depabilar las luces colocadas al frente de un vidrio reflexivo. Es un Narciso perdidamente enamorado de sí mismo. Por eso gusta con ardor de hacerse retratar para gozarse en la contemplación

de su imagen; por eso él mismo se compra y hace presente de una gruesa sortija en la cual está grabada la cifra de su nombre: ¡el nombre de un buen mozo! Y en todo esto su placer es inmenso; porque un tonto se imagina que se halla en la más noble carrera siendo generalmente reconocido por hombre galán en la sociedad en que vive.

Ninguno de estos individuos (otra dicha incomparable) se cree escaso de bienes de fortuna, aunque tenga invertida toda la suya en fraques, estuches, bastones, gorros y perfumería. Basta que un tío o pariente remoto posea algún fundo rústico en arriendo, para que todos los tontos de la familia os hablen de la hacienda, la chacra, la quinta, y os inviten a pasar allí algunos días de campo, diciéndoos:

—Cuando Ud. guste; va Ud. a su casa.

No importa que haya sido poco aficionado a recibir lecciones en un colegio, para que deje de poseer la conciencia de su instrucción y saber. En disputas literarias es tan formidable como en cualesquiera otras; porque si os proponéis convencerle, tendréis con quien altercar por toda la vida, y aún sobrará altercador para vuestros herederos. La divisa del tonto es: “No me doy.”

La política es el campo de su ardimiento. Aunque nada le vaya ni le venga en negocios de esta clase, sería mucha desgracia para él no considerar los intereses de su persona íntimamente ligados a los de los primeros caudillos.

Si su nombre llega a sonar públicamente en algún chismecito, en alguna pequeña intriga, señalándosele como la persona que hace o la que padece del suceso, al instante publica su vindicación por la prensa, y apela al juicio de la opinión para que se pronuncie entre la delicadeza y circunspección que caracterizan su persona y la perversidad y estupidez de su calumniador, a quien desafía a discutir este negociado en letras de molde. El otro, si es tonto también, como puede suceder sobre todo en pueblos grandes, alza el guante, y se arma una de San Quintín de gacetazos, que por muchos días divierte en extremo a los ociosos y tertulias de la ciudad; concluyendo al fin la polémica con decir cada uno de los articulistas que no quiere seguir adelante porque el pícaro, ladrón y borracho de su contrario le ha contestado con injurias

y no con razones, prueba irrefragable de su mala causa; en cuya consecuencia se declaran ambos dueños del campo, y cada cual canta para sí la victoria.

Tan felices son los tontos que si uno solo hay en un pueblo, de la noche a la mañana el tonto y no otro alguno aparece de empleado. Y es tal la buena estrella de este linaje de hombres, que si no son conocidos o no hay tontos en el lugar, en tontos de allende se proveen las vacantes.

Que por último se casa el tonto, y precisamente ha de ser con mujer rica, joven, sentimental o vivaracha.

Yo canto la dichosa carrera de mi héroe hasta el acto de las bendiciones matrimoniales: hago más, le doy la mía. Y suponiendo que mi articulito es una mala comedia, al llegar aquí toco el pito, cae el telón y exclamo:

—Corramos un velo, etc., etc., etc.

El Semanario,

8 de diciembre de 1842.

CARTA DE JOTABECHE

Copiapó, 12 de abril de 1843.

Mi querido paisano:

Te dejas estar en Santiago tan tranquilo como un partido de oposición cuyos jefes han variado de circunstancias, o como un liberal, de cuya conducta en épocas electorales depende que el ministerio recuerde sus servicios prestados a la causa de la independencia. Pero no quiero hacerte un cargo de tu larga permanencia por esos mundos, sino sólo hacerte notar que ella motiva mi vuelta a la cartimanía y nuevamente me ponga a pique de que otro que tú salga contestándomelas en letras y desvergüenzas de molde. Bien me guardaré, te lo juro, de dar margen a que en lo sucesivo se me haga tal desaguisado: no quiero concitarme odios, en primer lugar, porque no es necesario incomodarse en provocarlos para contar con ellos, y en segundo, porque no me coja enemistado esa revolución sangrienta en que, según un profeta-loro, nos envolveremos en Chile el día menos pensado. De veras que a no ser por el olfato de este hombre hubiera metídomme en compromisos con la misma confianza que el dichoso profeta a camisa de once varas. Y luego que no es chanza el servicio que nos hace a todos anunciando la que se nos espera, porque así nos prepararemos a salir perfectamente del mal paso, tomando una de dos: o la casaca, o las de villadiego, únicos medios de no perder en revolución. Sin embargo, el pronóstico es un horror. ¡Virgen de La Serena! ¡Qué será del porvenir de Chile! ¡Qué será de la mina Colorada, de esa niña de tus ojos, mi querido Jotaemel Tú

dirás que nada, que no me ande en aflicciones, que la tal profecía fue una pomposa tontada: corriente, eso mismo digo yo; pero paisano mío, ¿y si por esta vez los niños y los locos hablan las verdades?

Para exordio basta. Voy ahora a referirte cosas de mi tierra, aunque varias de ellas son para vistas y no contadas. Las elecciones de diputados, por ejemplo, fueron para vistas y no oídas; pasaron como quien dice por el aro, como huevos por agua, como cosa pasada en autoridad de cosa juzgada. El 22 de marzo llegó el correo trayéndonos los candidatos ni más ni menos que una aparejada ejecución, y cuatro días después el negocio estaba despachado. Ningún médico emplea menos tiempo en despachar a alma viviente. Nuestro diputado es el señor ministro don Manuel Montt, y a fe que ningún pueblo lo tendrá mejor por más que lo haya escogido como en peras. Es representante de voz y voto, que otros hay que sólo tienen voto, y muchos que parecen bóvedas, porque como ellas sólo tienen eco. Le hemos dado por suplente a nuestro joven paisano don Tomás Gallo (cuando te digo *le hemos dado, hemos elegido*, etc., ya entiendes que es por decencia). Cualquiera que haya sido el origen de estas propuestas, que, bufonadas a un lado, fueron admitidas como se lo merecen, está visto que se nos ha querido mirar con ojos misericordiosos, porque, paisano mío, el campo estaba de manera que si nos mandan de candidatos el puente de palo¹ y el cerro de Santa Lucía, ellos en persona habrían sido representantes. Mira de la que hemos escapado.

Esto no es decirte que haya dejado de haber un tanto cuanto de refunfunadura contra la costumbre de elegir candidatos designados por el Ministerio y anunciados por el Gobernador respectivo, que viene a ser lo mismo que promulgar un bando a voz de pregonero. Pretenden que así se ridiculiza la elección, se ridiculizan los candidatos, el ministerio, los sufragantes y el gobernador pregonero más que todos juntos; pero habladurías y nada más, de hombres

¹ Tenía a la sazón Santiago dos puentes sobre el río Mapocho: uno, el más importante, de Cal y Canto, es decir, de piedra; y otro de madera, llamado popularmente de palo. N. del R.

que todo lo han de contradecir y comentar. Vaya Ud. a ver ahora que no pueda nadie ridiculizarse cuando mejor se le antoje: para esto precisamente hay en el país una libertad ilimitada, y nacionales y extranjeros gozan de ella a sus anchuras.

Los huasquinos por esta vez no comulgaron con rueda de molino, y en lugar de los candidatos que les trajo el correo eligieron los que les dio la buena gana. Van a ver si así les sale la misma cuenta, si les importa lo mismo estar representados en la Cámara que no estarlo, como creen haberlo pasado hasta ahora; porque sus anteriores diputados, o qué sé yo, ni aún siquiera les acusaban recibo de la acta que se les remitía avisándoles su nombramiento. Y era necesario que así sucediera, para que la irrisión fuese completa.

Sabrás cómo hay esperanza de que nuestra villa tenga hospital por un milagro. Y te digo por un milagro, porque seguro está que aquí se consiga maldita de Dios la cosa de otro modo. El empresario es el presbítero don Joaquín Vera, el cerro del Arenal Grande está dando abundantes materiales, los obreros son todos los pobres del pueblo, su salario la esperanza de morir en un colchón, y en cuanto a dinero para lo demás que se ofrezca, ése saldrá de la bolsa de la Providencia, erario inagotable, merced a que no ha dispuesto de él ningún gobierno que yo sepa. Cabalmente esta empresa se halla muy de acuerdo con la idea en que abundo respecto al camino que debemos tomar para obtener por aquí su tal cual adelantamiento. Opino que es preciso rodear las cosas de modo que lo que se ha menester aparezca como por milagro.

Los pueblos de provincias han dado en exigir que el gobierno de la república les proporcione lo que les falta, precisamente cuando el buen señor apenas puede con sus huesos, o lo que es lo mismo, con sus empleados. El Gobierno, dicen, está obligado a darnos con qué tener escuelas, colegios, hospitales, cárceles, iglesias, etc.; para eso dispone de todas nuestras rentas; para eso, gritan mis paisanos, produce Copiapó a las arcas nacionales ciento y tantos mil pesos por año. Pero venid acá pueblos del demonio y respondedme: ¿qué caudales bastarían para plantar y sostener estos establecimientos en cada ciudad y villa del Estado? ¿No es mejor que todas estas grandezas se hallen reunidas en un solo punto, y que allí las ofrezca

el gobierno a la disposición de todos vosotros? ¿No tenéis en Santiago una Universidad Nacional, una Biblioteca Nacional, un Museo Nacional, un Instituto Nacional, una Escuela Normal nacional, varias academias nacionales, un teatro nacional? ¿Qué cosa, en fin, hay en Santiago que no sea nacional? Hasta las Cámaras, ¿no se llaman Congreso Nacional? ¿En qué ocasión invierte medio real el gobierno que no sea en honra y provecho de todos vosotros? ¿Paga una lista militar numerosa? De ella salen gobernantes para cuanto departamento tiene la república; y si gobiernan bien los militares, no hay para qué averiguarlo; tiempo perdido: háganlo bien o mal, no queda otro recurso que sufrirlos. Me diréis que la otra lista de empleados ganan sueldos ingentes y lo pasan de ociosos. Bien está. Yo os pregunto ahora, ¿dónde sacaríais representantes al Congreso, pueblos desagradecidos, si el ministerio no pusiera a vuestra disposición en todas las elecciones ese plantel florido de candidatos entre los cuales os tomáis la confianza de elegir apoderados sin tener el honor de conocerlos, sin saber si son cojos o mancos, tuertos o ciegos, mudos o charlatanes?

Por el Bautista que me dio su nombre, que el gobierno hace muy bien en despreciar tales hablillas e injustas exigencias. Me gusta que se ría de ellas, y que a imitación de

*el padre Fray Ramón, que no es novicio,
coma, beba y responda: juicio, juicio!!*

Siguiendo las cosas de mi tierra, te diré que en punto a médicos hay los suficientes para morir bien asistidos y con todos los auxilios farmacopólicos. Tenemos tres que vienen a ser los tres clavos de nuestra crucifixión; o los tres miembros de un consejo de guerra permanente. Dos de ellos se hallan con boticas, pudiendo decirse de las yerbas, drogas y medicinas allí reunidas, aquello de Dios las cría y el diablo las junta, para que los médicos nos las administren. Ninguno de estos dos receta por escrito, sino que de memoria, y a una hora señalada despachan en sus respectivos laboratorios brebajes, píldoras y papelillos para cuantos desgraciados han visitado en el día. Del mal el menos: así no hay cuidado de que en muriendo alguno, les quede a sus amigos el sentimiento

de decir: le envenenaron. ¿Dónde ni cómo averiguar lo que le dieron? ¿Cómo saber si le mató el mal que padecía o si murió de *mal médico*? Ya veo que te rebelas contra esta costumbre; dirás que eso no se permite en ninguna parte, que está prohibido, etc., etc. Pero, hombre de Dios, cada país tiene sus usos. En otros pueblos hay autoridades que contengan abusos, hay quien repare por la cosa pública; en Copiapó, gracias al cielo, no existen tales trabas, todos la pasamos enterando, todos vivimos a la bartola. Lo único que no puedes hacer aquí es criar perros, porque te los tragará irremisiblemente la policía el primer sábado que te los sorprendan los carniceros y la noche en medio de la calle. Hubo un emperador que no hacía otra cosa que matar moscas: pues bien, nuestra policía trabaja más matando perros. Ya se ve que tampoco puede exigírsele mayores cosas: los militares no tienen otra obligación que morir en sus puestos y en ellos se dejan estar como unos estafermos.

Estamos, pues, gobernados bajo el célebre principio de *laissez aller*. Ya sabes que por allá decretaron que las estafetas de la república recibiesen la correspondencia para los vapores y distribuyesen la que éstos conducen a los pueblos en cuyos puertos tocan. Tú crearás que al momento se arregló aquí este negocio en conformidad del decreto: pues no fue así; porque nuestras cosas nada tienen que ver con los ingleses de los vapores ni con las disposiciones supremas, salvo aquellas que traen la recomendación de incomodar al prójimo, a las que se les da cumplimiento tan a tiempo, como a una elección de candidatos gubernativamente designados. Un expreso pagado por subscripción está llenando en lo posible la ordenanza dirigida a las estafetas; pero nos tienen tamañitos esperando que el ministro de aduana, que también es administrador de correos en el puerto, haga a su vuelta alguna de las suyas con nuestro expreso, y otra vez quedemos en la misma. Lo que fuere ha de sonar; porque es mi intención estamparlo en *El Mercurio* para que conste. Escrito está que para otra cosa no hay que publicar palabras en materia de abusos de empleados y gobernantes.

Entre las nuevas que corren tenemos todavía, y como de seis meses a esta parte, la de que nuestro gobernador ha hecho su renuncia. La dimisión es la coquetería de los hombres públicos: y como, cuál más, cuál menos, todos estamos al cabo de lo que es el coquetismo por lo que diariamente vemos en los estrados, bien sé yo a lo que debo atenerme cuando los empleados dan en tan interesante manía. Si me afligen tales cosas, es porque sé claramente que el gobierno nunca está dispuesto a complacerlos; porque sé que todo para en nada, y que los pobres caballeros tienen que seguir en sus puestos sacrificándose por el país con una resignación edificante. ¡Buena cosa de hombres patriotas!

Aquí concluye mi carta, aunque no íbamos sino en el *christus* de lo que ocurre en mi tierra. Quizás te agregue una post-data en los días que faltan para la arribada a este puerto del vapor *Perú*, que será el 2 del entrante, centenares de horas más o menos. Porque este buque cumple de manera sus citas y compromisos, que me inclino a barruntar sea el vapor hembra de los que primero llegaron al Pacífico².

El Mercurio,
17 de mayo de 1843.

² Los dos vapores aludidos por *Jotabeche* se llamaban *Perú* y *Chile* y estuvieron en Valparaíso por primera vez el 16 de octubre de 1840. El *Perú* siguió viaje al norte, rumbo a El Callao, el día 25 del mismo mes, mientras el *Chile* hacía una excursión de placer a la cual se invitó a las autoridades y a los más caracterizados vecinos de Valparaíso. N. del R.

EL LIBERAL DE JOTABECHE

De dos cosas puede cada cual alabarse sin misericordia, sin temor de ofender a Dios con una mentira, ni agraviar a la modestia exponiéndose a pasar por bobo: en primer lugar de ser honrado, y en segundo de ser liberal. Es entendido que nadie ha de ganar a nadie en estos dos puntos. *El que diga que es más honrado que yo, miente*, tal es el reto que hace a cuantos encuentra cada hijo de vecino. *El que diga que es más liberal que yo, remiente*, replica el ministerio a la oposición y la oposición al ministerio a cada encontrón que se dan por esos diarios y gacetas. De manera que la honradez y las ideas liberales son como las demás cosas que todos tenemos y de las cuales gozamos sin quitárselas a nadie, el aire, el viento, el vacío y otros bienes comunes a la honrada y liberal especie humana.

En materia de honradez, si se ha de hablar de la que tenemos puesta en circulación, es punto delicado: las conveniencias sociales han declarado este negocio un misterio improfanable, un *sancta sanctorum*; porque, la verdad sea dicha, peor sería menearlo. Está, sí, suficientemente averiguado que todos tenemos muchísima, y que nunca dejaremos de tenerla, gracias a la estricta economía con que la usamos.

Paso, pues, de prisa por este tema, como quien atraviesa un camino plagado de ladrones o una callejuela inmundada y pestilente, y póngome a discurrir sobre lo de liberal, seguro de no faltar a ningún debido respeto. Porque es mi ánimo dejar a todos, los ministros de Estado inclusive, tan liberales como quieran serlo.

El liberalismo, si es una virtud, es una virtud de nuestros días; es el voto que hace furor en este siglo, como lo hizo el de

tomar la cruz en tiempo de las cruzadas. En aquel entonces juraban los hombres degollar turcos, visitar los santos lugares, la tierra de los milagros. Hoy los liberales no nos proponemos fines tan cristianos, es verdad; pero más humanitarios y socialistas, sí. Juramos atacar a los pelucones, a esos turcos ceñudos y renegados que están en posesión de mil preciosas reliquias, las cuales, si parasen en nuestro poder, redundarían en honra y gloria del progreso, que es la vida perdurable que buscamos en la guerra santa que sostenemos.

En aquellos tiempos el mundo cristiano se conmovía y alborotaba cuando los papas o sus legados predicaban una nueva cruzada, por diabólicamente mal que hubiese salido el cristianismo en la anterior campaña; en los tiempos de ahora, el mundo liberal se agita y conmueve cuando, en cada época electoral, algún Bernardo o L'Ermite les muestra el estandarte de la Cruz del año 28, en que fueron crucificados los pelucones para resucitar poco después y dominarnos hasta la consumación de los siglos, por lo visto.

El liberalismo es una virtud que profesamos como los hermanos franciscos profesan las de mendicidad y pobreza, mientras no alcanzan una guardianía o el provincialato. Es un voto temporal que hacemos, a manera de esas promesas de los beatos por las cuales se obligan a vestir de jerga y sayal hasta obtener la sanidad de alguna dolencia. Por lo común, la dolencia de que queremos sanar vistiendo de liberales, es el deseo de servir al país en un empleo, y otras dolencias, que, por pertenecer al linaje de las enfermedades secretas, tenemos rubor de confesarlas.

El liberal y el empleado se excluyen uno a otro, como se excluyen las partes de una disyuntiva, son un *vel vel* sin medio. El empleo mata las ideas liberales como la uña mata a la pulga, la trampa al ratón y el pecado mortal al alma.

Y, sin embargo, semejante a la mariposa que gira alrededor de la llama hasta morir en ella, el liberalismo revolotea cacareando alrededor del empleo hasta que cae en él y se consume.

Es el empleo al liberal lo que el matrimonio al calavera, su reforma, su asentar de juicio, su muerte.

La administración pasada, que Dios mantenga con este nombre, creyó que callaría al liberalismo encerrándole, espantándole y torciéndole el pescuezo; imposible: los liberales casi se la comieron viva. La presente, con mejor conocimiento del corazón liberal, que en nada se diferencia del corazón humano, siempre que, a los principios, se puso alguno a meterle ruido de importancia, le dio la mamadera, y asunto concluido, liberalismo acabado; los gritones liberales quedaron para mientras vivan (con empleo se entiende), enrolados entre los hombres de juicio, no oliendo ni hediendo sino a empleados.

Es verdad que nuestra administración, por más conservadora que se diga, no ha conservado esta regla últimamente más que para aplicarla en ciertos casos. A falta de *calladeras*, recurrió al viento fresco de las *extraordinarias*, que son capaces de conservar el orden, el ministerio y al mismo diablo entre nosotros.

Con todo (¡una triste digresión!), el poder benéfico del sistema conservador no alcanza a conservar en vida a nuestros grandes hombres: no pudo conservarnos al eminente Egaña¹. Hay pérdidas tan de veras sensibles, que a veces deseáramos fuese un error lo que el egoísmo social llama una regla: nadie hace falta en el mundo.

Vuelvo a mi asunto. Las ideas liberales, tan lejos están de ser ideas innatas, que vienen y se van de nuestras cabezas según las épocas, lo mismo que las golondrinas emigran o vuelven a los tejados, según las estaciones. No habiendo elecciones, no hay para qué buscar ideas liberales; andan en la hacienda, en las minas; duermen por ahí como picaflores en el invierno o quizás no están en ninguna parte. Pero apenas calienta el sol electoral ¡Dios nos proteja! las ideas, principios y fines liberales nos invaden en enjambre, por legiones y en una fermentación infernalmente bullidora. Entonces cada cabeza liberal es un jardín en el aire de bellos y patrióticos pensamientos. La libertad en todas sus advoca-

¹ Don Mariano de Egaña, nacido en 1793 y fallecido en 1846, pocos días antes del recuerdo de admiración que le tributaba Vallejo. N. del R.

ciones, los héroes de la independencia, la democracia, el progreso, la sangre de Chacabuco, las masas del pueblo; este pueblo víctima de la gendarmería; este pueblo que nada tiene que envidiar (en punto de honradez sobre todo) a los fundadores de la antigua Roma; la ilustración y cuanto hay de grande, de eminente y de moda para la prosperidad de las sociedades, todo, todo se nos mete en el cráneo y hace el diablo con nosotros de las suyas. Hasta el clero y la religión católica-apostólica-romana tocan algo, y se pone con ellos a partir de un confite el liberalismo, no obstante la preocupación de tenerlos por inamalgamables.

El liberal es rigurosamente ortodoxo: adora a alguna imagen, idolatra en algún principio de carne y hueso. Un liberal sin su candidato es un ente de razón; no puede haberlo, como no puede haber portugués sin su San Antón, cuerpo sin alma, ni beata sin padre de espíritu. Bien es cierto también que hay liberales que se tienen a sí mismos por candidatos; pero lo esencial es que desde un principio digamos: yo soy don fulano, yo trabajo por don mengano, viva don Juan de los Palotes. Esto es lo que se llama reconocer bandera. Regularmente los candidatos de los liberales son algunos personajes que fueron santos milagrosos en un tiempo; que sufrieron el martirio en la administración de los diez años; pero que, en el día, más bien son hombres para Plutarco que para nuestra época.

No es indispensable que el liberal sea pobre: hay liberales ricos. Pero el pobre ha de ser liberal indefectiblemente; y de aquí viene nuestro descrédito, de aquí resulta también que el partido no se acabará nunca, por desgracia. ¿Se arruina un comerciante? Se echa en nuestros brazos. ¿Arrojan a un empleado de su puesto por sospechas de que es un pícaro? Se hace un liberal *ipso facto*. ¿Le quitan los galones a un militar por mala cabeza? Le tendremos de liberal frenético. ¿Hay un fraile corrompido? Se declara capellán nuestro en el momento. ¿Tiene Ud. algún hijo calavera? Nosotros tendremos un predicador de los derechos del hombre. En suma, nuestro partido es el *rendez-vous* de todos los desgraciados, es una colección completa de todo género de averías humanas.

Felizmente, en esta última crisis electoral mucha parte de esta gente se ha alistado entre los hombres de orden, razón por la cual ha sido tan numerosa en todas partes la sociedad de este nombre.

El fuerte del liberal es la promesa: su pluma hace destrozos. Por lo común, abre la campaña desarrollando sus principios y teorías en largos y sempiternos artículos, los cuales no son leídos por los que los entienden, ni entendidos por los que nos hacemos un deber de deletrearlos. Esto empieza así un año antes de las elecciones. Luego después ataca el liberal directamente las arbitrariedades del ministerio, y la persona de algún ministro, que está cometiendo la bárbara tiranía de sostenerse en su puesto jugando a todas las malicias, ni más ni menos que lo haría el ministro más liberal del mundo, si hay ministros liberales en el mundo.

La lucha se encarniza con los escritores ministeriales sobre infracción más o menos del código fundamental, y sobre la influencia indebida que la autoridad ejerce en las elecciones. Pero hasta aquí la victoria no se decide por uno ni otro bando; ambos tienen razón, ambos la sostienen: porque así se lo está asegurando tarde y mañana a los dos la coqueta opinión pública.

Tal incertidumbre no conviene al ministerio; es preciso sacar al liberalismo de este campo, y atraerlo a otro que le aproxime más al convencimiento y a la cárcel. Al efecto, cualquier campeón ministerial toma la pluma y dice en el diario de más crédito que el escritor Fulano, anarquista de profesión, es un ladrón; que tal día robó en tal parte esto, aquello y lo otro de más allá.

¡Adiós causa liberal! Ya con esto nuestro escritor pierde el rumbo, y no se contrae sino a la vindicación de su nombre. Los principios, la libertad, el pueblo y la iglesia católica van a un rincón, para ocupar la prensa con las biografías del patriota del año diez y del hombre honrado a todas luces.

Esta diversión ministerial trae las represalias, y hay la de Dios es Cristo. Publíquense vida y milagros de los escritores del Gobierno, vida y milagros de los ministros, horrores y blasfemias contra la tiranía del poder. Aquí se los quería ver el ministerio.

Es espantosa la licencia de la prensa.

Los pelucones se asustan, la sociedad del orden se reúne, el pueblo silba, el diablo mete la pata; y la mañana menos pensada amanecen los escritores liberales en la cárcel, cuyas puertas, en tales épocas, se mantienen de par en par como las del templo de Jano en tiempo de guerra y zafarrancho.

Declarada la patria en peligro, viene el estado de sitio y se van los liberales a tomar aires marítimos y a publicar sus manifiestos a otra parte. Estos escritores apesadumbran mucho a los señores ministros.

—¡Anda, anda! —le dice el destino al judío errante—. ¡Escriban, escriban! —les dice la causa liberal a sus campeones. Con lo cual cada día son más estupendas nuestras derrotas, a Dios gracias.

El Copiapino,

8 de julio de 1846.

UNA ENFERMEDAD

No tanto pido a Dios que me libre de una enfermedad como que me ahorre su misericordia los horrores de una curación. Las dolencias del cuerpo serían, poco o menos, tan llevaderas como las furibundas flaquezas de un antipipiolo gobernante, si no nos atrajesen la compasión del prójimo, si no nos hiciesen el blanco de la cruel solicitud de infinitos deudos y conocidos que, empeñados en darnos la salud, torturan nuestra triste humanidad y ejercitan nuestra paciencia muy más que la corrupción de humores, los tabardillos o los ataques nerviosos. Tanta es la prisa que todos se dan en visitar un paciente tarde y mañana, en rodearle de día y de noche, que es preciso persuadirse de que caer enfermo no es caer en desgracia; a no ser que se parezca este caso al de una sospechada bancarrota, ya que entonces sucede también que no hay casa más concurrida ni persona más rodeada y cortejada que la que se presume en olores de quiebra. En este mundo todo es inexplicable, la política del ministerio actual inclusive. Si necesitamos de la ajena conmiseración, si buscamos quien nos haga un servicio, harto sabido es que no hemos de encontrarlos; pero caiga Ud. a la cama, lléguese el caso de que un furioso dolor no le deje alientos sino para suplicar que ni le sirvan, ni le cuiden, ni le asistan, y le asesinarán a Ud. poniendo el mayor interés y diligencia en rodearle, manosearle, consolarle, volverle y tomarle. Todavía cuando el enfermo es pobre no escapa tan peor, salvo que en su pueblo haya hospital y le conduzcan a él, para que después de pasar a mejor vida, le transborden a la sala de disección y sólo allí vengan a saber los médicos de qué mal murió.

Pero lo que se convierte en una feria es la casa de un paciente acomodado. Es de ver entonces aquella pantomima de exclamaciones y mudos aspavientos, aquel correr por los pasadizos, aquel entrar y salir del cuarto del enfermo. En un dos por tres queda la pieza convertida en una trastienda de botica: frasquitos, botes, jarras, tazas, teteras, drogas y yerbas coronan las mesas, ocupan las sillas y los rincones. Todos se atropellan, y al mismo tiempo recomiendan el silencio casi interrumpido por una silla que se tumba, por el sirviente que se descalabra y por los prolongados chiiiits de las enfermeras y curiosas, que amontonadas tras las cortinas de la cama, como quien asiste a una farsa entre bastidores, forman con su secreteo un ruido igual al llover de una noche silenciosa. Y es lo peor de tal bullaje las consideraciones y miramientos que en él se guardan para quitarle a la víctima el derecho de quejarse y no darle lugar a que rabie siquiera, lo que hasta cierto punto suele calmar cualquier dolencia.

Un caso de enfermedad produce, pues, una revolución en todo el vecindario, una alteración notable en la marcha doméstica de las familias inmediatas. La madre que pasa todo el santo día en trajines de la despensa a la cocina, de la cocina al cuarto del criado, de aquí al comedor, del comedor al jardín, del jardín a la carbonera, siempre ocupadísima y siempre olvidando algo de lo que se propone hacer, al oír *¡Fulano está muy malo!* todo lo abandona, llama a la hija mayor, le da el manojito de llaves y sus órdenes, quítase el delantal y los zapatos de orillo, cambia de cofia y se marcha a convidar a alguna amiga que también se deshace por cumplir la consabida obra de misericordia. Otra que más que en coser emplea el tiempo en pararse y sacudirse para buscar las agujas, el hilo y el dedal continuamente perdidos entre los pedacitos y recortes que la inundan, al recibir la misma nueva grita al criado, y por pronta providencia le encarga de llevar un mensaje fúnebre a la familia en desgracia, mensaje que, aunque no llegue a su destino, bien sabe el portador que ha de traer de vuelta las gracias dadas y el parte de que el enfermo está "así no más". En fin, ninguna amiga de éste, después de saber su estado, prosigue las ocupaciones en que le sorprende la noticia;

y basta que ni se las llame ni se las necesite, para que todas vuelen a llevar la confusión donde ha fijado su residencia el dolor.

Cierto día presentóse a mis puertas el criado de un amigo mío, que avisándome el peligroso estado de su salud, me suplicaba pasase a verle.

—¿Qué tiene tu patrón, Pedro José?

—Quién lo sabe, señor. El pobre caballero se queja muchísimo; la señora no halla qué hacerse; los chicos andan por su cuenta, y la casa se está llenando de gente.

—Y el médico, ¿qué dice?

—No ha ido médico ninguno; pero están llegando muchas señoras, y creo que se preparan algunos remedios.

—Corre a buscar a don Guillermo¹. Dile que tu patrón está malo, y condúcelo a casa. Yo me voy allá en el momento.

Así lo hice. La primera que encontré al introducirme en las habitaciones, fue la desolada esposa que, alargándome su mano, me dijo llorando:

—Favorézcame Ud. por Dios.

Seis u ocho amigas la rodeaban, diez o doce corrían en todas direcciones, fuera de otras muchísimas que iban llegando, las que, como las anteriores, formaron al cabo su punto de reunión en el dormitorio mismo del paciente, donde saludándose misteriosamente empiezan a cambiarse los:

—¿Cómo ha sido esto?

—De repente. Ayer le he visto bueno y sano.

—No, niña, si andaba así.

—¡Está de cuidado...!

—¡Madre mía del Carmen!

—¡Con tantos hijitos!

—¿Ha pedido confesor? ¡Tan buen cristiano! Manden llamar un médico.

—No, amiga mía. Su salvación en primer lugar.

El desgraciado objeto de tanta compasión, al examinar esta poblada de Verónicas, hace el último esfuerzo para volverse a la

¹ Alusión al Dr. Guillermo C. Blest, padre de los escritores Blest Gana, el médico más famoso de Chile hacia 1842. N. del R.

pared como la víctima que ya en el patíbulo aparta la vista de sus verdugos. Muy pronto la discusión se abrió sobre los remedios que debían adoptarse. La una había padecido el mismo mal, y vino a sanar, después de Dios, con cierta untura que detalla simple por simple, maniobra por maniobra y con lavativas de una composición complicadísima. La otra juzga que el mal es un *calor elevado*; prescribe sinapismos, sudoríficos, y, por supuesto, lavativas para llamar el calor hacia abajo. Aquí opinan que es un *frio concentrado*: fomentos al vientre, friegas, unto sin sal y ayudas de tal y cual cosa. Allí dicen que es un ramito de chabalongo con puntada; por acá, empacho; en un rincón juran que es alfombrilla, y en otro, principios de bicho. Finalmente, las opiniones varían tanto relativamente a la enfermedad como a los remedios, hallándose sí todas muy de acuerdo en uno de los puntos de ataque, quiero decir, en el de las lavativas. Hubo inhumana que las recetó con tan poco miramiento, que no parecía sino desempeñar el cargo de fiscal en aquel tribunal inexorable.

Mientras de esta manera se debatía, otras piadosas mujeres cerraban herméticamente puertas y ventanas, forrándolas de modo que ni aire ni luz penetrar pudiera. El lecho de mi amigo es nuevamente recargado de cortinas; echan sobre este desgraciado cuantas frazadas hay en la casa, y colocan en su cabecera varias estampas milagrosas, para que desde allí le deparen lo que más le convenga. Aquello era un horno. El calor y las exhalaciones de las medicinas y de las médicas iban a sofocarnos con el enfermo que, desesperado, maldecía el despiadado interés con que una a una se arrimaban a preguntarle:

—Don Fulano, ¿cómo se siente?

Su desasosiego fue calificado de *delirio*, motivo para que se duplicara el fervor en cuidarle, atolondrarle y consumirle. Irritado contra tan oficiosa concurrencia, me atreví a observarle que era necesario esperar al médico, y que entretanto podían despejar el dormitorio, renovar el aire, hacer menos ruido...

—¿Qué sabe Ud.?

—Los hombres no sirven en estos casos.

—Ud. está aquí de estorbo.

—Sálgase de aquí —y otros cumplimientos semejantes recibí por contestación.

La feliz aparición del doctor paralizó súbitamente las maniobras, cocimientos, brebajes y aprestos de las inflexibles Esculapias que, siguiendo al recién llegado hasta la cama, se pusieron a contestarle en coro sus averiguaciones y preguntas, unas veces por la dueña de casa, otras por sí mismas y otras por el enfermo, de manera que el doctor se quedaba en ayunas y yo me desesperaba. Pidió el médico tintero y papel; y todas gritaron “que traigan tintero y papel”, todas querían saber si se llevaría vaso o botella a la botica; a qué horas y en qué periodos se administraría la medicina; si se le daría chuño o caldo al enfermo; y ninguna se acordó de preguntar por su peligro. Bien deseaba el doctor libertarse de este enjambre, despacharlas a sus casas; pero entre ellas había muchas de sus parroquianas; no se resolvía a quedar por descortés y poco amable. Así me lo hizo entender al suplicarle que no se fuera dejando a mi amigo en tan inminente peligro de morir dado al diablo o a las mujeres.

Una feliz inspiración vino a nuestro socorro. El médico contó en confianza a una de aquellas caritativas señoras que la enfermedad de mi amigo eran las viruelas y de muy mal carácter. Antes de treinta segundos el secreto se corrió de boca en oreja y de oreja en boca por toda la casa; mudas de terror y abandonando tareas, capas y pañuelos, se agolparon a las puertas a buscar la salida, como cuando en un incendio se grita ¡hay pólvora!, como cuando en una tertulia se siente el remezón de un terremoto. Así se desvaneció como el humo la ardiente caridad de las vecinas, que fueron a sus casas a sahumarse, lavarse y sacudirse por si algo se habían contaminado con el contagio. Mi amigo recobró la salud asistido por el doctor y cuidado por su mujer.

El mayor inconveniente de la poligamia, para mi modo de considerar este negocio, sería que, cayendo enfermo el marido, se pusieran seis u ocho esposas a curarle.

PASEOS POR LA TARDE

PRIMER ARTICULO

Muy rara vez me he sentido triste en ayunas. La mesa me predispone a la melancolía de tal modo, que a veces llego a creer a mi alma en oposición con los principios liberales de mi estómago. Ya se ve, la pobrecita, en achaque de goces, nunca se ha encontrado de mantel largo. Para establecer la buena armonía entre ella y mi cuerpo, tengo pues que sacarlos todas las tardes a pasear, lo que felizmente produce una fusión, si no durable, parecida al menos a la de dos partidos que se quisieran devorar.

Después de comer, nada hay por consiguiente que me detenga en casa. Me abrocho herméticamente la levita, me *ensombro*, me *embastono* y me planto en la calle. (Iba a decir y me *encallo*; pero bastan los dos verbos anteriores para probar que si me agrego a las *capacidades* que han tomado a su cargo la obra de enriquecer el idioma, he de ser yo el mayor salvaje mazhorquero contra la Academia Española). Entonando un valsecito, echo a andar hacia los extramuros del pueblo sin hacer gran caso de la puntita de *spleen* que me incomoda, como un lento dolor de muelas; y seguro de distraerlo a fuerza de canto, si las bocanadas de polvo no me obligan a cerrar la boca al atravesar las calles.

Impensadamente, llego a cierto punto desde el cual se divisa el panteón, barrio que en todas las poblaciones me ha gustado siempre visitar por la grata tristeza que inspiran sus cruces, sus sepulcros, su silencio y esa muda elocuencia con que la religión nos promete allí un paraíso mostrándonos con el dedo los irrecu-

sables testimonios de nuestra nada. ¡Contraste incomprensible, misterio consolador, del que no me deja dudar este fuerte instinto con que mi alma busca y persigue la felicidad cuya sola sombra, cuya sola fantasma me embriaga con las ilusiones que produce! Así reflexionaba al dirigir mis pasos a esa solitaria mansión de los muertos; imaginándome, en un blando acceso de romanticismo, que los amigos que allí reposan se felicitarían de verme vagar, tiernamente conmovido, alrededor de la cuna de la eternidad. Quizás de un día a otro, me dije, abrirán en aquel recinto un hoyo cuadrilongo para Jotabeche; hoyo donde se sepulten conmigo un surtido completo de esperanzas, los recuerdos de algunos momentos felices, la satisfacción de no haber publicado nunca mis versos, porque he caído, como uno de tantos, en la fragilidad de componerlos, pero diferenciándome en esto de nuestros vecinos de Oriente, que hacen tantos y tan malos y los publican sin remordimiento; y sobre todo el entrañable arrepentimiento del mayor de mis pecados... ¿lo diré? Haberme hallado del otro lado del Maule en tiempo de elecciones. (Señor Redactor de *El Mercurio*. Muy señor mío y mi dueño: Si se le hace cargo de conciencia publicar este mi pecado, puede Ud. omitirlo sustituyéndole quinientos de los suyos, a fin de que no pierda su equilibrio mi arrepentimiento). Entonces es verdad no viviré, seguía diciéndome, habré pasado al otro mundo. Corriente, señor. Irse de este al otro mundo, cuando todo turbio corra, será lo mismo que emigrar a Chile de las Provincias Unidas del Río de la Plata, será un negocio parecido al desenviudar y volver a casarse; despedirse con cuatro lágrimas de una mujer impertinente, prometiéndola que en memoria suya quedará obligado nuestro sombrero a cargar una tercia de crespón negro, y consolarse de tamaña pérdida con la dulce posesión de un pimpollo. ¿No es éste un partido muy *confortable*? Item; si hay allá, como aquí, la necesidad de tener amigos, eso no debe afligirme; porque con correr la voz de que me hallo *in tempora nubila*, bien sé yo que esto equivale a vaciarse la caja de Pandora, y que cual en ella la esperanza, quedarán uno o dos en el fondo, a prueba de agua. Si los ojos lindos a par de embusteros de alguna bella, quisiesen conmigo hacer de las tuyas, les diré, pues gracias

a Dios soy gato escaldado: "Señoritos, a jugar con tierra"; y adelante para no caer en tentaciones. En la otra vida, tan luego no me han de hacer oficial de milicias, y es más que probable que así no me hagan otras cosas..... *otras cosas* he dicho; y yo me entiendo...

Tal cuenta me formaba al aproximarme al cementerio; y cuando creía gozar a mis anchas del dulce abandono que la simpatía con la eternidad iba comunicando a mis ideas, sentí que se evaporaba el encanto al fijarme en los asquerosos objetos en medio de los cuales me encontré repentinamente como sitiado. Figúrese cualquiera un salón de hospital en el que varios centenares de enfermos se vuelven locos, cosa que no está al nivel de la cuadratura del círculo; y que armándose entre todos una gresca, se tiren con cuanto pueden haber a las manos, médicos y boticarios inclusive. El campo de batalla quedaría menos sembrado que los alrededores de nuestro panteón, de colchones, almohadas, pellejos, frazadas, polleras, calzones, cataplasmas, vendas, vasos y demás instrumentos, ropas y tiestos que, en nuestros últimos momentos, consuman el fin para que fuimos creados; el cual, digan lo que quieran, tengo para mí por punto resuelto, juzgado y sentenciado, que no pudo ser otro que el martirio.

Mi primer movimiento fue taparme la boca y narices para no aspirar aquella atmósfera envenenada, y más que de prisa me metí en el cuadro adonde es preciso que lo lleven a uno más que muerto para no ir a desesperarse. Una cruz enorme en el centro rodeada de infinitas otras caídas, por caer o levantadas, son los únicos monumentos que adornan este sitio, sin contar un montón de tierra que hay sobre cada sepultura, hasta formar un conjunto de cerrillos como los de Teno. Sembrado el suelo de fragmentos de huesos humanos, cada paso que se da entre esas cuatro paredes ha de ser precisamente una profanación, un insulto impío a las cenizas de los que ya no existen, cenizas que, por una costumbre contemporánea del hombre, han sido y son veneradas religiosamente.

Lo primero que se ofrece a mi vista son unas cuantas calaveras puestas en batalla; miro a un lado, y veo un montón de

muelas; quiero dar un paso, y piso una canilla; trato de retroceder y hago saltar un pedazo de cráneo. ¿Es esto, Dios mío un campo santo? ¿No se asemejará más a los contornos de la hoguera en que los antropófagos acostumbran celebrar sus horribles festines? ¿Es aquí donde mis amigos permiten que se entierren los restos queridos de sus padres y de sus esposas? A un lugar tan espantoso como éste, que importa todo un argumento del materialismo; que si algo dice al corazón es para arrancarle la consoladora esperanza de un feliz y eterno porvenir; a un lugar tan inmundo, repito, ¿vienen sacerdotes católicos, sacerdotes ilustrados, a implorar la piedad del Juez Supremo, por los que, con tanta indiferencia, ven sufrir la impiedad de los vivos? No sé a donde hubiera ido a parar con mis reflexiones si no me ocurre la de que todos mis paisanos eran quizás sectarios secretos de Diógenes; y que para ostentar todavía más cinismo que el filósofo de la tinaja, querían que, después de sus días, se les inhumase y exhumase, se les revolviere y pisase en aquel asqueroso enterratorio.

Si un sepulcro no tuviera más objeto que ocultar a los vivientes la corrupción de nuestra miserable humanidad, e impedir que sus exhalaciones envenenen el aire respirable, claro es que no habría que esperar a muchos que muriesen para echarles tierra encima; importaría muy poco, en ese caso, el lugar a que se nos destina, puesto que la operación se reducía a no tener ya que hacer con otros seres que los gusanos. Pero la religión ha consagrado las tumbas, la filosofía las respeta y consulta como a un libro de verdad y de consuelos, y el hombre civilizado las embellece, se complace en animarlas, las rodea de objetos en cuya contemplación siente adormecerse sus pasiones, y llega a persuadirse que la muerte es otra vida de delicioso descanso.

En nuestra ilustrada época no se cumple, pues, con los muertos arrojándolos a un muladar sobre el cual nos desdeñamos de fijar los ojos. La ilustración, sin proscribir los responsos y las solemnes exequias, aunque no se le oculta que por lo regular en ellas tiene más parte el bolsillo del finado que el corazón del doliente, quiere que se adornen las sepulturas; exige en memoria de los muertos, manifestaciones más sinceras y expresivas, tributos menos hipócritas. Los cánticos eclesiásticos pueden llegar quizás

a los pies del Altísimo, cuando ya su misericordia ha pronunciado sobre el reo un fallo irrevocable; pero las lágrimas de gratitud y de ternura que un huérfano derrama sobre la tumba de una madre siempre serán la ofrenda más pura que el Hacedor reciba de la obra de sus manos. La ilustración no se opone precisamente a que, para solemnizar un funeral, se mendigue una silenciosa concurrencia, y se le haga presenciar las sacras ceremonias que los sacerdotes celebran alrededor de un catafalco, cuyo luto superficial es las más veces un símil de nuestro dolor; pero esa misma ilustración parece más satisfecha y complacida cuando el rosal, el llorón y la siempreviva nacen del polvo en que se ha convertido el padre, el hermano o la esposa.

Si cuando yo muera todavía se hacen enterrar como ahora mis paisanos en un lugar tan indigno, protesto en tiempo y forma, y como si se tratara de anular una elección, contra la fuerza que se emplee para arrastrar hasta allí mi cadáver. Y encargo desde luego a mis amigos que lo conduzcan en alta noche, ni más ni menos que si *cangalla* fuera, a ese cerrito aislado que hay en un rincón de la amable y pintoresca Chimba. Quiero ser sepultado al pie del sauce que se ve en su cumbre, sauce que desde entonces será mi universal heredero, porque pienso y es mi intención dejarle mi nombre. Declárolo para que conste.

Mucho sentiré que haya quien se queje de mis *paseos por la tarde*; y que ojos peor intencionados que mi humilde pluma descubran en esta ligera defensa que acabo de hacer de los muertos, tiros calculados para agraviar a los vivos. No hay tales tiros. Si alguna vez tengo la desgracia de desagradar a determinadas clases, nunca será sin que en mi interior deje de amar a sus individuos, sin que para mí haya tantas excepciones como personas contienen aquéllas. Pero si, a pesar de todo, quieren indispensablemente ofenderse y vengarse, yo les indicaré el medio: no me hagan caso; trátanme como a los muertos, o figúrense que sólo he querido escribir sobre la aplicación del *juri* a los juicios de minas.

El Mercurio,

13 de junio de 1842.

SEGUNDO ARTICULO

Heme aquí otra vez en campaña, buscando alguna veta mal elaborada que denunciar, o ciertos usos *cangalleros* que perseguir. ¿En qué vendrán a parar estas andanzas? ¿En qué vendrán a parar mis paseos? No te aflijas, santo varón, pues, según todas las probabilidades, ellos han de ir a dar al paradero general de las cosas: pararán en nada, Dios mediante. El poder colosal de Santa-Cruz, a poco andar, tocó su Waterloo, y se redujo a nada. Aquel desafío a muerte, entre los hijos de la gloriosa Francia y el ilustre Restaurador de las Leyes, se terminó con un almuerzo *à la fourchette*, y los bloqueos y las escuadras y los ultimátum quedaron en nada. Pero sin salir de casa, echemos una mirada sobre nosotros. ¿Amanecen los proyectos que se han formado antes? ¿Cuántos planes de reforma se archivan diariamente para plantarlos *a su tiempo*? Nuestros hombres públicos ¿no vienen a parar en la vida privada? Nuestros héroes ¿son reconocidos por tales antes de pudrirse en un sepulcro? ¿Qué es lo que vemos todos los días sino un edificio que se vino al suelo, una vida que ha terminado, una flor que se deshoja, una esperanza frustrada, una amistad deshecha, una fortuna en bancarrota, una reputación perdida; y sucesivamente mil acontecimientos que pasan como las horas y siguen su camino unos en pos de otros a manera de las sombras de una linterna mágica? ¿En qué paran la belleza y los hechizos de una mujer? ¿tiene acaso más larga vida que sus promesas de amor? Y este amor, este sentimiento omnipotente, esta tortura de delicias, ¿no hay tiempo en que creemos, de buena fe, que sobrevivirá al corazón? ¿No lo juramos así a los pies de la otra loca que lo cree también? Y sin embargo, ¿no estamos viendo que el amor, el formidable amor, pasa como la juventud o como un acceso de fiebre?

Si todo muere, si todo queda en nada, ¿me pondré yo a temer las consecuencias de mis inocentes escritos? “Te atraerán odios y venganzas.” Y digo yo, con no escribir ¿me habré librado de este azote? ¿hay por ventura algún preservativo contra ese peste?

—¿Pero quién eres tú —me replicarán— para querer corregir al hombre?

—¿Están Uds. en su juicio? Yo, ¿querer corregir al hombre? ¡Qué calumnia tan grande! Más posible que eso sería que un contador fiscal, al revisar una cuenta, dejase de formar su pliego de reparos; más fácil empresa la de empeñar a mis paisanos a desistir de un pleito; menor locura me poseyera si se me metiese en la cabeza el proyecto de convocar una asamblea de beatas para tratar de la abolición de los conventos. Corregir al hombre es alcanzar el cielo con las manos, es pedirle lana al burro o sermones a un caballo. Y ¿me ocuparé yo de una empresa tan necia? No en mis días. Sólo hago lo que la mitad del mundo hace de la otra mitad, lo que hace un dentista del infeliz que le encarga la refacción de su boca, o el peluquero de la calva que va a vestir con los despojos de un difunto; sólo quiero divertirme y emplear mis ocios, como llama un poeta a su tiempo más ocupado, en tomar las represalias más justas y legítimas, las que el enemigo autoriza con sus propias hostilidades.

Dicho esto, venga el sombrero y a la calle. Pero en este Copiapó donde no llueve sino por la muerte de un obispo, hiela lo mismo que en las provincias del sur. ¡Aquellos sí que son fríos! No puedo recordarlos sin temblar. Felizmente pasaron como pasan todas las cosas, quiero decir que pasé yo por ellos; que así Dios me dé su gloria, como no pienso volver a navegar en tan altas latitudes...

Venga la capa y sigamos nuestro camino...

¡Otra te pegol! ¡Nueva digresión tenemos...! ¡La capa...! ¡Invención sublime de algún sastre filósofo que, al ofrecerla al hombre, quiso darle una piedra para matar dos pájaros: la intemperie de la naturaleza y la intemperie social; los ataques del frío y los de la maledicencia pública! Desde Noé hasta nosotros, la capa ha ocultado las flaquezas de los descendientes de Adán, que habiéndose hecho todavía más flacos que su padre, quizás porque son tantas las tentadoras Evas, no bastarían las hojas de higuera a cubrir sus debilidades y se verían obligados a tener vergüenza, cosa que, en nuestros tiempos, es preciso evitar a toda costa. Con la capa hay valor para llevar un frac que tiene la desgracia de haber servido, circunstancia que basta para que le desprecie su

dueño considerándose con él como de hombre a hombre; con la capa el petimetre se avanza a cometer la falta imperdonable de andar a su gusto, y consiente en libertar sus espaldas de la presión de los tirantes. Con la capa el viejo consigue hacer menos perceptible la corvadura de su cuerpo; y aunque el peso del paño estimule la ciática, todo es poco en cambio de que el mundo, al sumarle los inviernos, omita cuatro o seis por error de cuenta. El calavera, embozándose hasta los ojos en tan anchuroso ropaje, hace prodigios que lo immortalizarían si los lugares de estas exhibiciones fuesen tan públicos como son acostumbrados. Ninguna calle sospechosa se le queda sin recorrer, ninguna intriguilla deja por concluir, ningún desarreglo hay que le pueda arredrar; y sin miedo de que le descubran, sin temor de manchar su fama, aunque en todo lo demás no escape muy limpio, despliega la glotonería de un Heliogábalo en punto a fragilidades. Al día siguiente concurre a la tertulia, seguro de que nadie le dirá: "Por ahí te pudras". ¡Si habrá capa que no haya recibido un mal ejemplo...!

Estoy por dejar mi paseo para otra tarde, y seguir ahora hablando de las capas... pero no. Es preciso cumplir con mi propósito, con el prospecto de este articulito. Quiero parecerme lo menos posible a un escritor público.

¿Por qué calle me meto? Vamos por la Calle Grande, que al fin allí hay menos tierra. Es empedrada. No importa: ahora es de día y se pueden evitar los hoyos. No sucede lo mismo en la noche, que andan las gentes cayendo, levantando y jurando lo necesario en derecho.

Marchaba yo por una veredita que en lo angosta no se parece a las conciencias de estos tiempos, cuando... ¡Zas! ¡artículo a *El Mercurio*...! Una muchedumbre de hombres armados de palos gritan, corren, alborotan, persiguen... ¿un ladrón? Bien pudiera suceder; y si es *cangallero*, el gremio de minería celebrará la captura con un baile, aunque en la misma noche el reo se salga de la cárcel dejando en su lugar algunas onzas de oro. Mas no sale siendo un diablo de éstos el perseguido, sino un pobre perro que, ya enlazado, ladra, embiste, llora, rabia y se despedaza por conseguir su libertad y huir el inevitable suplicio. Suplicio bár-

baro, espectáculo sangriento que los carniceros ofrecen al pueblo para que la policía no les cobre una multa. ¡Viva muestra civilización! Ahora sí que convengo en que vamos por la vía de los progresos, paso de vencedores. Sí señor; que se ilustren las masas; que se suavicen las costumbres; y que entre tanto salgan por las calles las pandillas de asesinos con sus garrotos, sus piedras, sus cuchillos y su alma atravesada, haciendo el ejercicio de mazhorqueros, para que no anden torpeando si mañana ascienden a verdugos. Y luego que el pueblo se acostumbra también a ver como saltan ojos, sesos y todo cuanto contiene una cabeza, a impulsos de un garrotazo... ¡Vivan los mataperros! ¡Viva muchos años la policía! (Es natural que tengamos mataperros y policía, mientras vivamos entre animales).

Admirado de que aun para las bestias fuese una maldición vivir en sociedad con el hombre, y de que éste les volviese mal por bien, ni más ni menos que si fuesen semejantes suyos, seguía mi camino procurando espantar con mi bastón los perros que encontraba en el tránsito, a fin de alejarlos de un sitio en que se procedía contra ellos tan sumariamente como suele hacerse cuando se halla de por medio la salud de la patria.

No tardé mucho en ponerme al frente de la callejuela que va hacia la máquina de amalgamación. La vista de aquellas altas chimeneas en medio de un bosque de sauces elevados, cuyos cogollos al moverse con el viento parecen decirle al romántico: "ven acá, calavera, si quieres tener un buen rato"; la vista de este caserío, bajo el cual la industria ostenta sus prodigios, y donde el minero, según los marcos que recibe, puede decir si tiene mina o mujer con suegra; esta vista, repito, es demasiado atractiva para no acudir al llamamiento de los sauces. Es verdad que la Chimba me llama también, la Chimba es deliciosa; pero ese San Francisco, ese templo añejísimo que tiene toda la facha de un viejo anacoreta; esos enormes estribos puestos allí para probar que no es por un milagro del santo que se sostiene su iglesia; y después de aquel médano más pesado que un pecado mortal... son obstáculos para no atravesarlos cuando sólo se trata de hacer un moderado ejercicio. Vamos, por ahora, a la Máquina.

Allá viene ya el Patarata a mi encuentro, expresándome su cariño en los borneos de su cola, cola con más sinceridad que la de que son capaces muchas lenguas. Un tajo no indiferente que tiene sobre un ojo, atestigua que también se ha visto atacado más que de cerca por alguna bandada de mataperros; pero el pobre bruto, por muy mal que le hayan tratado los hombres, no los aborrece a todos; su instinto sabe distinguir un verdadero amigo, lo que muchas veces no alcanza a conocer toda la razón de un misántropo. El Patarata dirá "me ha herido un hombre furioso", como cualquiera de nosotros dice: "un perro loco mordió a fulano". Ni nosotros ni el Patarata vemos en eso algo de extraordinario.

Ya estoy a la puerta del establecimiento. Tengo al frente una pilita muy apurada en arrojar al aire algunos delgados hilos de agua, elemento tan precioso dentro de aquel recinto, como la sangre dentro del cuerpo. El agua que entra allí no sale sin haber circulado antes por una ramificación complicadísima de canales, caños y tubos; sin haber recorrido todas las venas de ese cuerpo que le debe la actividad y la vida. Y, en efecto, aquello es un movimiento que atolondra, un ruido aturdidor, una fonda francesa concurrida por la *Jeune France*, una sociedad patriótica en vísperas de una elección, una orquesta de liras argentinas... Aquí labran palos y majan fierro, allí descargan metales, más allá refinan piñas; en este cuarto las guardan, en el otro forman las planillas; del rincón sacan azogue, de unos cuantos hoyos barro, y donde uno menos piensa estorba a alguno que pasa. Ruedas que van, ruedas que vuelven, ruedas horizontales y perpendiculares, ruedas que revuelven el agua, agua que mueve las ruedas; ruedas, en fin, que giran al revés para que otras giren al derecho; contradicción muy natural en este mundo en que unos bajan para que otros suban, pierden éstos lo que aquéllos ganan, lloran aquí por lo que bailan más allá, circunstancias todas cuyo conjunto forma la *armonía social*, como burlescamente se llama la baraúnda de los negocios humanos.

En medio de tantas máquinas que con levantar una compuerta empiezan a trabajar estrepitosamente, hay un trapiche de viento cuyas aspas enveladas se dejan estar en la ociosidad más

completa, por la cual ha merecido el título de “el mayorazgo” en aquella familia laboriosa. Si de tarde en tarde tiene el capricho de dar algunas vueltas, todos le celebran la gracia; y como si quisiesen mimar un niño regalón, aseguran que con el tiempo será un trapiche de provecho. Mas si ha de haber en Copiapó el huracán necesario a movilizar aquel imbécil aparato, no será sin traernos lo que aún no se ha venido de los arenales de la Bodega, Chamonate y Ramadilla.

En esta agradable visita me sorprende la noche. ¡Es tan fácil quedarse largo rato contemplando el continuo volver de una rueda, el uniforme movimiento de las aguas! Dicen que esta ocupación es la favorita de los tontos, y lo siento en el alma; porque en aquella casa me he pillado varias veces in fraganti, tomándome este entretenimiento. La fragancia atractiva del Yungas recién tostado suele arrancarme de mis éxtasis, y maquinalmente me dirijo a la salita de donde parte aquel olor balsámico. Venga una taza de café, que he guardado la tijera hasta otra tarde.

El Mercurio,

7 de junio de 1842.

LOS CHISMOSOS

Son una manera de gente poeta, cuyo Apolo es el diablo. El diablo les inspira, el diablo les ha destacado entre nosotros: son unos genios, no son cualquier cosa. Si topáis, por ahí, con alguno de ellos, santiguaos, y echad a andar, como si encontraseis a un espía en tiempo en que los pelucones, por hallarse con el agua a la barba, han declarado la patria en peligro.

El chismoso es un animal que se cría con el hombre lo mismo que el vallico se cría con el trigo. Como el gato le halaga y le rasguña, como el ratón le mina, como la polilla le carcome, como la mosca le zumba, como la chinche le quita el sueño, como el cuervo le saca los ojos y como el asno le da la coz, cuando menos motivos hay para ello. Invisible en sus maniobras, es la realidad de la fábula del duende de las viejas: desde su escondite alborota y alarma con sus pedradas a todo un barrio; llena de temor y sobresalto a toda una familia.

Es un ventrílocuo, que hace salir su propia voz, sus propias mentiras, sus propias calumnias, de la boca de vuestro amigo, para persuadiros que éste os despedaza: más tarde su voz la pone en ti y envenena al otro.

Es un correo cuya valija llega siempre henchida de correspondencia contagiada. Un muy señor mío que os den a leer de lo que viene dentro, ya tenéis pus en el alma. ¡Ay del que recibe las cartas por la mala del chismoso! Si son de algún amigo, sabrá que le traiciona; si de su mujer, que le engaña; si del deudor, que está fallido; si de su querida, que le da calabazas; si de un dependiente, que le roba; si de un Ministro de Estado, que su conducta no inspira confianza; si del médico, que haga su testamento;

y si las recibe del mismo cielo, sabrá el infeliz que es imposible llegar hasta él, porque los diablos le han tomado todas las avenidas. Lo que os trae el chismoso, os quita hasta la esperanza; ése es su instinto, su talento.

Es inútil pretender escapársele si consigue que su víctima le escuche la primera embajada: en esto se parece al mal venéreo, que si una vez contraído se va a los huesos, no hay quimagogo que lo saque. Y no es esto un misterio que digamos; porque regularmente el chismoso o chismosos que toman a uno por su cuenta, son el amigo o amigos que le tratan más de cerca, que están con él a toda hora, le sacan los pelitos del frac, le adivinan el pensamiento y le roban, al fin, la confianza. El chismoso fascina a su hombre, como el zorro a su presa, como cualquier demonio a las almas: por eso he dicho que es un genio, muy bellaco se entiende.

Si os preguntan ¿quién es tu chismoso? "No es el amigo con quien más me quiero —contestad—, sino el amigo que al parecer más me quiere." Precisamente acertaréis como adivino.

Pero ¿cómo distinguir al chismoso? Nada más fácil. ¿Os refiere alguno privadamente (esto es esencial) cosas que después de saberlas, quisierais no haberlas sabido; o cosas que con saberlas nada habréis ganado y otro habrá perdido? Ese es un chismoso. ¿Os dan en reserva una noticia que os desazona, que os quita el sosiego, que os alarma sin que de ello resulte que podáis evitar un mal, alejar un riesgo, huir de un peligro? Esos son chismosos. ¿Van a casa de Ud., de oficio y a deshora, a contarle que Fulano ha echado pestes contra Ud.? Chismosos. ¿Se le meten a Ud. hasta el dormitorio a prevenirle, para su gobierno, que no se confíe mucho de Juan de los Palotes? ¿Le dan a Ud. a saber, sin objeto, los vicios y defectos del vecino? ¿Le venden a Ud. el favor de noticiarle, como amigo, lo que hay en tal negocio, para que no le sorprendan? ¿Tratan de obtener algo de Ud., desollando, bajo protesta de imparcialidad, a algún prójimo? Todos ellos son chismosos y de lo fino.

¿Es Ud. jefe de provincia? Dios le asista. Si Ud. cae en la flaqueza de caerles en gracia, ya no hay días tranquilos para Ud.;

se lo comieron. Si Ud. les desecha y desprecia, hombre al agua. No tarda en saber el ministerio que Ud. es indigno de su confianza, que le traiciona; que en casa de Ud. se habla horriblemente contra las personas del gobierno; que se halla Ud. de uña y carne con los pipiolos, y que esta canalla está haciendo de las suyas. El ministerio, en cuya boca de león nunca se echan los chismes como en saco roto, le hace a Ud. entender de un modo indirecto que todo lo sabe y que es preciso variar de conducta; es decir que es preciso que un chismoso, por lo menos, ocupe al lado de Ud. un puesto de confianza. Porque es cosa averiguada que de cada diez chismosos de un pueblo, nueve son bestialmente pelucos; y como aspirantes al título de hombres de orden, la echan de ministeriales.

¿Es Ud. jefe de departamento? Pues todos los días recibirá Ud. chismes oficiales. El subdelegado número tantos le dice a Ud., en cumplimiento de su deber, que en casa del vecino perejano (el subdelegado le aborrece cordialmente porque el pobre es cuyano) hay muchos desórdenes nocturnos, ocultación de robos, borracheras, juegos prohibidos y diabluras; pero que no siendo posible sorprenderle in fraganti, pide a Ud. autorización para condenar todas las puertas y ventanas de aquella casa dejando sólo una tronera en la pared para que por allí, no más, se gobierne tan peligroso vecino.

El otro subdelegado oficia, en descargo de su conciencia, que en su jurisdicción tratan ilícitamente don Manuel y la Juanita (ninfa cruel para el subdelegado); que el escándalo es horrible y las quejas del vecindario numerosas; pide facultades para perseguir, por caridad se entiende, no por envidia, al dichoso don Manuel hasta sacarle del camino de su perdición.

El tercer subdelegado, que también tiene a quien hacer flacos servicios, y que no está contento con varios, porque no le sacan el sombrero ni le besan los pies, informa a Ud. de que aquello está convertido en chingana; que los ladrones, borrachos y vagos forman una falange inatacable con sólo las penas de los bandos de policía, y que es necesario poner la subdelegación bajo las rigurosas ordenanzas de Chañarcillo; es decir, que se declare la sub-

delegación en estado de sitio. Todos estos son chismes. Si Ud. les concediese algo de los disparates que solicitan, harían correr la voz en sus jurisdicciones de que era Ud. el que había lanzado el rayo, y los subdelegados serían los primeros en decir, en clamar contra la barbaridad de perseguir tanto a las gentes.

¿No es Ud. mandatario? Me alegro. Así está Ud. más libre de que las zumbadoras moscas hagan de Ud. su miel, y se le peguen. Pero ya le hallarán a Ud. beneficio; le han de picar, pierda Ud. cuidado.

Excusada cosa es preguntar a nadie, en Copiapó, si tiene pleito desde que sea notorio que tiene algo. Chismoso habrá entonces que vaya a decirle al juez que la parte tal va a reclamar su implicancia; y sale de allí para asegurar a ambas que pierden el pleito y que lo sabe de buena tinta: les da a entender, en confianza, que el juez se lo ha dicho en confianza, o que al juez se le ha salido cierta expresión... que le da mala espina. Con esto basta y sobra para que el pleito siga ventilándose, más que entre los litigantes, entre el juez y los litigantes.

Pero, me dirá alguno:

—Yo estoy libre de esa gente. No peleo con nadie, no visito a nadie: me acuesto temprano...

—¿Se acuesta Ud. temprano? No me diga Ud. más. El chismoso de su barrio dice que de noche anda Ud. en malos pasos, y con razón sus negocios marchan tan mal. Si a renglón seguido madruga Ud. y sale a cualquier cosa, Dios le libre de topar con el chismoso. Al instante le embromará:

—Vamos, confíesela Ud., se quedó dormido... Bien me lo decía nuestro vecino... ¡y yo tan bobo! defendiendo la contraria...

—Pero si he salido a caminar la leche.

—No me venga Ud. a mí con leches... lo sé todo... no hay otra cosa en el pueblo. ¡Tiene Ud. un vecino que le aguaita...!

En balde pretende Ud. justificarse. A las doce del día ya todo el pueblo sabrá que Ud. salió a la madrugada de tal casa, o que le vieron saltar la muralla y le han conocido, aunque Ud. se puso a extraviar calles.

Si el chismoso no puede hacer su rocío personalmente, porque teme exponer el bulto, se vale de un pasquín para hacer llegar sus mentiras donde pone los puntos. Si le despiden de una casa, deja pasar unos días, y luego con cualquier pretexto se presenta en ella. Si le confunden y le pillan en uno de sus enredos, se humilla como el perro, pide vilmente perdón, serena así la borrasca y se queda muy fresco.

Los chismosos, en fin, aborrecen la imprenta, como aborrecen la luz del día los murciélagos, como el diablo aborrece la verdad y como varios infelices aborrecen, con tanta razón, al *Copiapino*.

El Copiapino,
9 de mayo de 1845.

LOS CANGALLEROS

Hablando francamente, no sólo los hay para las minas ricas; el fisco los tiene, y muy honrados; todos se hacen un honor de cangallar sus rentas, y él se hace un deber de cangallar las de todo el mundo. La historia de un contrabando es para morir de risa; y el contrabandista, si no es pillado, nunca corre otro riesgo que el de pasar, en lo sucesivo, por hombre vivo y de talento, calidad que, sea dicho de paso, no siempre es una recomendación en el alto concepto de muchos necios.

En punto, pues, a cangalla y cangalleros, soy de opinión que antes de hacer aspavientos y de fijar nuestras horrorizadas miradas en Chañarcillo; antes de ir a ver esas cosas a los buitrones, las busquemos también en otras partes, que no dejará de haberlas.

¿Quién no le celebra la gracia al pasajero que lleva o trae un baúl de correspondencia sin pagar el porte a los gringos de los vapores? ¿Quién no obliga a su amigo a que nos ayude a cangallar esa miseria, con la honesta disculpa de evitar el extravío de las cartas?

¿Cuántos cangalleros hay para cualquiera de nuestros comerciantes? En primer lugar, los ratones del buque que le trae su negocio le comen los más ricos pañolones y fulares; luego después, los ratones de las bodegas de este puerto le devoran sus bultos enteros de mercaderías, las maderas y aun llegan a tragarse las cajas de fierro, estos malditos animales; por último: los bueyes de las carretas y las mulas de las tropas ¿que hacen? Le entregan aquí en arena limpia y bien acondicionada, el mismo o mayor peso que el que en trigo, harinas y frejoles, recibieron en el puerto. Todo esto, en rigor, es cangalla.

Y la agua ¿quién es el tonto que no se la quita al vecino? ¿No se juega, en Copiapó, el turno de aguas como los muchachos juegan al cobra allí? ¿No se la robo yo a Ud., porque el de más arriba me la roba a mí?

Vamos a un baile, a un baile por suscripción; y sin contar con los cangalleros de amor que hormiguarán en él, ¿cuántos, sin haber querido suscribirse a los gastos de la fiesta, están allí bebiéndoselo todo, bailándose lo todo, enamorándose lo todo, como quien goza del beneficio de una mina sin concurrir a la habilitación del trabajo? Así va el mundo, cada cual cangallea con más o menos decencia, por más que nos parezca lo contrario.

Pero los cangalleros célebres, los que, por ahora, están en la berlina son los de metales; tipo atacameño, gente cuya habilidad industrial, si hoy merece la tolerancia del subdelegado de Chañarcillo, habría merecido monumentos en la antigua Esparta, y merecería la admiración de todos si saliese, por esos mundos, a exhibir su admirable juego de manos.

Atendiendo a que el mundo nunca anduvo ni mejor ni peor que lo que anda ahora, debe convenirse en que hubo cangalleros desde el momento mismo que aparecieron las minas en boya; y probablemente, mientras Dios permita que así las tengamos, ha de hacer el diablo que haya quien las robe: no será poco conseguir si se evita que se lo lleven todo.

El beneficio de una mina participa, no sé cuánto, del carácter de un casual hallazgo; no lleva en sí el respeto que las leyes y la tradición consagran al tuyo y mío: el vulgo cree instintivamente que porque el hombre no ha sudado la gota gorda para conseguirle; porque ha ganado esa fortuna jugando a las minas, que, hasta cierto punto, es lo mismo que jugar a los chicharos, hay un derecho a cobrarle o quitarle el barato; y de aquí nace quizás el poco escrúpulo y harto descaro con que se le disputa al minero el goce exclusivo de su descubrimiento. Al más incorregible cangallero de metales puede serle muy repugnante el robo de una talega de pesos; mientras que ni venialmente le parecerá que peca llevándose todo un alcance de triplicada importancia.

Varias causas locales, y entre ellas la de haber fomentado, hasta pocos años ha, muchos hombres de pro, este sistema de raterías y la de haber circulado en el mercado, durante un largo período, las piedras ricas robadas como otra moneda corriente, han hecho que la autoridad y la opinión poco ilustrada miren, aun en el día, con cierta indulgencia tan degradante negocio. Hombres hay que tendrían por bien dados doscientos azotes al que robase un caballo, y que llamarían verdugo al juez que sumariase siquiera al jefe de una mazorca de cangalleros. Tal vez en esto consiste que, cuando por un compromiso invencible, es preciso averiguar judicialmente un robo de metales, la justicia se empeña más que el ladrón en embromar el negocio y alejar la formación de un proceso. Sería una barbaridad enjuiciar al que no robó sino metales.

La especie cangallera se divide en tres castas: el cangallero ratero, el cangallero marchante y el cangallero patrón o habilitador.

La primera es numerosa y reina entre sus individuos el mismo espíritu de familia y de fraternidad que entre los gitanos. Tienen, como éstos, un idioma suyo, un plan de señales telegráficas por cuyo medio se conocen, se tratan y se avisan, en un dos por tres, los peligros que hay al frente, el negocio que hay que hacer o el golpe que hay que dar. Gastan el uniforme de algodón largo, ceñidor y calzoncillos anchos y un culero de parecidas dimensiones a los faldones de nuestros actuales fraques. Antes llevaban bonete de media luna, moño largo y ojotas; pero estas piezas, siendo inútiles para el oficio, han caído en desuso: las otras siguen vistiéndolas porque son sus indispensables instrumentos. Quíteseles el ceñidor y el culero, los bolsillos del algodón y del mameluco corto, y harán tanta cangalla como si se les amarrasen las manos. Cualquiera de ellos que, en este punto, intentase introducir reformas, sería excomulgado del cuerpo, por relajado; se le perseguiría como tentador a los fueros y garantías de la comunidad, y sólo la fuga pondría en salvo su maldecido bulto contra las zumbas, provocaciones y serios compromisos a que diariamente estaría expuesto.

El cangallero ratero no hace un misterio de su oficio, sino cuando quiere averiguarlo la justicia. Por lo demás, no se empeña en ocultarlo a nadie: su patrón o su mayordomo puede vigilarle con toda la desconfianza insultante del que custodia a un presidiario, seguro de no ofenderle. Mientras más obstáculos se oponen a su inevitable rapacidad, más descargada queda su conciencia con el vencimiento: así la adquisición le parece más legítima. El mayordomo dice, en su interior, al cangallero: *Voy a que no me robas*; y éste, que ve el afán del otro, responde sonriendo: *Pobre chorlito, en tu primera pestañada pierdes la apuesta*.

Si por una casualidad más rara que un alcance en *veta de atravesio*, llega el ratero a ser sorprendido en el acto de hacer volar la piedra rica a alguno de sus abismales bolsillos, entonces se avergüenza y se aflige hasta dar lástima; pero no sufre así por haber sido pillado en un hurto, sino porque su poca destreza le hará merecer las zumbas de toda la orden. Si a consecuencia de su chamonada es apaleado por el mayordomo, todos los cofrades aplauden la zurra diciendo *bien hecho por torpe*, como otros dirían bien hecho por ladrón o por pícaro.

Mucho tiempo ha de transcurrir y hábiles maniobras ha de hacer el cangallero que ha caído en una desgracia de este género, para que vuelva a merecer las consideraciones de los demás. Un hombre poco diestro es ruinoso y compromete los progresos de la industria en general, descubriendo algunos de los lances y operaciones maestras e infalibles de su misteriosa táctica, y dando lugar a que los argos prevengan el golpe, oponiéndole la correspondiente contra. El primer bobo que se dejó atisbar que envolvía una piedra en la manga del algodón, al tiempo de arremangársela, ha causado más perjuicios a los intereses de esta gente que todas las medidas tomadas por el reglamento de Chañarcillo contra ella.

Sus sesiones son públicas en las cocinas de las faenas, pero están reducidas a darse cuenta mutuamente de las maniobras más recomendables por su resultado y limpieza, de los marchantes que van a llegar, de las minas en que hay beneficio tapado, de las otras en que sería favorable buscar concierto; y todo esto es hablado y discutido en jerigonza y sazonado con chistes más o me-

nos groseros que promueven carcajadas salvajes. Estas reuniones son la escuela donde los neófitos se inician en el idioma, y a poco más andar, en toda la inmoralidad del cangallero.

Toda la casta es invenciblemente decidida por la embriaguez y más que por la embriaguez por el juego: antes renunciarían a la cangalla que a la práctica de estos vicios; y mucho menos en Chañarcillo, donde la policía le ha agregado el aliciente de obligar a jugar y beber en un secreto misterioso, que en sí vale todo un encanto. Primer gusto, emborracharse: segundo gusto, infringir una ordenanza necia; y tercer gusto, reírse del juez tan bobo como la ordenanza.

El cangallero ratero tiene sus principios de moral, a su manera. Sólo la maña es reconocida por él como medio legítimo de apropiarse el metal ajeno; cualquier otro recurso es degradante, y no usado sino por la plebe de esta casta.

Antes se dejará arrancar los dientes que el secreto de sus sociedades y cómplices: la delación es delito de infamia y de muerte.

Si va a la cárcel por jugador o por ebrio (ya es sabido que nadie va allí por cangallero), y si no tiene con qué pagar la multa, no hay cuidado: algún hermano le adelantará dinero hasta la próxima quiebra en la Descubridora o Valenciana.

En otro artículo trataremos de las otras castas.

El Copiapino,

7 de junio de 1845.

GANANCIAS Y PERDIDAS¹

Como cualquier otro negocio, mi viaje a Santiago ha tenido sus pérdidas y ganancias: hagamos el balance.

He perdido:

Varios artículos de mi pleito.

Algunos reales a la malilla.

Mi sombrero en un baile.

La cabeza en un almuerzo de amigos.

Una esperanza remota.

Una hora de tiempo en la barra del Congreso Nacional.

Un real que me costó el núm. 125 de la *Revista Católica*.

Item: otro real que me costó el *Mastodonte*².

He ganado:

La amistad de varias personas con cuyas relaciones me honraré siempre.

El gusto de abrazar a ciertos amigos que ni la ausencia, ni la pobreza, ni ningún motivo matador de amistades ha podido quitármelos.

El goce de algunos días serenos en medio de otros cuyo frío glacial me hizo suspirar, varias veces, por el invierno templadito de mi tierra.

¹ Título con que fue publicada esta página de álbum en *Las Bellas Artes*, 2 de agosto de 1869, p. 145. Allí queda constancia de que *Jotabeche* la escribió el 23 de julio de 1847.— N. del R.

² El *Mastodonte de los Estados Americanos*, periódico de efímera vida que se publicó en Santiago el 10 de junio de 1847.— N. del R.

Varias noches de tertulia en un salón confortable, a la vista de la alegre estufa, sumido hasta los hombros en la blanda poltrona de don Jorge³; agotando hasta las heces una taza de té sabrosísimo; admirando, más que los cuadros de Rugendas, Wood y Borget, la belleza de Elisa y de sus numerosos hermanos, y ganando un enorme solo de oros bajo las celestiales armonías de Bellini y Donizetti.

Varias otras noches de tertulia en las que, por primera vez, vi terminarse acaloradas discusiones políticas sin camorra y sin que alma viviente quedase resentida y agraviada.

Item: varias noches de ópera en las cuales he podido admirar, fuera de lo que todos admiran en estos espectáculos, el ver a los ministros de Estado ocupando en el patio una luneta. Si esto no es democracia, que me emplumen.

He recorrido las bulliciosas plazas y calles de esta ciudad-reina, que tantos placeres ofrece al provinciano; me he vestido de *futre* y rolado entre los *leones*; he bailado con lindas mozas y disertado con literatos; he desempeñado mi tal cual papel en algunas fiestas y magníficas calaveradas.

He ganado, en fin, la conciencia de que puede perderse la esperanza, sin perder todas las anclas de la vida.

Hay, pues, un saldo ingente a mi favor en el balance. Lo ganado excede a lo perdido cuanto podía apetecer en un negocio el más avaro israelita.

Pero todavía hay una ganancia que por sí sola bastaría a compensar todas mis pérdidas... ¡Mi nombre, mi humilde nombre ocupa una página de este rico álbum!

¡Dios bendiga a su dueño!

³ Don Jorge Hunecus, casado con doña Isidora Zegers, en cuya casa había tertulia musical y literaria.— N. del R.

NARRACIONES

UN CHASCO

I

—Le asesinaron en la misma esquina de la casa en que está Ud. alojado.

—Pero... ¿cómo?

—Del cómo sólo se sabe que a puñaladas, porque bien se vieron ellas al examinar su cadáver. Tenía tres heridas mortales: la más espantosa era en la espalda.

—¡Qué bárbaros!

—Recuerdo bien —dijo un tercero— que el día que amaneció asesinado el pobrecito me hicieron madrugar las mujeres de casa para que saliese a traerles pormenores de aquel triste suceso. Al parecer le corrieron más de una cuadra, pues algunos vecinos declararon haber oído gritos y tropel a medianoche, hora en que el finado se retiró de la tertulia ganando algunos pesos. El infeliz fue completamente desnudado después de muerto, pero ni rastro dejaron sus asesinos.

—¡Cosa horrible! Felizmente han pasado esos tiempos en que mataban hombres por aquí tan lisa y llanamente como en mi país se pide una limosna. Aunque recién llegado, pienso conocer bastante este pueblo para creer que semejantes delitos ya no se cometen.

—¿Ud. lo cree? A fe mía que se equivoca. Ahí está el señor que le contará lo que le sucedió no ha muchas noches.

—¡Cómo! ¿Quisieron asesinarle a Ud. también?

—No juraré que sí, ya que gracias a mis piernas no me vi tan cerca de ellos que pudiese convencerme de sus intenciones. Pero

tres hombres embozados intentaron, hace hoy quince noches, detenerme en la calle. Al ver que se dirigían hacia mí, tratando de rodearme, di media vuelta y volé hasta entrar en la plaza pidiendo a gritos auxilio al cuerpo de guardia. Los disfrazados me persiguieron a carrera por más de cuadra y media.

—Y ¿no pudo Ud. conocerlos?

—¡Qué conocerlos, hombre de Dios, si estaba la noche como ahora! ¡No se veían las manos!

—¡Caramba...! ¿Ni tampoco llevaba Ud. armas?

—Ninguna otra que las que me pusieron en salvo.

—Pues yo ni con ésas cuento por ahora. Mis pistolas se han quedado en mi alojamiento: puñal no lo uso nunca; bastón con estoque no puede cargarse andando uno de viaje; y luego mis piernas, juro a Uds. que me estorbarían en un caso semejante, lo mismo que la artillería gruesa a una división que marcha en retirada.

—Antenoche —dijo el dueño de casa— me recogía a eso de la una, y en la esquina del estanco dos mujeres muy tapadas y de estatura gigantesca empezaron a llamarme con esos silbidos que usan los muchachos para atraer a los jilgueros a sus trampas. El cebo de una grata aventurilla casi me tentó a hacer un reconocimiento, pero el tamaño de aquellos bultos me hizo sospechar un *quid pro quo* respecto a su sexo. Eché a andar más de prisa; las traidoras sirenas venían tras de mí a tan desmesurados trancos, que tomé entonces un volapiés, hasta llegar a casa sin aliento. Ayer amaneció un forado casi concluido en la esquina donde las mujeres...

—Vamos, eran hombres disfrazados —interrumpió el forastero—. ¡Este pueblo es una nidada de asesinos y de malhechores!

—Si le digo a Ud. que no es posible descuidarse, sobre todo en noches como ésta. ¡Oiga Ud. cómo sopla el norte!

—¡Ciertamente! Mas, debían empeñarse Uds. por que se estableciesen serenos. En Santiago es quizás donde hay más bribones; y sin embargo, uno puede amanecerse recorriendo cualquier barrio de la ciudad, seguro de que el sereno de ese punto, y cuantos puedan oír un pito, se pondrán a su lado a la más ligera apari-

ción de un peligro. Aquí, por lo que oigo, hay una inseguridad horrible, una policía abominable.

—Esa es una verdad como una torre. ¡Y luego, estas noches oscuras y tempestuosas favorecen tanto a los ladrones en su pesca! Se le dejan caer a Ud. de manera que la herida, el garrotazo o la feroz puñalada, son los primeros anuncios de encontrarse en medio de ellos.

II

Conversando así pasaban, algunos años ha, una noche de invierno cuatro amigos en un pueblecito del sur. Era el sitio de la tertulia el cuarto de uno de los interlocutores, soltero lo mismo que sus huéspedes, grandes aficionados todos ellos a lo que genéricamente se llama *calaveradas*. Y es fama que alrededor de una mesa habían hablado aquella noche, antes de venir a parar a los sucesos ya referidos, de las buenas y malas reputaciones, de las niñas bonitas, de las viejas impertinentes, de los maridos celosos, de los maridos de otro temple, y de cuanto había y no había en la poblacioncita, cuyo nombre me permitirá el lector dejar en silencio. Entre los tertulianos se hallaba un joven forastero recién llegado a la villa con el objeto de comprar en sus alrededores bueyes y carneros que, como es muy sabido, los produce el sur de la República en abundancia y de calidad inmejorable.

Los sucesos que acabamos de oír le habían sobresaltado en gran manera: la noche estaba tan negra y borrascosa, como suele andar allí el humor de los gobernantes: no tenía consigo arma alguna y debía caminar seis cuadras lóbregas y llenas de lodo para llegar a su casa. Estas consideraciones le pusieron taciturno y reflexivo, mientras los demás seguían contando otras historias muy poco a propósito para tranquilizarle. En aquellos momentos recordó, más vivamente que nunca, lo que desde su infancia había oído sobre los muchos malvados y bandidos del país que pisaba, del país de los *pela-caras*.

De buena gana quisiera quedarse a pasar allí la noche o su-
plicar a alguno de los presentes que le acompañara; pero su vani-

dad no quiso arrostrar las zumbas, y desechó ambos partidos por más expuestos. Su reloj señalaba las doce y media de la noche, hora en que ni calaveras andarían por las calles. Sin embargo, era preciso marcharse a pesar de sus vivos recelos y de encontrarse desarmado. ¡Terrible apuro! Levántase de su asiento sin haber tomado todavía ningún partido, y a este tiempo pregúntale el dueño de casa:

—¿Se va Ud.?

—Me voy. ¿Tiene Ud. alguna arma que prestarme?

—Pues qué ¿estamos con miedo a las mujeres que me salieron antenoche?

—Yo no temo nada: con todo, una arma inspira cierta confianza que nunca estorba. Dicen que la prudencia es madre de la seguridad.

—Así debe de ser; pero siento que no haya ni un garrote que ofrecer a Ud. Las únicas armas que aquí se encuentran, son las piernas del señor, y ya ve Ud. que no es cosa muy sencilla cortárselas. Vamos, no haya miedo; en cinco minutos se pone Ud. en puerto de salvamento.

Durante estas ligeras bromas, el forastero estuvo algo pensativo por algunos instantes, al cabo de los cuales, como si hubiera tomado una resolución repentina y valiente, dirigióse a la puerta dando y recibiendo la "buena noche".

III

—Va muerto de miedo el *abajino* —dijo uno de los que quedaban luego que éste saliera—, está bien preparado para recibir el chasco. No hay que perder un momento: vengan los ponchos, los bonetes y a lo dicho. Nos divertiremos mañana oyéndole contar la historia.

Y diciendo y haciendo se disfrazan, toman sus puñales y parten de carrera por una calle extraviada. No tardan en llegar a la esquina inmediata al alojamiento del camarada a quien iban a dar un susto tan tremendo. Repártense y se agazapan de manera que a una señal convenida puedan echarse sobre él, quitarle la

capa, el reloj, el sombrero; intimarle silencio y escurrirse entre las tinieblas. Ya hacía más de un cuarto de hora que esperaban en sus incómodos puestos y no se oía en las calles otro ruido que el del viento. Nuevamente reunidos entonces, pensaron que el miedo habría hecho volar al *abajino*; y que viniéndose éste por un camino más recto, estaría ya en su casa cuando ellos habían creído adelantarsele. Sentían retirarse sin divertirse; pero a este tiempo escuchan pasos precipitados al principiar la cuadra...

—¡El es...! A su puesto cada uno.

Y en efecto, era la pobre víctima que se adelantaba hacia ese punto marchando con celeridad, y reparando poco en los charcos de agua en que se metía por tal de no dejarse coger desprevenido en alguna emboscada. Traía la capa doblada sobre el hombro izquierdo y el sombrero bien metido en la cabeza, pero de modo que quedaba enteramente descubierta su ancha frente. Al llegar al sitio fatal, la voz terrible de ¡Alto ahí! le zumbó como una bala en los oídos... Tres hombres se le vienen encima... "¡Atrás!...", dice el forastero, acompañando este grito con la más enérgica de las interjecciones españolas, y cubriendo su espalda lo mejor posible contra la muralla próxima. Los agresores le rodean, le acometen; uno de éstos estira ya el brazo en ademán de asirle por el cuello, cuando el acometido le descarga una pistola a quemarropa, y le arroja de espaldas sobre uno de sus compañeros, que también rueda por el suelo, pero que muy pronto se levantó. El otro derribado no pudo conseguirlo.

IV

Dos días después el joven forastero compareció reo ante el alcalde del lugar.

—Ante noche han muerto a un hombre de un balazo en la esquina de vuestra posada. ¿Es cierto que vos le asesinasteis?

—Yo le maté, señor, pensando defenderme de un asesino.

—¿Creéis que tratase de ofenderos o de haceros daño?

—Ahora no lo creo.

—¿Alegáis algo en vuestra defensa?

—Sí, señor. Hasta las doce y media de esa noche estuve de tertulia con el finado en su cuarto, y en compañía de los señores M. y G. A los tres oí contar varios sucesos recientes que me convencieron de que en este pueblo, a que no ha muchos días he llegado, no se podía andar tarde la noche, sin correr el peligro de topar con ladrones o asesinos. No teniendo conmigo por entonces arma alguna, no habiendo podido obtenerla del finado ni de sus amigos, me despedí de ellos con la determinación de pasar al cuarto del señor B., recordarle y pedirle una pistola que por la mañana había visto sobre su mesa. El me la prestó, proseguí mi camino, y al llegar a casa me acometen tres hombres. La fuga era impracticable; sólo esperé mi salvación de hacer fuego sobre ellos y aprovechar su turbación para entrar en casa. Todos los que en ella viven recordaron a mis gritos, todos vinieron conmigo al sitio donde acababa de ver caer a un hombre. Sólo entonces conocí que éste era el desgraciado amigo de cuya habitación recién yo salía. Al instante, confiado en mi inocencia, me presenté preso en esta cárcel...

El joven fue absuelto; pero nunca pudo recordar sin un profundo sentimiento este suceso fatal.

El Semanario,
19 de enero de 1843.

EL ULTIMO JEFE ESPAÑOL EN ARAUCO

I

La independencia de Chile no era ya una cuestión en la época que voy a recordar a mis lectores. Nuestros bravos habían batido y desalojado de todas partes a los españoles, soldados tan valientes como desgraciados, no tanto por sus derrotas cuanto por haberles ligado el honor a la más indigna de las causas.

Todos los pueblos al norte del Maule empezaban a organizar su administración política, envueltos en esa especie de desorden y alborotos producidos por la extrañeza de su nueva vida, por la inexperiencia de las nuevas instituciones y por el carácter y hábitos guerreros contraídos en catorce años de campañas, combates, derrotas y victorias. La misma provincia de Concepción, que durante ese largo período la habían talado ambos ejércitos, incendiado y saqueado los salvajes y montoneros; este pueblo heroico, que no salvó del furor de la revolución sino la feracidad de sus campos y la espesura de sus bosques, parecía revivir y convalecer, semejante al soldado cuyas heridas mortales empiezan a cicatrizar después de una curación larga, difícil y penosa. Benavides, el más formidable de los verdugos que en aquellos tiempos devastaron esta provincia, había subido a la horca en la plaza principal de Santiago, el 23 de febrero de 1822.

Sin embargo, aún quedaban, en uno y otro lado del Bío-Bío, varias guerrillas realistas, bien así como esas nubecillas perdidas que vagan por la atmósfera inmediatamente después de las borrascas.

Una de estas bandas, comandada por el Coronel Pico ¹, era la más numerosa y temible. Su jefe añadía a la bravura la dureza sanguinaria a que se había habituado en muchos años de esa guerra a muerte que se hicieron, a lo último, los campeones de Fernando y los independientes. Varias tribus araucanas, aliadas suyas, lo acompañaban en sus correrías, halagadas por el incentivo del robo y de la matanza. La guerrilla de Pico ni daba ni pedía cuartel: el incendio y toda clase de atrocidades dejaban marcados los sitios de sus campamentos, los teatros de sus ataques y las huellas de sus marchas y contramarchas. En aquella fecha ya no se trataba de defender o de reconquistar al país. Una rabia infernal, la sed de sangre y de venganza, el instinto exterminador del tigre mantenía la lucha y agitaba a los combatientes.

Pico era un español de 40 años, alto, robusto, de rostro atezado y de maneras y hábitos salvajes, lo mismo que la vida que llevaba y la profesión que ejercía: su mirar misantrópico descubría al montonero. Dos hondas cicatrices desfiguraban notablemente los perfiles naturales de su cara; sus fuerzas habrían hecho honor a cualquier otro hijo de Castilla, a cualquier cacique araucano, y eran ellas el único prestigio que mantenía alguna subordinación en la horda que se hallaba bajo sus órdenes. Desconfiado por carácter, o más bien por las circunstancias y hombres de que se veía rodeado, no tenía otro amigo que un perro, al cual, no obstante, había puesto el nombre de Insurgente, y era este animal su sola guardia cuando dormía, la sola escolta que cerca del español marchaba.

El 31 de agosto de 1824 acampó esta montonera en Quilapalo, lugar inmediato a la cordillera y al origen del caudaloso Bío-Bío. Habiendo concluido la estación de las lluvias, Pico se proponía activar las hostilidades y aventurarlo todo por conseguir, si no una capitulación, que no se atrevía a esperar, una salida por mar del territorio de Chile, donde ya no le quedaban sino peligros infructuosos que correr. No se había puesto a precio su cabeza; pero cualquiera se hubiera recomendado en gran manera, presentán-

¹ Juan Manuel Pico (1784-1824) reemplazó efectivamente a Vicente Benavides en el mando de las guerrillas de inspiración realista a las que en Chile se da el nombre de Guerra a Muerte.— N. del R.

dola, después de una victoria o a consecuencia de una traición, a los jefes y autoridades patriotas. En este punto, Pico conocía mejor que nadie su posición azarosa.

Las aguas de julio y agosto no habían permitido la movilidad de la guerrilla ni el recibo de comunicaciones de los pocos amigos que quedaban a Pico en el territorio ocupado por los independientes. Ignoraba el número y puntos en que se hallaban éstos, la fuerza de las guarniciones de las plazas y cuantas más circunstancias era preciso saber para obrar con probabilidades de acierto. A fin de obtener estas noticias, despachó por una y otra banda del Bío-Bío varios espías y correos, y determinó esperar su vuelta en el campamento que ese día había tomado.

Cien infantes, único resto del lucido ejército que, bajo las órdenes de Osorio, fue victorioso en Cancha Rayada y vencido en Maipo, cubiertos con piezas andrajosas de todos los uniformes usados por ambos ejércitos durante la guerra de la independencia, formaban la flor de la guerrilla de Pico. Estos ocuparon en Quilapalo los escombros de una choza, antigua morada, al parecer, de algún vaquero, por los majadales que aún se veían a sus alrededores. Las tribus araucanas tomaron alojamiento más a campo raso y en diferentes puntos. Su algazara, gritos y aullidos resonaban día y noche en los bosques, como si les hubiesen invadido millares de bestias feroces.

Pico tomó posesión de un rancho desamparado, que a distancia de una cuadra, a retaguardia de la línea, daba su frente a ésta y su espalda a un huerto cercado de una palizada de troncos de roble. La humilde habitación no tenía más que una entrada sin puerta, circunstancia que pareció doblemente peligrosa al coronel español para el caso de una sorpresa. Sin embargo, como nunca acostumbraba manifestar temores o desconfianza delante de sus aliados y subalternos, mandó colocar su cama en uno de los rincones del rancho sobre un catre de palos, que, en un abrir y cerrar de ojos, tejieron con *boqui* dos de sus asistentes. Allí recibió a sus amigos y dio órdenes a sus oficiales.

Llegó la noche y más tarde la hora de retreta. Pico, después de establecer en persona varios puestos a vanguardia y retaguardia del campamento; después de recorrer todos los puntos donde creyó conveniente presentarse, se retiró a su alojamiento, sin llevar más compañero que a su inseparable Insurgente. Le quitó el freno a un caballo, amarróle ensillado a uno de los palos del rancho; puso un gran poncho a la puerta a guisa de colgadura, animó su fuego y, tomando en seguida un enorme cuchillo, metióse bajo del catre y abrió en la *quincha* un agujero capaz de dar salida a un hombre, echándose por él a la rastra. Seguro así de una retirada por el lado del huerto, se fue a la cama después de quitarse las espuelas, hacer la señal de la cruz sobre su frente y besar la de su rosario. El Insurgente se acurrucó entonces al pie del catre, en el hoyo de un hogar apagado después de una larga fecha e inmediato al que, en esa noche, echaba una agradable llamarada.

A estas o parecidas precauciones daba Pico la preferencia sobre las centinelas y guardias, que aparentaba no creerlas necesarias. Sus guerrilleros nunca le juzgaron por ello sino como doblemente impávido y valiente.

II

¿Conocéis las orillas del Bío-Bío y las de sus tributarios Laja, Duqueco y Vergara? ¿No las conocéis? Lo siento. Allí está el Paraíso. Porque el Paraíso no es una creación fantástica: es la naturaleza virgen, la naturaleza antes de ser conquistada y asolada por la civilización; naturaleza con sus ríos, bosques, lagos, montañas y cascadas, con sus aves y bestias salvajes, con sus perfumes y el ruido armonioso de sus movimientos y vida. Si hubo otro Paraíso que éste, en vano se esforzará el poeta en imaginarlo más encantador y delicioso.

Las vastas comarcas que bañan y recorren aquellos ríos han sido durante tres siglos el teatro de la guerra entre los araucanos y sus conquistadores, o más bien, entre los araucanos y los que han pretendido conquistarles. ¡Vano empeño, único imposible que han encontrado sobre la tierra la fuerza, la maña y el valor!

Pero esta guerra no ha podido destruir sino a los hombres; las bellezas y gracias naturales del territorio permanecen en su estado primitivo, en su lozanía admirable. Lo único que a duras penas ha logrado establecer allí la civilización es una línea de fortalezas en las cuales se mantiene hasta hoy encerrada, como si le hubiese puesto sitio esa naturaleza invencible que tan inútilmente pretende rendir y avasallar.

En la época de mi relación, casi todas estas fortalezas se hallaban en ruinas, a consecuencia de haber sido tomadas y perdidas sucesivamente por ambos partidos beligerantes. Al fin de la lucha, en 1824, los independientes sufrían dentro de ellas diarios asaltos de los salvajes y montoneros que se paseaban por los llanos, bosques y guaridas de que están rodeadas aquellas plazas.

Luis Salazar, guerrillero patriota, ocupaba con los suyos, el 2 de septiembre de 1824, la de Nacimiento, una de las más introducidas en la tierra de Arauco. Salazar había nacido, como todos los soldados que le acompañaban, bajo los muros de esta fortaleza, lo que excusa a todo el mundo de averiguar si era o no valiente. Nacimiento se ha hecho célebre por el contingente de leones con que se suscribió para sostener la lucha gloriosa de nuestra independencia.

Recién amanecía: Salazar, de pie sobre la muralla oriental del recinto, dirigía investigadoras miradas hacia las márgenes opuestas del Bío-Bío y del Vergara, que confluyen en aquel punto. Cerca del comandante dio un ruidoso bostezo un centinela, que llamó así la atención de su jefe, obligándole a preguntarle:

—¿Qué tal noche, Coronado?

—Ni más ni menos que las otras, mi comandante. Mucho frío, mucha vigilancia, ni un trago, ni un solo godo al frente para calentar el cuerpo.

—Luego los tendrás encima...

—O ellos me tendrán a mí, mi comandante.

—Están en Quilapalo desde antes de ayer. Siniago, que acaba de pasarse, me da la noticia...

—¿Siniago, mi comandante? ¿El que ahora ha dos años se pasó a los godos cuando nos quitaron en San Carlos la caballada?

—El mismo.

El centinela hizo un gesto muy feo, meneando la cabeza a uno y otro lado. Salazar continuó:

—Según éste dice, el canalla de Pico se dirige a atacarnos con más de cuatrocientos hombres entre indios y españoles. Nosotros somos treinta y dos... no hay esperanza de refuerzos...

—Es verdad: no somos muchos —dijo el centinela algo pensativo, escarbando suavemente el suelo con la punta de su sable desenvainado.

De repente, al cabo de un rato de silencio, la respiración de Coronado se agitó visiblemente, alzóse con orgullo su cabeza, brillaba en sus ojos un rabioso coraje, su rostro tomaba gradualmente un color oscuro de sangre y se sacudía su labio superior cubierto apenas del bozo de los veinte años.

—Mi comandante —gritó frenético el joven centinela:— es preciso que ese demonio muera.

—¿Quién?

—El godo Pico; lo juro por la madre que me parió. El infame va a ver que no se necesita sino una vida para acabar con la suya. El diablo ha de cargar con él o conmigo, o con él y conmigo, no me importa.

—Coronado, ¿estás loco?

—Sí, mi comandante. Si no lo mato, muero de rabia; siento una gana irresistible de cortarle la cabeza... y se la cortaré al maturrango pícaro, como hay Dios en el cielo.

—Pero, ¿dónde, muchacho bárbaro?

—En medio de sus matuchos, mi comandante. Pues qué, ¿hay algún mar, entre ese godo cochino y yo, que me impida alcanzarle con mi puñal?

—Las treinta lanzas de Pico jugarían en el aire con tu cadáver, como esas golondrinas que ahí ves se disputan la caza de un insecto. Mejor sería...

—No, comandante. Si Ud. no pone a mi disposición cuatro soldados bien montados, me tiro al foso, y moriré como un men-

tecato, porque Ud. no ha querido que muera como un valiente.

—Bien te conozco, amigo mío: Lorenzo Coronado es el más bravo de cuantos encierran y han visto nacer estas murallas. Pero temo que vayas a morir inútilmente... Dime, muchacho, ¿qué piensas hacer?

—A punto fijo, no pienso otra cosa que matar al godo. En cuanto a la elección de los medios... Dígame Ud. mi comandante, ¿cree Ud. que Siniago venga pasado? ¿él, que no ha mucho se fue a los enemigos? Que me enmielen si no es un espía de Pico, a quien ha estado sirviendo de asistente: por lo tanto, es preciso asegurarle. Mire Ud., mi comandante: voy a decir a Siniago que mi intención es ir a matar a Pico donde lo halle, donde le encuentre; que para ejecutar mi propósito, necesito que él mismo me dé su opinión y consejo sobre el mejor medio de obtener el éxito, perdiendo o salvando yo la vida, que esto no entrará en la cuenta; pero que si yerro el golpe, si escapa de mi puñal el godo brujo, cuatro balas harán *pasarse* al amigo Siniago a los infiernos. Buen cuidado tendrá con esto de endilgarme a la empresa de un modo infalible. Obtenidas las noticias que quiero, me voy con mis cuatro hombres a Quilapalo, cuyos rincones conozco lo mismo que las melladuras de este sable, mejor que las troneras de la plaza Nacimiento. Si alguno ha de morir, no serán los compañeros que le pido a Ud., mi comandante.

—¡Dios te guíe! —exclamó Salazar, arrojando un profundo sollozo y estrechando en sus brazos al centinela. Salazar se despedía así de aquella interesante víctima, como el sacerdote se despide de un condenado a muerte, cuando, al pie del suplicio, se lo reclama el verdugo.

Al ponerse el sol salían cinco jinetes a gran galope por el puente levadizo de la fortaleza: desfilaron por la izquierda sobre el Vergara, y después de pasar este río en un barquichuelo, Salazar les vio desaparecer en las montañas de Negrete.

III

Era poco antes de la medianoche del 3 al 4 de septiembre. A dos tiros de fusil del campamento de Pico, cuatro hombres es-

taban agazapados entre unos espesos matorrales. Uno de los mojinetes del rancho de este jefe se divisaba desde aquel punto, como una sombra triangular más negra que la obscuridad de la noche. La guerrilla, que había recibido orden de ponerse en marcha sobre Santa Bárbara a la madrugada inmediata, dormía silenciosa en el campo. Pico roncaba en su cama poseído del primer sueño; pero un ladrido de alarma del Insurgente le hizo saltar al suelo y tomar las armas. Puso el oído; no distinguió ningún ruido sospechoso. Sin embargo, el perro, dirigiendo su hocico hacia el huerto, no cesaba de refunfunar instintivamente.

—Algún perro indio quiere robarme mi caballo —dijo Pico; y salió del rancho embozándose en un desmedido calamaco.

Poco después volvió tiritando de frío.

—Por mi abuela —dijo mirando al perro—, que si vuelves a darme otra falsa alarma, te ahorco con ese lazo en este tijeral.

Echó en seguida leña al fuego, secóse los pies humedecidos e iba nuevamente a recostarse, cuando el Insurgente tornó a ladrar con mayor fuerza, como si estuviese más próximo el motivo de su extrañeza. Pico le hizo rodar de un puntapié hasta las cenizas del fogón. El animal, convencido con esto de que sus avisos eran impertinentes, se hizo un rollo en el suelo y, como su amo, quedóse muy pronto dormido en un sueño profundo.

Aún ardían los tizones que el jefe guerrillero añadió al acostarse, y su luz alumbraba escasamente el rancho. Un hombre, de cabeza y pies descubiertos, entreabrió la cortina que pendía en la puerta, y sin hacer más ruido que una hormiga, siguió adelante hasta ponerse a dos varas de la cama de Pico. Sáltale encima el perro de éste; pero el bruto se ensarta en un largo puñal que le recibe por la mitad del cuerpo; su grito de ataque se confunde con los ahogados aullidos de la muerte. Un instante después, Pico y el agresor luchan cuerpo a cuerpo; aquél por tomar sus armas, éste por herir con la suya; el español da voces y recibe puñaladas. Hubo un momento en que a impulso de un rodillazo que dio a su contrario en el estómago, se vio libre de sus forzudos brazos; y aprovechándole, metióse, herido y atolondrado, bajo el catre buscando el agujero practicado, tres noches antes, en la

quincha. Pero el atrevido independiente volvió a la carga y a cogérle con furor frenético: sus cuerpos rodaron juntos en el nuevo terreno, juntos se arrastraron y juntos salieron por la brecha. El último campeón de Fernando en las sierras de Arauco lanzó, en fin, un quejido de muerte, al perderse en su garganta el puñal patriótico.

A este tiempo, toda la guerrilla se hallaba en movimiento. Alarmada por las voces extrañas que se habían oído en el campamento, la confusión llegó a su colmo con algunos tiros que salieron en ese mismo instante de unos matorrales de la izquierda. Todos fijaron su atención en aquel punto: nadie daba razón de lo que era, aunque ninguno dejaba de repetir:

—¡La Patria! ¡el enemigo! ¡el enemigo!

Coronado, llevando en la mano izquierda de los cabellos la cabeza ensangrentada de Pico, se retiró del campo, por entre los guerrilleros que, aterrados, considerándose rodeados de patriotas, no atinaban más que a montar a caballo y ganar el bosque.

Una hora después, los cinco nacimientos, que se habían reunido en un punto señalado, galopaban en los suyos de vuelta de su expedición heroica; y espantados de la magnitud de su triunfo, iban en pos de Coronado sin atreverse a averiguarle si era o no cierto que llevaba la cabeza de Pico a la grupa.

¡Coronado y sus compañeros eran hombres del pueblo!

¡Viva el pueblo!

El Copiapino,

18 de septiembre de 1845.

FRANCISCO MONTERO RECUERDOS DEL AÑO 1820

Célebres escritores de mi país y de mi tiempo suelen tomarse el laudable trabajo de referirnos las hazañas y altos hechos de los jefes de nuestra independencia; en vida, si ocupan puestos elevados, en muerte, si con ella han salido del infortunio.

Yo, hombre del vulgo, soldado raso en nuestras filas de escritores, acostumbro elegir mis héroes entre los soldados rasos de esa guerra gloriosa. Los que fueron sus grandes caudillos pueden contar con que alguien consignará la memoria de sus virtudes por lo menos en una necrología: yo quiero hacer este estéril obsequio a los rotos que con el fusil o la lanza se atrajeron entonces la admiración de sus mitades, no dejando otro monumento de su bravura que las leyendas de los vivaques del ejército de la República.

Hace dos años, revelé a muchos de mis lectores la olvidada existencia del impávido Lorenzo Coronado¹: hoy que, como entonces, bailaremos y beberemos en los festines cívicos, propongo un brindis a la memoria de otro bravo, de otro de esos leones famosos en los escuadrones de la patria.

En los últimos meses de 1820 tenía lugar una pelea encarnizada, un duelo a muerte entre los vencidos y los vencedores de los llanos de Maipú. El palenque de estas escenas sangrientas era la provincia de Concepción.

¹ Véase *El último jefe español en Arauco*, que aparece en esta misma obra.— N. del R.

Benavides, Zapata, Pico y otros realistas recorrían aquellos campos y no daban cuartel a enemigos ni a neutrales.

Los patriotas Prieto, Arriagada, Boyle, Viel, Elizalde, Torres y García defendían las orillas al norte del Ñuble y del Itata para impedir que los vencedores del Pangal invadieran más territorio con sus asoladoras indiadas.

Las vegas de Talcahuano, hoy cubiertas de cuanto bello y rico pueden dispensar a la tierra la naturaleza y la paz, se veían, en esos meses, cubiertas de cadáveres y de todos los destrozos de la guerra. Allí se acuchillaban, cada madrugada, los bandidos de Benavides que ocupaban a Concepción y un puñado de valientes que, a las órdenes del valiente sin par don Ramón Freire, se habían encerrado en Talcahuano, después de disputarle al montonero realista los palmos de terreno, diezmándole sus batallones y sus inagotables bandas de salvajes araucanos.

Los Perales, punto medio entre ambas ciudades, lo era de estos diarios encuentros. A veces los patriotas sableaban a los enemigos hasta las alturas de Chepe y Gavilán; otras, éstos perseguían a los nuestros hasta los mismos fosos y puentes levadizos de sus reductos.

Muchos meses se pasaron en tan tristes fatigas. El hambre y cuantas calamidades lleva consigo un sitio riguroso ejercían su desesperante dominio en Talcahuano: con sangre había que conquistar una res o un alimento cualquiera; las caballerías malparadas poco auxilio prestaban a los jinetes; el desaliento ya empezaba a aparecer en los semblantes. En todos los corrillos se vertían quejas insultantes contra el gobierno de Santiago que así abandonaba en el sur nuestras esqueletadas divisiones. Por otra parte, cansado Benavides de asaltos y escaramuzas, siempre funestas a los suyos, había reducido las operaciones del sitio a una inacción harto vigilante, esperándolo todo del desaliento que de este modo introducía en los sitiados; más de quince días se pasaron sin que los patriotas tuviesen la ocasión de hacer un prisionero que les comunicara las noticias que apetecían.

Caía la tarde del 22 de diciembre. El general Freire, rodeado de Larenas, Díaz, Rivera y Picarte, afirmado en una culebrina

abocada hacia Perales en una tronera de la fortaleza, dirigía silenciosas y alternativas miradas al campo enemigo y a la entrada del puerto que señala la pintoresca Quiriquina. ¡Ni una vela de Valparaíso... ningún movimiento en los reales contrarios!

—Esto es peor que la muerte —dijo, sin dirigir la palabra a nadie—. Por mi honor, señores —añadió hablando a sus camaradas—, que estoy decidido a no morir de hambre en este limbo. Mañana hemos de comer en Concepción o en los infiernos.

Y el coraje animaba las facciones del guerrero más gallardo y valiente de aquellos días. Después de algunos momentos de silencio, exclamó:

—¡Un prisionero...! ¡Cómo hacer un prisionero! ¡Si supiésemos dónde se hallan las otras divisiones...! ¡Qué es de Prieto, de Arriagada, de ese prometido refuerzo! ¡O quizá habrán avanzado estos pícaros montoneros hasta el Maule...! ¡Caramba! daría mi mejor caballo por un prisionero.

—Elijo el tordillo negro, mi general —salió una voz de algunos pasos a retaguardia.

—Cómo, cabo Montero —gritó Freire—, ¿me cogéis la palabra?

—Por la hambre que corre, mi general, que mañana lo habré ganado o estaré descansando con el catalán Molina, que despedazaron esos perros. ¡Oh, ésa me la deben los cobardes!

—Está dicho. Mañana seréis sargento o alma del purgatorio. Os conozco, tigre de cazadores.

—El caballo es para mí, mi general: pido la jineta para otro.

—Será de quien gustéis. Pero yo necesito un prisionero que no valga menos que mi caballo. Necesito un oficial de esos ladrones.

—Se hará la diligencia, mi general.

Y llevando a la gorra el revés de su mano derecha, giró sobre la izquierda y echó a andar con marcial desenvoltura el cabo Francisco Montero.

Tiraban el cañonazo de retreta, y por el portón de la fortaleza salieron al campo dos cazadores montados, después de rendir, por santo, al oficial de guardia al teniente Bulnes:

un godo que valga mi caballo.

Blanqueando venía la aurora de la madrugada siguiente. Profundo era el silencio de las Vegas: triste aquella hora solemne, que festeja con alborozo la creación entera, y que entonces sólo la saludaban los últimos ronquidos de las ranas de los charcos inmediatos a la punta de Los Perales.

A dos cuadras de este sitio, hacia Concepción, se veía un rancho pajizo. Los vientos y el abandono habían desguarnecido casi del todo su techo, y estropeado sus costados de quincha. La puerta, si la tuvo, había desaparecido.

Dos hombres estaban dentro, armados de sables desnudos y largos puñales a la cinta. El uno permanecía inmóvil, asomando la cabeza por un agujero del rancho que daba vista al camino de Concepción, el otro concluía un cigarrillo, teniendo de las bridas dos caballos ensillados y acariciándoles la tusa cuando querían moverse.

—Toma el pucho, Pancho —dijo el de las bridas al atalaya—. Vente aquí: déjame el puesto por un rato.

—Apaga, diablo, tu humareda —le contestó Montero—: la descubierta está sobre nosotros.

—Y ¿qué tenemos? ¿Caballería o infantería?

—Una y otra... cuatro... cinco jinetes... Una mitad de fusileros con un oficial... ¡Oh, tenemos un teniente por lo menos! Las cosas van a que pide boca.

—Y el resultado será que nos hagan añicos. De veras, Pancho, que me has metido en un berenjenal.

—A caballo, hijo mío. Así que yo te haya cortado al matucho, le coges por el cuello o la cintura, y vuelas. Te juro por las entrañas de Dios que no han de tocarte un pelo. Animo, y sígueme.

La descubierta de Benavides se hallaba a pocos pasos del rancho, cuando le cargaron dos demonios que de allí salieron. El caballo de Montero arrollaba la cabeza del piquete de infantería; el otro sienta el suyo a los pies del oficial, le echa garra, pica las espuelas y parte con toda la velocidad que éstas y el terror daban al bruto. Montero, semeiante a una legión de furiosos, reparte

por doquier golpes incurables, y no trata de retirarse sino cuando cree a su compañero a una distancia en que no puede ser alcanzado y atacado para libertar la presa.

Buen trecho tuvo que sostener la retirada de éste, sufriendo la tenaz persecución de los tiros de los infantes y sablazos de los jinetes; la sangre le corría por el rostro; un balazo le tenía dormida la pierna. Pero él había desmontado a dos soldados y los otros tres no le entregaban el cuerpo; contentándose con retarle y cargarle muy respetuosamente, cuando el cabo echaba a correr delante de ellos. Al fin, se convencieron de que mejor les estaba quedarse dueños del campo y dejar perdido lo perdido. Entonces Montero alcanzó a su halcón, montaron su prisionero a la grupa, y un cuarto de hora después recibía el general Freire un capitán español por su caballo.

Es un hecho que en la tarde de este día hubo un combate sangriento entre las caballerías de ambos bandos: nuestros cazadores quedaron con la victoria. Al siguiente, el 24 de diciembre, los sitiados de Talcahuano entraban triunfantes por la alameda de Concepción: Zapata era batido y muerto en las inmediaciones de Chillán.

CONCLUSION

Después de esta época se encuentra una laguna en la vida de mi héroe. Parece que aliado del cacique Venancio recorrió por muchos años las tierras de Arauco y las pampas patagónicas, haciéndose más y más célebre por su bravura. Cuando llegó a su ocaso fue tan brillante como en toda su carrera.

Un día de años pasados, se presentó en la guardia de prevención del batallón Suipacha, acuartelado en Buenos Aires, un coronel que se anunció portador de un pliego para el comandante de aquel cuerpo, y fue introducido a su presencia.

Cincuenta años de edad, cuerpo alto, seco y huesudo, bigotes canos y cerdosos, vestido algo anticuado, charreteras mohosas y

una espada de poco comunes dimensiones, daban a este individuo un aire más bien respetable que ridículo.

Pasados los saludos acostumbrados, leyó el comandante el pliego que se le entregara, salió fuera y volvió a entrar después de algunos minutos.

Un pelotón de fusileros descansó armas a la puerta.

—¿Sois vos el coronel don Francisco Montero? —preguntó el comandante al viejo militar que hemos descrito.

—Servidor de Chile y vuestro.

—Gracias. ¿Conocéis el contenido del pliego que os han encargado para mí?

—Me han dicho que era una orden para que me alojarais.

—Estáis equivocado, coronel, y lo siento. Dignaos pasar la vista por él.

—No sé leer, comandante.

—Pues, entonces, oíd. Y éste leyó: "Viva la Confederación Argentina. Cuartel general en Buenos Aires, etc., etc. El comandante del batallón Suipacha hará fusilar en el acto al portador de este pliego, el titulado coronel Francisco Montero; así conviene al orden. Dios y libertad."

El comandante calló la firma y añadió:

—Disponéos, coronel. La tropa esperará cinco minutos vuestras órdenes.

Montero estaba pálido cuando acabó aquella lectura. Un ruidoso suspiro salió de su ancho pecho, una enorme lágrima se deslizó por su mejilla. El león se veía irremisiblemente arrinconado por los perros.

Notando, entre tanto, el comandante que su reo empezaba a encrespase como un tigre que se dispone a la matanza, le ordenó imperiosamente que entregara la espada.

—Decidme antes —le replicó Montero—, ¿estáis resuelto a cumplir esta orden de asesinarme?

—Y ¿os parece, coronel, que querré verme mañana en vuestro actual conflicto?

—Si es así, defendeos. La espada de Francisco Montero será de quien le acabe.

Y sacándola, cayó como una centella sobre aquel jefe y cuantos acudieron en su auxilio. Montero, en medio de una confusión de gritos de alarma y ayes de moribundos, atravesado el pecho de un balazo, rodó por el suelo abrazado de su tizona.

El Copiapino,

18 de septiembre de 1847.

VIAJES

VISITA AL CAJON DEL MAIPO¹

Maipo, abril 23 de 1841.

Mi querido Manuel:

Ya estoy de vuelta, y puedo asegurarte que vengo de cordillera, como dicen, hasta los ojos.

El 10 del corriente salí de aquí con aquel gusto que sentimos al emprender un viaje en el que esperamos ver cosas nuevas y recorrer lugares de los que no conocemos sino sus nombres. Desde que entré al Cajón del Maipo empezó a satisfacerse mi curiosidad. La bocatoma del canal de este nombre, los obstáculos vencidos en su nacimiento, el caudal considerable de agua que contiene antes de dividirse en sus muchas ramificaciones, y la población que forman los encargados de mantener y de reparar esta obra importante, son ya objetos dignos de ser visitados, dignos de un alto para examinarlos detenidamente. Hasta este punto el camino de la capital es magnífico; y con semejante ventaja, la bocatoma del canal podría ser un paseo divertido e interesante para los aficionados a salir al campo en nuestras hermosas primaveras o en las madrugadas del verano. Hacia el interior, aunque se va aumentando progresivamente el encanto, el imponente espectáculo de una naturaleza inmensa en sus elementos y en la variedad de

¹ Título del recopilador. En publicaciones anteriores, se la ha presentado sólo con el nombre de *Carta*.

El corresponsal a quien está dirigida la epístola es Manuel Talavera Garfías (1820-59), que por esos mismos años se estrenaba como escritor en prosa y verso. N. del R.

sus cuadros, las dificultades del camino son bien considerables, al menos para los que saben desplegar mucha alegría en sus excursiones y correr a caballo por los campos que acostumbran visitar con frecuencia. Si no fuese así, yo les recomendaría el pueblecito de San José y los puntos intermedios como de los mejores, en las cercanías de Santiago, para divertirse y solazarse sin las incomodidades de Colina, sin los peligros y el polvo de Renca, sin la tristeza mística de Apoquindo, y con todos los atractivos que vamos a buscar locamente, sobre todo, en las dos primeras babeles. Las serranías peñascosas por entre las cuales se ha abierto camino el bullicioso Maipo; los bosques que cubren y embellecen las infinitas quebradas que se suceden paralelamente unas a otras; la abundancia de deliciosas frutas, la feracidad del terreno que hay cultivado; las aguas cristalinas y riquísimas de arroyos innumerables; las muchas casitas que se encuentran al paso, y la lozanía de las muchachas que viven en ellas, no harían perdido un paseo a esa parte casi desconocida de los habitantes de Santiago. San José, en particular, ofrece cuanto puede desear una familia para pasar cómoda y alegremente una temporadita de verano, si busca una temperatura deleitable, baños excelentes, aire puro, en medio de una naturaleza noble, pintoresca y brillante, y de un vecindario cariñoso, cuyas costumbres sencillas desconocen los corsés, las corbatas y las demás torturas de la etiqueta.

Más adelante, quiero decir, más hacia la cordillera, siento confesar que en mi opinión el país no presenta interés sino al estudio de los que por profesión hacen el de la naturaleza o de los que por los sentimientos o el temple de su alma se complacen en contemplar lo más imponente, lo más grandioso de esta máquina inmensa sobre la cual viajamos por el espacio.

Como a 25 leguas de Santiago, dejando atrás el caserío de San Gabriel, empieza a variar el paisaje y a desnudarse de toda vegetación para sólo ofrecer a la vista riscos, piedras enormes, abismos, precipicios, torrentes y cuanto no puede mirarse sin experimentar un involuntario terror y una melancolía alarmante. No hay allí aquel amable silencio del bosque, que nos embelesa, cargando de mil gratas ilusiones la imaginación adormecida; que nos

hace recordar la dicha pasada y creemos gozarla de nuevo, o que nos pinta como presente el blanco lejano de la esperanza; nada que embriague dulcemente el alma, que suavice el ardor de las pasiones que la dominan. El corazón se llena de tristeza, pero de aquella tristeza del misántropo, que le hace acusar al hombre; que le trae a la memoria las persecuciones de la ingratitud, las penas en que le han sumergido la calumnia y la venganza; de aquella tristeza que nos obliga a despreciar todo sentimiento de reconciliación con nuestros enemigos, y aun con la felicidad misma, si nos hubiera de costar el sacrificio de nuestros odios.

No creas, Manuel, que te pinto lo que yo sentí al recorrer esos yerros, porque sabes muy bien que los pocos amigos que tengo no me hacen echar menos los ya perdidos y los que iré perdiendo así que me sea más difícil sujetarlos. Pero al hallarme en medio de aquellos más que agrestes lugares, me puse a imaginar lo que sentiría un emigrado transandino, que huyendo de los verdugos de su patria, y considerándose ya seguro en nuestro suelo, se paraba, por primera vez, a reflexionar sobre su suerte, sobre la que correrían en ese instante su familia y aquellos de sus amigos que no había visto subir al cadalso, y sobre las irreparables desgracias del país de su cuna. Me figuré que los ecos de aquellas horrosas soledades habrían repetido muchas veces las imprecaciones de esos fugitivos desgraciados, sus horribles juramentos de venganza y la expresión ardiente de su rabia y de su despecho. El recuerdo de una esposa abandonada o el de una querida expuesta a la brutalidad de los bárbaros, no humedecería allí sus ojos. Los abismos y peñascos que en esos sitios rodean al viajero, alejan de su corazón todo sentimiento de ternura.

A los dos días y medio de marcha, llegamos a la falda de la cordillera principal, en el punto denominado Volcán, por ser la base de un cerro elevadísimo en cuya cima existe uno que tiene el nombre de San José. Estaba entonces en pequeña erupción, y desde abajo divisamos los penachitos de humo que salían por su cráter, de minuto en minuto, poco más o menos. Esto fue el 13, a las doce del día. El aire se hallaba en perfecta calma, ni una sola nube aparecía a la vista, y sentíamos bastante calor a pesar

de hallarnos entre la nieve. Divisamos unas vacas que pacían en un lugar todavía muy superior al en que nos hallábamos, y a fin de reconocerlas, por si entre ellas había algunas de las nuestras, nos pusimos a trepar el cerro, buscando lo más accesible, hasta dominar el punto en que habíamos divisado los animales, no pudiendo por las fragosidades del sitio allegarnos a ellos. Desde ahí empezamos a gritar casi todos juntos para hacer que las vacas descendiesen al fondo de la quebrada: pero uno de los vaqueros prácticos que nos acompañaban nos dijo en ese instante:

—No griten ustedes porque el cerro puede enojarse.

Consejo que por entonces creí digno de algunas explicaciones, aunque poco después vi realizados los temores del huaso. Antes de cinco minutos la calma en que nos hallábamos se transformó en un viento impetuoso que levantaba remolinos de polvo por todas partes, y cuyo frío se hacía más y más irresistible. El cerro del Volcán cubrióse de una espesa niebla hasta más de la mitad, y muy pronto tuvimos que descolgarnos por aquellos riscos, huyendo la borrasca deshecha que se nos venía encima. No necesito decirte que no sé explicarme este fenómeno verdaderamente asombroso; aunque lo he visto y contemplado con muchísima curiosidad desde que empezó a manifestarse.

No hay en la cordillera gran vegetación, quiero decir, bosques ni aun de arbustos; pero luego que, por los calores del verano, desaparece la nieve, se cubre de pastos abundantes; y puede entonces recibir animales hasta que se acerca de nuevo el tiempo del frío. Las quebradas y pequeñas llanuras forman otros tantos potreros que llevan diversos nombres; y casi todos están tan bien cerrados naturalmente, que la comunicación de unos con otros es muy difícil; y quizá el instinto mismo de los animales, tan superior para descubrir salidas de sus encierros, no es suficiente a encontrarlas en esos lugares. He visto potreros con más pasto verde en abril que los llanos más feraces en primavera, y engordan en ellos tanto las vacas como en los famosos de las cercanías de Santiago.

Hay también algunas minas de plata y de cobre, que se están trabajando, aunque no sé decirte si con provecho o sólo con

esperanzas. Entre los empresarios se cuenta un hombre que parece hallarse enlazado con la desgracia, y que, desde mucho tiempo ha, es el blanco de los tiros del infortunio. A sus canas han sobrevenido las especulaciones frustradas; a éstas la muerte de sus hijos; a la muerte de sus hijos el *broceo* de sus minas; al *broceo* de sus minas, el incendio de su casa, y al incendio de su casa la prisión de los hijos que le quedan vivos, por acriminaciones políticas. ¡Bien venido seas mal si vienes solo! El hombre que resiste a tantos golpes, ¿no es tan imponente y respetable como las moles de granito de las cordilleras que he recorrido? ¿No es el digno barómetro en que deben conocer los grados de su desgracia los que tanto lloran y se lastiman por un tropezón que dan en la carrera de la vida?

He visto, en fin, mi querido Manuel, lo que sólo deseaba ver, porque no lo conocía, y lo que ahora quisiera que tú vieses, porque merece ser visto. Cascadas elevadísimas; cerros cortados por la corriente continua de las aguas, quién sabe durante cuántos siglos; el inmenso Maipo, que fertiliza tantas tierras y se derrama por tantas partes, pasando por entre dos peñascos que apenas le permiten un paso tan angosto que puede salvarse de un brinco; ríos que nacen de repente del pie de una montaña y se pierden en los abismos que cubre la base de otra; cerros desquiciados y desprendidos a impulsos de alguna fuerza superior aun a los cálculos de la imaginación del hombre, y todo esto sembrado en la gran extensión que alcanza a abrazar la vista. Acostumbrado a sólo conocer la naturaleza en sus vulgares funciones, si pueden llamarse así, de producir, descansar y volver a producir; a sólo ver bosques, llanos, mansos ríos, colinas poco elevadas, donde se halla trazado un orden inalterable y monótono, se abisma uno al encontrarse rodeado de toda la majestad imponente de la creación; al hallarse en un teatro que la naturaleza parece haber querido adornar con sus propias ruinas, como pruebas sorprendentes del inmensurable poder con que sabe obrar sus revoluciones y trastornos.

Al dejar esos sitios, ¡cuán nobles y elevadas ideas nos acompañan! ¡Qué mezquino nos parece lo que volvemos a ver! Tengo

un sentimiento profundo de no saber expresarte como yo quisiera lo que he sentido, lo que he gozado, y cuanto me decía el alma en los momentos en que, con tanto placer, me ponía allí a interrogarla.

El Mercurio,
16 de mayo de 1841.

COSAS NOTABLES

¿Qué país no tiene sus curiosas particularidades? Id a la provincia de Concepción, y encontraréis el paraíso perdido, la naturaleza ataviada de sus más espléndidas galas, la creación en los primeros días de su virginidad. En aquel jardín de Chile veréis el suelo más bello y pintoresco; probaréis las dulzuras de la vida campestre y la grata soledad de esos bosques donde el poeta sueña un porvenir fantástico de felicidad. Allí están los campos de Chillán y del Roble, los altos del Quilo y de Curapalíhue, Talcahuano, Gavilán y otros mil lugares de gloriosos recuerdos, regados con la sangre de nuestros libertadores y en los cuales empezó a brillar la estrella de las armas de la República.

Pasad al norte del Itata, y entraréis en otro territorio cuyas vastas llanuras están cortadas por dos órdenes de ríos de corrientes opuestas: el Perquilauquén, el Longaví, el Achihuenú que bajan de los Andes; el Purapel, el Tutuvén y el Cauquenes que, teniendo un nacimiento opuesto, corren hacia el oriente hasta encontrarse con los otros para dirigirse juntos al norte y vaciarse en el Maule.

Llegad a Talca. Talca tiene la torrecilla más garbosa de Chile. Os servirán en la mesa el pejerrey del Río Claro para no gustar quizá otra cosa mejor en vuestros días. Conoceréis una sociedad tan entusiasta por sus progresos, tan ardiente en sus deseos de adelantar, que no quiere demorarse en aprender, y sólo se revela por imitar. Este es el pueblo de las mujeres de los ojos lindos. Allí cerca está Cancha Rayada, campo de tres batallas sangrientas, consagrado ahora a la cosecha del trigo, de la *chala* y a la crianza de ganados.

Al norte de Lontué se extiende nuestra provincia cosaca, la huasa Colchagua, y su capital andrajosa San Fernando. ¿Qué cosa más notable que los enormes sombreros de sus campesinos, los Cerrillos de Teno y el Monte de los Barriales, guaridas, en otros tiempos, de salteadores? ¿Dónde habrá señores más orgullosos que aquellos hacendados? ¿Qué hombres más esclavos, y qué esclavos más estúpidos que sus inquilinos? Pero hay en Colchagua un rinconcito precioso, un rinconcito deleitable, la

...*campiña hermosa*
*Del Olivar ameno...*¹

Vadead el Cachapoal; la plaza de Rancagua os recibe. ¡Plaza de Héroes en 1814! Al doblar cada esquina de sus calles veréis el nombre de algún mártir de la libertad: Calle de Campos, calle de Cuevas, calle de Gamero, calle del Estado. El Estado fue en Rancagua el primero de los mártires; pero más felices que él, no resucitaron sus compañeros para sufrir nuevos martirios después.

Sigamos al norte. La Capital, la Corte, las Cámaras, la Aristocracia, los Mayorazgos, el Cuartel general, el Estado Mayor, los Empleados, los agregados a Plaza, los Canónigos, los Padres Provinciales, los Economistas, los Literatos, los Abogados, los Frailes, los Románticos, los Pipiolos y un océano de morralla que no se toma en cuenta sino cuando se levanta el censo de la población, cuando se quiere echar abajo un gobierno o cuando se subastan las calificaciones electorales.

Viene Aconcagua, el *refugium peccatorum*, el puerto de salvación para los naufragos trasandinos. Al entrar en aquel valle enriquecido por el arte y la naturaleza, los guerreros del Plata arrojan la lanza ensangrentada y pulsan el laúd para dirigir a la patria ausente esas melancólicas endechas, cuya gracia y expresión inimitables sólo pueden encontrarse en aquella nación de trovadores.

La Serena con su casa de moneda, su colegio, su biblioteca y su imprenta, se asemeja mucho a una viuda cuyas pingües ha-

¹ Versos de Andrés Bello. N. del R.

ciendas se han ido destruyendo poco a poco desde que murió el hábil administrador que las cultivaba.

Llego de una vez a mi pueblo, a este Copiapó querido que también tiene sus curiosidades de no pequeña importancia; y quiero publicarlas en obsequio de los *aficionados*.

Aún existe, como si recientemente le hubieran fabricado, el camino por el cual vinieron los pueblos del Perú, al través del desierto y de los Andes, a conquistar las tribus salvajes y vagabundas de nuestros valles. La tradición le ha conservado hasta hoy el nombre de camino del Inca. Las piedras que le forman y señalan no aparecen removidas en ninguna parte; y es seguro que durante muchos siglos permanecerá todavía intacto este monumento indiano, esta obra gigante de un pueblo animoso, valiente, emprendedor, de un pueblo orgulloso de su poder y de su origen; humillado después, mutilado y envilecido por los conquistadores, predicadores, libertadores, protectores, regeneradores, cooperadores y restauradores que sucesivamente se han encargado de su tutela.

Andando algunas leguas al norte de este valle, después de traspasar las serranías de Chancoquín, se encuentra el antiguo mineral de oro de Cachiyuyo y las ruinas de una población, al parecer numerosa, que rodean los escombros de su capilla. Pero está todavía en pie, y estará hasta la consumación de los siglos, su famoso campanario, formado de dos enormes peñascos que, al golpearlos con otras piedras de ligero tamaño, producen un sonido sordo y lúgubre, capaz de oírse a más de dos leguas a la redonda.

En la hacienda de Ramadilla podéis asilaros en verano bajo un asombroso algarrobo de tan manifiesta antigüedad, que quizás os recostáis en el mismo sitio donde, más de tres siglos ha, celebraron los indígenas sus consejos de guerra y resolvieron el degüello de los soldados españoles que recientemente se habían aparecido entre ellos con el sospechoso objeto de ofrecerles su amistad. Ha sido tasada la madera de este árbol en mil pesos, puede cubrir con su sombra un batallón entero, y a pesar de su ancian-

nidad se conserva tan vivo y tan verde como el joven roble que acaricia con sus ramas las corrientes del Maule o del Biobío.

Id de paseo al puerto de Copiapó, en uno de estos días del mes de agosto, y veréis allí venderse en el mismo punto el mosto de Penco y el aguardiente de Pisco, la chicha de Valdivia y el turrón cuyano, las pasas del Huasco y las lúcumas de Coquimbo, las papas de Chiloé y los dátiles de Guayaquil, los quesos de Chanco y los cocos de Panamá, las naranjas de Quillota y las piñas y chirimoyas del Ecuador, las gallinas y pavos de Valparaíso y el congrio seco de Paposo, los camotes y los plátanos traídos de la costa abajo y las cebollas y zapallos traídos de la costa arriba. Veréis sostenerse una población donde el agua salobre se compra por más de la mitad de lo que cuesta la chicha baya en Santiago, donde importa ocho reales una gallina, cuatro un repollo y seis u ocho un quintal de leña; donde los fondistas os cargarán en cuenta un tanto hasta por las pulgadas de aire que respiráis cada minuto.

En Copiapó escribió un célebre poeta argentino la mayor parte de sus fábulas y poesías sueltas que, impresas en dos tomos, circulan por el mundo literario. Aunque es ajeno el mérito de la nacionalidad del vate, Copiapó siempre reclamará la gloria de haberle trazado, bajo su hermoso cielo, algunos de los más brillantes rasgos que descuellan en la literatura argentina; en esta literatura tan feliz bajo las inspiraciones del patriotismo, como precoz y susceptible al proclamar la emancipación intelectual, al librarse al vuelo desembarazado del genio².

Pero entre estas y otras curiosidades de mi tierra, ninguna es más importante que la existencia de un pueblecito en que más de mil hombres viven sin cargar la cruz, quiero decir, sin mujeres. Gracias a Dios, tenemos resuelto el problema: puede vivirse sin estos amables tormentos, sin sentir el amargo hechizo de sus miradas, comprobante de no ser del todo fabulosas las del basilisco, sin ver sus voluptuosos talles, sin que el alma se envenene al

² Gabriel Alejandro Real de Azúa (1803-1879), nacido efectivamente en la Argentina pero avecindado en Chile hasta su fallecimiento. N. del R.

contemplarlos, sin amar, en fin, que es la verdadera dicha suprema.

Convencidos, pues, mis paisanos de que por punto general no hay mujer buena bajo del sol; de ser ellas las que corrompen a los pobres hombres; de que si éstos roban, beben y enamoran es porque las susodichas mujeres les obligan a que roben, beban y, por supuesto, enamoren; plenamente satisfechos de que los machos solteros son de mejor conducta que los padres de familia, y considerando convicto al sexo femenino de ser la causa de los desórdenes de nuestro rico mineral, consiguieron que la policía lo limpiase de mujeres; y, en efecto, así se verificó para honra y gloria de Dios, como no me sería difícil probarlo. Dichos los adioses y dados los abrazos entre las esposas o amantes que se iban y los inocentes *cangalleros* que se quedaban, aquello mudó de aspecto. Ya no se roba metales como antes, sino como ahora, que es más que ayer y menos que mañana. No se roba para darle a una buena moza, sino para comprar aguardiente a los contrabandistas o para tapar con oro la traidora sota. Si una mina está rica, su dueño tiene que sostener en la faena un piquete de fuerza armada para espantar los ladrones que hormiguan como los pájaros en una viña que se ha atrasado en la cosecha. Todo se remedió con expulsar a las mujeres de Chañarcillo y con declararlas allí un artículo de contrabando.

Por lo demás, aquello es un portento social. Hombres bañando, hombres lavando, hombres espumando la olla, hombres haciendo la cama, hombres friendo empanadas, hombres bailando con hombres, hombres cantando la *extranjera* y hombres por todo: es una colonia de maricones, un cuerpo sin alma, un monstruo cuya vista rechaza y que no es la cosa menos notable de nuestro Chile.

El Semanario,

8 de septiembre de 1842.

UN VIAJECITO POR MAR

No ha muchos años que hacer un viaje era lo mismo que resolverse a un sacrificio y arrostrar con valor peligros inminentes. Diez días de marcha o de navegación eran todo un trabajo concluido, formaban una época, y época fecunda en recuerdos para todo el resto de la vida. En las veladas del invierno las gentes escuchaban atónitas lo que alguno les decía haber visto en la Quebrada del Negro, yendo para Santiago, o al surcar las olas en el barco inglés que le llevara a Valparaíso. ¡Oh! Haber navegado en barco inglés era propio de ciertas almas atrevidas, tildadas en secreto por el vulgo de no andar muy a derechas con el santo temor de Dios y las creencias de la Iglesia.

Mucho antes de la partida oíanse ya los suspiros de la inmediata ausencia. Los ojos de la madre, de la hermana o de la esposa se llenaban de lágrimas al encontrar las miradas del que iba a verse entre extraños, a experimentar voluntades y a recorrer otras tierras. El viajero, para distraerlas, esforzábbase en aparentar alegría, sobreponerse al temor de los futuros riesgos, y arreglando sus armas y equipaje prometía mil cosas para su vuelta, aunque siempre había un *si Dios me trae con salud* por condición expresa de sus propósitos y proyectos.

Bien podía llamarse hora de desesperación la hora de la despedida. El hijo recibía arrodillado la bendición de sus padres, ceremonia patriarcal que el pobre niño no recordaba por mucho tiempo sin lloros y suspiros. El marido, abandonado entonces por su valor, sollozaba más que la esposa; los chicos se le colgaban al cuello; los criados se deshacían en llanto; toda la vecindad acudía a enternecerse con tan dolorosos adioses, y hasta el mastín

casero aullaba desesperado por no poder, rompiendo su tramojo, seguir la suerte del amo que veía montar a caballo y despedirse. Las plegarias de la familia seguían fervorosas y continuas por la vida y salud del caminante: la madre de Dios oía a toda hora la *Salve, esperanza nuestra* implorando su protección a favor de aquel que hallándose lejos del hogar doméstico, debían andar rodeado de todos los peligros de la vida y de todos los amagos de la muerte.

En el día ¡qué diferencia! Un viaje es un paseo, una recreación, una tertulia. Todos viajan: éste por negocio, aquél por gusto, varios por no estar de balde en un punto, muchos por remedio, e infinitos porque los parieron en el Perú, Bolivia o el Plata. No hay especulación que no demande la necesidad de correr de pueblo en pueblo y de mercado en mercado, de tomar pasaje en los vapores y de hacer volar carruajes y caballerías. En quince días parte y vuelve uno a su tierra después de haber vencido centenares de leguas, visitado decenas de ciudades y conquistado innumerables relaciones; después de haber, en puntos distantes, liquidado y cancelado cuentas, hecho ventas y compras, que si no aumentan la fortuna del individuo, le pondrán en camino de una bancarrota. Tan poca cosa es hoy un viaje que se puede entablar una apelación en Copiapó, embarcarse para Valparaíso, pasar a Santiago, encargar la defensa de recurso al abogadito más en boga, lanzarle un par de *mercuriazos*¹ al juez de la causa, vender un cargamento de metales y estar de vuelta en el punto de partida antes que le acusen una sola rebeldía en los otros pleitos que se le quedaron pendientes.

Es verdad que los vapores nos han metido en una actividad tan repentina como estrepitosa. Es moda visitarlos en su tránsito por nuestros puertos, y causa vergüenza tener que confesar que no se ha dado una vueltecita en ellos. Matrimonios ha habido en cuyas capitulaciones entró la de que la novia haría *in continenti* un viaje por vapor a Valparaíso.

¹ Alusión a *El Mercurio* de Valparaíso, diario en el cual *Jotabeche* publicó este artículo, por el uso de publicar allí remitidos sobre causas pendientes. N. del R.

Al aproximarse los días de arribada de estos buques, viniendo del Perú, es de admirar el alboroto en que nos envolvemos. Amigos y familias enteras piden órdenes para tal o cual parte, las oficinas califican cargos, los negociantes harían pacto con el diablo por un libramiento contra don Diego Duncan, cobran sin consideración y pagan sin misericordia; los litigantes solicitan decretos de arraigo; los marcos de piña pasan de mano en mano como la llave en el amable juego de este nombre; los birlochos ruedan en todas direcciones; los arrieros levantan equipajes; los hornos de fundir plata ahogan calles y habitaciones con su hedionda y venenosa humareda; la policía los deja humear, porque todo lo mira con el ojo filósofo del inseparable compañero de Sancho Panza; las niñas encargan al amigo que se despide, papas y semillas de flores, y cada cual, en fin, alista su correspondencia y encomiendas para remitirlas a sus rótulos *por favor de don Fulano*, que bien a su pesar tiene que convertirse en correo y contrabandista a trueque de que sus amigos ahorren un par de reales.

Tal era el cuadro que ofrecía este mi pueblo no ha muchos días; y en uno de ellos amanecí con el capricho de hacer por mar un viajecito. Sin detenerme a pensarlo acomodé mi maleta, pedí pasaporte a la policía, que me lo extendió de mil amores, como quien ve tomar el sombrero a un huésped importuno, y no contando ya con más embarazos para mi marcha que los que podía oponerle una que otra desgobernada puente, salí de Copiapó por el barrio de la Chimba a horas en que sus moradores reparaban en el sueño sus fuerzas agotadas por la epidémica *resbalosa*.

Antes de sufrir los abrasadores rayos del sol, las brisas del océano empezaron a silbar suavemente en mis oídos. El puerto se me descubrió poco después con cuatro buquecitos, a cuya popa jugueteaba el tricolor de la buena estrella, y más afuera una enorme fragata sueca de pabellón amarillento, desplegaba sus trapos para no volver a aferrarlos sino en las costas lejanas y borrascosas de la Noruega. Un buque que zarpa de una bahía y se lanza en la inmensidad de los mares, es el hombre que nace al mundo, que se engolfa en las tempestades de la vida, y que orzando aquí, virando o bordeando más allá, siempre entre bancos y escollos,

siempre impulsado y batido por las propias o ajenas pasiones, dobla al fin, en más o menos tiempo, al cabo del Sepulcro. ¡Qué habrá a la vuelta de tan misteriosa esquina! Gruesas tinieblas puso en este punto la mano del Hacedor; tinieblas que traspasadas quizá por la imaginación de los hombres privilegiados hasta vislumbrar el paraíso que nos ocultan, arriman entonces la mecha a la santabárbara para volar a la mansión de paz que entrevieron en sus sueños.

¡Larra, español ilustre; un atolondrado que escribe en mi patria, y cuyas producciones y *zamoraidas* meten el mismo ruido que los cascabeles de un farsante en exhibición pública, ha hecho de tu último pensamiento una burla impía! Empero sólo él ultraja en Chile tu memoria. Yo respeto el fin de tus días como las inspiraciones del genio divino que los animara, y creo que no se habrá aniquilado y perdido esa chispa brillante que, al nacer tú, arrojó la luz de los cielos entre los humanos.

Mis lectores, si los tengo, me perdonarán esta paradilla y cuantas más hiciera en el viaje.

Pocas horas después de mi llegada al puerto, divisóse muy a lo lejos un cuerpo flotante, arrojando de sí un penacho de humo pardusco a manera de una isla volcánica recién abortada por las olas. Era el vapor *Perú*, uno de los dos infatigables alborotadores de nuestras costas, y a los cuales deben éstas casi toda la animación y vida que de poco acá han desplegado. Antes de ahora tuve ocasión de bosquejar la baraúnda que la visita de algunos de estos buques produce en nuestros pequeños puertos². El momento de embarcarse nunca se acerca sin que el corazón lata con violencia: es una novedad de que no se goza sin experimentar cierto embarazo, cierta lucha de impresiones y de sentimientos que por instantes se posesionan del alma.

Cuando el vapor fondeó, todo lo teníamos listo en la playa para meternos a bordo. Dos horas después los marinos volvían a levantar el ancla mandando sus adioses a la tierra en cantos tan

² Véase en esta misma recopilación *El puerto de Copiapó*, que había sido publicado en *El Mercurio* el 8 de abril de 1842. N. del R.

monótonos y tristes como el graznido de las aves que anuncian las tormentas. La orilla empezó a huir de nosotros: la orilla sobre cuyos empinados peñascos nuestros amigos batían sus pañuelos en el aire, ciertos de ser vistos desde la cubierta del bergantín que a palo seco rompía el viento y las aguas con la violencia de un carro llevado por potros enfurecidos.

El mareo comenzó muy pronto a ahogar en los recién embarcados la ligera tristeza que sigue a toda despedida. Aquellos semblantes que poco antes ostentaban el vigor de la existencia, cubríanse por grados de la palidez de la muerte. Ensimismados a popa, ya no dirigían a la tierra que se alejaba esas miradas llenas de poética melancolía: sus ojos mediodormidos parecen no fijarse en cuanto les rodea sino con una moribunda indiferencia. Entretanto el buque trepa mar afuera sobre las olas; y al descender de ellas con toda la fuerza de su gravedad, los mareados se sienten suspender de los cabellos, el estómago se subleva, y en alguna de tan extrañas convulsiones arrojan la carga al agua, semejante a la nave que aligera su peso en la borrasca.

La noche llega, y el puente del vapor casi está desierto. Una que otra pareja de amigos se pasea todavía al aire libre; pero son ingleses, y sus borbotones de habla vienen a mis oídos ni más ni menos que el ruido de la maquinaria que nos arrastra sobre la superficie del océano.

Dos franceses se han quedado también arriba capeando *bras dessus, bras dessous*, los balances del bergantín; y mientras el uno debate sobre la cuestión de la regencia, el otro maldice *l'abominable Bordeaux* de la comida que le ha *abismado* el estómago.

En un salón confortable y alegremente iluminado, se sirve a esta hora un té cuya aspereza no alcanzaría a neutralizar toda la dulzura atribuida al primer beso de amor por el más inflamado de los poetas. Aquí es el punto general de reunión para pasar la noche en la vivaz timbirimba, el cachaciento ajedrez, la lectura de los diarios, los buenos tragos, las esperanzas del Almendral y los recuerdos de Lima. Entonces la cámara se asemeja mucho a un concurrido café, con la diferencia que a bordo no hay la humareda del tabaco, pero sí cierto gasecillo de carbón de piedra que de-

masiadamente la reemplaza. El murmullo de la tertulia no es interrumpido sino por las estrepitosas arcadas que de vez en cuando se dejan oír en los camarotes, sin que los doloridos ayes, que las preceden o las siguen, hagan más impresión en los compañeros de viaje que los quejidos de una enfermería en el alma de un farmacéutico, o el histérico de la mujer en la del marido descorazonado, que no ve más que una maula en este *non plus* del sentimiento.

Antes faltaría un literato *ultramontano* en las polémicas y escándalos de nuestra prensa, que un desterrado o proscrito americano a bordo del vapor. No ha mucho se dijo aquí que el *Chile* había pasado con *cien mil peruanos naturales de El Cuzco* embarcados en El Callao para Valparaíso bajo partida de registro por uno de los insaciables patriotas de aquella república. La vez que yo navegaba venían al destierro varios personajes bolivianos, en cuya fisonomía se veía más bien la interesante humildad de los súbditos de los antiguos Incas, que la altivez republicana de los hijos del gran Bolívar. Hay entre los individuos de esta nación tal aire de familia, que no parece sino que todos ellos fuesen unos de otros parientes muy inmediatos.

A las once de la noche ya no quedaban en la cámara sino dos alemanes concluyendo una partida de ajedrez; pero por haberse quedado dormido el uno mientras el otro meditaba nacionalmente un ataque decisivo, se suspendieron las hostilidades murmurando ambos probablemente algunos reniegos y quizás las buenas noches. Envuelto entonces en mi capa, recostéme sobre uno de los sofás de popa, no queriendo encajonarme en aquellas camas ni respirar la atmósfera biliosa de los estrechos camarotes. El sueño cortó mis meditaciones, y a su vez mi sueño fue violentamente sacudido por un cañonazo que a las tres de la mañana tiró el vapor al fondear en el puerto de Huasco.

Mi navegación tocó a su término. ¡Adiós, lindo barco, díjele al bajar su escala: que las aguas del Pacífico te sean siempre tan amigas como los brazos que hoy esperan en tierra a *Jotabeche!*

El Mercurio,

13 de marzo de 1843.

EXTRACTOS DE MI DIARIO

Hablando con perdón de mi especie, de las máquinas locomotivas ninguna como el hombre. Dígolo por mí, que con sólo algunas onzas de impulsión he corrido, por muchos días, a la par de otra máquina movida por la fuerza de ciento y más caballos, su mayordomo y subalternos inclusive.

De vuelta ya en la villa de San Francisco de la Selva¹ y más propiamente de las llagas, después de un sueño agradable que es a lo que se redujo mi viaje, publico los siguientes extractos de mi diario, trabajo que desde luego quiero dedicar a quien quiera perder su tiempo dedicándolo a tan pobre lectura. Vaya este cumplimento según el plan de aquel otro: *memorias a cuantos le pregunten por mí.*

JULIO 4

¡Preciosa vista...! Al doblar la punta de Teatinos se nos ofrece en toda su vasta extensión la bahía de Coquimbo, su playa circular, las vegas, cuyos totorales semejan a la distancia sembradas de trigo, y las lomas y alturas superiores que sirven de fondo a este bello paisaje. A las faldas de las primeras se divisa La Serena. Las torres y fachadas reflejan entonces los últimos rayos del sol que se ponía, resaltando el brillo de su blancura en las sombras que percibíamos de sus arboledas de lúcumos, naranjos y

¹ Nombre antiguo de Copiapó, en desuso ya en los días de *Jota-beche*.— N. del R.

chirimoyos. Varios humitos que la calma de la tarde dejaba elevarse formando delgadas columnas, aparecían diseminados en la campiña para animar más todavía la encantada escena que tenía- mos delante.

Dejábamos atrás las áridas costas de Copiapó y el Huasco, los desnudos islotes de Choros, Chañaral y Pájaros; habíamos recorrido toda esa región de Chile en que es más fácil encontrar un venero metálico que una flor o una gota de agua: ahora los cerros y los llanos veíanse cubiertos de verduras; y campos con esta gala siempre admiran al navegante que se aproxima a la costa, mucho más sí, como yo, ha partido de otra en que el hombre es lo único en la naturaleza que vegeta. Porque si fuese cierto que la libertad es un árbol, preciso sería desesperar de verle florecer y reproducirse bajo el cielo de mi tierra... Pero no, la libertad no es un árbol; la libertad, suponiendo que algo quiera decir esta palabra, es un mineral como cualquiera otro; siempre en *broceo* para todos; algunas veces rico para cuatro o cinco, que todavía tienen que partir lo que sacan con un enjambre de cangalleros.

La vista de tan pintoresca costa, si a todos los pasajeros divertía agradablemente, a mí me arrojó en uno de esos éxtasis cuya melancolía deliciosa pagarían a peso de oro los poetas de esta época. La linda ciudad que divisábamos es la patria de mis primeros años, la patria de los amigos y protectores de mi niñez: allí cumplí mis quince años, que se pasaron dejando para todo el resto de mi vida los recuerdos de una fiesta: esa edad a la que el hombre llega sin otra ambición que la de los triunfos de la escuela, sin más amor que el de los padres, sin que le haya aun regañado la mujer, querido de todos y sin aborrecer a nadie. ¡Feliz mil veces quien no aborrece a nadie! porque ni le habrán calumniado, ni puesto en ridículo, ni roto la cabeza, ni le habrán hecho, en fin, mal de ninguna especie; lo cual constituye esencialmente la felicidad posible de este mundo de pecadores.

Estas mis antiguas relaciones con La Serena me hacían desear ardientemente volver a recorrer sus calles; y en efecto, sabiendo que el vapor no volvería a seguir viaje hasta la medianoche, determinamos varios amigos bajar a tierra. Al desembarcar

vimos el muelle concurrido de muchas señoritas en cuyo examen no nos permitían detenernos el chalupero que nos cobraba su flete, el otro que nos ofrecía un buen coche para ir a la ciudad, y muchos a la vez, *caballos ensillados, gordos, de paso, de buena rienda, de un galope que da gusto*, y de otras muchas excelentes cualidades, dichas con tal aire de verdad y tal fineza, que desde luego creí nos recitaba el ofrecimiento de sus servicios profesionales algún dentista, peluquero, horticultor o modisto francés, al último gusto de París.

Pocos minutos después, cuatro de nosotros corríamos a reventa cinchas en un suavisimo coche-diligencia por la playa que conduce a la ciudad; dos de mis compañeros ejecutando la bien conocida canción *Arrojado de climas remotos*, atributo por otra parte peculiar de toda nuestra música nacional, y yo haciendo notar al otro el progreso que en punto a rodados había hecho la capital de mi provincia. Quince años ha, poco más o menos, que cuando corría un birlocho por las calles de La Serena, salían todos los vecinos a sus puertas a admirarle; entonces no se conocían allí otros carruajes ligeros que la carretilla de D. Manuel el inglés² y la enorme calesa de nuestro amo. En el día cuatro coches-diligencias corren sin parar entre esta población y su puerto. Dígase ahora que no progresamos en el norte. Cuánto más civilizado y de buen tono es romperse una pierna por volcar el coche que por corcovear el caballo.

Era ya bien de noche cuando penetramos en la plaza principal de La Serena, recinto a la verdad bastante obscuro y solitario, cubierto con los escombros de la antigua iglesia matriz y con los materiales para levantar, si Dios quiere, la nueva catedral.

De aquí echéme a andar guiado por mis recuerdos, que puedo decir se ponían en más y más fermentación a cada instante. Aquí desconozco una casa, más allá me desconoce el dueño de otra, mientras yo le abrazo como un loco. Esta calle me

²No se llamaba Manuel sino Samuel y no era inglés sino norteamericano el personaje a quien llamaban popularmente los serenenses como recuerda el autor. Se trata de Samuel Averell, ebanista y constructor, famoso en La Serena por su espíritu progresista.— N. del R.

parece nueva; métome y a los pocos pasos me sorprende engañado por la memoria: pregunto en una tienda por la familia que antes vivía ahí cerca, y es un amigo, un condiscípulo, el comerciante que me recibe. Sigo adelante; una iglesia hay al frente: ¡San Agustín! y a su lado la recova; la he reconocido sin titubear; se halla a medio concluir como la dejé hace catorce años, ni un adobe más ni un miasma menos. ¡Qué cosa tan estable! Lo mismo sucede con el panteón de Copiapó: lo mismo sucedió con un intendente de Maule.

En seguida dirigí mis pasos a mi colegio, y un largo rato vagué por entre los sauces que ahora tiene al frente. Mi alma gozaba de un modo indefinible, imaginándose que habían vuelto aquellos días en que todo es un juguete para nosotros, al revés de éstos en que somos nosotros juguetes de cuanto nos rodea. ¡Que Dios te bendiga, edificio para mí sagrado, como bendice la cuna de los justos, como bendice los templos donde santificamos su nombre!

Muchos años transcurrirán sin que se borre de la memoria esa hora de mi vida en que, poseído de tan bellas impresiones, corrí por las calles de este pueblo querido. ¡Cuánto más vale una hora de esta existencia que la mitad de la que hasta aquí llevo vencida y soportada!

A las once de la noche me reuní con mis compañeros en el punto convenido, y emprendimos nuestra vuelta al puerto, después de echar *el del estribo* y otros varios, en casa de un amigo cuyo obsequioso hospedaje se ha hecho famoso en los pueblos donde ha residido.

Adiós, Serena. No he visto tus buenas mozas, y me alegro. Las buenas mozas son como los malos pasos, que a todos hacen parar en la carrera.

JULIO 6

Al amanecer, ¡los cerros de Valparaíso a proa! El frío era insoportable en cubierta; pero ¡cómo dejar de seguir en todos sus aspectos sucesivos la hermosa vista que iba a desplegarse a nuestros ojos!

Ahí está el faro: la luz del faro es la única de las luces que manifiesta apreciar un valiente marino. Ni la luz del sol le importa una ventolina, porque en no ver el sol cifra todo el bienestar de su existencia.

El telégrafo, el alto del puerto y sus molinos de viento, los tortuosos caminos que van a Santiago y a Quillota, un bosque de mástiles, y en este enmarañamiento flameando las más orgullosas banderas de la tierra; buques extendiendo sus velas para enmarcarse a manera del pájaro que prepara su vuelo; los barrios del Arrayán con sus casas tan apiñadas como los números en las tablas de logaritmos; todas esas quebradas y desfiladeros en que el hombre ha pegado su habitación como el marisco su concha, cuando, en siglos pasados, estaban bañados por el mar; las elegantes torrecillas que coronan la Planchada y el Almendral y otros nuevos gigantescos objetos vanse descubriendo al acercarse por mar a esta brillante población, que el tiempo simbolizará en la estrella blanca de nuestra bandera.

Nuestra entrada a Valparaíso me parecía una fiesta. Mientras a bordo permanecíamos embebidos en contemplar la más soberbia perspectiva que se haya desarrollado nunca a mi vista, el vapor bogaba ya en las aguas del surgidero, donde a las ocho y media de la mañana varamos sin novedad como todo el mundo sabe, menos el capitán Holloway, que no acierta a explicar por qué, tan desusadamente y en plena paz, intentó irse al abordaje sobre el castillo de San Antonio. Dios le perdone, y de capitanes como él salve la decencia del Pacífico, esos pobres vapores con más porrazos y remiendos en tres años, que interpretaciones ha sufrido nuestra ley fundamental en diez.

Pero ello es que los vapores van escapando, que nuestra ley fundamental sufre sin chistar las interpretaciones como si le pagaran un sueldo y que yo pisé la tierra de Valparaíso, o más bien el barro de Valparaíso; el cual barro túvelo desde luego por una consecuencia de haber llovido, y no por una consecuencia de haber autoridades, según graves periodistas se empeñan en probarlo todos los inviernos.

Vamos adelante. Pero, ¿quién diablos puede ir adelante en este Valparaíso? ¿Adónde irá que no estorbe? ¿Adónde irá un pobre provinciano acostumbrado a marchar por las calles de su tierra sin que ningún cargador amenace aplastarle con un fardo, sin tener que cederle el paso a un carretón, sin que le empuje un gringo, le repela otro gringo, le codee un tercero, se le venga encima un cuarto y le atropellen un quinto y un sexto?

—¡Cuidado señor! aquí, ¡cuidado señor! más allá, ¡cuidado señor! por delante, ¡cuidado señor! por detrás, ¡a un lado! y le dan a Ud. un empellón; ¡quitarse del camino! y por lo pronto le quitan a uno el sombrero, que rueda por otro camino donde acertaban a pasar las patas de un caballo o la rueda de un ómnibus. No alcanza el tiempo para ser bien criado, todos quieren pasar adelante; todos corren, todos se precipitan, todos reniegan; nadie está parado, nadie piensa en nadie; cada cual piensa en sí mismo, en su negocio, en volar con sus papeles a la aduana, al correo, al resguardo, al muelle, a bordo, a la bolsa, a la ceca y la meca. Y el centro de este hormiguero, el foco de esta loca actividad es una estrecha plazuela, el único punto quizás de Valparaíso donde puede pararse un recién llegado entre los fardos, cajones, barricas y equipajes que lo cubren.

Nada hay que hacer ahí si no se vende o se compra, para tratar con gente es preciso contratar algo. Si se quiere andar por las calles, pobre del que emplee sus ojos en otra cosa que en mirar por donde va, o lo que por delante le viene. No hace cuenta acompañar a nadie ni dejarse acompañar de nadie; lo único que en Valparaíso jamás anda solo es el aire respirable, siempre gira bajo la razón social de Aire, Alquitrán y Compañía. El alquitrán perseguirá en todas partes tus narices, como persigue el vigilante al roto, el roto al vigilante, el paquete las modas, las modas al bolsillo, los poetas a los rancieros y Pedancio a los poetas.

En semejante Babel el elegante es una planta exótica, el filósofo distraído un suicida, el provinciano una bola que rueda en todas direcciones y el poeta otra cualquier cosa vagando en un "desierto poblado", en un desierto sin ilusiones que le alimenten, sin bellas que le inspiren, y, lo que es peor, sin otra cruz que lo

melancolice que la imaginaria Cruz de Reyes. Yo, que por la gracia de Dios no soy más que un humilde provinciano sin nada de elegante, de filósofo, ni de poeta, aunque (la verdad sea dicha) el género romántico, después del femenino, es de todo mi gusto; yo, que nunca vi correr las gentes de mi pueblo en tan tremendo tumulto y batahola por ningún negocio de este mundo, hube de sofocarme en esa terrible plazuela; y aturdido, estropeado y oprimido por su bullidora y descortés concurrencia, me figuré que se estaba ya verificando el *rendez-vous* del valle de Josafat, reunión en que, según todas las probabilidades, vamos a estar unos sobre otros y como tres en un zapato.

Sacóme un ángel de mi aprieto, un ángel en figura de birlochero, disfraz que por lo común sólo le toma el maldito.

—¿Necesita usted un birlocho para Santiago?

—Sí, amigo mío.

Y en efecto, lo necesitaba como el ovillo de Ariadna, como una tabla el náufrago; un capitán mejor el vapor varado y un gobernador ídem, mi tierra; que si no está encallada también, harto mal hace en parecerlo, porque apenas se le nota el mecerse de una boya.

Dos horas fui espectador de la agitación mercantil de Valparaíso, al cabo de las cuales me *embirloché* y partí hacia el Almendral, barrio inmenso de aquella población; pero no tan diabólicamente montado a la europea como la Planchada de donde salía. Es fácil notar aquí que todos andan en su negocio con más calma que en el puerto, sin ese anhelo comercial que raya en frenesí y que prueba que el lucrar es una pasión tan violenta como cualquiera otra. En el Almendral vi bellísimos edificios, una alameda por ahora de lumas, y sobre todo alcancé a divisar mujeres bonitas en varios balcones y ventanas, con las que, bien se deja entender, celebrarán algunas transacciones aquellos fenicios. ¡Por el caduceo de *Mercurio* que si estos hombres andan tan de prisa en materias de amor como en correr pólizas y formar facturas, se llevarán por delante a todas las Amazonas y al mismo Satanás, en una conquista!

Satisfecho de haber vivido un día que no espero tenerle más agitado en una batalla con su respectiva derrota, me alojé a las 7 de la noche en Casablanca, islote bien conocido de ese lago de lodo que hay que surcar entre el portezuelo de Ovalle y la cuesta de Zapata.

“¡Dentro de 24 horas —me decía entonces estregándome las manos— estoy en Santiago!”

¡Y este porvenir de deliciosa embriaguez se voló...! Hoy me pregunto: “¿Volverá?” La duda induciría al suicidio.

El Mercurio,

27 de agosto de 1843.

SUPLEMENTO A LOS EXTRACTOS DE MI DIARIO

Siempre pierde algo el hijo de las provincias que llega a Santiago, y no cuento entre sus pérdidas la del pañuelo colorado que le ratean del bolsillo el primer día que da una vueltecita por la plaza. Si va a solicitar algún empleo, muy pronto pierde la paciencia y la esperanza; si a quejarse contra el militar que gobierna su departamento, pierde el viaje; si a pelear, pierde el pleito o su equivalente en moneda usual y sonante; si a acercarse, muy viejo ha de ser para que no pierda el sonsonete de su provincia; si a divertirse, pierde la gana de volverse; si a calaverear, pierde la salud; y si le han llamado de diputado, pierde la vergüenza para hablar en unos casos, y el uso de la palabra en otros. Yo llegué a Santiago y al instante perdí el hilo de mi diario; aunque gracias a Dios, no perdí cinco minutos de mi tiempo.

Poned a la vista de un niño todos los juguetes que cautivan su atención, todas las golosinas que irritan su voraz apetito; entregádselas a su disposición, y le veréis aturdirse, vacilar, no determinarse a emprender el estrago, no saber qué punto elegir para empezarlo. No de otro modo el escritor de costumbres, como han dado en llamarme mis buenos amigos, se pasma y enmudece encontrándose de repente en la ruidosa capital de la república, en medio de esa sociedad brillante que con tanta razón aspira al título de alumna muy distinguida de la de París o de Londres; al ver tantos objetos y cuadros de los cuales uno solo puede dar motivo a diez artículos, y sabiendo cada día, cada ho-

ra, nuevas ocurrencias no menos adecuadas para este género de composiciones. ¡Oh! Santiago es un fondo inagotable, un pozo de oro para el escritor sastre. Allí hay modas, hay tertulias, desafíos, teatros, diarios y cafés: allí hay poetas, hay originales, hay elegantes, hay lindas coquetas a cuyo lado si no se conquista un corazón, se conquistan pensamientos y gratas inspiraciones. Las lindas coquetas son las musas que se permite invocar la moderna escuela, y en Santiago se pueden reunir algunos coros: así es preciso que sea para que no falten musas y sobren poetas.

¿No se quiere tocar nada de esto? Venga la política atornasolada, color en moda desde que lo adoptó por suyo nuestro Gabinete, y que prueba la popularidad de que goza. Ahí están los Ministerios: el uno que no acaba de desentenderse de las reiteradas renunciaciones que le han o no dirigido los intendentes y gobernadores que en sus puestos se han llenado de canas y de cosas peores y mejores. Este que sube a unos y baja a otros; que da un palo aquí y un empleo allá; títulos muchos y sueldos pocos; que prefiere a un liberal puesto al lado de un pelucón, y a un pelucón puesto al lado de un liberal. El de hacienda apareciendo lo menos ministerial y lo más laborioso posible; siempre animado de un interés verdaderamente nacional y filopolita. El de la guerra en su ardua tarea de avanzar con la clase militar, que es, en la marcha que llevamos hacia el progreso, la sección de bagajes, hospitales y pertrechos; pero que por una anomalía estratégica se quiere que vamos adelante llevando estos estorbos a la vanguardia.

Ahí está también la Cámara de Diputados, ese *forte piano* político, cuyas teclas tocadas una a una suenan diferentemente; mas cuando las recorre todas algún profesor inteligente, producen siempre unisonancias armoniosas.

Y si tampoco se quiere escribir sobre estos puntos, todavía quedan los empleados, los pretendientes, los tejedores, los agentes de policía, el Intendente y otras materias así, que si no son costumbres, harto se parecen a los malos hábitos en lo difícil que es libertarse de ellos. Un Intendente es todo un almacén de paños para la tijera. Y no lo digo por el de Santiago a quien no conozco, ni de quien he recibido mal alguno a pesar de haberle

dado por qué; pues gran pipiolo fui en aquellos traseros tiempos en que dicho señor era un punto menos liberal que en éstos; precisamente cuando todos somos un punto más pelucones que entonces.

¿No gusta la política? Hay también costumbres monacales, campo intacto, virgen, inculto y por lo tanto con sus espinas y abrojos. Bien que difícil sería ir muy adelante por esta senda; porque de todas partes le gritarían luego al escritor, lo que no sé quién a no sé cuál de mis contemporáneos: ¡Mira, niño! no toques eso, etc.

Corriente: si eso no debe tocarse, no hay que menearlo. Párese usted ahora en la esquina de la cárcel (ahora puede cualquiera hacer esto sin que al día siguiente le juzguen por delito de sedición). Y para que le dejen a usted observar en paz la concurrencia que allí bulle, sin que le atisben y le rodeen tomándole por pichón de litigante o de negociante, aparente usted leer los números premiados en la lotería pública que la Municipalidad sostiene de acuerdo con los fundadores del banco de ahorros, los cuales números se exhiben en uno de los balcones de la casa consistorial, para que todos vean que el cabildo juega limpio y que no se anda con trampas. ¡Qué articulón se le viene a Ud. a las mientes! Póngale Ud. por epígrafe, no importa el clasicismo: *Scila y Caribdys o las escribanías y las Agencias*, y al buzón del *Progreso*, que admite artículos al gusto de la plaza, desde que le mudaron paladares.

¿Más costumbres? ¿Qué hace ese inmenso gentío la noche del sábado bajo el portal? ¿Venden? ¿Compran? No precisamente: su ocupación principal es mostrarse unos a otros alguna cosa. El comerciante muestra sus ricas telas y pañuelones; el dependiente muestra su figura, su peinado y sus blancos dientes; el pacotillero francés su joyería falsa, la vieja sus niñas, las niñas su dulce metal de voz y desdén gracioso, el mendigo sus estropeaduras y sus andrajos, el artesano sus obras, el *futre* sus barbas, el novio su novia, el escritor, *un ingenio de esta corte*, autor del artículo que se publicó esa misma mañana, el ratero su destreza: la policía su vigilancia, las compradoras la muestra del género

que andan buscando: en suma, exhibir o exhibirse es el objeto, el interés común de esta feria tan animada y divertida.

¿Más costumbres? Las encontraréis buenas y malas donde quiera que dirijáis vuestros pasos: las buenas cantando victoria, las malas capitulando con la reforma. En todas partes está patente la fermentación regenerativa de nuestra época, la lucha de la razón entre lo nuevo y lo viejo, entre los ardientes innovadores y el calmoso justo medio, entre los patriotas saltarines y los patriotas gotosos, entre los que gritan ¡adelante! ¡abajo el estorbo! y los que contestan, ¡no hay que atropellar! ¡caerá a su tiempo! El Gobierno, entre tanto, dice a cada cual *piensa Ud. muy bien*; y siguen andando las cosas, sigue el gobierno con su opinión y sigue cada loco con su tema. ¡Lo que vale un gobierno bien educado!

Sí: Santiago es un pueblo que progresa admirablemente, que empieza ya a cumplir su misión de brillar sobre la tierra: la lástima está en que no haya otro como él en Chile, en que sólo allí haya ilustración y grandeza y en los demás ignorancia, miseria y morralla. Sin embargo, podemos los chilenos hacer con Santiago lo que en una ciudad del Sud hacían los vecinos con una buena moza y de talento, que logró criarse bajo su clima. Todo forastero era presentado *ante omnia* en casa de la linda niña; y como es natural, el huésped quedaba prendadísimo de sus ojos verdes y habladores. Al retirarse, preguntábale su introductor:

—¿Qué dice Ud. del bello sexo que tenemos por acá?

Nosotros, después que el extranjero haya visto y observado bien a Santiago, debemos preguntarle:

—¿Qué dice Ud. de estos pueblos que tenemos en Chile?

El Mercurio,

28 de agosto de 1843.

EL PROVINCIANO

EL PROVINCIANO EN SANTIAGO

El mahometano tiene que peregrinar una vez en la vida, por lo menos, a la sagrada Meca y visitar los Santos Lugares de su creencia y tradiciones. El pintor europeo no es pintor si no ha visitado las capitales de la Italia y los paisajes de la Suiza. El anticuario, para pasar de la clase de simple aficionado, necesita ir a robar algo de las ruinas de Atenas, de los sepulcros de los Faraones, o hacer viaje al Perú a exhumar momias y registrar *huacas*. El elegante santiaguino que no ha ido a París a estudiar en su fuente, a ver llenos de vida los tipos de la moda que por acá nos llegan litografiados, debe abandonar toda esperanza de ganar celebridad en la carrera. Y cuidado, que los que se meten en ésta, rara vez quedan buenos para brillar en otra.

Tan indispensable como estas visitas es la que tenemos que hacer los provincianos a la capital de la República. Al que no ha pagado este tributo sin causa poderosa a estorbarlo, se le mira como un pobre hombre, como uno de esos individuos-máquinas, que tienen el triste privilegio de no sentir las delicias de la música ni ninguna de las celestes impresiones de lo bello.

En efecto, para que lleguen a viejos los provincianos sin haber tocado la necesidad o venídoles el deseo de dejar su aldea e ir a Santiago, es preciso que sus días hayan transcurrido bien animal y tontamente; es preciso haber vivido sin saberlo, sin que nunca, permítaseme la expresión, se hayan sorprendido existiendo. Felizmente no tenemos en nuestros pueblos sino uno que otro de estos autómatas; y éstos no pertenecen a la época que recorreremos. Son, en realidad, los únicos extranjeros que hay entre nosotros, y el lastre inerte que arrastramos en nuestro gran viaje.

Los jóvenes de provincia que no han sido educados en los colegios de la capital, anhelan visitar ese recinto afortunado, donde una residencia de pocos meses les ha de enseñar más que todos los cursos que han seguido en su pueblo; donde las luces de la civilización, semejantes al fluido resplandeciente del medio-día, todo lo invaden, todo lo trasminan, todo lo inundan y a todo dan animación de inagotable vida. No sé si me engañe; pero creo haber descubierto en muchos de mis amigos provincianos que se preparaban a dar, por primera vez, una vueltecita por Santiago, cierta placentera confianza, no de satisfacer su simple curiosidad, sino de aprender algo útil, de adquirir conocimientos que instintivamente echaban de menos y de despejar un tanto el espíritu de esa bruma inexplicable en que le vemos envuelto los que lo hemos cultivado poco. Ellos han visto que este corto paseo, este ligero baño de Santiago ha obrado prodigios en otros: que han vuelto trayéndose, a la vez, graciosas maneras y no poco desarrollo intelectual, los mismos que antes no podían desenredarse de su timidez y encogimiento habituales; timidez y encogimiento que, sea dicho de paso, si una fatalidad ha sancionado ya como característicos del provinciano, casi nunca prueban un mal irremediable, casi siempre no son sino un grosero capullo dentro del cual se hallan los gérmenes de muy preciosos talentos. (Sirva esto de consuelo a quien le plazca, y vamos adelante).

No le busquéis un tipo a mi viajero; porque declaro que no le tiene. Es un *sui generis* que yo he creado. No es ni chilote, ni penquista, ni maulino, ni coquimbano: no ha nacido en ningún lugar de ninguna de nuestras provincias. Y si hay maliciosos que se lo achaquen a cualquiera de ellas, puede ésta protestarle, diciendo lo que Quevedo del hijo que, una vez, quisieron colgarle. Con lo cual será cosa sabida que la criatura es aborto mío, pero que todos han contribuido a formarle.

Va de cuento. Es una noche de ansiedad y de insomnio la última que pasa el provinciano en su camino a la capital. El día siguiente va a ser un día de acontecimientos, de pasmos y grandes novedades, cuya sola imaginaria previsión empieza a aturdirle y agobiarle. Le sucede lo que a todos, que, al aproximarse la rea-

lización de lo que más ardientemente hemos deseado, se nos ahogan el corazón y el alma en sofocaciones mortales. ¡Malditos engorros, ellos nos confiscan la mitad de la dicha, ellos nos arrebatan la ocasión de saborearla desde que, a la distancia, la vemos venir por nuestro lado! Un minuto antes de oír, por primera vez, cantar a la señorita Rossi, mi corazón parecía inflado y latía borrascosamente: cuando ella empezó yo estaba casi accidentado ¹.

La primera impresión que recibe nuestro viajero al acercarse a Santiago, es la aparición lejana de sus blancas torres, descolgando sobre una mancha confusa de objetos que no alcanza a distinguir la simple vista. Colocada como está nuestra ciudad-reina al pie de los Andes, con cuyas alterosas moles forma un humilde contraste la elevación pigmea de sus alamedas y de sus más soberbios edificios, no permitiendo la llanura que la rodea que desde lejos pueda uno contemplar su vasta extensión, el conjunto simétrico de sus divisiones y la variedad de sus pintorescas localidades, el provinciano se aproxima a ella desprevenido, no preparado para recorrer sus interminables calles, para soportar sin aturdirse la sucesión de tan extrañas escenas y para no sucumbir al ruido y batahola de aquel gritón y alborotado gentío.

Embebida su atención en la muchedumbre de viajeros de todas clases que alcanza o encuentra por los callejones donde se ha metido, penetra de repente en los suburbios de la ciudad, en esos hormigueros de democracia, que siempre en gresca y algazara, ofrecen de ordinario a las puertas de la capital, las mismas babeles dominicales de los campos de provincia en que tienen lugar las partidas de chueca o las carreras de caballos.

Acostumbrado el provinciano al yermo de las calles de su villa, al silencio de medianoche que al mediodía reina en todas ellas, su extrañeza es indefinible cuando llega, por ejemplo, al Conventillo, y se ve rodeado de su tremendo tumulto, de su hacinada impenetrable de bestias y carretas, de hembras y machos, de cuadrúpedos y bípedos que le obstruyen el paso, le tiran el poncho, le animan el caballo, le gritan, le saludan:

¹ Teresa Rossi, cantante italiana que pasó por Chile en varias temporadas.— N. del R.

—Adiós ñor quien.

—Cómo quedó su ñaña.

—¿A cómo las lanas?

—¿Dónde dejó la tropa? —haciendo en fin otras mil diabluras que siempre tienen a mano para conseguir que se alborote el caballo y que el jinete se vea en amarillos afanes antes de segarle y traerle al buen camino. Infeliz de nuestro amigo sí, por no agarrarse lo suficiente, viene a tierra al ruido chifladero de aquella turba beduina, que aplaude el porrazo lo mismo que si fuese un lance de equitación nunca visto. Todos entonces se le van encima a favorecerle, levantarle y sacudirle: en un dos por tres, le dejan al pobre aliviado no precisamente del dolor de sus contusiones sino del peso de su bolsillo, de sus espuelas, de su sombrero, amén de varias piezas de la montura, que, como lo demás, desaparecen por encanto entre esta gente honradísima.

Y luego si el vigilante se presenta en la escena y empieza a averiguar lo que ha motivado aquel escándalo, suele pasar adelante la aventura.

—Mire Ud., vigilante —exclama el provinciano—, estos pícaros me han salteado. Haga Ud. que aparezcan mi sombrero, mi dinero...

—¡Mientel —gritan cien voces a la vez.

—No le crea Ud., ño Juan —dice una.

—No traía sombrero —asegura el mismo que lo está acariciando bajo el poncho.

—¿Quiere que le diga, ño Juan? Lo que hubo fue que el hombre venía galopando y tropezó el caballo y... yo no vi de más.

El vigilante, que antes de serlo ha tenido que pasar indispensablemente por la escala de espantador de caballos y desnudador de caídos caballeros, sabe por experiencia que negocios como el que se ventila son otro nudo gordiano sin más solución que la consabida. Así, pues, proclamando en alta voz la *ley marcial*, o lo que es lo mismo notificando que procederá a resolver el problema del susodicho nudo si no se disuelve el tumulto, todos se hacen azogue por aquellas madrigueras, menos el provin-

ciano, que todavía tiene que sufrir una *peluca* por haber galopado a caballo, en contravención de las ordenanzas municipales.

—No le cobro a Ud. la multa —le dice el juez ecuestre—, porque veo que Ud. es del campo.

—Muchas gracias —contesta a este cumplido nuestro paisano, y coge su camino con Dios y esta primera lección de mundo recibida.

Pero supongámosle alojado ya en una de esas casas-ómnibus de las inmediaciones de la Alameda, cuyos dueños tienen a bien llamar posadas, y que, si ellos no me lo tienen a mal, yo llamaré ratoneras. Sí, señor; tan ratoneras como las que en Peñafior ha fabricado el amable D. Pedro Valenzuela, para que se aniden de noche los petimetres de Santiago, que, por economía, van a pasar en aquel Edén la *buona vita* y el verano. Supongamos, repito, a nuestro viajero hospedado en una de esas casas que están a disposición de los provincianos y que por su aspecto en general parecen hechas a propósito para aclimatación de sus huéspedes; es decir, para que no tengan que extrañar sus habitaciones natales. Cuatro paredes cubiertas de letreros y jeroglíficos, un techo con cielo raso de telarañas, colgaduras de lo mismo, piso de suelo color plomo y el todo con olor a inmediaciones de cocina; una mesa más que coja, un catre de madera rezonglón y rechinante y dos sillas indígenas: he ahí el menaje que se proporciona en Santiago un provinciano neto, quizás por no tener el instinto de buscar otros mejores. Si a estos muebles añadís la carga de baúles y la montura del patrón, los chismes del criado y el aparejo de la mula, que también se coloca dentro para evitar que los perros trunquen sus cueros y correajes, tendréis el total de comodidades de que se rodea el huésped, para creerse establecido a qué quierres boca.

En este sitio para la primera noche. Después de confiar a su almohada ese vago sentimiento de tristeza que se apodera de nosotros cuando recién llegamos a un punto donde nada nos pertenece, donde todo nos es desconocido, hombres y clima, objetos y costumbres, el provinciano se queda como un ángel profundamente dormido. Pero vencida la fuerza del primer sueño, una

pesadilla horrenda le acomete, los rotos del Conventillo le asaltan, le cogen, arañan, rasguñan, punzan y desuellan vivo; y él no puede dar voces, ni pedir socorro, ni desasirse de aquel enjambre de verdugos. Largo tiempo pasa poseído de estas fantásticas angustias; larga es y furibunda la batalla que sostiene con los agresores, hasta que, al fin, consigue despertar y se siente devorado por una fiebre horrible. Salta de la cama; enciende luz, y se convence que siempre la mentira es hija de algo. Los bichos del catre y no del Conventillo son los que acaban de darle tormenta.

Excusado es decir que el madrugón de nuestro amigo tiene, con tan poderoso motivo, su sí es no es de trasnochada. Cuando Dios echa sus luces, ya él se ha echado al cuerpo de doce mates para arriba y el duplo de cigarros por lo menos. Concluido lo cual se afeita y prepara para salir a curiosear, mientras llegan horas adecuadas a lo que se propone hacer o cumplir.

Grandes, espesas y alborotadas patillas que sirven de marco a una cara rechoncha y tostada; dos cuellos largos, puntiagudos, doblados horizontalmente, formando una peana sobre la cual descansa toda la cabeza; corbatín de terciopelo; chaleco vistoso por cuya abertura se ostenta la calada camisola y su vivo color rosa, los botones de brillo y las puntas bordadas de los suspensores; pantalón con peales de tobillo a tobillo; botas de alto taco y bulliciosas; fraque de arrugados faldones y cuya hechura prueba que el sastre se empeñó no poco en imitar la moda que, seis meses ha, apareció en la provincia; sombrero negro de felpa, cargado pretenciosamente sobre la oreja derecha, y guantes enormes como para manos crecedoras, he ahí la decencia con que el provinciano suele exhibirse, poco después de amanecer, por las calles de Santiago.

Entre chanzas y veras le han repetido muy a menudo, antes de partir de casa, la amonestación siguiente:

—Cuidado, amigo; no vaya usted a quedarse con la boca de par en par, al ver esas maravillas; mire usted que le tomarán, entonces, por un huaso.

De modo que, al echarse por las calles de la capital, a lo que más atiende es a su boca, temiendo que algún descuido la

deje en un insubsanable descubierto. Todo le pasma, todo le admira; la concurrencia, el bullicio, las lindas casas, los nobles edificios, las elevadas torres, las vastas alamedas, las buenas mozas, todo, en fin, es nuevo y sorprendente para nuestro recién llegado; pero creyendo de conveniencia y de buen tono no dispensar a nada atención alguna, lleva pintadas en su cara y talante gran indiferencia, mucha seriedad y todo el tufo oficial del juez de primera instancia de su tierra.

En la mayor parte de los pueblos de provincia la vista de una cara nueva es una fiesta que hace furor, alborota a las gentes lo mismo que a la aristocracia de Santiago, la aparición, en sus salones, de algún conde o marqués verdadero o apócrifo. Nuestro provinciano, pues, recordando lo que pasa en su pueblo con las caras nuevas, marcha con la aprensión de que la suya es también muy notable en las calles de la capital y de que cuantos la encuentran, querrán tener el honor de conocerla y el gusto de saber de dónde ha llegado. Por eso al enfrenaros os fija la vista como para averiguar lo que pensáis de su persona; por eso, a fin de pareceros bien, va tan encolado y con todo el aire que estudiosamente se da el que se acomoda para que le retraten; por eso, queriendo conquistar simpatías, le veréis saludar y gastar los cumplidos de *pase Ud., gracias, no se incomode Ud.*, con los que van y vienen, sin que le hagan maldito el caso y sin darle muchas veces otra contestación que la de *vaya Ud. a un demonio*.

Eso sí, con los rotos no capitula jamás. Siempre anda disputándoles la vereda, arrojándoles al medio de la calle y apostrofándoles de canallas y ladrones: hasta que en una de esas se complotan tres o cuatro; le cargan, le sumen la boya; le dicen chillanejo bruto o colchaguino bestia, y se queda nuestro amigo con una segunda lección de mundo, para no olvidarla mientras ande rodando tierras.

En ese día recorre muchas calles, se acerca a muchas iglesias y conoce de vista una infinidad de objetos de cuya celebridad ha oído varias veces ocuparse a los vecinos de su villa. Visita el

edificio de la Compañía ², al que, no pudiendo los clérigos extender por ningún lado, le están elevando hacia el cielo como quien guía una añosa enredadera de flor de la pasión o de suspiros. También ve las antiguas Aduana y Moneda; cosas que, según parece, se están refaccionando para que sean la expresión tipo de nuestro progreso; lo nuevo remendando lo viejo; lo viejo apuntalado por lo nuevo: con lo cual se conserva y perpetúa la polilla lo mismo que si diariamente recibiese las bendiciones del cielo. Todo es progreso. ¡Viva el progreso!

Al día siguiente se dirige el provinciano al Instituto Nacional; tiene un primo hermano para quien trae varias cosas en efectivo y muchos recados de toda la parentela. El portero le dice: —Pase Ud., siga ese corredor y pregunte por ahí.

Sigue el corredor, pregunta y un colegial dice que el tal su primo vive en el patio de allá atrás. Pónese a proseguir el nuevo derrotero: entra en nuevas averiguaciones, y otra buen alhaja le señala una puerta abierta, por la cual penetrando el provinciano, que anda ya medio corrido, se encuentra en un salón con cuarenta o cincuenta niños, en clase; los cuales no bien divisan aquella exótica figura, se echan a reír a pierna suelta. Sale de aquí con viento fresco, y hay todavía inhumanos que le hacen meterse en el comedor y en la capilla. Ello es que no da con el primo a quien busca, sino después que le han metido donde se les ha antojado, como al que se da por vencido en el juego de adivinanzas, o como al que hacen ir, volver, andar y tornar en el otro de los huevos.

Se despidе del pariente y de la casa, dando un abrazo al primero y echando su cordial maldición a todos los demás que viven en la segunda. Una vez en la calle, toma por la que va a la plaza de la independencia, cuya pila, portales, palacios, catedral, casa de correos le han recomendado extraordinariamente. Pero el diablo le lleva de la mano. Por mirar en su camino la inmensidad

² Destruído el templo de la Compañía de Jesús (calle de Compañía entre Bandera y Morandé) por un incendio en 1841, estaba tres años después en plena reconstrucción. Con el incendio de 8 de diciembre de 1863 no fue ya reedificado. En ese solar existe ahora el Congreso Nacional.— N. del R.

de chiches de una joyería francesa, no ve la cáscara de melón que unos muchachos han acomodado en la vereda; pisa la trampa; carga el cuerpo, y el resbalón es tan grande como la caída ruidosa, la befa brutal y tremenda:

—Allá va eso.

—Casi había caído.

—Venga, lo levantaré —y mil carcajadas de demonio son el único eco que encuentra la descomunal y provinciana costalada.

Andando los días, llega uno en que mi querido paisano va por una de las otras calles, como quien dice, sin destino ni concierto. Ve venir de frente un hombre; cree reconocerle, y en efecto es don Pedro, el apreciable santiaguino que, en la primavera última, anduvo comprando bueyes en la provincia de nuestro amigo; el mismo que en su casa fue hospedado, servido, celebrado como un padre comendador; no por recomendaciones ni por plata sino porque era forastero y parecía un buen sujeto. ¡Qué encuentro! Al fin tengo un amigo, dice para sí el provinciano. Y lleno de alegría, con la mano y brazos extendidos y paso apresurado, se dirige al bienvenido huésped de la casa de su padre. El santiaguino ha reconocido también al *huaso*; el buen tono no permite ser grato a los servicios recibidos en provincias; tampoco sería bien visto que en una calle pública se parase él a hablar con *aquel hombre*; todo lo cual considerado, hace su excelencia como que mira hacia atrás y pasa rozándose con el recién llegado, sin atender al expresivo ¡Señor Don Pedro! que éste lanza poseído de su indefinible alborozo. Un chasco tan inesperado es para mi amigo una lección fecunda y preciosa. Desde este instante, el resentimiento anima su coraje y le entona de manera que empieza a brillar en su frente cierto airecillo de dignidad no traído de su tierra.

—¡Bribón —dice pasada su sorpresa—, algún día volverás a comprar bueyes!

De este linaje son las caídas y chambonadas en que suele incurrir un hijo de las provincias que por primera vez llega a Santiago. No hay paso que dé, palabra que pronuncie, ropa que vista, ni género de cosa en que se meta que no sea para su ruina,

que no promueva la burla y la risa de cuantos con él topan. Por eso yo aconsejaría al provinciano que su primera diligencia, así que se encuentre en la capital, sea de ponerse en rigurosa cuarentena, no haciendo su entrada en aquel mundo sino después de pasar este período de maldición, más o menos largo, según el carácter y antecedentes del individuo.

Porque, al fin, es cierto que el tal período tiene término. Si el recién llegado hace conocimiento con alguna de esas excelentes familias que abundan en Santiago, debe a ella sus primeras reformas. Las niñas de la casa, que no pueden ver una buena talla cubierta con un feo vestido, se interesan en el arreglo de aquel personal, para poder tomar su brazo sin peligro de que por ahí señalen la pareja con el dedo. Y bajo la franqueza que desde luego inspira esa especie de inferioridad social en que se halla todo neófito, le advierten: hoy, que ya no se usa la camisa bordada; mañana, que ese frac es espantoso y los pantalones y chaleco malditamente cortados; después, que la cabeza y patillas necesitan ir a la peluquería; e insensiblemente obran tal revolución en el alumno, que, al cabo de poco tiempo, parece otro, y es ya digno de hacer cualquier papel al lado de sus amables protectoras. El primero que se le encarga es, por lo regular, de sustituto, auxiliar o suple faltas. Sus méritos suelen o no elevarle, después, al desempeño en propiedad de algún empleo.

El Mercurio,

6 de abril de 1844.

EL PROVINCIANO RENEGADO

Entre las muchas cosas que para ser entendidas necesitan ser explicadas, debo contar y cuento el epígrafe de este artículo. Hablando diccionariamente tanto vale ello como decir: el provinciano que renuncia la ley de Jesucristo; pero no es éste mi asunto, porque, a Dios gracias, uno de los más bellos negocios que por estos mundos hacemos todos, es tratar de persuadirnos unos a los otros que nos mantenemos en ella. Que ninguno crea a ninguno, es otra cosa.

El provinciano que se va a vivir a la capital, renunciando su provincia, la provincia de sus padres en la cual nació y le criaron, he ahí lo que, si no digo, he querido decir en mi epígrafe: ése es el tema de lo que por ahora salga.

El hijo de provincia que es dueño de un caudal viejo y tradicional de capitales acumulados poco a poco, por él o sus antecesores, rara vez o nunca abandona el país de su cuna. Sus relaciones y negocios son ya raíces que le ligan decididamente a este suelo; y se hacen invencibles sus simpatías por los fundos heredados o por los que le deben su creación y cultivo. Los árboles a cuya sombra jugueteó cuando niño, los plantíos que ha formado, los brutos que ha domesticado, los inquilinos que le han servido, la gratitud de cuantos han recibido sus favores son conquistas a que si alguna vez renuncia, no es sino contrariando las más fuertes y gratas de sus afecciones. Por eso se ven, en casi todos los pueblos de provincia, alguna o algunas de esas antiguas y ricas familias, cuyos apellidos ni por vástagos se han trasplantado jamás fuera de sus alrededores.

La clase media tampoco produce provincianos renegados. Ningún individuo de ella deja de estar, poco más o poco menos, contento de su estado; ninguno descubre otro horizonte de vida que el de la que lleva; ninguno ambiciona sino muy modestamente, y todos tienen el instinto de sostenerse en su mediocridad, de no aventurar cosa alguna por la simple esperanza de mejorar de suerte. Si hay hombres felices en la tierra, búsqueseles en la clase media de las sociedades.

Los proletarios no emigran a la capital sino por el hambre, o por haber cometido algún delito en su provincia. Las vejaciones consiguientes a su enrolamiento en las guardias cívicas, enrolamiento que en nuestros pueblos se practica con todo el rigor de un caso de ley marcial, obligan a los individuos de esta clase a desertar de su pueblo y a meterse en Santiago, donde no les persiguen en complot los cabos, sargentos y oficiales del batallón o escuadrón a cuyas filas le han metido.

Los que en provincia se hacen repentinamente ricos, emprenden indefectiblemente esta misma emigración. Son bien conocidas y harto justificadas las causas que les obligan a este reniego. La primera hacer su gusto; la segunda comprar hacienda, casa, chacra y quinta; la tercera rodar coche; la cuarta exhibirse; la quinta poner a cubierto sus capitales de los ataques del gobernador, subdelegados e inspectores de su departamento, que, si no son amigos suyos, le declaran guerra a muerte, le sacan contribuciones y le imponen multas y penas hasta por los bostezos y eructos que se le vienen, sin poderlos evitar o contener.

Pero entre estas causas, y las mil y más que justifican semejante deserción, hay una, quizá la más poderosa de todas, en la que, según parece, poco se han fijado los curiosos antes que yo. Tengo para mí que ella es el secreto de estos emigrantes.

El que repentinamente se hace rico, no es sino después de haber probado, por muchos tiempos, la desgracia de ser pobre. La fortuna se burla del hombre dándole por lo regular, a manos llenas, cuando los trabajos y los años le han maltratado de modo que ya los goces de la vida no le saben más que a totora. En sus muchas épocas de escasez, el rico improvisado necesitó que uno

le habilitara en sus empresas, que otro le amparase con su crédito, que éste le consiguiese esperas, que el otro le prestase su dinero. El rico improvisado, antes de serlo tuvo camaradas, tuvo compañeros de infortunio, tuvo amigos que partieron con él su pan y su bolsa. Sus hermanos nunca le cerraron las puertas aunque, como él, eran pobres; varios parientes le ayudaron si no con plata, con buenos consejos; y unas cuantas tías viejas le repetían a menudo la profecía de que Dios les habría, al fin, de oír sus oraciones y habría de darle un tesoro el día menos pensado. El rico improvisado, cuando llega a serlo, se encuentra como nos encontramos todos los pobres, cargado de esa inmensa deuda de gratitud, aparte de la de dinero, que es tan difícil cancelar con la plata. ¿Qué sucede, pues, cuando un hombre de éstos mejora de fortuna, encontrando el tesoro que por tantos años ha perseguido? Un juicio final, un concurso de innumerables acreedores, un pedir y cobrar improtestable de servicios insolutos. Los acreedores por dinero efectivo son entonces unas ovejas; los demás son inexorables. El amigo quiere plata; el patrón usurero, plata; el antiguo aparcerero, compañía; el pariente una fianza; el hermano, interés en la negociación; los camaradas, mantel largo y francachela; y las tías viejas, rapé, cofias y pelucas. A todos se les hace su gusto, todos quedan contentos, ninguno tiene de qué quejarse. Pero a poco andar, el uno quiebra, el otro pierde al juego capital y ganancias, el hermano se fundió, el pariente se fue, y tornan a pedir y vuelven a llorar hasta volver a obtener, sin que el recién afortunado pueda verle otro término que el de su fortuna a tan furioso demandar.

Esta conjuración es, a mi ver, la que hace emigrar a Santiago tantos capitalistas hijos de provincias.

Hablo aquí de los que legítimamente y por medios conocidos adquieren sus riquezas: que cuanto a los que de repente aparecen millonarios, contándole al vecino que ni han heredado, ni hallado algún entierro, ni recibido talegos por milagro, sino sólo administrado rentas, éstos se meten a la capital como quien se mete a un bosque, huyendo de las malas lenguas, de las calumnias de unos y de la envidia de otros.

¿Qué le pasa al provinciano rico al encontrarse en sus nuevos hogares? Los primeros que le visitan son los médicos. Lo mismo es adquirir un caudal, que la compensación infalible de la vida humana nos pone en la otra alforja alguna dolencia, alguna fístula incurable u otra servidumbre de este carácter. Cuando no hay eso por casualidad, la susodicha compensación, como si fuese cosa viva, se vale del cambio de temperamento, para convertir el cuerpo del renegado en la mansión predilecta de todos los constipados, indigestiones, cólicos y reumatismos endémicos y epidémicos conocidos y desconocidos bajo el cielo de Santiago.

Luego que mejora, y digo mejora porque nunca consigue verse sano, compra la hacienda, la casa, la chacra y la quinta. La primera se arrienda; en la segunda se acomoda con su familia, y es de notar que por magnífico que sea el edificio, tal es la lobre-guez, el silencio que allí reinan, que más que casa, parece un magnífico sepulcro. En la morada santiaguina de un provinciano, nunca resplandecen las bujías de una fiesta ni se oye el alegre ruido de un sarao. Cualquiera diría que estas gentes, al irse a la capital, se retiran del mundo.

Si la emigración ha sido con familia y todo, los niños luego se aclimatan en los colegios; pero el resto de los individuos de ella se agostan y marchitan, como esos arbustos tropicales recién trasplantados a donde reinan las nevascas de los polos. La mujer suspira por los parientes que dejó, por las amigas de su niñez, por la franca cordialidad de las relaciones a que tuvo que renunciar. Las nuevamente adquiridas en Santiago, la torturan con su insipidez y ceremoniales; cada visita que debe, es una cuesta arriba que tiene que subir, cada salón en que ha de entrar un hostil y riguroso examen a que se va a exponer. En la sociedad de su provincia ocupaba el primer rango; en la nueva, alguno muy secundario, y muchas veces más le valiera no ocupar ninguno.

Una vez completamente instalado, el desertor de su provincia entabla el negocio de banquero y se echa al campo de la usura, cosa que entiende espantosamente bien para los que toman sus capitales. Para concluir un contrato de éstos con cualquiera de ellos, es preciso que el agente o corredor se les presente a horas

en que la digestión esté hecha; que vuelva dos o tres veces a saber la resolución; que ofrezca una letanía de fiadores, y por último, que asista a la redacción de una boleta de escritura pública cuyas innumerables cláusulas y amarras forman un enmarañamiento semejante al que de maromas, sables, aparejos y garruchas ostenta un navío de tres puentes. No hay ejemplo de que un usurero renegado haya perdido un medio real por un desliz de confianza. De aquí nace que ellos son el último enemigo en cuyos brazos se echan los apurados, la víspera de zamparse en el pozo más hondo.

Estos ricos emigrados, aunque en sus provincias y en sus pobrezas hayan sido más liberales que una sociedad patriótica, luego que se establecen en Santiago se hacen más pelucones que el liberal que alcanza a ser ministro. El gabinete nunca deja de darles la única colocación que pueden tener en los negocios públicos; se rodea de ellos, como se rodea de murallones incommovibles y dé estacadas intraspasables el militar que quiere defender la posesión del terreno que ocupa. Como hombre de Estado son un verdadero cal y canto.

Al lado de esta recomendación tienen el defecto de ser muy ingratos para con su provincia, de la que si se acuerdan alguna vez, es con la misma vergüenza que les causa la memoria de haber sido pobres.

Cuando cualquiera de ellos sale de la capital para ir como de paseo a su pueblo renunciado, prepáranse todos sus paisanos a oír el relato del honorable papel que hace en la corte, de las categorías que van todas la noches a darle tertulia, de su alto influjo y del placer que el gobierno, la legislatura, el clero y las cortes de justicia tienen en darle gusto. A un bobo le promete hacerle gobernador así que vuelva a Santiago; a otro le jura que le dará la renta de aduana, el estanco o el destino que elija, entre las vacantes y no vacantes del departamento: no hay lesa que no se ponga y a quien él no ponga bajo su protección. ¿Le refiere algún su amigo que acaba de perder con la mayor injusticia su pleito en primera instancia y que al día siguiente va a entablar apelación?

—Apele Ud. con toda confianza, apele Ud. —le repite enfurecido—: yo le enseñaré al juececito a dar sentencias. Escribiré a Novoa, a Vial del Río...

—Pero, mi don Timoteo —le interrumpe el litigante—, mi asunto irá a la Corte de Apelaciones, y esos caballeros son de la otra.

—No importa, las dos son mías, cuento con ellas. Apele Ud. no más, que yo cojo el negocio de mi cuenta. Ya verá Ud. la reprimenda que le viene al tal juez. Lo he de fregar.

Y en efecto, mediante la influencia del provinciano grajo, la sentencia apelada se revoca, en cuanto por ella no fue condenado en costas el apelante.

Por lo demás, es gente con quien se puede vivir con gusto. Porque con no ocuparla, ni verla, ni toparla, ni entablar género de negocio con ella, ni hacer caso de ella, ni esperar nada de ella, es incapaz de hacer mal a nadie ni de perjudicar a Ud. en el valor de un cuartillo.

El Copiapino,

25 de abril de 1845.

GLOSARIO

abajino, m. Con relación a los grados de distancia al Ecuador, el habitante de las provincias del Norte de Chile y también, naturalmente, el de los países situados en la misma dirección. Véase arribano.

Rodríguez, *Diccionario de Chilanismos*, ofrece una explicación similar, pero sugiere que es errónea por ignorancia del hablante. La verdad es que aparece muy bien lucubrada con relación a la distancia que media del Ecuador en quien lo contempla desde el Sur.

ahuesado-a. Dícese del objeto que ha quedado sin vender en un negocio: pasado de moda, fiambre, despreciable. También se ha dicho *hueso* en el mismo sentido.

alcance, m. En la labor minera, dar con el mineral que se buscaba, o mejorar la labor rutinaria con el hallazgo de minerales de mayor riqueza.

almofrex, m. Forro adecuado para llevar, en viaje, colchones y ropa de cama. Plural *almofreces*. Otras formas: *almofrej*, *almofrez*, etc.

arribano, m. Con relación a los grados de distancia al Ecuador, el habitante de las provincias del Sur de Chile, llamado así por quienes vivían hacia el Norte. Véase abajino.

bicho, m. Nombre popular que se daba a la oclusión intestinal.

broceo, m. Se dice de la mina que de pronto deja de producir. De allí *brocearse*, que puede decirse tanto de una mina como de cualquier negocio.

Rodríguez, *Diccionario de Chilanismos*, cita como autoridad a Jotabeche al explicar broceo.

buitrón, m. En la jerga minera, sitio en que se fundía el mineral en bruto para purificarlo.

bullaje, m. Bullicio extremado.

cachaciento - a. Derivado de cachaza. Paciente, pacienzudo.

cangalla, f. Hurto de minerales. De ahí *cangalleo*, la operación de hurtar, y *cangallero*, el minero que hurta minerales en el establecimiento donde trabaja y los vende a ciertos contrabandistas.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, introduce el verbo *cangallar* y cita hasta dos veces a Jotabeche como autoridad.

casero, m. El individuo que vende habitualmente algo a alguien; pero también se llama así al comprador habitual. En el diálogo se usan los diminutivos correspondientes, *mi caserita*, *caserito*.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, cita a Jotabeche como autoridad en el uso de esta voz, e introduce además el derivado *casería*, f., como conjunto de parroquianos.

cientos, m. Juego de naipes.

costa abajo, f. La que se extendía hacia el Norte de Valparaíso. Véase abajino.

costa arriba, f. La que se extiende hacia el Sur de Valparaíso o de Caldera, según el caso. Véase arribano.

crestón, m. En la jerga minera, afloramiento súbito de mineral de alta ley entre otros de leyes bajas.

cuando, m. Baile de salón.

culero, m. Pedazo cuadrangular de cuero crudo, que se colgaban los mineros a la espalda entre la cintura y las corvas, para proteger el traje.

chabalongo, m. Nombre primitivo de la influenza, usado en Chile hasta los días de Jotabeche.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, escribe *chavalongo* y da como autoridad a Camilo Henríquez.

chañar, m. Pequeño arbusto. De allí Chañaral, nombre geográfico que denota la existencia de bosques de chañares, y Chañarcillo, también nombre geográfico, muy importante en la obra de Jotabeche por ser el centro de la explotación minera de mayor volumen en las vecindades de Copiapó.

chaya, f. Diversiones un tanto desordenadas de los días de carnaval. De allí *chayeras*, las muchachas que alentaban las escaramuzas propias de la chaya.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, ilustra esta voz con larga cita de una obra suya.

chiche, m. Cosa fina, delicada, primorosa. Suele aplicarse a personas, y en este caso indica también extrema delicadeza, refinamiento postizo.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, le da como equivalente el castizo *filili*.

chimbero - a. Dicese de quien vive en el barrio llamado Chimba que existe o ha existido en varias ciudades de Chile y que significa fuera de la ciudad, extramuros, arrabal, etc.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, especifica que chimba es "de la otra parte del río, quebrada o acequia".

chingana, f. Construcción rústica y provisional, de ramas y hojas de árboles, en donde se canta y se baila. De allí *chinganero*, el aficionado a divertirse en tales establecimientos.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, ilustra con muchos pormenores esta voz y le da como autoridad a un escritor peruano, lo que acredita su uso en el Perú.

choreo, m. Murmuración irritada en contra del gobierno o de cualquier autoridad. Por extensión, protesta. De allí *chorear*, protestar airadamente.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*: "El choreo es el nombre vulgar de la protesta que el débil, o el perezoso, o el desgraciado oponen platónicamente al opresor, al jefe, o al destino." Aduce como autoridad precisamente a Jotabeche.

churre, m. Baile de salón.

dije, m. Se dice del hombre acomodaticio, de fácil trato, muy afable, servicial para con las damas.

dobla, f. En la jerga minera, participación en el rendimiento de una veta que está en trabajo.

encolado, m. Del individuo que está rígido para no echar a perder la elegancia de las prendas que viste, se decía *encolado*. Lo más usual en Chile fue decir *futre encolado*.

enchepicado, m. Suelo cubierto de chéptica, es decir, de una gramínea de corto desarrollo empleada para decorar jardines.

extranjera, f. Baile popular.

forte piano, m. Voz italiana. Es lo mismo que hoy más abreviadamente se llama *piano*.

frontón, m. En las minas, muro vertical en donde queda la veta a la vista.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, consulta también en las labores mineras, una acepción especial de *frontón descabezado*.

futre, m. Petimetre, tipo presumido en el vestir, acicalado, perfumado, peinado con esmero y algo amanerado de movimientos. La pronunciación vulgar impone *jutre*.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, relaciona esta voz con *siático* y *pije*, pero no registra la pronunciación *jutre*.

gacetazo, m. Literalmente, golpe dado con una gaceta, o diario. Jotabeche designa así, en general, a los remitidos y otras publicaciones de interés privado que suelen cambiarse dos o más individuos cuando pleitean o están disgustados por motivos políticos.

galería, f. En la mina, túnel más o menos horizontal que comunica los diferentes sitios de labor.

huaca, f. Sepultura de los aborígenes peruanos.

huaso - a. Llámase generalmente huaso al hombre de campo, montado, y Jotabeche además llama *huasa* a la provincia de Colchagua porque allí, en su entender, abundan los deportes ecuestres a que se aficiona el *huaso*.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, se detiene algo en esta voz y aduce varias autoridades. La escribe *guasó*.

jefe. Jotabeche solía decir *obra jefe* y *mina jefe* por aquella obra y aquella mina que ocupaban el primer sitio en producción y en promesas de nuevas labores. La expresión parece galicada.

jesuseo, m. Aplícase a las exclamaciones repetidas de *Jesús* que suelen proferir las mujeres cuando advierten, por ejemplo, que la tertulia y el baile ha coincidido con la aurora.

jiras. Usase en la frase hacerse jiras, la cual equivale a destrozar, hacer jirones.

lotería, f. Juego de azar en que se sacan de una bolsa los números con que se debe cubrir un cartoncillo.

Es el nombre aplicado también en Chile y en otras naciones, a un gran sistema público de sorteos de dinero, por ejemplo Lotería de Concepción.

llampo, m. En la jerga minera, el metal que aflora espontáneamente a la superficie de la tierra, en terrones o pulverizado.

macha, f. Jotabeche llamó *vida macha* a la que se llevaba en Chañarillo, en donde, por la índole de las faenas, no había mujeres.

malilla, f. Juego de naipes.

manto, m. Formación mineral extensa y de ley más o menos uniforme.

marco, m. Medida cúbica aplicada a la explotación argentífera.

mediator, m. Juego de naipes.

metal frío. En la jerga minera se designa así al que se obtiene cuando de pronto la veta baja de ley y se torna relativamente improductiva.

moza, f. El baile final que pedían a gritos los asistentes a una fiesta, cuando no querían ponerle pronto término.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, la define con la autoridad de Jotabeche.

pampero, m. Por referencia a la pampa de la República Argentina, viento impetuoso que corre desde el interior hacia el océano.

panizo, m. Afloración súbita de mineral en un sitio en donde nada la hacía esperar.

pela caras, m. Temibles bandidos de los cuales se decía que después de asaltar a una persona, le quitaban la piel del rostro para que no fuese reconocido el cadáver.

peluca, f. Reprensión, generalmente de padres a hijos, de maestros a alumnos, etc.

piña, f. Dícese generalmente *plata piña*, pero asimismo mi-

neral en piña, para designar el de tan rica ley que se advierte su presencia a la simple vista, sin necesidad de procedimientos químicos para depurarlo.

Por la forma que presenta, se da también este nombre al metal fundido en crisol.

pique, m. Corte vertical en una mina para llegar desde la superficie hasta el nivel en que se hallará la veta.

plan, m. Labor minera.

quincha, f. Muro rústico formado de barro con ramas de árbol, piedras, etc. Es frágil y se le construye, por lo común, sin otra norma que el uso tradicional.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, señala el uso en el Perú, y además la expresión *de pata en quincha* para designar el baile entusiasta y algo desordenado.

resbalosa, f. Baile popular. En la pronunciación vulgar, *refalosa*.

reventón, m. Afloración no esperada de mineral de alta ley.

sajuriana, f. Baile popular.

saragüete, m. Diminutivo de sarao.

tejedor, m. Nombre aplicado al individuo intrigante y que, en política, busca allegarse al partido que cree más conveniente a sus propios intereses.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, aduce un ejemplo de femenino, *tejedora*.

timbirimba, f. Mesa de juego, el juego en general, la casa o sala en que se juega. Derivado de *timba*.

Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, recuerda el uso en el Perú y para Chile lo autoriza en Jotabeche.

zambacueca, f. El más popular baile de Chile, hoy llamado cueca. Es interesante para la evolución semántica de esta voz observar cómo Jotabeche siempre la llama en la forma transcrita, a pesar de que consta que por esos mismos días había ya quienes la llamaban *cueca*.

zamoraída, f. Nombre ocasional dado por Jotabeche a ciertas publicaciones de Domingo Faustino Sarmiento que salieron firmadas con el seudónimo Zamora de Adalid.